



ALFIL

FRAN BARRERO



Lectulandia

Alfil es un fotógrafo de éxito, con físico, dinero y una aparentemente idílica vida en la capital española. Tras esa fachada de lujo, éxito y perfección, se esconde un monstruo que necesita sensaciones al límite para seguir desarrollando su profesión y creciendo en su sector. Obsesionado con ser el mejor, Alfil no dudará en matar.

Una mañana de verano aparece la séptima víctima de El Fantasma en Sevilla, sumida en las mismas extrañas circunstancias de la muerte de las anteriores chicas, sin pruebas, huellas ni ningún otro indicio. Varias divisiones de homicidios siguen dando palos de ciego, mientras el teniente Pablo Aguilar se esfuerza en atar los cabos que puedan conducirle a descubrir al escurridizo asesino.

Entre todo ese infierno de frustraciones e inseguridades, nace un amor entre las cenizas que hará cambiar la personalidad de Alfil, un fotógrafo al que amarás y odiarás a partes iguales.

La historia de Alfil se compone de tres momentos clave, las tres etapas en su vida que han creado la lucha entre el genio y el monstruo que habitan en su interior.

Aquí tienes la primera de las tres.

Lectulandia

Fran Barrero

Alfil: Alfil Negro

Alfil - 1

ePub r1.0

Titivillus 15.08.2019

Título original: *Alfil: Alfil Negro*
Fran Barrero, 2016
Diseño de cubierta: Fran Barrero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Alfil

Cita

Dedicatoria

A modo de prólogo

Verano de 1992

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

*«... estar contigo es la consecución del mayor sueño o deseo
que pudiera haber imaginado.»*

Alfil

Para Cristina

A modo de prólogo

Alfil nació fruto de una casualidad, con el maravilloso cruce de ideas dispares que forman un argumento, espero que interesante para vosotros como lo es para mi.

Un diecisiete de mayo de dos mil dieciséis llegó a la vida, justo el día en que éste que os escribe cumplía cuarenta años. Tras una etapa de varios años escribiendo más de una docena de publicaciones didácticas, la ficción acabó llamando a la puerta y fue imposible no dejarla pasar. A día de hoy, con esta segunda edición y revisión de la que es mi primera novela, la escritura supone el ochenta por ciento de mi trabajo diario.

Pero el objetivo de esta introducción a modo de prólogo no es contaros mis desvaríos o pensamientos con respecto a la creación del personaje, sino el de aclarar que no soy partidario de dividir una historia en varias partes. Como tampoco soy muy fan de esas sagas literarias que se eternizan con secuelas y precuelas, buscando la forma de exprimir la gallina de los huevos de oro; con la salvedad de magníficos ejemplos donde los libros de la saga poseen argumentos excluyentes entre sí, historias originales e independientes en cada volumen y con sus tres actos diferenciados.

Quizá estés pensando que este razonamiento está en contraposición con el hecho de que éste sea el primero de tres libros basados en la vida de su protagonista. ¿Una trilogía? ¿Secuelas y precuelas? En realidad no. Quiero detallar a los lectores que la "trilogía" que comienza con este volumen se fraguó como una historia y libro único, con una estructura de tres actos clásicos: presentación, contenido o nudo y desenlace. Cada uno de dichos actos formando una etapa en la vida del protagonista. El manuscrito final contaba con un volumen de más de mil páginas.

Siendo Alfil mi primer libro de ficción, o primera novela, no tenía la más mínima posibilidad de comercializarse con ese volumen de páginas; ni siquiera podía llegar a quinientas para lograr su publicación. Así que me vi

obligado a dividir las tres etapas –y actos– del libro en tres volúmenes diferenciados. Y dotar finalmente a cada uno de ellos con sus propios tres actos. Porque resumir, abreviar detalles, o eliminar directamente aquello que considero importante para la historia, habría hecho descender mucho la calidad final del libro.

Luego fabriqué una estructura propia en cada volumen, abriendo y cerrando las historias de cada uno a modo de libro independiente, para así poder ofrecer una historia con cada uno de ellos sin que el lector pueda echar en falta la lectura de los otros dos. Considero esa una forma más inteligente de llenar las expectativas que el lector pone en cada libro, y de paso no obligar a los mismos a comprar los otros dos libros para comprender el argumento del que sí han adquirido.

Rizando más aún el rizo, cada libro de la trilogía cuenta con una temática diferente a los demás, siendo este primero una novela negra, policíaca, de asesinatos, o como os guste llamarlas. El hilo conductor de la trilogía queda en manos de la figura de su protagonista y su lucha interior por contener los demonios que le impulsan a cometer sus atrocidades. Pero observaréis –los que os lancéis a completar los tres volúmenes–, que los otros dos contienen un argumento completamente diferente.

Tratando de hacer las historias más amenas y llegar al lector de un modo más actual, la narración se ha realizado muy rápida, sin altibajos en los ritmos, con capítulos cortos para su lectura diaria y en viajes, con pinceladas de acción, aventuras, romance, sexo, persecuciones, diálogos directos,...

Y con la única pretensión de entretener a quienes hayan confiado en la compra de este libro, he realizado la historia que comienza a la vuelta de esta página. Espero que disfrutéis de la lectura.

El autor

Verano de 1992

Mientras el mundo mira hacia España, en Sevilla reciben a decenas de millones de visitantes en su Exposición Universal y en Barcelona se celebran los Juegos Olímpicos, no muy lejos de la Ciudad Condal se está gestando la personalidad de quien, en un futuro, creará dos obras, una de ellas maravillará al mundo y la otra lo hará estremecer.

Nos encontramos ante la vista de una idílica postal de la costa brava desde una casa magnífica de estilo provenzal. Al fondo, el cielo y su reflejo en el mar obsequian con un bello y anaranjado atardecer, mientras en la terraza de la mansión se pueden observar dos figuras: un anciano y su nieto jugando al ajedrez. El abuelo sonríe al tumbar el rey negro con su alfil blanco, la posterior mirada enfadada del niño le provoca una risa incontinida.

—¿Echamos otra partida? —pregunta el anciano mientras vuelve a colocar las fichas sobre el tablero.

—No sé, me aburro. Siempre pierdo. ¿Me dejarás ganar alguna vez? Papá siempre me deja ganar.

—¿Qué tiene de divertido ganar sin esfuerzo y sabiendo que no lo has logrado por ti mismo?

—Es que me aburre perder siempre —responde el crío sin interés, distraído en las tareas de su abuela, que poda los rosales del jardín al otro lado de la terraza.

—No digas eso —replica airado su abuelo—, el ajedrez no puede ser aburrido. A su manera, aunque muy simplificada, este juego es como la vida misma. Cada paso y elección que tomes tendrán unas consecuencias positivas o negativas que te harán triunfar o fracasar en tus metas. De las decisiones que acaben en fracaso, aprenderás y te fortalecerán mucho más que los triunfos. La vida, como el ajedrez, solo es aburrida si tú la fabricas sin alma, sin metas ni esfuerzo, y sin entusiasmo por conseguirlas.

—Pero yo solo quiero ganarte al ajedrez, seguro que así es más divertido jugar.

—Algún día serás un gran hombre, un triunfador, y será gracias a haber aprendido de tus errores. Habrás sabido ganar después de superar las derrotas y volver a levantarte para intentarlo una y otra vez. Podrás ganar, ya lo verás, pero solo si te lo propones y te esfuerzas —el abuelo observa la cara de aburrimiento del chico—. Mientras llega ese día, ¿quieres que te cuente un secreto para ganar al ajedrez?

—¡Sí! —exclama entusiasmado el niño, esperando una fórmula mágica para lograr la victoria.

—Todo el mundo usa la reina para intentar ganar, o guarda muchos peones para acorralar al rey, algunos colocan una torre o un caballo en el sitio adecuado para su ataque; pero todo eso es predecible. En cambio, hay una ficha que solo se mueve en diagonal, esa que tú llamas torpe, la que menos esperará el rival que uses para un jaque mate. Una figura que si controlas como te he enseñado, te hará ganar.

El niño permanece expectante ante las palabras de su abuelo.

—Si deseas ganar en el futuro, debes aprender a matar con el Alfil.

*«El futuro tiene muchos nombres.
Para los débiles es lo inalcanzable.
Para los temerosos, lo desconocido.
Para los valientes es la oportunidad.»*

Victor Hugo

Capítulo 1

Agosto de 2016

El molesto y constante zumbido de una vibración despertó a Eva de su dulce sueño. La chica, aún embriagada por el sexo y placer que la acunaron unas horas antes, intentó sin éxito abrir los ojos, enfadada por haber olvidado desconectar la alarma del móvil. Golpeó con furia la mesita de noche, esperando apagarlo de una vez y que dejase de taladrar cruelmente su cerebro. Sabía que era sábado, no debería madrugar y su resaca protestaba por ello.

Por más que intentó recuperar el sueño, el calor inusual que comenzó a crecer en su interior a modo de recientes y húmedos recuerdos no se lo permitió. También sentía que el cuerpo le pesaba más de lo habitual, demasiado para incorporarse y sentarse sobre la cama. Calculó que serían las siete de la mañana. ¿Era su instinto de mujer trabajadora el que lo había vaticinado o que la alarma del móvil estaba siempre programada a esa hora? Lo cierto es que aquellos (sábado y siete de la mañana) eran los únicos datos que conocía de su situación actual.

Aún con los ojos cerrados y aturdida por el sueño, seguía tanteando con su mano derecha donde solía estar su mesita de noche, notando algo diferente, una superficie vacía, más alta y de madera en lugar de cristal. Sin duda no estaba en casa. Esa perturbadora realidad activó sus sentidos y su habitual miedo ante lo desconocido. «¿Dónde estás? ¿Qué has hecho? ¿Con quién? ¡Atención, peligro!», gritaba una alerta en su mente. Abrió por fin los ojos y esperó a que se adaptasen a la escasa luz del lugar, entonces descubrió la cortina de plástico gris de la ventana, los pocos muebles de pino macizo y comenzó a percibir el olor a ambientador típico de hotel.

«¿Por qué los hoteles no tienen persianas? Esas cortinas no sirven más que para despertarte pronto y abandonar la habitación antes de la hora prevista por el hotel», pensó irritada. Deseó haber llevado en el bolso un antifaz de los que solía añadir a la maleta cuando viajaba al extranjero.

Se sentó en el borde de la cama y por fin encontró el origen de su mal humor, su bolso estaba en el suelo y, al caer, se había salido parte de su contenido. Entre la cama y la ventana descansaban su teléfono móvil, un paquete de pañuelos de papel, una barra de labios, un *ticket* de compra de Zara, las llaves de su casa y un paquete de chicles de menta Orbit casi vacío. Volvió a meter sus cosas en el bolso sin levantarse del borde de la cama. La cabeza estaba a punto de estallarle cuando apagó por fin el molesto despertador y el silencio inundó de calma la penumbra de la habitación. Miró a su alrededor y comprobó que se encontraba a solas con su dolor de cabeza y un regusto horrible en la boca. No era algo nuevo, solía tener resaca cada sábado al despertar. Siempre culpaba al garrafón de la discoteca, pero seguro que el número y no la calidad de las copas que tomó era la verdadera causa. Las dos compañeras de trabajo con las que salía cada viernes podrían atestiguarlo.

La noche anterior habían ido a cenar a *Río Grande*, les encantaba por la posibilidad de comer con vistas al río Guadalquivir y saltar la dieta por un día a la semana antes de ir a quemar la cena bailando en *Antique Teatro*. «Somos animales de costumbres», pensó Eva con un mohín en la cara. Se reprochaba el no lanzarse a buscar sitios nuevos; ella quería ir a esos lugares de los que oía hablar a sus amigos de facebook, locales nuevos con bonitas decoraciones y luces de colores en lugar de la oscuridad de la discoteca habitual, pero se afligía cada sábado al descubrir que otra semana más había repetido el plan de siempre. Y al viernes siguiente volvía a quedar para hacer lo mismo y continuar aquel círculo vicioso, que no servía más que para hacerle sentir que estaba malgastando su vida.

Sin embargo, la mueca de autoreproche duró poco, estaba en un hotel y recordaba con mediana lucidez lo que había pasado. Sonreía de forma pícaro mientras miraba en su mano izquierda el teléfono, sabiendo que pronto informaría a sus amigas de los detalles de su exitosa noche, y con la derecha se acariciaba los labios aún hinchados y algo escocidos. En esta ocasión mereció la pena repetir plan por enésima vez, ya que conoció a alguien más que interesante. Eva mordía su labio inferior, pensando en lo ocurrido sobre esa misma cama hacía solo unas horas, hasta llegar a ruborizarse con el olor que aún desprendían las sábanas. De súbito, un pensamiento la sacó de su feliz estado: «¿dónde se había metido el chico?». No estaba en la cama y no había luz bajo la puerta del baño, ni se oía el más mínimo sonido. Así que realmente se encontraba sola en la habitación. La soledad le gustaba desde que era una niña, no tener a nadie a su lado le hacía sentir que podía ser ella

misma y no tener que fingir por agradar a los demás. Comenzó a sonreír, agradecida de que el chico se hubiera marchado antes de que ella despertase; después de todo, en caso contrario no sabría qué decir ni cómo actuar. «¿Desayunamos juntos? ¿Cada uno a su casa? ¿Nos damos los números de móvil? No, es mucho mejor así. Es mejor el recuerdo de algo fantástico que encontrarte cara a cara con la cruda realidad y que el chico no sea tan fascinante como los cuatro *gin-tonics* de anoche te hicieron ver. O peor aún, podría ser al revés y que tú no seas la espectacular chica que él recordaba con sus copas de más. ¡Dios qué vergüenza!». Eva se martirizaba creando en su mente un sinfín de posibles situaciones, todas ellas negativas.

No es que ella tuviera una vida sexual muy activa, lo cierto es que llevaba meses sin estar con un hombre; y el último no fue un ligue de una noche sino un aburrido novio con el que compartió (desperdició) varios años de su vida. En ese momento, la chica sacudió la cabeza con fuerza para sacar a Pablo de sus pensamientos, era la última persona en la que deseaba pensar.

Lo más probable es que el alivio que sentía al no ver al chico en la habitación se correspondiese con su miedo a que volvieran a hacerle daño. Era una persona muy frágil emocionalmente y se auto flagelaba constantemente por todas sus decisiones. Cuando era atrevida, se enfadaba por los riesgos asumidos; y cuando era mojigata, lo hacía por no ser más lanzada. Esto último es lo que ocurría con más frecuencia. Por otro lado, se adivinaba por su sonrisa que la presa de anoche era caza mayor, por su sonrisa y también por las agujetas que la incomodaron al levantarse para abrir las cortinas de plástico, ya ni recordaba cuánto hacía que no tenía a un hombre entre las piernas dándole semejante cabalgada. Recordó de repente el pelo negro, la perfecta sonrisa y el traje negro que marcaba un duro cuerpo muy trabajado en el gimnasio. Cuando se acercó a ella, tan directo y decidido, con esa mirada «¡Dios qué mirada...!». No podía creer que se hubiera fijado en ella. Cerró los ojos y recuperó de sus recuerdos la fragancia del perfume del chico cuando le susurraba al oído en la discoteca.

Eva volvió a la realidad y comprobó, al abrir a la ventana, que estaba en la Alameda de Hercules, se observaban la comisaría de policía frente a ella y las mesas y sillas vacías de las terrazas alrededor de la calle, nunca había visto aquel lugar tan desierto. Aún era pronto, pero en un santiamén estaría lleno de gente desayunando; y más tarde se encenderían las fuentes de agua, cuyos chorros desde el suelo refrescarían el caluroso día a los turistas y harían las delicias de niños y mascotas que pasearan por allí.

La anaranjada luz del amanecer le trajo el recuerdo de cómo salieron ella y el chico de *Antique*, en el Audi de... Steven, se llamaba Steven, él le dijo que era español de padres americanos. Lo ocurrido la noche anterior se iba haciendo cristalino en su mente. Entonces pensó que no sabía cómo volver a casa desde el hotel, era demasiado temprano para llamar a una amiga y no había aún autobuses, así que buscó en su bolso para ver si tenía efectivo para un taxi. Porque si era difícil encontrar un taxi a esas horas de la mañana en una zona peatonal de Sevilla, mucho más complicado que aceptara pago con tarjeta. Y hablando de pagar, ¿habría pagado el chico la habitación del hotel? Ella no recordaba con claridad el momento en que había entrado, estaba algo mareada y muy caliente después del anticipo que ambos se habían dedicado en el coche durante el breve trayecto desde la discoteca. No estaba siendo una buena época económica para ella, hacía poco que se había mudado a un piso nuevo de alquiler, que tuvo que amueblar y pintar, así que se asustó ante la idea de tener que pagar una habitación que quizá costase más de lo que ella tuviese en su cuenta bancaria.

Estaba absorbida por esos pensamientos, mirando al infinito, tan hipnotizada por la creciente luz que la bañaba a través de la ventana, que comenzó a hablar sola en la intimidad.

—¿Por qué tengo que pensar en estas tonterías? ¿Qué importa si el hotel está pagado o no? ¿Si hay taxis o no? He vuelto a centrarme en cosas sin importancia, a costa de no disfrutar el momento, cuando la vida me dedica experiencias interesantes. ¿Y si el chico fuera el hombre de mis sueños? Puede que no le vuelva a ver y he sido tan tonta de alegrarme por no encontrarle en la habitación. Creo que no aprenderé nunca a vivir la vida de la forma intensa que me gustaría.

Eva suspiró al mirar los destellos que brotaban en el cielo tras el horizonte de casitas de la avenida. «Hoy hará calor», pensó mientras decidía lo que hacer a continuación.

—Me encantaría ser como esas chicas de las películas a las que les importan muy poco esos detalles superficiales y van viviendo experiencias plenas de felicidad. Si he tenido el valor de venir desde la discoteca hasta aquí con un chico, pasando de mis amigas, ¿por qué luego vuelvo a ser la tonta que se alegra de no continuar con la aventura? No, ni hablar, voy a cambiar, está decidido, voy a disfrutar de la vida y de lo que ella me ofrezca. No pienso ser una solitaria anciana de noventa años, rodeada de gatos y que protesta porque se ha dejado encendida la luz del pasillo.

—No, no lo serás —dijo una voz grave desde el baño.

Steven llevaba allí todo el tiempo, observando y oyendo a la chica en la oscuridad tras la puerta casi cerrada. Cruzó rápido la habitación hacía donde ella se encontraba y le apretó el cuello con fuerza hasta matarla.

Capítulo 2

—¿Quedamos esta noche en casa de Carmen?

Di un respingo al oír la pregunta de Rocío. Estaba tan concentrada realizando un balance que no la había visto llegar, a pesar de que la esperaba desde hacía más de una hora para proponer el plan de la noche; sí, el plan, ya que siempre íbamos al mismo restaurante y luego a la misma discoteca.

—Pues claro. ¡Habrás que darlo todo! —respondí fingiendo entusiasmo, como cada viernes. Aunque me pregunté cuándo tendría el valor de decirle: «No. Este fin de semana iremos a otros sitios, y punto». Sonaba bien. Ojalá tuviera esa fuerte personalidad de las divas de Hollywood como Lauren Bacall o Ava Gardner; pero no era el caso, yo era de las que se dejaba llevar, en silencio y sin oposición.

En una oficina cualquiera en Sevilla, un viernes al mediodía empezaba la rutina habitual de sus empleados, hablando de sus planes de fin de semana, o incluso quedando entre ellos para salir juntos, típico entre compañeros sin pareja. Sin duda el mejor día en cualquier trabajo en el que se libre el fin de semana, y mucho más si hay jornada intensiva; el momento también en el que las estrictas normas de protocolo de las oficinas se suavizan para abrir las puertas al cómodo y práctico pantalón vaquero.

Y en una de esas oficinas comienza esta historia.

Rocío, Carmen y yo nos conocíamos desde hacía tres años. Fuimos contratadas con la primera ampliación de plantilla en una consultoría *online* de servicios para empresas del sector telecomunicaciones, éramos las nuevas y eso hizo que entablásemos amistad muy rápido, casi desde el primer día y a pesar de tener personalidades muy diferentes. Yo vivía cerca de Carmen, a solo dos edificios en la misma calle, así que Rocío pasaba a recogernos con el coche los viernes a las nueve.

Es curioso, pienso mientras me siento como una espectadora de una película protagonizada por mí misma. Siempre creí que mientras morías, si lo

hacías lentamente como en una caída o en un estrangulamiento como el mío, verías pasar toda tu vida ante tus ojos, los momentos más importantes de forma súper rápida. Pero por algún motivo que desconozco, yo solo recuerdo aquella noche. La «película» empieza cuando salimos las chicas, y lo más raro es que lo recuerdo desde la distancia, observándome desde fuera de mi cuerpo, viéndome a mi misma como si yo fuera otra persona, y con música de fondo y todo. En mi cabeza suena sin parar *Kissing* del grupo Bliss, siempre me ha gustado esa canción, pero de ahí a que sea la banda sonora de mi muerte... Por lo visto he sido una ñoña mojigata hasta el último segundo. Pero volvamos a la oficina.

—Se lo comentaré a Carmen y quedamos en mi casa a las nueve, como siempre. Me pondré el vestido azul que compré el martes, ni se te ocurra vestir de azul, que te conozco. —Me preocupaba quedar eclipsada, como cada viernes.

—Claro que no, ya sabes que no se puede romper el código —respondió Rocío con una sonrisa maléfica y un guiño de ojos que me dejó dudando sobre las intenciones de mi «amiga».

Rocío se marchó por el pasillo hacia su mesa, meneando el culo como hacía cada vez que quería irritar a alguien o poner caliente a su jefe para pedirle un día libre. Yo sabía que lo hacía para fastidiar porque, por muy puta que fuera tratando a los tíos, nunca fallaba a una amiga en detalles tan insignificantes como el que le había pedido, ¿o no? Otra cosa era cuando había un chico que le gustara; si te entraba alguien en un garito y a ella le parecía interesante, te lo arrebatava en un visto y no visto.

Carmen confirmó en cuanto le comenté el plan, tal como era de esperar, ya que siempre hacíamos lo mismo y ella no era de proponer nuevas ideas, ni ideas a secas, simplemente se adaptaba o acoplaba, como lo definía Rocío.

Solo quedaba una hora para salir de la oficina, el viernes terminábamos a las dos y media de la tarde. El tiempo durante la mañana se hacía eterno porque casi todo el trabajo pendiente no se avanzaba, se dejaba para el lunes siguiente, así que eran horas muy ociosas que pasábamos mirando el reloj cada cinco minutos o mandándonos mensajes.

Almorcé en casa y luego fui al gimnasio. Me moría por una siesta, pero la clase de zumba la dan siempre a esa hora y no me la quería perder. Viéndome desde fuera doy fe de que merecieron la pena durante esos años de esfuerzos, no me imaginaba tan delgadita y con un culo tan firme, debí cambiar el espejo de mi dormitorio, menudo reflejo me daba cada día el muy... Después de la clase y una ducha me marché a casa para dormir un rato por fin.

A las nueve menos cuarto de la noche ya estaba atacada de los nervios; como siempre, había dormido más de la cuenta y ahora tocaba correr. Acabé de maquillarme mientras hablaba por el manos libres con mi madre, siempre hablo con ella sobre las diez de la noche, pero cuando voy a salir de fiesta tengo por costumbre llamarla mientras me visto o maquillo, así no se queja al día siguiente por no haberme acordado de ella.

Hace dos años y medio que me independicé, primero para vivir con Pablo, mi ex, y luego porque volver con tus padres es imposible cuando te has acostumbrado a ser independiente y a dirigir tu vida por ti misma (o al menos intentarlo); además, Carmen me comentó que se alquilaba un piso cerca de su casa y era muy económico. No están los sueldos como para permitirte vivir sola y donde desees. El piso estaba hecho una mierda, pero el casero acordó reducir la cuota a la mitad todo el primer año si yo pintaba, amueblaba y renovaba algunos electrodomésticos, así que ahora tengo mi rincón hecho a medida aunque no me quede un euro tras la reforma.

Suena el móvil:

«¡Putas! Que ya salgo a por vosotras, no me hagáis esperar u os mato».

Rocío me acababa de mandar un mensaje para meter prisa, y yo me retrasaba como siempre, quizás esa noche un poco más de lo habitual. No sé cómo me las apañaba cada viernes para llegar tarde, con lo que detestaba tener que aguantar las quejas de Carmen y Rocío. Parecía que siempre fuese culpa mía que tuviéramos que esperar luego algo más de tiempo para tener mesa en el restaurante; pero es que, por mucho que trataba de empezar antes, siempre acababa de arreglarme muy tarde, soy... era un desastre. La impuntualidad debe de ser algo patológico, como una enfermedad, y no se me podía regañar por estar enferma.

Casi me maté bajando las escaleras con los tacones. Vivo en una segunda planta sin ascensor y hacía una eternidad que no paraba de sonar el claxon del coche de Rocío en la calle, esperando en doble fila; incluso algunos de mis vecinos gritaban desde las ventanas para que dejase de hacer ruido. Bajé los escalones de cinco en cinco, muerta de vergüenza como cada viernes, en la calle me verían esos vecinos y no para gritarme piropos precisamente.

Una vez sentada en el asiento trasero del coche, comenzamos con la charla habitual sobre la oficina. Rocío se quejaba porque, aunque intentaba evitarlo, seguía acostándose con Jaime, cuando no quería nada más con él. Ella aspiraba a algo más que un simple contable que aún viva con sus padres a los treinta y dos años, aunque no le ha hecho nunca ascos a su físico, más que suficiente para que las visitas esporádicas al baño, a última hora de la tarde,

merecieran la pena; sobre todo para luego contarnos con pelos y señales cada tórrido detalle. A ella le gustaría estar con Victor, su jefe, que aparte de guapo estaba forrado, pero también casado y solo la quería para encuentros puntuales; ella lo sabía porque ya se habían acostado en un par de ocasiones. Vamos, que la usaba de igual forma que ella a Jaime, y no le interesaba estar con ella más allá de un revolcón de vez en cuando, solo que Rocío parecía no captarlo.

Cuando por fin decidió hablar, Carmen se quejó del vejatorio trato de su jefe, también era secretaria y consideraba que él no le profesaba el tacto y educación que debiera. Se trataba del típico capullo arcaico que creía que debías besarle los pies por contratarte, o que una buena secretaria es la que no sabe escribir a máquina pero hace mamadas a su jefe. Vamos, que querría tener a Rocío, o alguna chica de similar físico y carácter, como secretaria en lugar de a ella. Así que trabajaba en tensión casi a diario. Los viernes era su mayor momento de desahogo, en el coche o cenando, contándonos la misma historia una y otra vez.

Yo casi prefería no hablar después de la bronca que me habían echado por retrasarme. ¡Por Dios, solo habían sido veinte minutos! Pero al final acabé participando y comenté el cotilleo de la semana en la oficina: Laura, mi jefa del departamento financiero, estaba embarazada, ¡otra vez! Sería fantástico (modo sarcasmo activado) hacer su trabajo aparte del mío durante los meses que estuviese de baja por maternidad; como si no fuera suficiente todo el volumen de trabajo que ya tenía, y más ahora que éramos menos por el último recorte de plantilla.

Después de más de media hora dando vueltas, conseguimos aparcar lo más cerca posible del restaurante y pude ver a Rocío al bajarse del coche. No se había puesto nada azul como prometió, pero estaba increíble, se sabía sacar mucho partido con el peinado y el maquillaje, y se trabajaba muy bien el cuerpo en el gimnasio, aparte de con Jaime en los lavabos. Llevaba un vestido blanco ajustado, minifaldero y con escotazo, así que mi fantástica compra en Zara de cien euros (que había dejado mis ahorros temblando) y yo nos volvimos transparentes a su lado. ¿Había dejado la cuenta en números rojos solo para el momento del espejo en casa? Esperaba que no, esa noche no me dejaría hundir por nadie. Ni por el cuerpo escultural que gastaba Rocío (metro setenta y cinco más los tacones imposibles), ni por su pelazo teñido de rubio, ni por sus enormes ojos azules ni por su seguridad en sí misma. Yo medía una cabeza menos y tenía una belleza más... ¿convencional? Bueno, me gustaba pensar que era una gran belleza andaluza, con mi pelo castaño y ojos de color

avellana; y mi cuerpo no estaba nada mal, mi trabajo me costaba en el gimnasio y con la dieta que me tenía muerta de hambre a diario.

Por suerte obteníamos un beneficio al salir con Rocío: la atención que ponían los camareros en ella nos valía para tener mesa esperando menos tiempo que el resto, además de un servicio más rápido durante la cena; algunos días nos encontrábamos una botella de vino a cuenta de la casa. Con un trato así era difícil buscar un restaurante diferente. Éramos como celebridades, o casi, aunque también conscientes de que ese trato de favor tenía fecha de caducidad, justo cuando los camareros comprobasen que no obtendrían ningún favor a cambio de sus atenciones.

Cotilleo arriba, copa de vino abajo, cuando nos dimos cuenta estábamos de nuevo en el coche, en dirección a la isla de la Cartuja para entrar en la discoteca.

Perdón, he olvidado contar cómo es Carmen, aunque por desgracia eso la describe de algún modo: muy tímida, no habla si no le sacas la conversación y físicamente no compite conmigo, menos aún con Rocío. Si perdiera unos kilos, se vistiese algo mejor e hiciera algo con eso que ella llama pelo, podríamos sacar algo de provecho. El problema radicaba en que ella se gustaba (o conformaba) así y no había más que hablar sobre el tema; solía enfurecerse y cambiar bruscamente de tema cuando le comentaba que podía mejorar su aspecto. Es cruel, pero somos las mujeres las más críticas con el físico del resto de chicas y no solo con el nuestro. Nos quejamos de que la sociedad impone unos inalcanzables cánones de belleza, pero esa sociedad somos nosotras mismas machacándonos sin piedad cuando ponemos un kilo de más o cuando criticamos a otras chicas por su físico. ¿Quiénes sino otras mujeres son las que escriben en revistas donde se señala y ataca a quien tiene más de una talla treinta y cuatro? ¿Quién sino una mala pécora resentida y amargada podría escribir un «Arrrgg» en una foto de otra chica en la playa? Y solo por tener celulitis, que es algo que padecemos todas.

Y aquí estoy yo, queriendo cambiar a Carmen, una chica que dice ser feliz con el cuerpo que le ha tocado. Y por si no fuese suficiente, sigo obsesionada con cambiar el mío solo para gustar a quienes no se fijan en mí porque no les interesa mi interior. Dietas y gimnasios, ropa bonita... Mejor dejo el tema o acabaré deprimida.

En el *parking* de la discoteca nos arreglamos el pelo, el maquillaje y comprobamos que la ropa estaba perfecta, aunque los espejos de los parasoles del coche y sus ridículas luces no eran lo más apropiado para esos menesteres. Después de unas copas no nos acordaríamos siquiera de aquel momento. No

había aún mucha gente en la entrada, mejor así, nos gustaba llegar pronto y que la barra estuviese vacía para pedir una copa, y la pista también para poder bailar sin estar apretados; además, no habría cola en el baño aún y me estaba haciendo pis.

Theatro Antique es una pasada, me gustan los sitios con una decoración e iluminación tan cuidadas, aunque para mi gusto es algo oscuro. No es muy grande pero nos encantaba subir a las gradas de arriba cuando la pista de baile estaba abarrotada y no podías ni moverte; eso sí, tras unas copas acabábamos volviendo abajo como siempre, cuando ya no te importaba si tu maquillaje estaba perfecto o si se te veía la tira del sujetador separada de la del vestido. Era el momento de soltar el estrés, de olvidarte de la oficina, de los jefes, de que a veces costaba llegar a fin de mes o de que Rocío aparecía cuando algún chico guapo se acercaba a ti. Mi vida no era una perfecta película americana, pero podría ser peor, podría ser como Carmen; ella aseguraba ser feliz pero yo no podría soportar su vida. Estaba pero no estaba, no mostraba interés por nada ni por nadie, no hablaba nunca de metas futuras, parecía una maceta. ¿Pero eso qué importa ahora? Creo que me estoy rayando.

¡¡Pues a bailar y descontrolar!! No sabía dónde estaba Rocío, hacía rato que no la veía, puede que con algún chico fuera. Pero no me importaba porque estaban poniendo una canción que me encantaba ¡Salté, reí, bailé, el mundo se detuvo unos minutos y yo disfruté del instante, mi instante!

De repente sentí un susurro y un cálido aliento en mi cuello.

—Me gusta tu vestido.

Capítulo 3

Me di la vuelta y quedé sin habla en el acto, el chico era espectacular y me miraba con unos ojazos oscuros, bajo espesas cejas, que paralizaban los sentidos. Si un día cualquiera, en plenitud de mis facultades, hubiera visto a un chico así, sonriéndome y hablándome, hubiera pensado que se estaba riendo de mí; así que imaginad un viernes noche con unas copas de más. Me fue difícil asimilar que el pedazo de hombre que tenía ante mí estuviera interesado en conversar conmigo, así que me limité a mirarle con cara de boba y desear cabalgarlo allí mismo como a un potro salvaje.

Sin duda, ya llevaba mi dosis completa de *gin-tonics* esa noche cuando pensaba usando semejantes palabras, pero es que el tipo estaba para sacarlo de allí corriendo antes de que Rocío lo viera y fastidiara la noche. Y recuerda que en ocasiones así nunca debes mentar al diablo. No había hecho más que pensar en Rocío y allí apareció; para ser más exactos, se había metido entre el desconocido buenorro y yo, y eso que nos separaban solo unos diez centímetros antes de llegar ella. No sé cómo ni cuándo, pero antes de poder abrir la boca para quejarme a mi «amiga» o responder al chico, Rocío ya había lanzado los tentáculos contra su presa. Me di por vencida antes siquiera de intentar pelear, no podía hacer nada ante su físico ni contra sus sofisticadas y muy experimentadas técnicas de zorreo con los hombres, además del disimulado empujón que me había dado con el trasero para meterse en medio a la vez que me apartaba de allí. Me giré para seguir bailando, una sabe cuándo puede competir y cuándo no, el chico estaba fuera de mi alcance y ahora completamente perdido entre las fauces del ave de rapiña que era mi compañera de trabajo.

—He dicho que me gusta tu vestido.

Mi cuerpo volvió a vibrar y estremecerse con su voz, y no sabía si tenía nuevamente al chico detrás o todo era producto de la ginebra. Me giré despacio y allí estaba de nuevo, con esa media sonrisa que conseguía

paralizarme por completo. Se había deshecho de Rocío con un: «Disculpa, pero hablaba con tu amiga», y la apartó de él como se aparta con el tenedor a una insípida y ordinaria patata cocida para poder comerte el sofisticado y sabroso filete. Bueno, al menos yo soñé que era eso lo que había ocurrido a mi espalda.

—Me llamo Steven, Steven Meisel. ¿Y tú?

Pues yo estoy alucinando, eso era lo único que podía pensar; solo pensar, ya que no era capaz de articular palabra, salvo mirarle con la boca abierta como una imbécil. Generalmente estoy muy habladora con unas copas de más, pero el tal Steven era hipnótico, desprendía una total seguridad acompañada de un físico que encendía mi interior. Moreno de cabello y piel, mirada muy intensa, mentón afilado, labios gruesos y casi metro noventa de estatura. Llevaba un traje negro con pantalón casi ajustado, camisa gris ceñida y una americana que le sentaba como hecha a medida. Iba apretado pero elegante, no tan ajustado como los niños que te encuentras cada noche en los garitos, y que parecen que vayan a explotar; algunos de ellos tienen casi cuarenta años y visten creyéndose críos de diecinueve, son patéticos y pasan más horas cuidándose ante el espejo que la mayoría de las chicas. Steven no era un crío o un niño de cuarenta años, era un hombre que aparentaba unos treinta y hacía elegante a la ropa, en lugar de a la inversa. Todo él, incluso su voz, reforzaban el magnetismo que desprendía y que provocaba mi rubor; y eso que solo había dicho dos frases.

—¿Te estoy molestando? Si es así, te ruego me disculpes —añadió al ver que, tras unos interminables segundos, yo no contestaba, me limitaba a mirarle perpleja. Su voz continuaba siendo grave pero a la vez suave como un susurro, no elevaba el tono, solo se acercaba mucho para que yo pudiera oírlo y eso creaba un clima muy erótico. Cada vez que entraba con su cara en mi cuello, sentía subir el calor desde mis piernas al tiempo que desaparecía el mundo a mi alrededor.

—Me llamo Eva —conseguí decir por fin—. No me molestas en absoluto y gracias por lo del vestido, me lo he puesto para gustarte.

Bueno, esa última parte solo la pensé, hubiera sido la leche tener el valor de decirlo en voz alta. Aquella frase la hubiera dicho Rocío sin parpadear siquiera, pero yo me moría de vergüenza solo con imaginarlo. Espera, ¿por qué no? Ya va siendo hora de lanzarme. Siempre me arrepiento de no haber hecho o dicho aquello que me hubiese gustado cuando ya era demasiado tarde. «¡No pienses Eva, solo actúa!». Me dije con firmeza.

—Me puse el vestido para gustarte. —No había terminado la frase y ya estaba roja como un tomate. No podía creer que acabara de decirlo y ya me sonase como una gilipollez tremenda. Podía consolarme a mí misma por no haber vomitado encima de él, o haberme puesto a reír como una imbécil; en más de una ocasión me había pasado gracias al «maravilloso» efecto de la ginebra. Ahora este adonis se partirá de risa en mi cara, o se marchará y yo querré morirme aquí mismo. Ni muerta regreso a esta discoteca nunca más.

—Pues te ha funcionado. El azul es mi color favorito, y te queda muy bien.

¿Perdona, estoy despierta? No me puedo creer que un tío así me siga el rollo, más aún con mi lamentable conversación. Espera, ¿qué estoy diciendo? Por favor, necesito confianza. ¡Joder Eva, tienes que quererte más a ti misma! Bueno, la verdad es que nadie se quiere más a sí misma que Rocío y este tío increíble ha pasado de ella; o tal vez ha perdido una apuesta con sus amigos y ahora debe cumplir el castigo de ligarse a la loca del vestido azul, la que baila como una posesa salpicando con su copa a toda la discoteca.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo algo acalorada.

—Si necesitas tomar aire, podemos salir fuera y así hablamos un rato sin tanto ruido.

Me derretía cada vez que Steven acercaba la boca a mi oído y sentía el calor de su aliento, tanto que dejaba de ser consciente de los largos segundos que tardaba en responderle; entre eso y mi boca abierta al mirarle, no comprendía cómo él seguía interesado en mí. Lo que tuve muy claro desde el primer momento es que no quería que todo acabara en esa conversación, deseaba ver cómo avanzaba la noche y comprobar si Steven era tan interesante por dentro como por fuera. Ya sé que suena a mojigata, pero es que no me bastaba con que un chico tuviera una cara y cuerpo perfectos, si no me atraía su interior, ni todas las copas del mundo harían que pasara algo más.

Sin mirar a nadie ni ser consciente de dónde estaba ni con quién, me dejé llevar como si flotara sobre una nube. Steven me llevaba de la mano y no me importaba lo más mínimo que él notase que la tenía algo sudada, me limité a recrearme con la imagen de su espalda y pelo mientras caminábamos hacia la puerta de salida de la discoteca. Dos minutos después de mi pensamiento de mojigata sobre los valores internos que debía tener el chico, estaba en el *parking* metiendo mi lengua hasta su campanilla y mi mano trataba de abrir la cremallera de su pantalón. ¡A la mierda el interior! Lo único interior de él que

me interesaba era ver lo antes posible qué había bajo su ropa. Provocaba en mí unos instintos que no había experimentado nunca, claro que Pablo y el resto de mis pocos exnovios parecerían de otra especie u otro planeta al lado de Steven, en lo referente al físico y en lo que provocaba en mí solo con su mirada. No me reconocía a mí misma pero me sentía feliz, y libre por primera vez en toda mi vida, dejándome llevar, confiando en mis instintos.

Necesitaba cometer una locura para sentirme viva, pero el *parking* abarrotado de la discoteca no era el mejor sitio, al menos eso pensó Steven cuando frenó mi ímpetu (y mis manos) para decirme que fuéramos a algún lugar más íntimo. Ni siquiera me despedí de Rocío y Carmen, ni les mandé un mensaje de whatsapp, de hecho ni pensé en ello en ningún momento. ¿Estaba por fin viviendo como siempre había soñado?

Pensaba que nos enrollaríamos dentro del coche, pero entiendo que, por la cantidad de gente que podría vernos en el aparcamiento, Steven arrancara el vehículo y nos fuéramos a buscar un lugar más discreto. No lograba frenarme, era incapaz de contenerme y no paraba de besarle, abrazarle, tocarle... ¿Qué me estaba pasando? Siempre había sido tan estrecha, tan antigua. ¿Quién era la chica que esa noche llevaba mi precioso vestido azul? Sin duda no podía ser yo. Si mis exparejas me vieses... Ellos, que siempre me decían cosas como: «no te gusta jugar», «nunca te arriesgas nada» o «deberías disfrutar más del sexo».

Y allí estaba esa noche, cachonda como una mona; comportándome como lo hacía Rocío, a la que tanto he reprochado su libertinaje. ¿Quién usa palabras como libertinaje hoy en día? Soy una antigua mojigata y estrecha, pero por poco tiempo, porque esta antigua y mojigata iba en el coche de Steven abriendo la cremallera de su pantalón mientras él conducía hacia no me importaba dónde. Y cuando liberé la tensión de su entrepierna para dedicarle el mejor examen oral que nunca hubiera hecho, él sostuvo mi cara un instante con su mano derecha y me dio un suave mordisco en el labio, luego me preguntó:

—¿Te parece si busco un hotel por la zona? El coche es algo vulgar e incómodo para estar juntos, ¿no crees?

—Sí, por que mi casa está algo lejos, además, vivo con mis padres. —No sé por qué le mentí, supongo que me asustaba la idea de llevarle a casa y actué por inercia. Y no es que estuviese fea, sucia o desordenada, al contrario, lo tengo todo siempre muy limpio y recogido, pero me provocaba una especie de pánico el pensar en meter a un desconocido dentro.

—Decidido, busco un hotel por la zona —dijo Steven a la vez que manoseaba su móvil.

Yo seguía con la tarea que había empezado mientras él conducía como si huyera de la policía tras un atraco, parecía que estuviéramos en una carrera clandestina de película. Veía pasar las luces de la ciudad tan rápido por el rabillo del ojo que, en lugar de marearme por el alcohol y por tener la boca ocupada hasta la campanilla, sentía un vértigo de puro éxtasis. Continué dando rienda suelta a mis instintos más básicos sin preocuparme por tener un accidente, ni siquiera me importaba si Steven acababa explotando en mi boca, algo que jamás hubiese permitido a mis exnovios.

No entiendo cómo podía conducir a la vez que buscaba un hotel, recibía mis más íntimas atenciones y ocupaba su mano derecha bajo mi vestido. No quise imaginar lo que sería capaz de hacer con el resto de su cuerpo y dedicándome el cien por cien de su concentración. Me encontraba en el cielo cuando sentí que el coche frenaba. No recuerdo cuánto duró el trayecto, pero como dicen que el tiempo es relativo y variable en función de si lo estás pasando bien o mal, para mí fue demasiado breve. Bajé mi vestido después de colocarme bien el tanga y limpiar la saliva de mi barbilla; me encontraba algo aturrida, pero lo bastante consciente como para ver que estábamos aparcando en una calle empedrada, muy estrecha y rodeada de casas de dos plantas, habíamos tardado poco desde la discoteca, así que estaríamos por alguna zona cercana al río.

—Allí —me señalaba Steven con el dedo, mirando hacia delante—, girando a la derecha tienes un hotel, toma algo de dinero y reserva una habitación mientras pongo el *ticket* de la zona azul.

Me dio dos billetes de cincuenta euros para que pagase la habitación, pero no entendí lo de la zona azul, si solo eran las cuatro de la madrugada. Supuse luego que lo hizo para no tener que madrugar a la mañana siguiente y bajar a pagar. No pregunté, solo cogí el dinero y caminé hacia el hotel; algo raro en una feminista como yo, no me gusta que un chico pague los gastos, pero mi sueldo da para poco últimamente y no sabía si el precio del hotel podría pagarlo con el saldo de mi cuenta. Caminaba intentando parecer lo más sofisticada posible, estar medio borracha y llevar tacones altos sobre los surcos de la acera no ayudaba, pero al menos lo intenté; no sabía si Steven me lanzaría alguna mirada o si caminaba ya tras de mí, así que mantuve el tipo lo mejor que pude, intentando incluso recordar cómo camina Rocío por los pasillos de la oficina cuando sabe que le miran el culo.

—Bienvenida al Hotel Patio de la Alameda. ¿En qué puedo servirle, señorita?
—preguntó un joven conserje, demasiado despierto y risueño para esa hora de la noche, tras levantar la mirada de la pantalla de su ordenador.

El recibidor no era muy grande pero sí acogedor, con paredes y altos techos pintados de color melocotón, contrastando con el suelo y frisos de mármol casi blanco. El chico que me atendía parecía naufragar en medio de un mar de tarjetas postales, *souvenirs* y folletos turísticos que ocupaban todo su espacio de trabajo. Resultaba incluso cómico, estaba muy delgado y vestía un uniforme de conserje clásico que le quedaba muy grande. Sobre el mostrador y a su derecha había un teléfono de ¿decoración? que debía tener más de un siglo. Todo aquello me hizo sentir como si hubiese viajado en el tiempo, incluso tuve que contener la risa cuando le comparé mentalmente con un conserje del Gran Hotel Budapest.

—Quisiera una habitación para esta noche.

—¿Individual o doble?

—Doble, pero con una cama grande, no quiero dos camas.

El conserje levantó la vista del teclado solo por un instante, una milésima de segundo, lo suficiente para decir con su mirada que entendía lo que estaba pidiendo, y que era algo habitual a esas horas de la noche. La breve sonrisa posterior corroboró esa idea e indicó que no había problemas.

—Necesitaré el pago por adelantado y su DNI. Y si no va a estar sola, necesitaré el DNI de su acompañante también. —Lo dijo como un robot, como dices algo que has repetido diez mil veces, incluso con algo de desidia en la voz. Supuse que el motivo se encontraba en la cantidad de clientes que iban a pasar un rato discreto, incluso con prostitutas, y preferían no dar su documentación a cambio de soltar una buena propina en su lugar.

En ese momento oí un chasquido casi inaudible (menos que un susurro) proveniente de mi izquierda. Tras una enorme puerta de forja que separaba la recepción del resto del hotel, se podía apreciar en la penumbra el típico patio de los antiguos palacios sevillanos que han sido reconvertidos en hoteles o museos. Sin duda era Steven, se encontraba sentado con su traje negro en un sillón de bambú y mirándome con una sonrisa, pude ver cómo se llevaba un dedo a la boca para indicarme que guardase silencio, luego me hizo un gesto con su mano, invitándome a pasar junto a él. Ganas no me faltaron de mandar a la mierda al conserje y correr a sus brazos. Pero, ¿por dónde había entrado? No le había visto pasar, y el conserje le hubiera saludado o preguntado adónde se dirigía. En ese momento recordé que el chico seguía esperando aún

mi respuesta al DNI de mi acompañante y al pago de la habitación, puse los cien euros sobre la mesa y le dije:

—Estaré sola.

No sé por qué hice eso, supongo que porque me sentía como en una película de espías. La figura de Steven entre las sombras, tras la puerta, me había sumido en una situación que no hacía más que fomentar el deseo y las ganas de aventura que habían empezado con su aliento en mi cuello media hora antes en la discoteca.

No había colado que estaría sola, pero el recepcionista debía de estar acostumbrado a todo tipo de experiencias; y por descontado que tuvo que notar mi estado alterado por el alcohol o el olor de la ginebra en mi aliento. No preguntó ni dijo nada más, salvo «entiendo», y tras guardar los billetes bajo el mostrador me dio una llave con el llavero enorme y pesado típico de los hoteles para que no te vayas durante el día de paseo por la ciudad y la pierdas, así la dejas en recepción y no cargas con su peso y volumen. Apuesto a que el empleado esperaba ver llegar tarde o temprano a mi acompañante, esa noche se quedaría con las ganas.

—Habitación doce, a través de esta cancela de su izquierda y al fondo del patio, suba a la derecha por las escaleras —añadía a la vez que me señalaba con gestos de sus brazos el camino que debía tomar.

Sin duda no era uno de esos hoteles de cinco estrellas en los que te acompañan a la habitación y luego esperan con disimulo la propina. No me entregó el cambio de los cien euros, en su lugar un guiño de ojos, casi tan imperceptible como la media sonrisa de su cara, fueron suficientes para hacerme saber que se quedaba el dinero a cambio de hacer la vista gorda con la documentación de mi posible pareja. Los hoteles tienen como obligación tener fotocopia del DNI de cada persona que hospedan, sin excepción, pero bueno, ¿quién haría una inspección esa madrugada?

—Es tarde —añadió cuando yo atravesaba la puerta de forja—, así que la chica de la limpieza no le molestará mañana. Hasta la una de la tarde no subirá a su habitación y así podrá dormir sin problemas —fue lo último que dijo antes de enfrascarse de nuevo en su pantalla de ordenador y olvidarse de mí.

Entré en el patio, pintado también de color melocotón y con sofás y sillones de mimbre y bambú, y a pesar de la luz muy tenue de velas encima de unas mesas, supongo que por la hora de la noche no encendían las luces, pude ver perfectamente a Steven levantarse de uno de los sillones, venir hacia mí haciendo de nuevo el gesto del dedo en su boca para que no hablase, y agarrar

mi mano. Tampoco hubiera podido hablar, el deseo y la sensación de aventura me sostenían sobre un sueño consciente que me impedía pronunciar palabra cuando estaba tan cerca de él.

Me llevó en silencio hasta la escalera de mármol blanca con pasamanos de forja que me había indicado el conserje, y entonces fue cuando se unieron en mi interior la curiosidad y el valor para preguntar en un susurro: «¿Por dónde has entrado?». Recibí un beso en los labios como única respuesta, pero qué beso... Me hizo temblar las rodillas (y lo que no son las rodillas), luego me dijo: «He entrado tras de ti, ¿no me has visto?». Era imposible, mentía, pero en ese momento no me importaba, el hotel podía estar ardiendo y no me hubiese inmutado.

Entramos en la habitación, preciosa con su cabecero de forja y las paredes pintadas de color crema, ventanales de madera y una cama enorme. Y no pude ver nada más, no quise ver nada más. Steven tiró mi bolso al suelo y comenzó a desnudarme casi a mordiscos mientras yo quitaba su camisa para corroborar que había un físico increíble bajo su ropa. Estaba descontrolada por completo, pero hice el esfuerzo de desprenderme de él para ir al baño, necesitaba respirar, agua fría en la cara y hacer pipí. Sentada en la taza del váter pensé en mandar un mensaje a las chicas, no quería que se preocuparan, que supieran que estaba bien, pero recordé que no había cogido el móvil ni el bolso. Me limpié y refresqué la cara en el lavabo. Entonces frente a mí, reflejado en el espejo, contemplé mi desastroso rostro con el maquillaje de los labios desaparecido y el rímel diluyéndose por las mejillas.

—¿Que habrá visto en ti? —no pude evitar el absurdo monólogo, que dejaba de ser interior para convertirse en susurros, al verme frente a mi reflejo—. No me puedo creer que me esté pasando esto. Espero no haberme olvidado de cómo se hace, porque llevo un siglo sin sexo de verdad. Aquello que hacía con Pablo era hacer el amor, o, visto desde la distancia, echar un polvo conejero de aquí te pillo aquí te mato algún que otro sábado. Bueno, no seas tonta y cruza esa puerta, no le hagas esperar más. Eso sí, antes límpiate bien esos ojos, que pareces un oso panda.

Al salir del baño vi cómo Steven caminaba rápido hacia mí, me levantó en peso como si yo fuese una pluma y no pude evitar un leve gemido. Me lanzó contra la cama, abrió mis piernas y hundió su cara entre mis muslos; creí morir en vida al sentir su lengua entrando en lo más profundo de mi ser. Ardía como si el chico estuviese avivando una hoguera que yo creía apagada, y rogué para que aquella noche nunca acabase. Evoqué de repente los casi olvidados deseos que había tenido en la adolescencia, cuando comenzaba a

descubrir el sexo, pero que nunca se llegaron a cumplir por no conseguir los compañeros de cama adecuados, o por no ser capaz de soltarme como lo estaba haciendo en ese momento. Sentía arder el mundo a mi alrededor pero solo anhelaba tener a mi dios entre las piernas, sentirlo dentro de mí, deseaba lamer cada rincón de su cuerpo. Le apretaba con fuerza sus brazos y su cuello, agarraba su cabeza y la dirigía en los movimientos que me daban más placer, me sorprendí a mí misma moviendo la cadera como si pudiese penetrar su boca, pero eran sus dedos y su lengua los que entraban dentro de mí con cada acometida.

No quería contener mis gemidos y jadeos, me daba igual hacer ruido y despertar a los demás huéspedes del hotel. Nunca imaginé que un chico pudiera hacer un sexo oral tan bueno y durante tanto tiempo. Grité fuera de control hasta donde me llegó la voz, sin recordar haber sentido tanto gozo en toda mi vida. Era la primera vez que tenía un orgasmo antes de... bueno, ya sabéis, antes de la penetración. Y no me había repuesto aún de los temblores que recorrían mi cuerpo cuando se colocó sobre mí, obligándome a abrazar su cadera con mis piernas. Me aferré a él con todas mis fuerzas al sentir la embestida, fue salvaje a la vez que suave, intenso a la vez que respetuoso y firme a la vez que dulce. Deseaba que nos fusionáramos, impedirle que jamás se separase un milímetro de mí. En ese momento sí que estaba flotando y sintiendo un placer que desconocía. Steven lamía y mordisqueaba mis pechos con suavidad mientras empujaba su cadera con fuerza, el ritmo era rápido y constante, y no tardaríamos en llegar al clímax entre jadeos, sudor y caricias. Pero, cuando menos lo esperaba, me agarró con fuerza y me hizo cambiar de postura. Como si yo no fuese más pesada que una pluma en sus brazos, se colocó tras de mí y comenzó a acariciar mis pechos con una mano y a jugar con mi más íntima y húmeda zona con la otra, a la vez que reanudaba los envites. Luego volvimos a cambiar y, sentada sobre él, tomé de nuevo el control de la situación, o al menos eso deseaba creer. Cada postura y movimiento me alejaban más y más de la realidad, el tiempo y el espacio dejaban de tener significado. Era suya, completamente suya y podía hacer conmigo lo que quisiera, yo no era capaz de hablar, casi ni de pensar, solo me dejaba llevar hacia donde él quisiera arrastrarme.

Terminamos después de horas de placer, sudando el uno al lado del otro, agotados y jadeantes, dormidos.

No solo era guapo y elegante, también sabía estar y se esforzaba en darme más placer del que había sentido nunca, era el chico perfecto. Creía haber encontrado a ese príncipe que las absurdas películas Disney y las románticas

americanadas te adoctrinan a esperar desde que eres una niña. ¿Sería Steven el hombre de mi vida?

Capítulo 4

Bajo el sofocante sol de Sevilla al mediodía, unas parpadeantes luces azules y molestas sirenas perturbaban la tranquilidad en la Alameda de Hercules, y esta vez no se trataba de una salida de coches desde la comisaría Sevilla 1 Centro, que se encuentra en la propia avenida. Era aquella bella zona peatonal, y en concreto el Hotel Puerta de la Alameda, el destino de las patrullas que se agolpaban sobre la acera, en el lugar que siempre ocupan las mesas y sillas para desayunar o almorzar de su restaurante. Los relojes marcaban la una y doce minutos de la tarde cuando un conserje muy alterado recibía a los agentes que él mismo había llamado unos cinco minutos antes. Se percibía la preocupación en su rostro. Esa mala imagen para el hotel, a plena luz del día, le acarrearía una reprimenda por parte de sus jefes; más aún con cientos de turistas curiosos en las terrazas, con sus móviles y cámaras digitales, ávidos por ver salir el cadáver tapado por la típica manta térmica amarilla o bolsa negra de plástico que suelen mostrar las películas. Las terrazas de los bares y restaurantes colindantes también habían tenido que quitar mesas y apartar a sus clientes para dejar sitio a los coches de policía y ambulancia que iban llegando. Malo, muy malo, aquel revuelo no traería buenas consecuencias para el conserje. El joven tenía la preocupación añadida de contar solo con el DNI de la víctima, cuyo cuerpo había descubierto la mujer de la limpieza al entrar en la habitación. Tendría que responder a muchas preguntas, posiblemente perdería toda la mañana en comisaría, y eso sumado a su cansancio por estar toda la noche haciendo su turno.

—Buenas tardes, mi nombre es Pablo, teniente Pablo Aguilar del departamento de homicidios de la Policía Nacional. Nos han dado el aviso sobre un cadáver encontrado en una de sus habitaciones.

El oficial que hablaba al conserje era un policía sin uniforme, en su lugar llevaba un pantalón vaquero azul claro y un polo de mangas cortas de color azul marino. El joven recepcionista usó su habilidad, o defecto de su trabajo,

para lanzar una mirada rápida e inquisitiva al policía: reloj digital barato, cinturón de piel muy gastado y náuticos sin calcetines con los que sería difícil atrapar a un ladrón corriendo. Delgado y muy alto, pelo castaño y ojos oscuros, parecía muy joven para ese puesto. El conserje hubiera apostado en ese momento a que la docena de personas que le rodeaban eran todos de más edad.

La pequeña recepción del hotel se llenó en cuestión de minutos, tras la entrada de seis policías, llegaron otros tantos y tres enfermeros o médicos vestidos de blanco y una camilla que dejaron apoyada en el suelo.

—Pasen por aquí, pensaba que sería todo más discreto —musitó el asustado conserje mientras acompañaba al teniente y al resto de sus acompañantes por el patio de sillones de bambú y mimbre hacia la habitación donde yacía el cadáver. No quería tenerlos en la recepción del hotel ni un segundo más, había ya demasiados curiosos tanto fuera como dentro del hotel, y lo peor de todo, haciéndose *selfies* con sus móviles.

—Siento que esto sea un fastidio para la imagen del establecimiento, y además en pleno comienzo del verano, pero hacemos nuestro trabajo y cada agente que ve aquí tiene su función valiosa en la investigación. Si el personal del hotel nos pone la tarea fácil, nos marcharemos lo antes posible.

En ese momento habían llegado otros cuatro policías más, cargados con maletas y equipos electrónicos varios, eran los científicos encargados de la búsqueda de pruebas. El teniente ordenó a los camilleros de la ambulancia que esperasen fuera de la habitación hasta que la policía científica hubiese examinado el lugar. Los sanitarios no protestaron, conocían el procedimiento; además, no podían tocar el cuerpo hasta que llegaran el forense y el juez de instrucción para certificar la muerte y ordenar luego el levantamiento del cadáver. Siendo sábado y verano, calcularon que podrían salir de allí al anochecer.

Pablo entró en la habitación, comprobando que la cama seguía deshecha; el bolso de la chica estaba en el suelo, al lado de su cadáver, ambos entre la ventana y la cama. Pensó en el tremendo susto que se llevaría la empleada de la limpieza al ver a la chica tumbada, con un enorme hematoma en el cuello y los ojos inyectados en sangre y fuera de sus órbitas. Por suerte no había tocado ni limpiado nada. Algunos agentes comenzaban a buscar pistas y huellas en el pasillo y los pasamanos de la escalera, otros habían ido a por las grabaciones de las cámaras de seguridad del hotel o entrevistaban a cada empleado del establecimiento, y el resto esperaba a que el oficial terminase su

ritual habitual en las escenas de crímenes para pasar a examinar el interior de la habitación.

El teniente fruncía el ceño mirando hacia abajo, el suelo de las habitaciones y de los pasillos era de plaquetas de mármol, así que sería difícil encontrar huellas o restos, mala suerte. Casi todos los hoteles abusan de las moquetas, donde es muy fácil hallar pisadas y otros restos como pelos y fibras. Ese detalle le hizo corroborar su hipótesis: en cuanto le dijeron por la radio del coche que debía cubrir un homicidio por estrangulamiento de una chica en un hotel, tuvo una corazonada al noventa y nueve por ciento de que se trataría del asesino en serie que llevaba más de año y medio dejando víctimas por todo el país, lo que veía por la habitación le corroboraba el uno por ciento restante.

Gritó a varios de sus agentes cuando vio que se decidían a entrar en la habitación, debían esperar a que él terminase su análisis personal. Pablo no quería que entrara nadie más que él, necesitaba estar a solas unos minutos antes de dejar pasar al resto de sus colaboradores. Su particular método de investigación incluía la percepción de sensaciones en el lugar del crimen. Habiendo transcurrido pocas horas y con el cadáver aún allí, el teniente permanecía en silencio captando olores, sonidos, memorizando el lugar al milímetro, haciendo decenas de suposiciones mentales sobre lo que pudo haber ocurrido, dónde estarían asesino y víctima, y un largo etcétera.

Otro motivo para no dejar entrar a los agentes era el de asegurarse que solo los de la división científica podrían acceder al lugar; el resto podrían ser novatos que nunca hubieran estado en la escena de un crimen y considerasen que se puede pasear tranquilamente como si investigaran un caso de violencia doméstica. Pero un pelo del asesino que hubiera sido pisado por un policía sería descartado por cualquier juez, alegando contaminación de la escena del crimen.

Un agente le interrumpió desde la puerta.

—Teniente, el conserje ha dicho que la chica vino sola e hizo el pago de la habitación presentando su DNI. Y no vio a nadie entrar con ella, ni antes ni después. Por supuesto tampoco oyó nada en toda la noche, ni ningún otro huésped se ha quejado de ruidos. Estamos tomando los datos y la declaración de todos los huéspedes y del personal del hotel que haya trabajado mientras la víctima estuviera aquí. Luego preguntaremos en la calle, aunque casi todo lo que hay son turistas o gente de la zona que ha venido ahora a tomar un picoteo.

—Lo supongo —apuntó Pablo.

—¿Cómo dice, teniente?

—Nada, son cosas mías. Asegúrate de que la mujer de la limpieza no se haya ido aún y de que no entre nadie en esta planta hasta que los del laboratorio terminen. Lo de la señora de la limpieza es prioritario, quiero hablar con ella lo antes posible.

El ayudante salió de la habitación en busca de la empleada, dejando a Pablo a solas con el cadáver.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —susurró Pablo al cuerpo de la chica. El teniente tenía métodos peculiares pero nadie lo cuestionaba, era el mejor y más admirado—. Me refiero a tu vida. ¿Qué decisión te trajo a este lugar? ¿Tanto merecía la pena ese tipo como para hacer la locura de venir aquí sin conocerlo? ¿Tan especial es para que todas acabéis haciendo lo mismo? ¿Has podido verle bien? Seguro que tu información sería de primera si pudieras hablar. Joder qué bien nos vendría lo que sabes y lo que has visto, qué fácil sería todo y qué rápido atraparíamos a ese cabrón, ¿verdad? En cambio, estás ahí en el suelo, callada, sin aportar nada. No te preocupes, es lo habitual —el teniente esbozó una amarga sonrisa a la vez que guiñaba un ojo al cadáver—. No tengas en cuenta lo que te he dicho, es mi rabia la que habla, la rabia porque no encontraremos nada aquí que nos ayude, la rabia de saber que alguno de mis agentes tendrá que pasar el mal rato de pedir a tus destrozados padres que reconozcan tu cadáver. Una niña como tú no debería estar aquí tumbada, sino tomando una cerveza con sus amigas en una terraza ahí fuera, disfrutando del sol. Qué hijo de puta hay que ser para cortar una vida inocente sin sentir remordimientos.

Dos horas después, la división científica daba malas noticias.

—El cuarto de baño parece estar limpio, solo se aprecian rastros de haberlo usado la chica, aunque habrá que esperar a los análisis en el laboratorio de los pelos largos encontrados y las pocas huellas en inodoro y lavabo, pero dudo que fueran de otra persona. No falta gel ni champú, ni hay rastro en la bañera de que alguien se pudiera haber duchado o bañado. Lo poco que podemos analizar aquí ha dado todo negativo en la búsqueda de una segunda persona.

—¿Y los pasillos, pasamanos de escaleras, suelos, etcétera? —preguntó Pablo.

—Nada claro, mil huellas de mil personas en los sitios que no habían sido limpiados por el personal de limpieza, y casi nada en los que sí se han

limpiado. Así que por ahora no tenemos nada.

—Gracias, esperaré entonces a un análisis más en profundidad en el laboratorio, podéis marcharos para que entren el forense y el juez y luego los camilleros a llevarse a la chica.

Pablo no quiso hacer esperar más a la señora de la limpieza, quería preguntarle por su labor en la habitación y por lo que pudo ver o sentir al descubrir el cuerpo.

—Dígame agente.

—Es oficial, pero no importa. Mejor llámeme Pablo, y dígame todo lo que haya limpiado o tocado en la habitación, intente recordar hasta el más mínimo detalle desde el mismo momento en que entró por la puerta.

La mujer tendría unos treinta y cinco años, era delgada y morena, vestía aún el uniforme blanco de doncella y se frotaba las manos con fuerza en lo que parecía un gesto involuntario y producido por los nervios.

—No he podido limpiar nada, siempre empiezo por abrir las cortinas y ventanas para airear la habitación, luego hago la cama cambiando las sábanas y fundas, quito el polvo de las mesitas, limpio el baño, repongo los geles y vasos del baño; para terminar barriendo y fregando el suelo de toda la habitación, pero hoy no pude limpiar nada. Entré en la habitación, como ya le he dicho al otro policía que me tomó declaración, y vi que las cortinas estaban medio abiertas; al acercarme vi a la chica tumbada en el suelo con los ojos abiertos. Me asusté mucho y salí gritando. No toqué ni pude hacer nada. Por favor, estoy muy asustada, quisiera marcharme ya, debería haberme ido hace muchas horas y mi marido lleva tiempo esperándome. No se nada más, es lo que he contado ya varias veces. —La señora parecía tan cansada de repetir su historia que Pablo se apiadó de ella.

—Solo unas preguntas más. ¿Vio salir a algún hombre con gorra esta mañana?

—No he visto a nadie. Yo llegué a las ocho de la mañana, o quizás unos minutos después, fui a ponerme el uniforme y coger el carrito de la limpieza, empecé como siempre por la planta de arriba para ir bajando y «haciendo» todas las habitaciones ocupadas. Pero me salté la número doce porque Javier (el recepcionista) me comentó que era un «especial-noche», así que esperé hasta la una de la tarde como siempre.

Pablo no preguntó qué significaba un «especial noche», ya se lo imaginaba.

—Quisiera hacerle una última pregunta algo más especial —el teniente se inclinó un poco hacia ella e hizo una pausa—. ¿Sintió algo especial al entrar

en la habitación? No conteste aún, quiero que piense unos segundos, no hay prisa. Necesito saber si percibió algún olor especial o tuvo alguna sensación antes o después de ver el cuerpo. Muchas personas, cuando quedan en *shock*, almacenan detalles de por vida, quizá alguno de esos detalles nos sea de mucha ayuda.

—Déjeme pensar..., no, no recuerdo nada. La verdad es que una trabaja como un robot, vas de habitación en habitación sin pensar mucho, casi ni nos fijamos en nada. Aunque...

—Aunque qué. —Pablo agudizó sus cinco sentidos.

—Cuando se trata de un «especial noche» siempre sabes que olerá a una mezcla de perfumes con... bueno, ya sabe... —la señora se ruborizaba—, sexo.

—Entiendo.

—En esa habitación olía a perfumes, pero no a sexo, ¿me comprende?

—Creo que sí —Pablo sonrió—. Por favor, deje su teléfono y dirección al agente de la puerta si no lo hizo antes, necesito que esté disponible si necesitamos hacerle alguna pregunta más. Puede que se encuentre bajo los efectos de un *shock* traumático por haber visto un cadáver; si se siente afectada, espere a la llegada de los psicólogos de la policía, ellos la atenderán y ayudarán a sobrellevar mejor el momento.

La mujer de la limpieza salía por la puerta tras rechazar el psicólogo de forma muy entera. O tenía mucha prisa por volver a casa o tal vez se había hecho su estómago a todo tipo de situaciones después de limpiar la mierda que otros dejan en los hoteles a su paso. Hacía una hora que había salido de la habitación del cadáver; para dejar trabajar al forense, al juez y a los camilleros se habían trasladado a un pequeño despacho en las estancias de empleados del hotel. Ahora era el conserje el que estaba frente al teniente, el chico parecía más cansado aún, e igual de nervioso.

—¿Está seguro de no haber visto a nadie entrar con la chica? ¿Ni antes ni después tampoco?

—La chica fue la última cliente de la noche y no entró nadie en horas, podrá verlo en las cámaras del hotel. Antes que ella solo entró una pareja y fue a la una de la madrugada, mucho antes —respondía el chico, como si lo hubiese repetido cientos de veces en las últimas horas.

—¿No hay otra puerta en el hotel? Quizás de servicio, aunque permanezca cerrada durante la noche.

—No, la única forma de entrar es por la puerta principal, salvo que se trate de Spiderman —respondió con una ironía que no hizo sonreír, ni mucho

menos, al policía.

—Hay algo que no entiendo. Una chica, que por su DNI se aprecia que es de esta ciudad, alquila una habitación en el hotel de madrugada y con cama doble. ¿Qué cree que piensa hacer?

—Bueno, es lógico que vendrá con una pareja, aunque nadie vio entrar a nadie más.

—¿Tal vez se había citado con otro inquilino del hotel? ¿Hay habitaciones ocupadas por un solo cliente?

—¡Dios mío! Espero que no. Son todo familias y parejas, pero le daré copia del registro.

—Perfecto. Y perdone que insista pero, ¿está seguro de que no se puede entrar por otro lugar?

—Bueno, la planta baja tiene muchas ventanas que dan a la calle, la mayoría son de zonas privadas del hotel, como cuartos de limpieza, almacenes..., ya sabe. Tal vez forzando una de esas ventanas, pero no hay puerta trasera, eso se lo aseguro.

—Bien, haré que lo investiguen. Ahora una última pregunta. ¿Cómo funciona el «especial-noche»?

—¿Cómo dice? ¿Qué es eso?

—Ibas muy bien hasta ahora, pero no me vaciles o seguimos la conversación en comisaría durante muuuuuuchas horas.

—Está bien, supongo que se lo ha dicho la chica de la limpieza. —El chico suspiró a la vez que cambiaba de postura por quinta vez en los últimos tres minutos—. Aquí solemos hacer la vista gorda con los que vienen de madrugada a pasar un rato en pareja o porque estén echando una canita al aire. Máxima discreción, ya sabe.

—¿Hacer la vista gorda?

—Me refiero a que no les molestamos mucho en la recepción, hacemos el *checking* sin muchas preguntas porque vienen cansados o no quieren que sus esposas se enteren de lo que hacen. Nosotros no los molestamos ni entretenemos.

—Por eso y por que dan buenas propinas, supongo.

—Bueno sí, claro que lo agradecen. Es lógico que muchos no quieran dar su documentación y no queremos perder clientes, menos ahora con la crisis.

—Está bien, supongo que sacaré lo mismo de esta conversación que de mirar las imágenes de las cámaras, así que mejor terminamos.

—¿Puedo marcharme? Hace ya mucho que acabó mi turno y estoy reventado.

—Claro, si ha dejado sus datos al agente puede marcharse ya.

2

—Javi, haz un informe preliminar y adjúntalo a las fotos de la habitación —ordenó Pablo a su ayudante habitual, eran las once de la noche y aún seguían ambos en las dependencias del hotel, a pesar de que todos los demás policías y sanitarios se habían marchado horas antes—. Olvida a los analistas forenses, ellos no encontrarán nada, ya lo verás. Quiero el informe con toda la información que tengamos sobre mi mesa mañana antes del almuerzo.

—¿No encontrarán nada? No le entiendo señor. ¿Cómo está tan seguro de que no habrá huellas, ni otros restos o pistas del asesino?

—Ya lo has visto por la tele, Javi. Este es otro crimen del asesino en serie que comentan en los noticiarios.

—¿En serio? ¿Cree que ese tipo está en Sevilla?

—Espero equivocarme, pero todo apunta a que ese cabrón ha pasado por aquí.

Capítulo 5

—¡Venga joder, el jefe está a punto de llegar y vamos con demasiado retraso! Marcelo, ¿tendré que azotaros para que os deis más prisa?

Leyre estaba furiosa, era la estilista encargada del vestuario y la coordinadora de las sesiones de fotos de Alfil, prestigioso fotógrafo internacional especializado en moda y publicidad, la responsable de que todo saliese bien y a su hora cuando el propio Alfil no estaba presente. La sesión se retrasaba mucho porque el tiempo de maquillaje y peinado se alargaba, como siempre, por sumirse maquilladores, peluqueros y modelos en conversaciones y cotilleos. Y tampoco habían probado las luces aún ni terminado de montar el escenario. Todo era un desastre y Leyre, a pocos minutos de la llegada de su jefe, estaba neurótica. Los cuatro RedBull que llevaba en el cuerpo no le ayudaban en absoluto.

Se encontraban en un estudio de unos mil metros cuadrados, aunque parecía más pequeño en días como ese, repleto de gente. Al fondo se ubicaba el plató, que, ocupando un tercio de todo el espacio, era la zona con el techo más alto y donde habían montado para la ocasión un escenario. Allí había cuatro técnicos ultimando el *atrezzo* y dos ayudantes de iluminación ajustando la posición y potencia de los *flashes*. A su derecha había un espacio con espejos rodeados de multitud de pequeñas bombillas y largos colgadores de ropa, atestados hoy de prendas, complementos y zapatos, donde estaban maquillando y peinando a dos chicas mientras probaban, a ritmos forzados, varios cambios de ropa a otras dos modelos que ya casi estaban listas para posar. A la izquierda del plató se ubicaba una zona separada del resto por tabiques de cristal, dentro había una cocina americana, una sala de juntas y el despacho de Alfil. En el extremo opuesto estaban los baños y una gran sala de espera donde conversaban cuatro personas, se trataba de los clientes que habían contratado la sesión, sentados en sofás y tomando café, sin hacer mucho caso al televisor encendido en la pared. Aquel lugar era el que usaba el

fotógrafo para reunirse con clientes o para tenerlos apartados de la producción y evitar así que molestasen o estorbaran durante las sesiones de fotos.

Leyre deambulaba nerviosa de un sitio para otro, más aún porque no podía fumar dentro del estudio, norma incuestionable de Alfil, y llevaba toda la mañana entrando y saliendo a la calle, la última vez hacía pocos minutos. Era en los momentos de más tensión, antes de la llegada de su jefe, cuando siempre recordaba el momento en que se conocieron; les presentó un amigo maquillador en una fiesta de la revista Cosmopolitan hacía más de tres navidades, no podría olvidarlo mientras viviese.

Comenzaba por aquel entonces su andadura en el mundo de la moda, con deseos de convertirse en futura diseñadora de éxito, pero cada vez más ilusionada con los trabajos esporádicos que realizaba como estilista en sesiones de fotos, un trabajo con el que pagaba facturas y que iba dándole algo de nombre en el sector. Por aquel entonces ya tenía el pelo muy corto, como un chico, y teñido de blanco, ¿o era verde? Ni ella misma recordaba el color que lucía aquel día. En la actualidad lo llevaba azul intenso, lo que provocaba algo de aparente color en sus mejillas. Estaba tan delgada y pálida que sus compañeros la comparaban, entre bromas, con el espíritu o el suspiro de una modelo rusa. Aquel afortunado día de comienzos del 2014 se debatía entre el entusiasmo y los nervios por estar en la primera fiesta de alto nivel a la que había sido invitada, y eso, unido a su habitual consumo de alcohol, hizo que su carácter metomentado y su difícil trato personal se multiplicasen.

—¡Madre mía! ¿Quién se llama así? ¿Puede haber un nombre más feo? Parece que hablemos de un pederasta de los Estados Unidos en la década de los sesenta. Ja, ja, ja, de esos con bigote y una camioneta donde meter a los niños, ja, ja, ja.

—Pues es el nombre de este fotógrafo de aquí a mi lado —la interrumpió Marcelo, apurado por la metedura de pata de su amiga—. Pero todo el mundo le conoce por su marca y apodo: Alfil.

A Leyre casi se le cayó la copa de la mano, le subió un escalofrío por la espalda y se sintió más pálida que nunca. Tampoco supo qué decir.

—No importa —dijo el fotógrafo, sonriendo e intentando romper la tensión creada—, a mí tampoco me gusta mi nombre, siempre me ha parecido injusto que lo elijan los padres y no uno mismo.

—Ya te digo, deberías matar a los tuyos —añadió Leyre, intentando agradar al fotógrafo con algo de humor.

—Sería difícil, murieron siendo yo pequeño.

Leyre tenía esa especial habilidad para meter la pata más al fondo aún de lo que cualquier otra persona pudiera llegar a imaginar. Llevaba muchos años admirando el trabajo de Alfil, desde antes de entrar a estudiar diseño de moda y patronaje en I.E.D.^[1] en Madrid. En aquel momento, en que aún luchaba como diseñadora para sacar adelante sus colecciones de ropa en un mundo tan cerrado y hermético como la moda en España, y que sobrevivía realizando estilismos para las editoriales de revistas de los fotógrafos que contaban con ella de forma esporádica, jamás hubiera soñado poder trabajar para él, precisamente el tipo con el que acababa de meter la pata, dos veces.

Unos minutos después de la metedura de pata, Leyre había recuperado la sonrisa y su característica verborrea, con esta última trataba de convencer a Alfil para que trabajasen juntos, enseñándole en su móvil sus mejores creaciones. Aún en la actualidad era un misterio que el fotógrafo aguantase tanto tiempo a su lado, aunque las personas y fauna en general que se encontraba uno en ese tipo de fiestas no mejoraban mucho la conversación con respecto a Leyre. Después de tanta insistencia, tuvo que darle una oportunidad, y dos años y medio después era su estilista fija y mano derecha. Él aún seguía luchando para intentar que cambiara esa forma de ser tan «desbordante», al menos cuando estaban trabajando.

A pesar de la fuerte música, todos oyeron llegar el coche del fotógrafo, el inconfundible rugido de su Jaguar F-Type, muy conocido en la ciudad por su color negro perlado, y también porque hace años que se rumoreaba su participación en carreras ilegales nocturnas, aunque nadie lo hubiese corroborado nunca ni se hubiera visto participar a ese coche en las mismas.

El estudio se encontraba en la calle Miguel Moya, justo frente a la plaza del Callao de Madrid, en un saliente de la Gran Vía. Y a pesar de las dimensiones del local, solo se apreciaban dos discretas puertas desde la calle, a la izquierda la típica de un garaje para el coche del fotógrafo, y para hacer carga y descarga de materiales como estilismos o escenografías. La otra puerta, a su derecha, era el acceso principal, realizada a mano con una pieza enorme de hierro macizo con efecto oxidado, el artista que la creó solo incluyó como detalle un pequeño bajorrelieve con la silueta de un alfil en el centro, de menos de un palmo de altura; un detalle discreto pero inconfundible para todo el sector de la moda de esta ciudad y de todo el país. Se rumoreaba desde hacía algunos años que cada modelo novel que se dirigía a su agencia (casi todas las grandes agencias de modelos del país tienen su sede en la Gran Vía), pasaba alguna vez por aquella puerta para tocar el

grabado, con la esperanza de estar algún día al otro lado haciendo portadas para las más grandes revistas.

Desde el interior del estudio vieron aparecer al fotógrafo por la puerta interna que conectaba con el garaje, y bajaron el volumen de la música, una petición del chico para no tener que levantar la voz al hablar y que no interfiriese en la concentración de su trabajo. Vestía un vaquero azul, camiseta básica negra y una cazadora de motorista de ante marrón a juego con los zapatos. Un *look* informal pero elegante, solía vestir así para trabajar. Caminaba con seguridad, quizá algo despacio pero con paso firme, no miraba hacia dónde se dirigía, era su hogar y sabía dónde se encontraba todo el mundo sin tan siquiera tener que observarlo. No vivía en el estudio, pero todo fotógrafo que ama su profesión valora y mima su lugar de trabajo mucho más que su propia casa, y es frecuente que se refiera a él como su hogar. Alfil tenía treinta y un años y medía casi metro noventa, estaba algo bronceado, cabello moreno y peinado de modo desenfadado hacia arriba y atrás. Su cara era angulosa, con un mentón fuerte y labios y pómulos marcados. Bajo la ropa se adivinaba un cuerpo muy trabajado en el gimnasio, donde pasaba muchas horas a la semana.

Todos los que estaban en el estudio, incluida Leyre, le miraron al entrar, algunos de forma directa porque no lo conocían en persona, otros disimuladamente mientras se daban prisa por terminar su trabajo y no defraudar al *jefe*. Él no miró a nadie, se dirigió directamente hacia donde sabía que estaba la estilista que había dejado al mando.

—¿Tarde como siempre, Leyre? —La voz era firme, aunque su rostro mostraba una leve sonrisa.

—No es culpa mía, una de las niñas llegó tarde y los maquilladores andan de cháchara como siempre. Les meto prisa pero no sirve de nada, dales algo de caña tú mismo.

—¿Has hecho el *fitting*^[2]? No quiero sorpresas con las tallas de la ropa.

—Sí, está todo OK. Algunas chicas ya tienen el primer cambio puesto y ajustado. Por si quieres empezar.

Mientras hablaban, se dirigían lentamente al centro del escenario, donde los ayudantes de iluminación ya habían terminado de colocar las luces, *atrezzo* y otros accesorios. Leyre no alcanzaba el metro sesenta de estatura, así que caminaba observando de reojo el brazo del fotógrafo; se adelantó con unos cómicos saltitos y se sentó sobre un taburete alto, en el punto exacto donde posarían en unos minutos las modelos. Era la rutina habitual. Alfil la mandó callar y cogió la cámara que un asistente, sin haberlo pedido, le había

ofrecido ya encendida y con ajustes manuales predefinidos. Disparó varias fotos, alterando esos ajustes y haciendo pequeñas indicaciones a sus ayudantes de iluminación para que modificasen la potencia y distancia de los *flashes*. Cuando todo estaba correcto, metió prisa al equipo.

—¡Vamos chicos! Cada minuto cuesta una fortuna y vamos pasados de tiempo, lo quiero todo listo en cinco minutos. —Lo dijo con un tono de voz bajo, pero todo el mundo lo había oído. Nadie replicó, se limitaban a trabajar.

—¿Cómo fue el fin de semana en Londres? —preguntó Leyre—. ¿Conseguiste el contrato para hacer la publi^[3]?

—Todo fue de lujo, aunque no tenemos confirmación aún, tendremos que esperar unos días. ¿Por qué no está el monitor encendido?

Alfil cambió bruscamente la conversación, era evidente que no quería tener que aguantar a su estilista, y mucho menos tener que darle explicaciones. Ella le conocía bien, sabía que el cambio de conversación era porque no le apetecía hablar del tema; además, era absurdo preguntar por el monitor, ya que no se solía encender hasta que las modelos empezaran a posar.

A los pocos minutos comenzó la sesión de fotos, con algo de música pero no tan alta como cuando maquillan; las modelos posaban siguiendo las órdenes del fotógrafo y con cada disparo de cámara aparecía, casi en el acto, la imagen en el monitor grande que estaba a su izquierda, como también lo hacía en el gran televisor de la sala de espera para que los clientes las vieran. Todo transcurrió como de costumbre, sin ningún problema y terminando a la hora estimada. Minutos después desaparecían esas decenas de personas, aunque para Alfil quedaba una parte final que siempre debía soportar, la de enseñar lo mejorcito de la sesión, una preselección con algo de procesado rápido de retoque realizado por uno de sus asistentes, para que los clientes se fueran contentos sabiendo que el objetivo estaba conseguido.

Eran las diez de la noche cuando por fin llegaba Alfil a su casa, sita en el ático del Edificio Vitalicio en Gran Vía, 73; el último de la calle y haciendo esquina con la Plaza de España. Cuando hacía buen tiempo, como aquella noche, dejaba el coche en el estudio y paseaba calle abajo para comprar una ensalada en *Le Pain Quotidien*, era su comida favorita después de una sesión de fotos. Le gustaba esa zona y pasear por ella. Al ser una persona con un carácter reservado, se sentía muy cómodo caminando entre gente que iba a lo suyo, generalmente turistas o quienes se dirigían a sus trabajos. Nadie miraba

a nadie y nadie molestaba a nadie. Era el mundo perfecto para él, estar rodeado pero con el máximo grado de intimidad.

Al entrar por la puerta de su vivienda se apreciaba al instante el tamaño y su disposición diáfana, no había recibidor y se podía observar toda la estancia, salvo una pequeña despensa y un cuarto de baño que complementaba a la bañera, la cual reposaba entre la cama y un enorme ventanal al fondo y a la derecha del lugar. Todas las paredes eran de un gris muy oscuro, que contrastaba con el color blanco de los muebles y la luz que entraba a través de las grandes ventanas con vistas a la Gran Vía y a la Plaza de España. Una amplia terraza con balaustrada de piedra recorría las fachadas, con una zona para comer y otra de relax que contaba con *jacuzzi* y cama balinesa entre otros accesorios. En el centro del piso se ubicaba un gran sofá de piel blanca y líneas rectas, frente a un televisor de grandes dimensiones; y a la izquierda una cocina con isla, que combinaba madera lacada de color blanco con electrodomésticos de acero inoxidable. En una pared había estanterías con centenares de libros y no se apreciaba una sola lámpara en todo el techo, la luz del lugar se componía de tiras de led ocultas tras muebles y molduras del techo, aparte de pequeños apliques de luz indirecta similares a los que se encuentran en algunas habitaciones de hotel. Fue en la luz, como buen fotógrafo, donde más empeño puso al decorar su vivienda, quizá porque usaba el ático casi exclusivamente de noche.

Durante el día, el chico se repartía entre su trabajo en el estudio o entrenando en el gimnasio. En casa se limitaba a dormir, y generalmente en el sofá, tras horas de lucha contra su insomnio viendo películas.

Ya estaba en casa y a punto de cenar, pero no había desconectado del trabajo. Seguía dando vueltas a las sensaciones y resultados de la sesión de fotos, había salido todo bien y era importante no dormirse para mantener o subir el nivel. Salió a la terraza con la ensalada que había comprado y una botella de vino blanco que sacó de una cava en su cocina. Del atardecer no quedaba más que un leve destello magenta en el horizonte a su izquierda; sobre él, las luces y la contaminación de la ciudad seguían, una noche más, empeñadas en no dejarle ver las estrellas. Todo ello, sumado a la banda sonora habitual del centro de Madrid: un atasco en la Gran Vía y los noticiarios en el televisor, envolvieron a Alfil durante la cena.

Desde la penumbra en la terraza, oía el telediario y la noticia de la semana: el hallazgo en un hotel de Sevilla de una nueva víctima estrangulada.

Capítulo 6

En la comisaría no paraban de recibir llamadas y peticiones por correo electrónico desde Madrid, necesitaban toda la información, pruebas y *dossieres* analizados, recogidos y confeccionados en Sevilla, para tratar de averiguar si se encontraban ante un nuevo crimen del asesino en serie que tenía aterrado a todo el país. En homicidios estaban desbordados, no habían tenido nunca un caso de esa envergadura, y mucho menos con la presión de los medios de comunicación que le acompañaba. A diario era la noticia principal de cada periódico y cada noticiario en todos los canales de televisión y radio, aparte de programas matinales de cotilleos que arrancaban con tertulias de actualidad. Varios departamentos tuvieron que ceder personal administrativo para agilizar la pesadilla en la que se veían envueltos. Para colmo, todo aquel trabajo solo valdría para que otros se colocaran las medallas cuando estuviese resuelto; hacía más de una década que no tenían un caso que tuvieran que ceder a otra comisaría, así que había constantes confusiones porque la mayoría de los agentes no sabían qué hacer ni cómo hacerlo.

Tal como Pablo predijo, no habían encontrado nada sobre el asesino. Las cámaras del hotel y de un cajero en la calle habían grabado a un tipo vestido de negro que evitaba mostrar su cara en todo momento, claramente sabía dónde estaba cada cámara; además, llevaba una gorra y caminaba muy deprisa. En la habitación ocurría lo mismo, ni un solo pelo, ni saliva, semen, sudor; nada en la sábana, mesitas, pulsadores de la luz, la puerta o el cuarto de baño, nada. Lo más curioso de todo era que en dicha sábana casi no había tampoco células, sudor o pelos de la chica, a pesar de haber practicado sexo sobre ella. Como la autopsia había corroborado, había signos de penetración vaginal con preservativo, y por la irritación de la zona, debió durar más de una hora. Esa sábana debería estar impregnada con el sudor y resto de fluidos tanto de ella como del chico. No había tampoco semen en el cuerpo de la

chica. En el suelo, aparte de pelos y células de piel de la víctima, las únicas fibras textiles encontradas que no se correspondían con la ropa de ella, eran de color negro, pero muy comunes: algodón y poliéster como las de cualquier prenda comprada en las tiendas más populares. Ni una sola huella de zapato ni dactilar, como si se tratara de un fantasma. No había el más mínimo rastro de que allí hubiera estado otra persona con la víctima. Lo lógico era encontrar arena, barro, suciedad típica de los zapatos, pero solo había de los de la chica. Como si su asesino no pisara el suelo al caminar, como si levitara o algo parecido.

—Te lo dije, Javi, ha sido *el fantasma*. Chica joven estrangulada en un hotel y ni una sola prueba, como si el asesino hubiera entrado y salido por arte de magia. Nadie ve ni oye nada, no hay ningún rastro y solo sabemos que practica sexo con ellas, pero no se encuentra semen ni saliva en las víctimas. Y las grabaciones de las cámaras no sirven para nada.

—¿Cuántas chicas lleva? ¿Seis? —preguntó su ayudante.

—Que sepamos con seguridad que son víctimas de *él*, son siete contando esta visita a Sevilla, si es que se confirma desde Madrid. Será difícil atraparlo.

—¿Eso cree, teniente?

—Nunca repite en una ciudad, no sigue ningún patrón en el aspecto o edad de las chicas, en un abanico de veinticinco a treinta y cinco años, tampoco hay coincidencias de fechas periódicas. No sabes cuándo, ni dónde ni cómo aparecerá de nuevo.

—¿Vio las declaraciones de los testigos y del personal de la discoteca?

—Sí, pero es más de lo mismo, se ve a la chica bailando y saliendo del lugar con el mismo tipo vestido de negro que también gira la cara ante las cámaras. De todas formas, el vídeo es pésimo; en blanco y negro, de poca definición y las luces parpadeantes de la sala no ayudan. Se aprecia que el supuesto asesino mide metro noventa y está entre delgado y atlético, es difícil elegir una opción u otra con el material gráfico que tenemos y llevando una americana. Los empleados no recuerdan nada, es algo lógico, ven a miles de personas de la misma edad, ropa y físico a diario. Tendremos que hablar con sus amigas, deben de estar en el pasillo esperando para entrar, espero sacar algo más de ella una descripción o algún detalle sobre el tipo que nos alegrase el día.

—Vaya, entonces sí que será difícil que le atrapen.

—Hablas en tercera persona. ¿Piensas que no podremos cogerle nosotros? —Pablo era muy concienzudo, un gran policía con ansias de reconocimiento, y este era el caso que llevaba esperando desde que entró en la academia.

—Tiene a casi toda la policía del país detrás, otros equipos llevan más tiempo en el caso y tienen más datos. No es que le menosprecie, teniente, pero... ¿usted cree que al final será atrapado?

—Solo si comete un error, si no es así será imposible. Quedaría esperar a que se cansara de matar, aunque eso es una mera utopía.

—Pero en la historia hay casos de asesinos en serie que dejaron de matar sin que les atrapasen, ¿verdad?

—En casi todos los casos se estima que el asesino murió en accidente o por causas naturales, pero generalmente no se cansan o deciden dejar de hacerlo. Para ellos es una droga la sensación de poder que experimentan cuando quitan una vida, y el poder jugar con la Policía al gato y el ratón es otra droga más. Y aún hay otra tercera droga a añadir al cóctel: la de verse a diario en las noticias, la de hacerse famosos. Y eso es lo único que puede perderles: su vanidad.

—¿Su vanidad? ¿A qué se refiere?

—A medida que van matando, se van volviendo conocidos de cara al público, se escriben artículos en periódicos, novelas, tesis doctorales, se hacen películas y series de televisión sobre sus vidas; pero nadie sabe quiénes son, me refiero a su nombre real, a su identidad. La vida de estos tipos suele ser monótona y aburrida, son unos *donnadies* con complejo de inferioridad o problemas serios de aceptación social; mientras que su *alter ego*, ese asesino famoso de las noticias, no para de hacerse cada vez más y más popular. Hablan de ellos más que de futbolistas, actores o cantantes. De forma consciente o subconsciente, se empieza a crear la necesidad en ellos de decir al mundo «Soy yo, soy ese asesino famoso que ha burlado a la policía», así que acaban cometiendo algún error que provoca su detención.

—¿Cometen errores de forma intencionada para ser atrapados?

—Algunos sí que lo hacen de forma intencionada, otros se entregan cuando se aburren de matar o quieren dar el salto a la fama lo más rápidamente posible; pero la mayoría suelen cometer errores, siendo el subconsciente el que les traiciona. Por añadidura, su forma de actuar es cada vez más conocida por la policía, lo que hace que estemos más alerta y preparados para aprovechar ese error. Con cada crimen nos acercaremos poco a poco.

—Eso espero, jefe.

Pablo disfrutaba con el trabajo que para sus compañeros era un suplicio, ellos preferían hacer cosas pequeñas, perseguir delitos menores que se solucionaban en el momento o se archivaban. Un asesinato era muy complejo,

más aún cuando tenías que descubrir la identidad del asesino. Si además era un asesino en serie y mataba por todo el país, todo se enredaba más; había jurisprudencias y cesiones del caso a la central en la capital, muchos policías, poca coordinación entre ellos, estrés y órdenes por parte de demasiados jefes. A pesar de toda esa pesadilla, para Pablo sería su mejor caso, la mejor forma de demostrar su valía y conseguir el ascenso a capitán, el más joven en serlo en la historia. Aunque debía darse prisa, se estaba incorporando al caso en el séptimo asesinato cuando en Madrid llevaban mucho detrás del asesino. Era hora de ponerse a trabajar en serio y sin descanso para recuperar esa ventaja que le llevaban.

Capítulo 7

—¿Se encuentra bien?

Preguntaba el oficial a Rocío, que decía estar muy aturrida por la muerte de su amiga y compañera de trabajo. Sacar alguna descripción o detalle del asesino era su máxima prioridad, algo nuevo que en otros asesinatos no se hubiera detectado. Para lograrlo debía calmar, si estaba en su mano, a los alterados amigos y testigos.

La chica sentada frente a él no parecía muy afectada, al menos por su aspecto: vestido blanco ajustado y muy corto, maquillaje intenso y peinado impecable. A Pablo le dio la sensación de estar ante una actriz que declara en una película americana, al más puro estilo de Sharon Stone en *Instinto Básico* (esperaba no pasar un momento incómodo si la chica decidía cruzarse de piernas) en lugar de una testigo real de un caso de asesinato. Cuando Rocío contestó, su aparente frialdad, frivolidad y entereza se desmoronaron.

—No me puedo creer que algo así le haya pasado a Eva. Nunca antes se había liado con un tipo que acabara de conocer, ella no es..., bueno, ya sabe, es algo antigua. —Cerró los ojos en lo que parecía el temblor tras un escalofrío, llevándose una mano a su rostro. O era una fantástica actriz o estaba a punto de sufrir un brote psicótico, cosa que contrastó con la seguridad en sí misma que aparentaba.

—No debe martirizarse, es algo que puede pasarle a todo el mun...

—¡No me ha entendido! —gritó la chica, interrumpiendo al teniente y haciendo que todos los agentes que se encontraban al otro lado de los ventanales de su despacho cesaran de trabajar para mirar sorprendidos—. Pudo haberme pasado a mí. Intenté quitarle el ligue a Eva, si ese malnacido hubiera cambiado de idea, sería yo la que hubiera aparecido muerta en la habitación. No puede usted ni imaginar lo nerviosa que me encuentro en este momento.

Rocío no era capaz de frenar el temblor de su cuerpo, se frotaba las manos con tanta intensidad que parecía querer arrancarse la piel como si se tratase de guantes. Llevaba unos largos segundos con la mirada perdida en el infinito, como si algo dentro de su cabeza se hubiese desconectado o quedado sin pilas. Lo único que percibía en su mente era la escena en la que intentaba arrebatar el chico a su amiga, aunque todo estaba sumido en la misma niebla que empaña el recuerdo de los sueños que a uno le visitan con el paso de los años. La imagen del chico, así como las luces o la música, parecía desvanecerse como el humo de un cigarro. Y hablando de cigarro, sacó su cajetilla de tabaco del bolso y encendió uno, a pesar de la prohibición en el lugar y de que un agente intentó frenarla. El teniente hizo un gesto con la mano a su ayudante para hacerle entender que lo dejará pasar. El temblor de su cuerpo afectaba al cigarro, con el que casi no atinaba a meterlo en la boca para dar una calada. La ceniza caía sin parar sobre su vestido a pesar de que Pablo le había extendido un vaso vacío de café para usarlo de cenicero. El teniente decidió concederle un minuto en paz y silencio, esperando que ese tiempo y fumar la relajaran. En su estado no podría sacar nada en claro de ella.

Luego continuó con las preguntas.

—¿Se encuentra ya algo mejor?

Rocío se encogió de hombros.

—No lo sé, quizá. Desde que me dieron la noticia no he podido dejar de temblar. No sé qué me pasa.

—Se llama estrés postraumático, luego un psicólogo le atenderá y verá cómo se calma. Mientras tanto, puedo traerle algo de beber. ¿Café? ¿Agua?

—¿Ginebra? No me haga caso, es una broma —trató de reír pero no lo consiguió—. Bueno, no sé lo que digo, supongo que un café, por favor. Doble, sin leche y con sacarina. También le agradezco que me entrevistaste primero que a Carmen, ella es maja, pero dudo que saque nada de su conversación, pobrecilla.

—El café la podría alterar aún más, pero no hay problema. —Pablo hizo un gesto con su mano y uno de los agentes salió del despacho, regresando tras un minuto con el café en un vaso de plástico. Sobre lo de Carmen prefirió no comentar nada.

Reanudó las preguntas.

—Entonces, ¿pudo ver al presunto asesino? Si habló con él para intentar, como ha dicho, robarle el ligue a su amiga...

—¿Presunto? —le interrumpió—. Ese cabrón ha acabado con una persona que no haría daño a una mosca. ¿Por qué? ¿Por diversión? No entiendo cómo hay hijos de puta así en el mundo, ni por qué este país de mierda no tiene pena de muerte. Yo cogería a esos asesinos y a los pederastas, violadores y chusma en general y ahorraría al estado y a los contribuyentes el tenerlos en la cárcel viviendo mejor que los que nos matamos a trabajar.

—Discúlpeme, entiendo perfectamente su enfado y la necesidad de desahogo. Perdí a un compañero y amigo hace menos de un año en un altercado, pero la forma más útil de hacer justicia es atraparlo, y para ello necesito que me diga si pudo ver con claridad al asesino. Mi trabajo es descubrirle y llevarle ante un juez, por desgracia no me permiten hacer con ellos lo que me apetecería. —Pablo se inclinó hacia ella y lanzó una sonrisa de empatía para que se calmase y comprendiese que estaba de su parte.

—Buf, no tengo la menor idea —Rocío se rehízo asombrosamente en un instante, volviendo a su aspecto y comportamiento frívolo—. La verdad es que recuerdo que estaba muy bueno, pensé que tenía que ser una broma que un tío con ese físico se fijara en Eva. No me malinterprete, es que siempre se fijan en mí. Era un diez en mi escala, ya sabe, cara, cuerpo, ropa..., todo perfecto; se veía elegante y con modales. Incluso cuando me rechazó me puso caliente.

—¿Podría entonces ayudar a confeccionar un retrato robot con claridad? —Pablo sintió la llegada de la luz al final del túnel. Si la chica le tuvo a centímetros de distancia y habló con él, si ella tenía ese recuerdo tan fresco de su físico, era posible que pudiese hacer una descripción detallada.

Rocío quedó pensativa. Se miraba las manos mientras giraba, aun temblorosa, un enorme anillo de bisutería en su dedo índice. Pablo sabía que era un gesto inequívoco de intentar hacer uso de su memoria.

—Uf, no lo sé, creo que no. Había tomado varias copas y recuerdo haber hablado y tonteado con una docena de chicos guapos, casi todos vestidos de negro. No conseguiría más que una mezcla de rasgos de entre todos ellos. Solo estuve ante él un instante y ni siquiera recuerdo si me miró a la cara mientras hablábamos. Sin duda tenía el pelo negro o casi, pero con las luces de la discoteca no recuerdo si era más o menos bronceado ni si los ojos eran azules, verdes o color miel. Recuerdo que olía muy bien, perfume de Loewe creo, ¡espera! No, eso era de otro con quien estuve hablando en la barra. La verdad es que no recuerdo si este llevaba perfume o no. —No paraba de divagar sin tener nada claro.

—Bien, descartaré el retrato robot. A ver si hay más suerte con su amiga —se notaba la decepción en los ojos del policía—. Ha dicho que no era habitual que Eva se comportara así. ¿Cree que pudo haberla drogado para llevársela con más facilidad al hotel?

—Bueno, yo no vi que echara nada en su bebida, pero tampoco es que me fijase en eso. Lo que es muy raro es que se marcharan de allí tan rápido y sin que Eva nos dijera nada ni nos enviara un mensaje de Whatsapp, así que es posible que la drogase, pero eso lo digo solo como una suposición; aunque, ¿no llamaría la atención sacándola inconsciente? Yo no vi que se desplomara ni que pareciera tambalearse, estaba como siempre.

—Existen muchas sustancias que pueden hacer muy dócil a una persona sin que se le note nada, sin que se maree ni comporte de un modo extraño. Algunos criminales las usan para secuestrar y violar a sus víctimas. Ellas se encuentran en una nube, son felices y hacen todo lo que sus captores les piden; incluso creen que lo hacen por deseo o voluntad propia, como si fuera idea suya.

—¡Joder! Se le quitan las ganas a una de salir de fiesta de por vida. El mundo se está yendo a la mierda.

—Bueno, el número de criminales es ridículo comparado con el de buenas personas. En la policía, capturando a los indeseables, intentamos recuperar la fe en la humanidad. —Pablo intentaba hacerla sonreír para que se calmase, aunque era consciente de lo artificial y forzado que había sonado su discurso.

—Pues si me quitas unas multas que tengo del coche, podría recuperarla más deprisa —dejó caer la chica por si colaba. Por un instante volvió a perder el macabro gesto de su cara.

—Eso no será posible, lo siento. En la vida real no se pueden hacer las cosas que sí suceden en las películas —contestó Pablo con una sonrisa incómoda.

—Bueno, pues tendré que recuperar la fe en alguna cafetería o restaurante, si es que encuentro algún policía guapo que me invite a almorzar. —Era incorregible. Si hubieran estado sus amigas allí, se habrían muerto de vergüenza al ver cómo Rocío ligaba con el policía; el propio Pablo no sabía hacia dónde mirar, no le había ocurrido nunca algo así con un testigo.

El oficial no sacó mucho más de la chica, prácticamente no había visto ni oído nada. Como ocurría cada vez que se entrevistaban testigos de otros asesinatos del fantasma, no había forma de sacar nada. Luego le contó con detalles todo lo que hizo esa noche desde que recogió a Eva en su casa hasta que ella desapareció.

«Sin una descripción o imagen del asesino, huella dactilar, testigos presenciales del crimen, etcétera, no puedo hacer nada —pensaba el teniente mientras esperaba a la otra amiga de Eva—. Es curioso ver cómo se diferencia la realidad de la ficción en el cine. La gente considera que puede retener una cara o la descripción de una persona con facilidad, pero si algo aprendes trabajando en la policía es que, al contrario que en las películas, aquí nadie recuerda datos para hacer un retrato robot. No existe esa retención por parte de los testigos, ya que no ha ocurrido nada tipo *shock* que les haya provocado una imagen fotográfica en su mente. Si ves a un tipo matar de un disparo a otro, lo más probable es que el impacto mental que produce la situación: la imagen y el sonido del arma, haga que retengas como en una foto cada mínimo detalle de lo que has visto, incluida la cara del asesino con claridad. Pero es muy diferente cuando se trata de recordar la cara de una persona que ves un instante nada significativo, un rostro más en una discoteca con luces de colores. Al final, en tu mente solo quedan imágenes borrosas y mezcladas. Rocío siempre tendrá en su mente y en sus pesadillas la imagen borrosa de un chico guapo moreno y vestido con traje negro por el impacto sufrido de conocer la muerte de su amiga, pero ese rostro será siempre borroso en sus pensamientos».

—¿Necesita algo? ¿Un café? ¿Agua? ¿Qué puedo hacer para que se sienta más cómoda?

Pablo atendía a Carmen, comprobando que se trataba de una chica muy diferente a Rocío, tanto físicamente como en su forma de comportarse. Más bajita, más rellena y menos agraciada en general, tímida hasta decir basta. Estaba nerviosa pero casi no se percibía por su introversión. Sus ojos volaban con rapidez por cada detalle de la comisaría, como si localizar cada mueble, maceta o bolígrafo sobre las mesas le supusiera algún tipo de alivio o seguridad. Pablo actuaba con mucho tacto para evitar que se derrumbase. Las personas extrovertidas, como la chica anterior, son fuertes y se reponen con facilidad y rapidez, ya que solo se preocupan de sí mismas, pero los introvertidos a menudo suelen acumular más tensión, hasta que explotan, pudiendo tardar días en recuperar la cordura. El teniente no deseaba que eso sucediera, por la salud mental de la chica y por no perder un testigo valioso en una investigación que llevaba a contrarreloj.

—Gracias, no se preocupe, estoy bien —musitó ella con un hilo de voz.

—Siento lo ocurrido a su amiga. ¿Se conocían desde hace mucho? — Pablo empezó con las mismas preguntas que hizo a Rocío.

—Hace ya varios años, somos compañeras de trabajo y casi vecinas.

—El viernes, cuando salían de casa, ¿notó que alguien pudiera seguirles o seguir a Eva? Tal vez observó algo diferente a lo habitual. Su amiga Rocío nos comentó que solían hacer siempre la misma rutina. ¿Notó que algo inusual ocurriera durante la noche?

Carmen pensó durante unos eternos segundos con la mirada perdida, inmóvil toda ella.

—No recuerdo nada —dijo por fin—. Comimos donde siempre y los camareros eran los mismos, incluso los demás clientes. Allí somos muy fieles y nos conocemos las caras después de tantos viernes; ya sabe, si cambias no sabes lo que te puedes encontrar en la calidad de la comida, el servicio o que el sitio no sea tan bonito. En la discoteca es más difícil porque hay mucha gente, pero tampoco noté nada raro —la chica continuaba con su inspección visual, ahora más lenta, de los objetos que la rodeaban—. Lo de que nos siguieran no podría saberlo, siempre vamos hablando en el coche y no nos fijamos en esas cosas.

—No se preocupe, la vida real no es como las películas, alguien podría seguirla durante horas a pocos metros y no se daría cuenta. Pero necesitaba preguntarlo por si acaso algo le llamó la atención. ¿Recuerda la cara del chico que se marchó con Eva? Aunque no la recuerde a la perfección, al menos algún detalle relevante: lunar, tatuaje, cicatriz, verruga...

—Recuerdo que tenía los ojos oscuros y la mirada muy intensa, era moreno y muy alto, vestía de negro, era muy guap...

Mientras Carmen hacía la misma descripción que Rocío y que el resto de testigos de anteriores crímenes del fantasma, Pablo solo pudo pensar en lo fácil que resultaba matar a alguien sin que nadie recordase tu cara, salvo que tuvieras un tatuaje en plena frente que dijera: «hola, soy un asesino».

—... no me podía creer que pasara de Rocío y estuviera tan interesado en Eva, pero es algo lógico porque Eva es un encanto y Rocío es más zorrón; me entiende, ¿verdad? Pero no le diga a ella lo que he dicho, no me cae mal, al contrario, pero es tan loca con los chicos, tan frívola... Siempre pensé que le acabaría ocurriendo algo malo, pero no a Eva. ¡Dios mío! —Seguía hablando sin parar. Toda su timidez se esfumaba en cuanto le sacaban una conversación y no la interrumpían; si eso sucedía, permanecía callada de nuevo hasta volver a preguntarle, sin importarle lo más mínimo que tuviese aún mucho (e importante) que añadir a la verborrea anterior.

—Disculpe que la interrumpa. ¿No le habló Eva esos días anteriores de ningún nuevo amigo o chico al que acabara de conocer? Estoy intentando establecer un motivo por el que la eligiera a ella, tal vez el tipo la había visto antes en algún lugar, incluso pudo haber contactado con ella. —Pablo evitaba usar la palabra asesino para no alterarla.

El policía pensaba que tal vez el fantasma elegía a las chicas con anterioridad, viendo sus rutinas de comportamiento, los lugares que frecuentaban y horarios. Era posible que, incluso, hubiera contactado con ella de algún otro modo. Cualquier cosa que le hubiera dicho la víctima a sus amigas los días anteriores podría ser vital.

—No creo que fuera así, ella me lo contaba todo, tanto en la empresa como luego por teléfono. Durante todo el día nos mandábamos mensajes, incluso de madrugada cuando no podíamos dormir, nos lo contábamos todo; y algo así no lo hubiera dejado pasar sin decírmelo. Incluso en el coche íbamos hablando de lo que nos preocupaba a cada una, es una rutina de cada viernes. No tenemos secretos.

—Quiero agradecerle su colaboración. Pero me gustaría preguntarle algo que de repente me viene a la mente. ¿Por qué cree usted que el asesino rechazó a Rocío y se centró en Eva? Me interesa su opinión personal, después de todo, conoce o conocía muy bien a ambas.

—Supongo que porque sería un tipo con buen gusto, educado, elegante. Ya sabe, uno de los que merecen la pena.

—No la entiendo.

—Rocío siempre se queja de que no aparezca en su vida un tipo que valga la pena, uno que le recite poemas al oído. Pero lo cierto es que los únicos en los que se fija, y a los que puede optar, suelen recitar otro tipo de cosas al oído.

—¿Que cosas?

—Ya sabe..., cosas como: chupa, chupa, que yo te aviso.

El reloj marcaba casi las diez y la mayoría de los agentes de la comisaría se habían marchado a casa, dejando paso al relevo o dotación mínima del turno de noche, pero a Pablo no le importaba la hora, solo quería avanzar en el caso. Aún meditaba en su despacho sobre las declaraciones de los testigos.

—Parece que no hemos sacado nada de las amigas, jefe. Seguimos en el callejón sin salida —comentaba su ayudante después de que Carmen abandonase el despacho.

—Es lo que esperaba, igual que con los testigos de la discoteca. Ya verás que en los casos anteriores pasó lo mismo, he pedido las transcripciones de las declaraciones de los testigos de las víctimas anteriores y apuesto lo que quieras a que no hay nada tampoco.

—Tendremos que atraparlo por otro medio, por los análisis del laboratorio de los pelos y fibras.

—No, ya han llegado parte de los informes de la científica y no hay nada, todo es de la chica. El resto de las fibras son poliéster común negro, nada que pueda servir para localizar al asesino.

—Pues está jodida la cosa, a ver por dónde podemos empezar para sacar algo de información.

Pablo estaba pensando, no hizo caso al último comentario del agente, solo balbuceó un pensamiento interior:

—Ese monstruo cometerá un error, tarde o temprano lo hará. Es imposible controlarlo todo tan al detalle: huellas, fluidos, cámaras de vigilancia, no llamar la atención de nadie, coches discretos, ropa elegante pero convencional... No podrá mantener mucho más esa pulcritud, en algún momento alguien le verá, o una cámara le grabará, o cometerá cualquier error. Tarde o temprano me las veré a solas con él, cueste lo que cueste.

Capítulo 8

La televisión iluminaba el sombrío ático de Alfil con un macabro y tenue parpadeo que dibujaba las líneas rectas del sofá y la figura desnuda del chico tumbado sobre él. Eran las cuatro de la madrugada y la película *Viernes 13* inundaba de gritos el silencio de la noche. Apuntó hacia el televisor con el mando a distancia y suprimió por completo el volumen. Alfil no se inmutó, solo desvió la atención hacia ti. Sí, has oído bien, ahora te mira a ti.

—No sé qué hora es, pero debe de ser bastante tarde y sigo sin poder dormir. Mucha gente desconoce que el insomnio es uno de los males que atacan a los fotógrafos de moda. Es culpa de los ritmos discontinuos de trabajo, ¿lo sabías? Horarios cambiantes en el momento de empuje y duración de las sesiones, reuniones con clientes y equipo, viajes por todo el mundo para trabajar con *jet lag*, y volver sin saber qué hora es en tu país ni en el que has dejado atrás. Noches enteras seleccionando y procesando fotos o manteniendo conversaciones por skype con Japón, Francia o Estados Unidos. Pero no creas que ese es el motivo que origina la existencia de un monstruo. Lo admito y sé que el mundo me ve como tal. Soy un despiadado asesino a los ojos de la sociedad, pero no tiene nada que ver con la ausencia de sueño —Alfil hizo una pausa y miró ausente hacia el televisor—. Quitar vidas es una necesidad para mí, de un modo u otro dependo de ello. No me siento un Dios al matar, como piensan los psicólogos especializados en crímenes. —El chico se levantó para servirse un zumo de naranja en la cocina—. Solo intento ser el mejor en mi trabajo, y no es sencillo ser el mejor en ninguna disciplina o sector; necesitas trabajar duro, tener talento innato, disciplina, constancia, perseverancia y suerte. Ser el mejor futbolista del mundo, el mejor actor, escritor, empresario..., inténtalo. Para lograr esa excelencia y subir constantemente de nivel necesito sensaciones, emociones, inspiraciones... Además, me es vital alcanzar un estado de relajación extremo cuando trabajo, unido a tener los cinco sentidos al cien por cien centrados en dicha tarea. Y

por desgracia eso solo lo consigo tras lo que llamo «partidas de ajedrez», esa es la forma que uso para definir mis actividades extralaborales, no me gusta la palabra matar.

»Mi vida es un continuo equilibrio entre el bien y el mal, así al menos lo veo yo. Pero el bien no puede sobrevivir sin el mal, ni a la inversa. Necesito hacer el mal para lograr el estado mental que me lleva a superarme en mi trabajo. Jamás haría daño a nadie si no fuese más que necesario. Intento dejarlo, intento no tener que acabar con vidas inocentes, eso te lo puedo asegurar. Pero cada cierto tiempo noto el abandono de las musas, la falta de originalidad, de ganas, de esa fuerza que necesito para rendir en mi trabajo, para progresar un poco más. Es entonces cuando me veo obligado a organizar otra partida. Y no creáis que es algo fácil, existen muchas variables a tener en cuenta y debes ser muy metódico, por lo que necesitas establecer una serie de normas y pautas que no puedes saltarte o todo saldrá mal. Ya me entendéis: si algo sale mal, acabas en una celda más de veinte años.

»¡Espera un segundo! Me encanta esta escena —en la televisión se apreciaba una punta de flecha metálica atravesando la garganta de un actor mientras estaba tumbado sobre una cama—. ¿Sabes que el primer éxito de Kevin Bacon no fue *Footloose*, como todos piensan? Cuatro años antes era uno de los monitores de *Crystal Lake* en la película *Viernes 13*, y ya era su quinta película.

»Disculpa la interrupción, ¿de qué estaba hablando? Ah, sí, de las normas. Las normas hacen que uno haga su trabajo sin fallos. Son la base de un método lo más infalible posible. ¿Las mías? ¿Te gustaría conocer mis normas? —Dio un sorbo al zumo de naranja.

Norma n.º 1: Nunca juego en mi ciudad:

Vivo y trabajo fundamentalmente en Madrid. Es la ciudad donde tienes más probabilidades de toparte con alguien que te conozca y te identifique, por la calle, en un hotel, en discotecas... Pueden verte con una chica y estarás perdido. Escápate a ciudades alejadas y en las que puedas entrar y salir rápido por sus comunicaciones. Y que sean ciudades grandes es importante, ya que en los sitios pequeños es frecuente que casi todo el mundo se conozca y una persona nueva llama la atención con más facilidad; para colmo, tienes menos hoteles y garitos en los que elegir el adecuado. Incluso tu coche llama más la atención aparcado en las calles. Y las comunicaciones por tren o avión son complicadas o inexistentes en esas pequeñas ciudades.

Norma n.º 2: Nunca elijas a una chica conocida:

Nunca elijo a una chica con la que tenga o haya tenido alguna relación directa o indirecta. La policía siempre comienza a investigar el entorno de las víctimas: a sus novios, amigos, familiares, personas con las que tuviera deudas, relaciones laborales, conflictos, etc. Así que esta norma guarda directa relación con la anterior, si vas a una ciudad ajena a tu vida, es difícil topar con alguien que guarde relación contigo o que te conozca. Imagina que la chica te conoce y envía un mensaje de móvil a una amiga: «Me voy con Alfil». Eso no sucede con una desconocida que no sabe tu verdadero nombre. La policía siempre buscará un móvil o motivo del crimen, y cuando no hallen motivo alguno, se desorientarán. Les resulta más difícil investigar porque se encuentran bloqueados en ese momento. Los policías están adiestrados para seguir una serie de pasos en orden, cuando en un paso quedan atascados ante un muro, muchos acaban incluso abandonando la investigación y clasificándola.

Norma n.º 3: Nunca ser grabado:

Nunca paso por alto las cámaras. Busco lugares donde no haya cámaras de vigilancia o donde haya muy pocas, y siempre que sean de baja definición (eso es algo que ves en las fotos y grabaciones que suben a internet). Evito lugares turísticos porque hay mucha gente haciendo fotos y *selfies* por todas partes; sin saberlo puedes aparecer al fondo de infinidad de fotos. No descuido la posición de cada cámara, y para evitar que puedan tomar una imagen clara, uso una gorra en algunos momentos y les doy la espalda en otros. Analizo los lugares donde entraré antes de empezar la partida, y jugar de noche hace que haya menos gente haciendo fotos y que las cámaras de vigilancia tengan menos calidad de imagen porque suelen ir por infrarrojos y en blanco y negro. Esas escenas de películas o de series como *CSI*, donde seleccionan una foto en baja resolución y la pasan por ordenadores y programas milagrosos hasta lograr una imagen nítida del asesino, son una soberana estupidez. Te lo digo yo, que tengo lo mejor en tecnología de retoque y ampliación de resolución. Aún quedan siglos para lograr ese efecto, si es que llega; pero me gusta ponerles las cosas difíciles a los de investigación. Me divierte.

Norma n.º 4: Elijo los sitios con precaución:

Investigo por internet los lugares de las ciudades a las que iré. En la red tengo toda la información que necesito, incluso fotos de hoteles, discotecas,

calles o aparcamientos. Todo el mundo hace fotos hoy en día. Por Google Imágenes puedes ver una ciudad entera centímetro a centímetro, incluyendo el interior de casi todos sus edificios; también casas privadas a base de fotos y *selfies*. Hay blogs y otras webs que te dicen qué lugares están más llenos a según qué horas, las calles más oscuras, las más o menos concurridas, todo lo que desees. Elijo con mucho cuidado el lugar de encuentro, discoteca generalmente, y el hotel donde iremos luego. Esta norma y la anterior se podrían incluso unir en una sola: la de elegir un sitio sin cámaras y que conozcas al detalle aunque nunca hayas estado en él. Después de elegir esos lugares, los estudio hasta memorizarlos, para moverme por ellos con la misma soltura que si fuese un asiduo del lugar.

Norma n.º 5: Siempre discotecas:

Las discotecas son lugares oscuros con luces parpadeantes y de colores que alteran los rasgos de las personas, el color de pelo y ojos, incluso de la ropa. Elijo lugares donde todos parecemos idénticos, sobre todo porque vestimos casi igual, nos peinamos igual, es el sitio donde más clones puedes observar en la sociedad. En esos lugares nadie se fija en nadie, nadie recuerda a nadie, y por muchos motivos aparte de los que te comentaba antes: porque son locales muy grandes y hay mucha gente, porque la mayoría lleva dos copas de más y allí toma otras dos, alterando su percepción; y porque son lugares frecuentados por jóvenes. Y a día de hoy hay mucho egocentrismo y postureo, así que están muy ocupados pensando en sí mismos como para fijarse en los demás.

Los bares o garitos son más pequeños y suelen tener una clientela menor. Dichos clientes se conocen entre ellos porque son fieles al sitio, detectan a los nuevos más rápidamente, también hay más luz ambiente y los camareros se fijan con facilidad en los pocos clientes que tienen, más aún si es la primera vez que van. Así que descartados los bares o garitos pequeños.

Norma n.º 6: No destaque con la ropa:

Viviendo del mundo de la moda y la publicidad aprendes que no necesitas llamar la atención, ni siquiera necesitas ropa de grandes firmas. Al final, lo que importa para resultar elegante es conseguir que la ropa te quede bien, y eso no es una cuestión de dinero ni de nacer en una cuna u otra. Teniendo suerte con la genética y cuidando tu cuerpo para estar en plena forma, sumándole un simple traje de ZARA de color negro, puedes parecer sacado de un anuncio de colonia Armani. Créeme, en mi última campaña de publicidad,

el modelo del anuncio del perfume llevaba un traje de ZARA, mi estilista probó opciones mucho más caras pero ninguna le quedaba mejor.

Mi norma número seis es no dejar nunca fibras de prendas exclusivas ni de colores que ayuden a la policía en la tarea de encontrarte. Si examinan fibras de un pantalón y una americana de ZARA de color negro, ¿imagináis cuanta gente habrá comprado pantalones y americanas negros en ZARA en los últimos meses o años? Casi todos los chicos que te encuentras en un garito nocturno un viernes o sábado noche llevan esa ropa, así que no destacas y nadie se fija especialmente en ti.

Norma n.º 7: Nada de lujos ni moqueta:

Los hoteles caros poseen más cámaras de vigilancia y de mejor definición de imagen que los hostales u hoteles de inferior categoría, aparte de ser más exigentes en la recepción de sus clientes. Es difícil entrar sin ser vistos. Mientras que en el resto de hoteles más modestos suelen tener a un solo recepcionista medio dormido en el mostrador de la recepción a las horas de la madrugada a las que acostumbro a llegar con las chicas. Lugares donde es fácil encontrar una ventana medio abierta en la planta baja, en las zonas comunes o de empleados del hotel. También busco que no tengan moqueta, una moda americana de sus moteles cutres de carretera que se implantó en España en la década de los sesenta y que sigue imperando en la mayoría de establecimientos.

En el caso de que cometieras un error o descuido, las alfombras o moquetas son imposibles de limpiar salvo que les prendas fuego para hacer desaparecer fluidos, pelos y demás rastros. Por suerte, en los últimos años se encuentran hoteles con una estética más original y saliendo del diseño clásico de la moqueta.

Norma n.º 8: No toco nada:

Nunca uso el baño del hotel, jamás. Puedes esperar dentro al momento adecuado de terminar la partida, pero nunca darle el uso habitual que se le da a un cuarto de baño, no toco nada ni uso lavabo, inodoro o bañera. Es donde más se centra la policía en buscar huellas y pistas. Si quieres ir al baño hazlo en la discoteca, donde nadie se fijará en ti ni podrán sacar ninguna muestra o prueba por la cantidad de gente que lo usa en una noche. Algo básico, ¿verdad?

Y tampoco toco el minibar de la habitación (si lo hubiese), ni los pulsadores de la luz, ni puertas, sillas, mesitas... Es mejor no tocar nada que

tener que limpiar luego tus huellas. Uno nunca sabe si va a tener que salir antes de tiempo de la habitación sin tener tiempo de borrar su rastro.

¿Y la chica? En su cuerpo pueden quedar huellas de mis dedos y manos, muy bien si has llegado a pensar eso. Pero las huellas dactilares son localizadas por el ácido bórico que desprende nuestra propia piel en una cantidad pequeña que destaca con claridad sobre la propia piel de la víctima. Yo suelo dejar que la chica llene de saliva mis dedos, o con sus fluidos corporales, ya me entendéis, antes de tocar su cara, brazos, etc. Una mezcla masiva de sus efluvios que dejan marcas difusas sobre su piel, mezcladas con su sudor y sin rastro alguno de huellas dactilares.

Norma n.º 9: Uso un coche discreto:

Alquila coches, ni se te ocurra usar el tuyo o un taxi, lógicamente. El coche que elijas debe ser muy común, ni de alta gama ni un utilitario, ni con colores estridentes. Mi favorito es el Audi A4 gris, el más disponible en las agencias de alquiler. Intento usar coches que nadie pueda recordar con facilidad porque no llamen la atención o sean muy comunes. Pensaréis que un Audi no es un coche común, pero eso es porque no lo habéis pensado bien o no conocéis la política de sinergias que tiene la casa VAG (Volkswagen Audi Group). Un Audi A4 es confundible en la noche con un Volkswagen Jetta y con un Passat, así como con un Seat Exeo, un Skoda Octavia, un Renault Laguna o un Ford Mondeo, más aún si es de color gris medio. Si no te fijas especialmente en él, pasará completamente desapercibido.

Siendo de alquiler, al devolverlo en el aeropuerto o estación de tren a la empresa arrendataria, lo limpiarán a fondo en tiempo récord para alquilarlo en solo una hora o incluso menos. Y cuando la policía llegue al hotel para empezar la investigación, el coche ya lo estará usando otro cliente desde hace horas en otro punto de la ciudad o a cientos de kilómetros.

Evidentemente, alquilo el coche con documentación falsa, evitando cámaras de vigilancia y sin llamar la atención en ventanilla, por donde pasan muchas personas cada día y los empleados no podrían memorizar la cara de uno en concreto, menos aún con una gorra sobre la cabeza.

Norma n.º 10: Las chicas más bellas no son una opción:

Las chicas más bonitas de un lugar están acostumbradas a seducir, no a ser seducidas, así que pueden jugar a rechazarte por puro placer. Eso puede alargar el proceso y tiempo que transcurre desde que contactas con ellas hasta que sales de la discoteca, y obviamente te expones más a las miradas de

quienes las acompañan. Cuando son chicas menos bellas, más comunes, todo cambia en el proceso. Se sienten abrumadas por la situación, no se han visto nunca abordadas por un chico de una belleza o nivel físico superior al que están acostumbradas, así que se dejan llevar con más facilidad, muchas ni siquiera avisan a sus amigos de que se marchan de la discoteca.

Y por supuesto, elijo a aquellas que hayan bebido unas copas. No me gustan las personas ebrias, pero con tres o cuatro copas, todos nos desinhibimos y somos más vulnerables. Me gustan esas chicas que bailan en mitad de la pista sin importarles que las observen, no son chicas que salgan a ligar, o al menos, en ese momento de la noche les da igual todo menos divertirse y pasarlo bien. Cuando no deseas ligar es cuando estás más receptivo y vulnerable a que te conquisten, con las defensas bajadas; en ese punto es más fácil y rápido entrar y manejar la situación.

Norma n.º 11: Elijo chicas sin seguir un patrón:

Es vital elegir a tu objetivo sin seguir una clara línea común con el resto de víctimas. Prefiero usar las corazonadas o la intuición en lugar de seleccionar chicas que tengan el mismo horóscopo, o la misma profesión, o haber estudiado en la misma universidad, tener el mismo color de pelo, la misma edad, ni otras cosas por el estilo. Me dan igual ese tipo de chorradas: altura, edad, profesión... De ese modo evito que puedan usar un patrón en la policía. Y lo mejor es elegir las al azar, de ese modo te garantizas no seguir pauta alguna.

Si usas patrones de comportamiento, tu *modus operandi* se hace fácil de localizar y eso te perjudica, te define y da pistas a quienes te persiguen. Si siempre eliges chicas pelirrojas, licenciadas de derecho, o que tengan los ojos verdes; estas serán avisadas por la prensa y serán menos receptivas. Al mismo tiempo que limitas mucho el número de chicas a elegir en la discoteca.

Si quieres volver loca a la policía cuando te busquen, lo mejor es cambiar el perfil físico y mental de tus víctimas en cada partida.

Estarás pensando que es absurdo matar siempre de la misma forma y con el mismo método, y lo entiendo. Pensarás que es como seguir patrones de conducta, pero nada más alejado. Usar siempre el mismo método hace que te especialices, lo acabas ejecutando cada vez mejor y más rápido, algo vital en esa tarea. La policía estudia tu método y se acerca, pero no lo suficiente como para atraparte, ya que no sabe nunca dónde estarás ni con quién.

Norma n.º 12: Controlo a la chica:

Planificar una partida o escribirla en una novela puede parecer fácil, luego todo acaba saliendo perfecto, o no. Alfred Hitchcock estaría de acuerdo conmigo —Alfil sonreía al recordar la película Crimen Perfecto—. Pero la realidad es imprevisible y todo puede salir mal, nada de lo que hayas calculado tiene por qué salir del mismo modo: el tráfico, la gente que te vea en la discoteca o en la calle, que no puedas entrar en el hotel, que esa noche te rechacen todas las chicas, que te veas metido en una pelea sin poder evitarlo, y así otras mil cosas más. Por ese motivo trato de controlar a la chica en cuanto salgo con ella de la discoteca. Por un lado consigo su teléfono móvil, algo sencillo cuando la chica está tan centrada en besarte y manosearte. Si ella quisiera mandar un mensaje durante el trayecto en coche, será fácil convencerla de que se le ha caído o que lo tiene alguna de sus amigas. También soluciono el problema deslizando una pequeña dosis de éxtasis en su copa. Junto al alcohol consumido, la sumiré en un estado de bienestar y felicidad que hará que disfrute de cada segundo sin inhibiciones y sin preocuparse por nada. No estará drogada por ser una dosis muy pequeña, pero la convertirá en alguien muy maleable, dócil. Por suerte, para la Policía es difícil detectarlo en sangre cuando es una dosis mucho más pequeña de lo habitual.

Si juegas con una persona en plena capacidad de sus facultades, sobre todo mentales, tendrás muchas variables sin controlar.

Norma n.º 13: Uso preservativo:

Es la mejor forma de hacer desaparecer fluidos con facilidad, algo obvio. Muchos os preguntaréis el por qué practicar sexo con las víctimas, la respuesta es sencilla: en mi trabajo diario estoy siempre rodeado de modelos de cuerpos perfectos y caras imposibles, y muchas de ellas intentan conseguir algo más que una relación laboral, pero no puedes mezclar el trabajo con el placer; es más, hay mucho interés porque conocen mi posición económica y los beneficios en su trabajo que obtendrían por ser mi pareja. Eso unido a que son chicas muy jóvenes y con una conversación lamentablemente inmadura, hace que las relaciones que puedan surgir me perjudiquen a medio y largo plazo. Si deseas ser el mejor y dar imagen de seriedad y profesionalidad, no puedes andar alternando con las modelos. Así que prefiero mantener las distancias y alejar mi nombre de habladurías. Si necesito calmar mi libido, puedo hacerlo con las partidas.

Podría recurrir a chicas ajenas al sector moda, ligar como se ha hecho toda la vida, incluso contratar escorts discretas, pero no me sentiría cómodo

pagando por practicar sexo.

Otro motivo de practicar sexo es procurar un final feliz a las chicas. Es su última noche, fueron al hotel para pasar un buen rato y no me gusta defraudar. Puede parecer frívolo, pero es mi último homenaje a quienes me ayudan a mejorar mi estatus, mi vida y mi nivel profesional.

Norma n.º 14: Mi equipaje:

En el coche siempre llevo una mochila negra de tamaño mediano con una gorra, zapatillas de deporte y guantes, todos nuevos y de color negro, aparte de una sábana blanca impermeable. Se trata de volverme invisible. ¿No lo comprendes? Pues te lo explico:

En cuanto la chica se dirige a alquilar la habitación del hotel, yo cambio mis zapatos por las deportivas y me coloco los guantes y la gorra para evitar dejar huellas o que me graben las cámaras. También llevo conmigo la sábana impermeable bajo la ropa. Entro por una ventana del hotel, que fuerzo yo mismo, y espero a la chica dentro y ya sin la gorra. Ella no se da cuenta de mi calzado, guantes ni bulto de la sábana bajo mi estómago por el alcohol, la oscuridad del lugar y la ayuda de la pequeña dosis de éxtasis. Luego nos dirigimos hacia la habitación. Mientras ella está en el baño, yo cambio la sábana bajera de la cama por la mía impermeable, y entonces me quito los guantes. Cuando todo termina y la chica queda profundamente dormida, cambio la sábana con fluidos y pruebas por la original del hotel, en la que no hay ningún rastro mío. Termino la partida y salgo por el mismo sitio que usé para entrar, llevando la sábana, zapatillas, guantes y gorra. No dejo la más mínima prueba sobre el cuerpo ni en la habitación. Siempre en torno a las siete de la mañana o algo antes, ya que los sábados y domingos no suele haber casi nadie por las calles a esas horas. Cuando estoy a muchos kilómetros de distancia, tiro una bolsa de basura a un contenedor con la sábana, y dejo las zapatillas y guantes sobre algún banco de la calle. Cuando se empiecen a buscar restos o pruebas en las papeleras y contenedores de la zona, si es que se buscan, mi bolsa llevará horas o un día en el vertedero, y mis zapatillas y guantes las estará usando el que se los haya encontrado.

Norma n.º 15: Siempre estoy en calma:

Procuro mantener la calma y el control en todo momento, son fundamentales para no cometer errores. No puede haber el más mínimo descuido, debo entrar y salir sin que nadie se percate. Es necesario controlar la situación al milímetro, porque los nervios hacen que no veas cámaras, si

estás nervioso te haces notar ante la gente, la calma te hace invisible y te ayuda a realizar todo lo que tengas programado a la perfección. Te hace estar alerta por si las cosas no van como fueron programadas y actuar al segundo para rectificarlas o abortar.

Para tener el máximo auto control practico boxeo. Los deportes de contacto, cuando estás peleando con un rival, te hacen segregar mucha adrenalina; si lo practicas a menudo, vives con esos brotes de adrenalina y nervios, lo que hace que te acostumbres a ellos y acabes por dominarlos.

Norma n.º 16: Entrar y salir:

Salgo de la ciudad tan rápido como entré. Llego esa misma noche a la ciudad en tren o avión, alquilo un coche en la propia estación, voy directo a la discoteca, elijo a la chica para llevarla al hotel y luego salgo en torno a las siete de la mañana para el aeropuerto o estación de nuevo. No compro nada, no ceno ni bebo en hotel ni discoteca, ya lo haces en el tren o avión o en algún restaurante común y concurrido de la otra punta de la ciudad, no echo combustible; y ya os dije que si voy al baño, lo hago en la discoteca, donde soy más invisible.

Norma n.º 17: Aborta si surge un contratiempo:

Abortar en cuanto surge el más mínimo fallo es vital. Si noto que me ha grabado una cámara, si veo que alguien me ha reconocido, si cuando voy con la chica en el coche me para la policía para una multa o control de alcoholemia, si el recepcionista o algún cliente me ve entrando a hurtadillas en el hotel, si dejo una huella o fluido que no puedo limpiar..., cualquier fallo conlleva abortar, y eso quiere decir que la partida no acaba en jaque mate, es una partida perdida.

—Parece todo muy complicado visto así, pero es como jugar al ajedrez, tienes que tener controladas siempre todas las fichas; y no solo las tuyas, así como también los posibles movimientos de tu adversario, que lógicamente es la policía. Las chicas son peones que sacrificas para lograr el objetivo final. En mi trabajo de fotógrafo también tengo que controlar muchas variables, no creáis que tener una docena de colaboradores te hace trabajar menos o poder relajarte delegando responsabilidades, en absoluto. Debo organizar las sesiones ordenando los maquillajes y peinados que deseo, elegir a las modelos adecuadas, diseñar el esquema de iluminación y el escenario o localización

donde haremos las fotos, el retoque posterior de las imágenes seleccionadas, debo crear la línea que seguirá la dirección de posado de los modelos, durante la sesión debo hacer ajustes al trabajo de cada técnico y ayudante, dirigir el posado, los cambios de luces, encuadres, composiciones... Y así podría seguir durante horas, si quieres ser el mejor, debes controlar todo lo que sucede en tu trabajo. Siempre.

»Me gusta ganar y ser el mejor. Con cada partida trato de perfeccionarme, eso hace que la siguiente salga mejor. El beneficio final es que mi creatividad aumenta durante meses tras cada una.

»Espera, ahora es cuando la madre de Jason cambia su sonrisa por un cuchillo y ataca a Alice. Es mi momento favorito de la película, todo el mundo tiene en el recuerdo que Jason es el que mataba en *Viernes 13*, pero en la primera película de la saga solo era un niño que había muerto ahogado, nadie recuerda que era su madre la que mataba a los monitores del campamento por culparles de la muerte del niño mientras se bañaba.

El televisor recuperó el sonido en cuanto Alfil apuntó de nuevo con el mando, y la habitación volvió a su atmósfera original.

Capítulo 9

Acababa el verano, y por tanto se acercaba la fecha de comenzar las producciones de moda y publicidad. En septiembre se abría la temporada en los *showrooms*^[4] y las revistas empezaban a aceptar las editoriales de primavera-verano para los números que saldrían seis meses después. Tener ideas frescas era siempre importante. Una editorial de moda no son solo fotos de una o varias modelos vestidas con ropa de marca y posando de forma plástica o casi rocambolesca, deben contar una historia y para ello necesitan una ambientación, estudio de la perspectiva, diseño de escenario o búsqueda de localizaciones en España o el extranjero, y un sinfín más de detalles que deben encajar como las piezas de un *puzzle*. Es complicado crear esas historias en las que no se cuenta con sonido ni movimiento, como en el caso del cine, solo con imágenes estáticas.

Alfil necesitaba seis editoriales de temporada, eso sin contar que en los próximos dos meses pudieran surgir campañas publicitarias que solicitasen dirección artística aparte del servicio fotográfico. Muchas firmas deseaban o exigían que el creativo fuese el propio fotógrafo en lugar de una agencia de publicidad, sobre todo cuando dicho fotógrafo era famoso por su creatividad y la originalidad de las ideas que había aportado en trabajos anteriores. Por ahora había dos campañas confirmadas pero podían caer otras dos o tres durante esos meses, así que necesitaba ocho ideas seguras y dos más de reserva para tener cubierta la temporada de seis meses.

Llegó el momento de *brainstorming*, o de reuniones para desarrollar dichas ideas. Las realizaba junto a Leyre, su maquillador jefe, Marcelo, y sus ayudantes de fotografía. Cualquier idea, concepto o detalle era aceptado para crear las temáticas que configurarían las futuras sesiones de fotos. Esas ideas eran la base para buscar la ropa adecuada, a continuación buscar localizaciones de exteriores o crear escenarios, para terminar diseñando los maquillajes, peinados, poses y elegir a los modelos que serían contratados.

El *brainstorming* funciona de un modo muy básico, uno de los integrantes lanza una palabra o concepto, aunque sea sin pensar, dejándose llevar por su instinto; cuando el resto oye esa idea o palabra, lanzan otras palabras e ideas que les vienen a la mente sin pensar, dejándose llevar por lo que les transmita esa idea primera. Si el proyecto es bueno, se acepta y se perfila entre todos; y luego se inicia el proceso de nuevo. Así funcionaban en las reuniones de Alfil y, por supuesto, también en la de cualquier empresa de cualquier sector que realizase este sistema de búsqueda de ideas interesantes para el desarrollo de su actividad futura.

Eran las ocho de la mañana, todos habían llegado ya al estudio y se encontraban en la sala de reuniones, sentados y esperando a que Alfil empezase con la primera idea o pidiera opiniones, según el grado de inspiración que tuviera ese día. Aún era pronto para lanzar algo original, así que aprovechaban para desayunar. Esperaban que fuera un día fértil, ya que esas reuniones se podían alargar hasta el infinito, y no saldrían de allí salvo que ardiera el local o se tuviera el número de ideas necesarias, perfiladas y desarrolladas para la temporada.

—Sal.

—Playa.

—Bikini.

—Me gusta —frenó Alfil—. Podemos usar unas salinas en la costa para hacer una editorial de bikini, usando ángulos contra-picados y así mostrar el cielo muy azul con polarizador y la «arena» quedaría completamente blanca, eso destacará el bronceado de las modelos.

Unas decenas de palabras después:

—Cementerio.

—Vestidos de novia.

... risas ...

—Neumáticos.

—Esperad —interrumpió Alfil—. Para una de las sesiones de novias, podemos buscar un vertedero de neumáticos, hacer filas y columnas con ellos y luego rociarlos con agua para que queden limpios y muy negros, eso hará destacar los vestidos blancos de las modelos posando frente a ellos.

Dos horas después:

—¿Qué os parece si vamos a Galicia y usamos la playa de Las Catedrales para hacer una editorial al amanecer con filtros azules, con los arcos de piedra al fondo?

Era una suerte tener un equipo muy creativo, pensaba el fotógrafo, aunque es habitual que cuanto mejor seas en tu trabajo, mejores sean los colaboradores con los que te asocies. Alfil no se consideraba jefe de nadie, era algo que se malinterpretaba cuando se le veía ordenando durante la sesión, pero allí no había jefes ni empleados, no existía una jerarquía tradicional. Todos eran autónomos, como el propio fotógrafo, todos hacían el trabajo para el que eran contratados y luego pasaban su factura. De ese modo, todo el mundo trabajaba para sí mismo, sin jefes, entre comillas.

Otra cosa era el orden, la coordinación, la dirección humana. Si no existe un liderazgo, nada sale bien. Por muy buenos músicos que tenga una orquesta sinfónica, si no hay un director que los coordine y marque los tiempos, si cada uno hiciera lo que le apeteciera cuando quisiera, todo sería un caos. Alfil tomaba las riendas de la orquesta y hacía que sonase como ángeles, era el líder del grupo.

—Podemos usar plásticos transparentes que caigan por todo el estudio movidos por el viento.

—No, eso está muy visto.

—La modelo dentro de una caja de embalaje, posando dejando ver las prendas.

—Eso me gusta, y se puede perfilar: estando la caja en el suelo y tomando las fotos desde arriba. Podemos usar la luz de una ventana octa que inunde la caja y a la modelo desde arriba de ellos y así genere mucho volumen. Podemos maquillarla y usar pelucas para que parezcan muñecas Barbie en su caja de embalaje.

La tormenta de ideas iba progresando, los conceptos se estaban definiendo y Alfil sabía cómo desarrollarlos al cien por cien; eso le alegraba por dos motivos, por un lado porque cumpliría con su trabajo y contentaría a clientes, equipo, seguidores-fans... Y por otro porque no necesitaría una nueva partida para lograr el estado mental que necesitaba para llegar a ese cien por cien.

Después de doce horas de reunión, incluyendo almuerzo, diez botellas de vino y media de ginebra para los *gin-tonics* de Leyre, tenían las ideas para cada trabajo futuro y el desarrollo completo de las mismas. Solo quedaba enviar las propuestas a las revistas para el visto bueno, elegir los días de las sesiones, buscar al detalle las localizaciones, hacer *casting* de modelos y todo resuelto. Así que el equipo se marchó a casa a descansar. Agotados por la jornada interminable, iban levantándose como si les pesara el cuerpo mucho más que cuando entraron a primera hora de la mañana, algunos resoplaban mientras conversaban sobre el último trabajo de otro fotógrafo, la última

portada de la revista *Harper's Bazar*, si iban a ir al estreno de alguna película o si saldrían el viernes como de costumbre. Marcelo enseñaba su último tatuaje, levantando la manga de su camiseta y mostrándolo a través del vendaje de plástico transparente.

Mientras recogían sus ordenadores, apuntes y zapatos, ya que en el estudio todo el mundo debía estar descalzo por norma de Alfil, Leyre se acercó al fotógrafo para ayudarlo a recoger la mesa y meter en un cubo las botellas y platos que aún estaban sobre la mesa de reuniones; intentaba aparentar normalidad, detalle que percibió Alfil al instante, ya que ella nunca se dignaba a limpiar o recoger nada. Es más, Leyre era un libro abierto para él, así que estaba seguro de que preguntaría sobre el viaje a Londres de unas semanas antes o que le pediría un aumento o adelanto.

—¿Sabes algo nuevo de Londres? Han pasado ya muchos días y me interesa saber si haremos al final esa publicidad.

El fotógrafo no sabía qué contestar, porque aunque el viaje era mentira, él estuvo en Sevilla, tenía una negociación en curso con un diseñador en Londres, pero aún no tenía nada confirmado. Era complicado cerrar acuerdos a esos niveles de presupuesto si no hay una reunión en persona, y dicha reunión no se había producido.

—Meteré prisa, diré que tenemos las fechas casi cerradas y así veré si puedo presionar para conseguir la campaña. Otra cosa no puedo hacer, ¿de acuerdo? —contestó por fin.

El «¿de acuerdo?» final de Alfil sobraba, o tal vez no, ya que dejaba claro a Leyre que las cosas salían o no salían, y que no se podrían acelerar solo porque ella lo deseara. Era una forma de decirle que su actitud no era la adecuada, Alfil no era su jefe pero sí que su trabajo dependía directamente de él.

—Ok «jefe», ya me contarás, voy a coger mis cosas y me voy a casa, que estoy molida, *ciao*.

Le había llamado jefe. Ella sabía que le incomodaba esa palabra, la usó como reprimenda por el «¿de acuerdo?» que había recibido antes. Leyre disfrutaba lanzando pulsos cuando tenía dos copas de más. Era muy llamativo el modo en que cambiaba su personalidad cuando estaba trabajando, dócil con Alfil pero muy autoritaria con el equipo; y cuando disfrutaba en reuniones o fiestas era muy soberbia con todo el mundo, sin importar que estuviera delante la mismísima directora de la revista *Vogue*. Si no fuera por su talento, hacía mucho que estaría en el paro. Alfil no estaba de humor para soportar la enésima discusión sobre la actitud de su estilista, tuvo que esforzarse en

mantener cara de póker ante ella y resto del equipo hasta que se marcharon por fin.

«¿Por qué coño me pregunta por Londres? —se preguntó el chico—. Y en ese tono, aunque son habituales en ella esos brotes de arrogancia. ¿Sospecha algo? No lo creo, siempre que la prensa y los noticiarios informan de la muerte por causa de lo que definen como el fantasma, estoy ya de vuelta en Madrid; aunque eso no quita que el momento de las muertes se produzca mientras estoy de viaje. No, es imposible, no creo que ella haya llegado a esa conclusión; si solo vive para salir de fiesta, presumir de logros, su perfil de Instagram y poco más. No creo ni que haya leído prensa seria ni visto un noticiario en veinte años. Seguro que tiene problemas de dinero, no es la primera vez. En una ocasión le desplumó un caradura y en otra acumuló deudas de juego cuando le dio por ir al casino cinco noches por semana. Debe ser eso, aunque ganará unos veinticinco mil euros como mínimo cada mes, su tren de vida y su excentricidad seguro que le impiden tener dinero para emergencias. Sí, seguro que necesita que hagamos más publicidad, que es donde ganamos más, y por eso presiona. Sabe que en Londres se paga mucho mejor que aquí y necesita ese extra».

Alfil nunca pensaba en el dinero. Sus padres murieron cuando él tenía cinco años y le dejaron una más que importante herencia, además, fue criado posteriormente por sus abuelos, que incrementaron con creces su fortuna al fallecer y dejarle como heredero universal. Después de aquello se marchó a Estados Unidos, donde estudio la carrera de Bellas Artes y comenzó su pasión por la fotografía de moda. Y a medida que fue haciendo editoriales de moda para revistas y campañas publicitarias para firmas de ropa y complementos, fue acumulando una gran cantidad de fotos que, cuando los clientes querían volver a usar, debían pagar unos porcentajes estipulados en contrato, los llamados *royalties*. Por ese motivo un fotógrafo sigue ganando dinero con una fotografía durante toda su vida gracias a los usos repetidos que se le dé. Así que Alfil tenía un sueldo de los mayores del mundo en el sector y, aparte, el cobro de *royalties*, todo ello sumado a los derechos por las ventas de dos libros que una editorial había publicado con sus mejores trabajos.

Pero a pesar de su fortuna, llevaba una vida más que austera, exceptuando su ático y el estudio, ambos en plena Gran Vía y de tamaño más que considerable. Llevaba muchos años sin prestar atención a los informes que Salvador, su abogado, le enviaba desde Barcelona con los saldos de sus cuentas y los beneficios de las empresas que había heredado, calculaba que no sería una cifra inferior a ciento cincuenta millones de euros, que apenas usaba

por su casi nula vida social y ausencia de caprichos. Vestía elegante pero no usaba ropa de grandes firmas, incluso desechaba las prendas que los diseñadores le regalaban a menudo por ser uno de sus fotógrafos favoritos. Tampoco regentaba lujosos restaurantes. Tenía una forma de vivir tan discreta que se había convertido en un enigma para los integrantes del sector moda y publicidad en el país. Y por ese poco valor que daba al dinero, desconocía cuánto podían ganar sus propios colaboradores, porque, aunque él mismo pagaba parte de sus sueldos, ya que los maquilladores, ayudantes de fotografía, iluminación o estilistas le facturaban sus servicios en función de precios pactados y aceptados por Alfil, era una gestora la encargada de realizar esos pagos. Muchos de ellos trabajaban también para otros fotógrafos, eso suponía un extra de dinero que desconocía y que tampoco le importaba.

Pero, por encima de todo, no tenía ni la más remota idea de lo que era poco o mucho dinero para la gente, nunca había preguntado el precio al comprar algún artículo o servicio, nunca había negociado o regateado en una compra, no sabía el estado económico del país ni de los ciudadanos, no sabía cuánto costaba una vivienda media ni cuál era el sueldo habitual de un trabajador. Alfil estaba completamente desconectado del mundo. Como si la fotografía fuera tan importante en su vida como para aislarse completamente del exterior, metido en una burbuja, haciendo lo necesario para que sus cinco sentidos se centrasen solo en su trabajo. Esas fotos serían su legado el día de mañana, aquella era su obsesión, algo que le importaba tanto como para hacer lo que fuese necesario para cumplir su objetivo, incluso matar. Ni siquiera pensaba en tener hijos. Solo trabajaba para ser el mejor, una idea inculcada desde niño, algo obsesivo que se reforzaba con su carácter concienzudo. Nada en el mundo tenía importancia salvo crecer y ser recordado como el mejor durante décadas o siglos.

Durante las sesiones de fotos, los colaboradores, modelos y clientes presentes hablaban de todo tipo de temas, pero Alfil llegaba siempre en el momento de hacer las fotos, y era norma de trabajo que nadie hablase de nada para no distraerle o desconcentrarle. Nadie ponía objeciones, porque aunque él no se definía como jefe, era el que pagaba los sueldos. Era un grande y esa excentricidad es típica en el sector cuando uno es tan reconocido, tanto en fotógrafos como en diseñadores, editores de grandes revistas, etc.

Ni siquiera los clientes podían discutir sus decisiones. Ellos tenían por contrato una cláusula obligatoria que debían firmar si deseaban tenerle como fotógrafo, esa cláusula dejaba claro que no se podía hablar con él ni darle órdenes en el momento de la sesión de fotos. Todo había quedado dicho en las

reuniones previas; ese día no se podía molestar al fotógrafo bajo ningún concepto. Romper esa cláusula significaba la rotura del contrato y el pago íntegro del trabajo aunque no se realizasen ni entregasen las fotos.

Esas excentricidades no se achacaban a su persona, sino al sector moda que acostumbraba a crear personajes difíciles, egos y vanidades de tamaño descomunal. El problema radicaba en que Alfil era realmente así, en su vida privada también.

¿Se había convertido en un monstruo? La gente no descubre nunca a los monstruos cuando llevan una cobertura tan atractiva como lo era el físico y el éxito de Alfil. Y eso es un error.

Capítulo 10

Hacer deporte de cuatro a cinco días a la semana era una obligación para Alfil desde que era un niño pequeño, necesitaba entrenar de forma rutinaria para estar activo física y mentalmente. No le daba importancia desde el punto de vista que lo hacían los integrantes del mundo de la moda, en el que la imagen que proyectan lo es todo. El postureo era lo que menos le importaba a alguien que ni siquiera tenía cuenta en Instagram; y por otro lado, detestaba a quienes vivían por y para su físico; y también a los que, de forma patética, creaban una seudovida aparentemente perfecta en sus redes sociales para ocultar la realidad que les avergonzaba, personas que se esforzaban en la creación de un imaginario mundo perfecto en lugar de perfeccionar el real. Para el fotógrafo era la actitud más lamentable y ridícula que podía tener un ser humano.

Entrenar le ayudaba también a quemar el exceso de tensión que generaba con su trabajo, ocupar su tiempo y alejar su mente de los deseos de *jugar*. Por supuesto, también estaba el tener un envoltorio atractivo. «El cuerpo sostiene tu cerebro —solía decir—, no solo hay que cultivarse por dentro, también por fuera». Para Alfil era una norma primordial en su vida.

«Muchas personas se descuidan porque no les gusta entrenar o porque no desean seguir una alimentación adecuada, otros porque dicen no tener tiempo, otros porque les da igual. Al final, te deterioras a un ritmo muy rápido, tu cuerpo acaba envejeciendo mucho más deprisa y aparecen problemas físicos y de salud. Otra consecuencia nefasta es dejar de quererte, de gustarte a ti mismo y a quienes te importan. Y al cabo de los años acabas en gimnasios, caminando en una cinta andadora, para intentar hacer en pocos meses y a la desesperada lo que debiste hacer de forma periódica y sin prisas durante toda tu vida».

Cuidar la alimentación era otro de sus dogmas, gracias a la ayuda de los dietistas de agencias de modelos que le habían dado muchos consejos y confeccionado dietas desde hacía varios años.

El Gymage Lounge Resort era su gimnasio habitual unas tres o cuatro veces a la semana. Y aunque es un local muy conocido por su terraza en el ático, se trata de un gimnasio muy exclusivo a solo cien metros de su estudio, en la Plaza Soledad Torres Acosta. Allí entrenaba duro con pesas y máquinas, su tabla de ejercicios era la base de su entrenamiento. «Ningún deporte forma y tonifica mejor el cuerpo que las pesas».

También asistía lunes, miércoles y viernes, cuando no se encontraba haciendo fotos o de reuniones, a boxear al gimnasio Arian en la calle Flora, cerca de Ópera. Como le decía su abuelo cuando era pequeño: «debes saber defenderte tanto en una conversación como en una pelea». Boxear era de las pocas actividades que conseguían hacerle dormir, lo mejor para combatir su fuerte insomnio. Allí encontraba, además, un concepto de compañerismo que no se podía lograr en su trabajo. «Cuando entrenas, peleas y sangras codo con codo con personas que aman la nobleza de los deportes de contacto, consigues un vínculo difícil de igualar y definir. Una amistad única y para toda la vida». Sentir dolor tras un buen combate le hacía sentirse vivo, aparte de relajarse y también vaciar de pensamientos y absurdas preocupaciones su cabeza durante unas horas.

Llevaba toda su vida con esa rutina y se veía a sí mismo siguiendo hasta el final. Como esos ancianos de más de setenta años que ves bien fuertes y tonificados en el gimnasio, tienen unas ganas de vivir y un positivismo que no encuentras con facilidad en los abuelos convencionales que no pasan de su paseo matutino. En los gimnasios que visitaba, algunos de estos superyayos se atrevían a levantar más peso que chicos de veinte años o, incluso, entraban en el *ring* a demostrar que eran tipos duros de verdad. Ese era el objetivo a seguir, y es todo mental, el cuerpo solo hace lo que el cerebro le ordena.

Alfil entrenaba en este momento mientras iba ordenando conceptos de sus próximas sesiones, como cuando realizas cualquier actividad cotidiana como ducharte, pero tu mente está en otra parte; la suya viajaba hacia el estudio, hacia la sesión de fotos que realizaría días o semanas después, y así ordenar y calcular todo lo que necesitaría para que saliese perfecta. Pero nunca viajaba al pasado, nunca pensaba en sesiones ya realizadas, ni en reuniones, ni siquiera en los viajes de sus antiguas partidas. Lograba desconectar y olvidar cada minuto que quedaba tras él, algo que era una doctrina en su vida, con la única excepción del cine. Disfrutaba viendo películas clásicas, aunque las hubiera visto docenas de veces.

El sector moda es muy hermético, casi nadie le conocía fuera de aquel mundillo, así que aunque fuera famoso como fotógrafo, nadie le molestaba,

salvo cuando se le acercaba otro fotógrafo de menor nivel o algún modelo que le reconociera, algo que le incomodaba mucho. En el *Gymage*, frecuentado por algunos modelos que viven en el centro, era molestado alguna que otra vez por chicas que no cumplían con las órdenes de su agencia: «Si ves a Alfil, ni se te ocurra acercarte a molestar o saludar, eso le incomoda mucho».

Esos engorrosos momentos le recordaban una conversación con el exfutbolista David Beckham durante una campaña publicitaria que realizó años atrás para una marca de cuchillas de afeitar.

—Tu situación es envidiable —le dijo el entonces futbolista—, puedes ir por la calle o cenar en cualquier sitio sin que nadie te moleste aunque seas el mejor del mundo en tu profesión; en cambio, en mi trabajo, cualquier futbolista de cualquier equipo mediano o grande no puede hacer nada sin tener mil ojos alrededor analizando lo que haces, dices o vistes, esa intimidad no se puede pagar con dinero.

Existen muchos trabajos así, en los que los mejores profesionales son completos desconocidos para el mundo de a pie, y sin duda esa era una de las mejores ventajas de la fotografía. El número de personas que podían reconocer a Alfil al mes sería de dos o tres, y por vivir en esa zona de la ciudad, algo insignificante aunque la situación fuera siempre molesta para él. El gimnasio era casi siempre el sitio en el que ocurría, pero salía siempre del paso con rapidez, una sonrisa, un «encantado de conocerte» y luego un «disculpa pero no dispongo de tiempo».

Siempre que sufría un momento de esos, pensaba en lo rápido que la gente es capaz de sacar un rato para tomar un café con quien desea, aunque le acabe de conocer, pero no tienen tiempo para tomarlo con amigos de toda la vida. Casi todo el que se acercaba a él solía preguntar por la posibilidad de charlar durante una cerveza, comida, café... Para Alfil era absurdo que alguien quiera pasar rato con un desconocido solo porque le gustase su trabajo, gente que creía conocerle por que había visto fotos suyas, cuando la personalidad que imaginaban en él era ficticia y no podía asemejarse en nada a la realidad. No le conocían en absoluto, y a él le daba igual decepcionarles si no resultaba ser como esperaban. Aunque ese no era el motivo por el que les rechazaba, lo hacía porque no deseaba perder su tiempo en una situación de la que no sacaría provecho, era la voz de su experiencia. Todo se resumía a pasar unos minutos incómodos tras los cuales nada positivo se aportaría a su vida, todo seguiría igual cuando el chico o chica se marchase. Para Alfil, un tiempo empleado en algo que no afectaba a tu vida era un tiempo perdido que no recuperaría.

Igual pensaba sobre acceder a tomar una copa cuando quien le abordaba era una modelo que le reconocía y pretendía «algo más». Tenía muy claro que no podía salir o alternar con alguien que le admirase; claro que eso no solo lo pensaba Alfil, muchos cantantes o actores tienen como norma no salir con fans, esos admiradores no viven en la realidad, se enamoran de una imagen idílica y perfecta del famoso que han creado ellos mismos. No le conocen en absoluto, acabarán decepcionados cuando vean que no es el dios que imaginaban, ellos nunca podrían cumplir las expectativas, ya que un famoso es una persona normal con los mismos defectos que alguien no conocido.

Nunca se había quejado a los responsables del gimnasio cuando alguna modelo le había abordado. Sería absurdo, pensaba, nadie se queja cuando una chica guapa se acerca a charlar dos minutos. Y aunque le hiciesen caso, el lugar era de acceso libre para todos los socios; si quisiera condiciones exclusivas, sabía que tendría que hacerse fabricar un gimnasio para él solo.

Cuando debía viajar fuera de Madrid para sus producciones, solía buscar hoteles que incluyesen un gimnasio completamente equipado, sobre todo si pensaba estar mucho tiempo. Las editoriales de exterior pueden durar hasta una semana, una campaña publicitaria aún más, así que casi siempre buscaba ese extra en los hoteles. Incluso se aseguraba, antes de viajar, que el hotel seleccionado estuviese cerca de alguna escuela de boxeo, por si lograba acercarse un rato a golpear el saco o, incluso, a hacer guante con algún boxeador de la zona. En algunas ocasiones había aparecido ante su equipo con marcas visibles en la cara, nadie preguntaba, todos conocían de sobra su afición por los deportes de contacto. Dos años atrás tuvo que posponer una sesión, la única en toda su carrera, por estar curándose el tabique nasal en el hospital, dejándole la nariz algo más aplastada, aunque solo percibido por quienes le conocían antes del golpe.

Alfil se encontraba en este momento en el gimnasio haciendo su rutina de ejercicios cuando, de repente, se percibió una mueca de desagrado en su cara; no se trataba del esfuerzo, se acababa de acordar de que tenía que asistir a una fiesta en pocos días. «¡Qué coñazo!», pensó. Odiaba asistir a fiestas y soportar el postureo y falsedad de su sector, así que terminó el ejercicio con rabia. Al mismo tiempo, frente a él, permanecía una chica que llevaba observándole desde que había entrado. Era modelo y Alfil lo sabía porque vio su *book* en un *casting* pocas semanas antes, no la seleccionó para el trabajo, pero al día siguiente la reconoció en el gimnasio y desde entonces se incomodaba cuando la descubría mirando. Esperaba y rezaba por que no fuese a molestarle mientras entrenaba.

Siguió con sus meditaciones mientras iba cambiando de ejercicio, luego se duchó y marchó a casa.

Por suerte, la chica tampoco se acercó ese día.

Capítulo 11

Para la mayoría de personas ajenas al mundo de la moda y la publicidad, aparte de aquellos que desean formar parte de él, la imagen que se tiene de un sector tan hermético es la que da la televisión con series absurdas sensacionalistas, concursos de *reality* y películas que desvirtúan el trabajo serio que se esconde detrás; y con la única intención de intentar hacerlo más atractivo para el público a base de estereotipos inventados. Aunque también pasa con otros muchos sectores profesionales, no solo con la moda.

Dentro del mundillo, sin embargo, existen unas tradiciones que se mantienen para generar ese *glamour* y perpetuar la imagen que muchos diseñadores y las revistas de más nivel necesitan dar, y así conseguir más ventas y prolongar la imagen de exclusividad que todos ven en ellos, fundamentalmente enfocado a esos clientes que necesitan aparentar un elevado estatus social. Esas tradiciones son fundamentalmente fiestas, hay cientos al año solo en España. Cada diseñador que se precie hace una o dos al año, cada revista de nivel también. Luego hay otros eventos para presentar accesorios de moda o productos de belleza. La agenda es infinita y se rifan el tener famosillos de turno, como exconcurstantes de *reality*, algún que otro famoso de más nivel, como actores o cantantes, y que haya mucha representación de lo mejor de la industria: fotógrafos, estilistas, diseñadores y directores de revistas.

Alfil rechazaba casi todas las invitaciones que recibía, le asqueaba el ambiente que se respiraba allí: acuerdos profesionales bajo los efectos del alcohol y otras sustancias, contratos cerrados de los que te arrepentías al día siguiente; conversaciones vacías, postureo, sonrisas falsas y puñales por la espalda. Todo ello concentrado en mil metros cuadrados de terciopelo barato y escasa luz para que no fueran visibles las marcas de las operaciones de cirugía estética. Leyre, Marcelo y otros miembros de su equipo eran asiduos, ellos usaban las invitaciones que originalmente enviaban al fotógrafo. Era una

forma barata de salir de fiesta, ya que comían y bebían gratis, aprovechando para presumir en redes sociales de haber ido a fiestas exclusivas, se hacían *selfies* con famosos y, además, les gustaba relacionarse con otros integrantes de su profesión. Se trataba también de una buena forma de conseguir trabajos, ya que siendo autónomos, podían trabajar para varios clientes a la vez. Un gran fotógrafo hace dos o tres sesiones de media al mes, con eso ya gana suficiente dinero para todo un año si no quisiera trabajar más, pero un ayudante, un maquillador o un estilista, tienen un sueldo mucho menor por sesión; necesitan tener más de seis trabajos mensuales para vivir cómodamente.

Pertenecer al equipo habitual de Alfil era uno de los objetivos más codiciados del sector, ya que los demás fotógrafos que aspiraban a destronarle en el mercado nacional recurrían a sus ayudantes, maquilladores, peluqueros y estilistas por considerarles los mejores y porque esperaban a oír cotilleos, futuros trabajos o secretos sobre cómo iluminaba en sus sesiones; aunque nunca sacaban ninguna información de sus herméticos colaboradores. El acuerdo de confidencialidad que debían firmar todos los trabajadores dejaba claro que no podían hablar de lo que vieran u oyesen en sus sesiones o en sus reuniones de contenidos y *brainstorming* en las que participasen. Por ese motivo, ya en dos ocasiones fueron denunciados sendos ayudantes por filtrar detalles de campañas publicitarias a la competencia a cambio de suculentos pagos; aunque en sus juicios perdieron más dinero del que habían recibido por el espionaje intelectual; y lo peor de todo, luego nadie les contrató en el sector. No salía rentable tener la lengua larga.

La inmensa mayoría de las fiestas eran repeticiones constantes. Contaban con una recepción social con *photocall*, por donde solo los famosos pasaban para atender a las preguntas de cotilleos de la prensa, y el resto de invitados lo hacían antes por una puerta trasera. Luego se dedicaban todos a comer canapés y beber vino y champán para continuar con unas copas, mientras nadie hacía el más mínimo caso a la presentación del producto o lo que sea que diera motivo a la celebración; muchos invitados ni siquiera sabían quién daba la fiesta ni por qué. Decoraciones horteras y estrambóticas bajo luces y música de discoteca, modelos y gogós con poca ropa por todas partes, borrachos y drogados por doquier... Se trataba de que los diseñadores o revistas hicieran alarde de un estatus económico que generalmente no poseían, para decir al mundo que seguían vivos o para intentar conseguir acuerdos. Económicamente no eran rentables. Se seguían haciendo por tradición y porque no eras nadie si no celebrabas fiestas.

Ese uno por ciento de los compromisos que sí eran de obligado cumplimiento para Alfil, eran las fiestas de las revistas donde él trabajaba habitualmente, y las presentaciones o reuniones convocadas por las marcas que le tenían contratado para sus campañas publicitarias. Negarse a asistir sería nefasto para el negocio, eso lo tenía bien advertido por parte de su agente de publicidad.

Después de llevar más de tres años haciendo las campañas en exclusiva de Hugo Boss, era imposible no acercarse a saludar a sus propietarios y directivos, y aguantar luego el máximo posible a la vista. Cumplir con estos requisitos era una de las partes negativas del trabajo.

Visto desde fuera, desde el punto de vista de un asalariado, parece algo muy cómodo lo de ser tu propio jefe, ser autónomo, pero nada más alejado de la realidad. Mientras un asalariado tiene un jefe, un autónomo tiene muchísimos, cada cliente es su jefe y le da órdenes, le pide resultados, formalidad, ética, estética... Igual que si está en una oficina como asalariado. Pero hay muchos más errores que la gente comete con respecto a los autónomos: un fotógrafo no solo hace fotos, que es lo que más le gusta. El trabajo de campo solo es el uno o el dos por ciento del tiempo de trabajo, el resto suelen ser tareas que no desea realizar: Buscar clientes y mantenerlos, para continuar su relación laboral y asegurar los ingresos que proporcionan, es una tarea odiosa para la que Alfil había acabado contratando a un agente de publicidad, que también gestionaba sus redes sociales, web y publicidad. Aún recordaba lo incómodo del trato con determinados especímenes cuando empezaba. El problema para el fotógrafo era que su agente le obligaba a asistir a fiestas para mantener el contacto con dichos clientes. También era su tarea la de buscar ideas que no solo fuesen originales, debían gustarle al él mismo y también a los clientes que las pagasen; selección de fotos finales, realizar el retoque digital, gestión de cobro... Muchos de los grandes fotógrafos tienen retocadores, pero Alfil solo uno que limpiaba y ajustaba las fotos para que fuesen correctas; luego, el acabado final o estilo que se añade a la imagen antes de enviarla al cliente, era tarea del propio Alfil. Lo consideraba imprescindible para tener todo el control sobre el resultado final, después de todo, era él quien había diseñado en su mente las imágenes. Debía hacer reuniones de contenidos, de diseño de ideas, de planificaciones y perfilado de conceptos con los clientes. Muchas tareas que obviamente no eran tan divertidas como hacer fotos; y muchas más que antes había tenido que hacer él mismo, como colocar *flashes* cuando no tenía aún ayudantes de iluminación, fabricar sus escenarios, limpiar el estudio...

¿Cómo? ¿Pero Alfil no era multimillonario por herencia? ¿Cómo se encargaba incluso de la limpieza cuando podía contratar ayudantes y asistentes desde el principio? El motivo estaba en su educación, su abuelo le enseñó que debía trabajar con humildad, que debía conocer todos los aspectos de un trabajo, desde abajo, para comprender y dominar todo el proceso. Le enseñó también que no debía contratar a nadie para hacer una tarea que él mismo no supiera realizar a la perfección. Por ese motivo limpiaba él mismo el estudio cuando empezaba; ordenaba, fabricaba..., lo hacía todo salvo las tareas de maquillaje, peluquería y estilismo.

Cualquier autónomo sabe esto, muchos de ellos deben incluso llevar el pago de sus impuestos, contabilidad, etc. Un taxista no solo conduce, también soporta a los clientes maleducados o limpia el coche.

2

Entre divagaciones sobre su trabajo, Alfil llegó cuando la fiesta llevaba una hora empezada. Vestía traje negro a medida y de la propia firma Hugo Boss, algo habitual cuando asistes a estos eventos (siempre que te lo puedas permitir). También llevaba corbata negra y camisa blanca. Llegó solo a la fiesta, aunque al entrar localizó a su equipo; estaban casi todos en la zona de la barra de bebidas, lo que provocó una leve sonrisa en el chico. Antes de acercarse a ellos se dirigió hacia los anfitriones, como le había indicado su agente. Estuvo hablando amistosamente, especialmente con Jason Wu, el taiwanés director creativo de la firma; un joven casi de su misma edad con el que a menudo trataba las ideas para las fotos de cada campaña. Charlaron durante unos minutos de futuras ideas que le brotaban a Alfil, mientras Jason le daba indicaciones de texturas y colores que serían la nota dominante de su futura colección. Ambos eran muy creativos y vivían para su trabajo y para superarse a sí mismos en cada temporada.

No era el momento de hablar de trabajo, aunque el fotógrafo prefería mil veces eso a estar esquivando cotilleos o manteniendo conversaciones vacías por compromiso, que era lo que más abundaba allí. Transcurrido un tiempo prudente, que siempre debía controlar en aquellas fiestas para no resultar pesado y dejar que el anfitrión pudiera estar un rato con cada invitado, se despidió para ir junto a su equipo. Leyre y los demás ya llevaban un tiempo

tomando copas y estaban con una actitud extrovertida que desubicaba a Alfil, él no había consumido más que una copa de vino y en un lugar que no le era de su agrado. Deseaba marcharse, pero hubiera sido una terrible falta de respeto hacerlo tan pronto, debía permanecer al menos una hora allí antes de despedirse.

—¿Qué te ha contado Wu? —le preguntó Leyre en cuanto le tuvo delante—. Aquí no se ha acercado a saludar, no le interesamos los humildes mortales.

—Nada, solo detalles de la próxima colección, poco más. Se ve que disfruta igual que yo de estas reuniones —respondió mientras miraba resignado a su alrededor.

—Hay que tener tiempo para divertirse. No todo es trabajo, jefe.

—Veo que llevas ya varios *gin-tonics*. Me llamas jefe.

—Perdón. La última vez, lo juro —Leyre besó la cruz que hizo con dos dedos de su mano izquierda, con un gesto infantil—. Pero es que no puedo evitarlo si te veo tan serio y aburrido. Pareces incluso enfadado y eso te hace parecer un jefe autoritario, je, je.

—Veo que la fiesta será divertida —musitó el chico tras un suspiro, mientras se resignaba y buscaba una nueva copa de vino y algo que hubiera sobrado del *catering* para poder cenar.

El evento estaba en su momento más álgido, había *performances* bailando y modelos desfilando con creaciones míticas de pasadas temporadas. Los invitados se encontraban en ese punto divertido tras un par de copas, pero algunos de ellos empezarían a desvariar en poco tiempo. Alfil, que conocía el deterioro humano que se avecinaba, ya comenzó a planificar su salida. Al dirigirse hacia los directivos de la firma para despedirse, como buen seguidor de los consejos de su agente de publicidad y como la buena educación invitan a hacer, le salió al cruce Marcos Vega, su máxima competencia en el sector. ¿Qué hacía allí? ¿Aspiraba al contrato de Hugo Boss? Alfil dudó unos instantes, pero luego descartó esa posibilidad. No estaba acostumbrado a ir a estas fiestas, pero por lo que comentaban a veces sus colaboradores durante sesiones o reuniones, era frecuente que asistieran muchas personas como acompañantes de los invitados. Marcos era íntimo amigo de Eugenia, la directora de *Harper's Bazar*, donde publicaba editoriales desde hacía más de una década, así que era lógico que estuviera allí junto a ella.

—¿Ya te marchas? Veo que siguen gustándote las fiestas lo mismo que siempre —rompió el hielo Marcos. Sonreía.

Era el fotógrafo que se repartía el pastel con Alfil en el mercado español. En el extranjero había mucha más competencia, pero el beneficio era también mucho más grande. Las cuatro principales revistas nacionales: *Vogue*, *Harper's*, *ELLE* e *Instyle*, contaban con ambos para sus editoriales. Y los grandes clientes de publicidad usaban las negociaciones con uno para intentar abaratar el precio del otro. Pero a pesar de los años que llevaban de sana rivalidad, solo se habían visto en persona media docena de veces, y casi no habían hablado, aunque cada uno conocía cada movimiento del otro, cada sesión y cada trabajo. Había admiración mutua, al menos desde Alfil hacia Marcos, le gustaba mucho el dinamismo y movimiento que lograba con sus fotos, aunque la luz no le parecía tan buena como la suya propia. La originalidad en la creación de ideas y el diseño artístico de las sesiones declinaba la balanza ligeramente en favor del más joven.

—Ya sabes que este no es mi entorno, aquí no hay *flashes* —respondió Alfil devolviendo la sonrisa. No mostraba sorpresa a pesar de estar algo fascinado por el acercamiento de su competencia.

—No es tu entorno porque no controlas la situación. Si no tienes el mando y dirección de lo que ocurre a tu alrededor, no te sientes cómodo, ¿verdad?

—¿Cómo vas sobrellevando la crisis? —cambió Alfil rápido la conversación, y así pasó de defender a atacar de forma amistosa a su colega. Sabía que sus contratos eran más y mejores que los de Marcos, y recordárselo sería espinoso para él.

—¿Tenemos crisis nosotros? Y menos aún creo que la puedas tener tú. Ni siquiera trabajas por dinero; no lo necesitas, niño rico. Aunque te gusta venderte caro, así juegas con ventaja en las negociaciones, y eso no es justo. —Marcos aceptó el desafío y continuó con el amistoso cruce de espadas.

—Bueno, los clientes que no quieren o pueden pagarme te acaban contratando a ti. ¿Debería esperar un jamón en Navidad? —Un jaque mate rápido, aunque no indoloro.

—¡Aaaughh! Eso ha sido cruel. Culpa mía por empezar una batalla que no podía ganar.

Ambos se dieron la mano entre risas.

—Ya tengo edad como para saber cuándo voy a perder y cuándo retirarme —añadió Marcos.

Tenía unos diez años más que Alfil, aún era muy joven para pensar en la retirada. Mario Testino aún seguía en activo con más de sesenta años. Era absurdo que hubiera dicho aquello en serio, pensó Alfil.

—Apuesto a que sí, a que ya piensas en retirarte —le contestó con una maliciosa sonrisa.

—¿Interrumpo la conversación? —dijo una voz femenina y familiar a su espalda, era Pilar, la directora de la revista Chloë, acompañada de una chica joven de mirada incisiva.

—En absoluto —respondió Marcos—. Solo era una triste pelea de gallos que estaba perdiendo contra mi archienemigo. Deja que presente a tu hija a Alfil.

—Vaya, el famoso Alfil —dijo la chica si haber sido presentada y entrando en la conversación—. Un trabajo magnífico esa última campaña de Pronovias, felicidades. Por cierto, te imaginaba diferente.

Alfil se incomodaba con estas situaciones, aunque siendo la hija de una cliente importante, tendría que aguantar unos minutos. Un fastidio ahora que ya pensaba en marcharse.

—Gracias, y espero no haberte defraudado —respondió a la chica, que continuaba mirándole fijamente y sosteniendo una leve sonrisa.

—No, no me has defraudado, pero tampoco te lo tengas muy creído. Por cierto, me llamo Lucía. —Se comportaba como una chica dura, de las que te asaltan sin parpadear siquiera, el tipo que menos gustaba a Alfil.

En un principio el chico pensó que era modelo, pero solo durante un instante, luego vio que era algo más mayor de lo que suelen ser las modelos, mucho más descarada y algo más bajita; además, vestía demasiado sofisticada. Era delgada, aunque no al extremo de las modelos, un poco más musculada; aparentaba unos veinticinco años pero podría tener alguno más. Vestía con un traje de Hugo Boss de la actual temporada, americana y pantalón hechos a medida, sin llegar a ser ajustados, de raso en color hueso y sin camisa ni camiseta, solo la americana dibujando un delgado escote hasta casi mostrar el ombligo. Calzaba zapatos de tacón muy altos, llevaba su largo pelo rubio peinado con espuma o gomina hacia atrás y los ojos maquillados muy oscuros, lo que hacía destacar mucho más su color verde. Saltaba a la vista que era la típica chica que sabe lo que tiene, y peor aún, que sabe cómo usarlo.

—Tranquila, intentaré que los pies sigan en el suelo —contestó sonriendo.

—Bueno, volar de vez en cuando es positivo también, nos hace soñadores y libres de ataduras.

—¿En qué quedamos, me subo a las nubes y me lo creo o me bajo para ser humilde? —Alfil bromeaba por el contraste de comentarios de la chica.

—Mitad y mitad, así se guarda el misterio sin renunciar a algo de realidad. Siempre es bueno esconder cosas de uno mismo para sorprender en el futuro.

—Lucía hablaba ahora usando un tono muy serio y desafiando con la mirada.

—Lo tendré en cuenta, por si creo una personalidad paralela a la mía. Por cierto, ha sido un placer pero ya me marchaba, espero que me disculpéis — zanjó rápidamente el fotógrafo ante una situación que no le apetecía alargar.

—¡Vaya! Alfil haciendo honor a su animadversión por las fiestas. Fiel a tus principios —espetó la chica.

—Parece que sabes más de mí que yo mismo, espero que no se cuente mucho más sobre mi persona, o sobre mis varias personalidades. —El tono fue intencionadamente seco y serio, pero usó una sonrisa pícaro para disimular.

—Poco más se cuenta, por desgracia. A ver si puedo averiguarlo por mí misma.

Lucía invitaba a Alfil a mostrarle más de lo que ofrecía a la mayoría de sus conocidos. Él era consciente del ataque directo que la chica le lanzaba sin dejar de clavarle sus enormes ojos verdes, le gustaba mantener ese pulso con la mirada, sabedora de ganar siempre, mientras su madre y Marcos se mantenían como meros espectadores de la escena, lanzándose miradas cómplices, ante el flirteo que se producía en sus narices.

—Tal vez en otro momento. ¿Quién sabe? —Alfil debía marcharse antes de sucumbir aún más ante la chica.

Había conseguido intrigarle con su actitud, y él nunca rechazaba un reto interesante. Le apetecía llegar hasta el fondo de la madriguera del conejo, pero le incomodaba al mismo tiempo; percibía a modo de sexto sentido la advertencia de algún peligro oculto tras aquellos enormes ojos verdes, o quizá se tratase solo de su habitual paranoia ante la idea de tener pareja estable, o de salir con una chica relacionada con su sector. Ambos casos suponían hacerle perder un tiempo valioso, nublar sus objetivos y poner en peligro su futuro.

—Con lo poco que te prodigas socialmente, será difícil que eso suceda. No me estarás esquivando, ¿verdad señor importante?

La chica se resistía, parecía tener un interés especial por jugar a incomodarle, o realmente estaba atraída por él hasta el punto de atacarle así ante su madre. Sin duda era una mujer segura de sí misma que se lanzaba a por lo que quería de forma directa.

—¿Crees que te esquivo? Entonces tendré que demostrarte que no. Te veré pronto.

Eso último se lo susurró al oído usando el tono y seguridad de sus *partidas de ajedrez*, pero esta vez no estaba jugando. Había recurrido a esa postura o comportamiento porque era su particular armadura y protección ante situaciones que se pueden descontrolar.

Caminó pensativo mientras abandonaba la fiesta. ¿Qué le estaba pasando? Había accedido a ver a la chica, algo que contravenía su ordenado tren de vida. Era un solitario y no quería dejar de serlo. No habían quedado ni se habían intercambiado números de móvil ni correo electrónico, pero eso no suponía ningún esfuerzo de investigación para ninguno de los dos. Sabían de sobra cómo ponerse en contacto e incluso cómo encontrarse físicamente en cuanto lo desearan. Alfil siempre mantenía como norma el no mantener relaciones sentimentales con otros integrantes del sector, pero la chica no era más que la hija de una editora, técnicamente no pertenecía ni trabajaba en moda y publicidad. Ya estaba planteándose algo más, su cabeza estaba confusa, necesitaba poner en orden sus prioridades.

«¿Por qué he entrado en el juego que ella ha iniciado?», se preguntó. A él no le gustaban esas chicas que le abordaban de una forma tan descarada y sin conocerle. Había sido un acoso y derribo en solo dos minutos. Pero la chica tenía algo que había traspasado la guardia del fotógrafo, ahora estaba intrigado y esperaba a ver si se mantenía aquella química cuando volviera a verla, si es que eso sucedía.

Se sentía cansado. Una hora en una fiesta, en la que solo iba a hacer acto de presencia, lucirse ante todos y aguantar conversaciones, podría parecer poco, pero él prefería mil veces una sesión de fotos de dieciséis horas seguidas en el estudio, era su terreno, lo controlaba. En las fiestas, por el contrario, estaba desubicado y se sentía vulnerable. Esa vulnerabilidad había sido aprovechada por Lucía, le atacó aprovechando su guardia baja y ahora tenía en la cabeza pensamientos que no deberían estar allí. Quería pensar en el momento de llegar a casa y refugiarse en la soledad que le arropaba y ayudaba a aclarar sus pensamientos. Un rato en el sofá y una película clásica, para quedarse dormido con suerte antes del amanecer, era todo lo que necesitaba en ese momento; algo que le hiciera olvidar ese encuentro con Lucía, esa situación que le había hecho bajar las defensas, incluso ante una cliente y su máximo competidor nacional.

Iba en su coche por las calles del centro y seguía pensando en las sensaciones tenidas esa noche, seguía asombrado por su forma de comportarse ante ella. Tan absorto en el recuerdo de la mirada de la chica que, bajando por el Paseo de la Castellana y casi entrando en Recoletos, no

vio el control policial y le dieron el alto. Tuvo que someterse a una prueba de alcoholemia, que pasó muy justo, y pagar una multa por exceso de velocidad.

Al arrancar de nuevo el motor y seguir su camino a casa tenía muy claro que Lucía había aparecido en su vida sin la intención de pasar de largo.

Capítulo 12

Hacía unas horas que la luz invadía el interior del ático en Gran Vía, igual que los pitidos de los vehículos de reparto atascados en su intento de cumplir con el calendario de entregas. Miles de turistas y de madrileños recorrían y fotografiaban a esa hora la calle más conocida de la ciudad, pero Alfil seguía dormido, ajeno a todo, incluso al estridente sonido del teléfono fijo que llevaba varios minutos sin parar de sonar sobre la isla de la cocina. El chico se levantó por fin para atender la llamada, extrañado por despertarse en la cama y no en el sofá, como era su costumbre, y tomó el terminal inalámbrico a la vez que encendía el televisor. Menos de diez personas conocían ese número personal, aún menos el de su teléfono móvil, así que siempre atendía las llamadas porque solía tratarse de personas de su entorno más cercano y laboral. Estaba aún adormilado, al no haber podido conciliar el sueño hasta muy entrada la madrugada, cuando reconoció el número de su agente de publicidad en la pantalla e hizo una mueca con la que mostraba lo poco que deseaba hablar con el pesado de su publicista, pero descolgó finalmente.

—Capullo, ¿sabes qué hora es? —recriminó el fotógrafo a su empleado.

—Me he portado bien, esta vez te llamé después de las diez de la mañana.

—Tendremos que atrasar esa hora a las doce, sobre todo para las mañanas tras insulsos eventos y demás horribles compromisos a los que me obligas a ir.

—Claro, seguro que anoche te acostaste tarde por eso y no por quedarte hasta el amanecer viendo esos bodrios de películas de serie B que te tragas.

—Se llaman clásicos y superan con creces las porquerías que se estrenan ahora en los cines. ¿Ha ocurrido algo para que me despiertes? —Alfil fue al grano, no quería tener una conversación interminable con el charlatán de su agente.

—¿Por qué iba a haber pasado algo malo? No siempre te llamo para dar malas noticias. Solo quería saber cómo fue la fiesta de Boss. Más te vale

haberte portado bien.

—Cumplí como acordamos, me porté como un niño bueno y me dejé ver durante una hora. Hablé con los jefes y fui todo sonrisas, así que puedes estar contento.

Alfil era consciente de que su agente ya sabía todo aquello, tenía sus propias fuentes que ya le habrían informado a esas horas, pero aún así preguntaba porque deseaba oírlo de su boca; y de paso, cotillear por si había ocurrido alguna novedad en la fiesta que no le hubiesen notificado; sabía que Alfil habló con diseñadores y otros grandes del mundillo a los que sus «espías» no tenían acceso.

—¿Hiciste la pelota para alargar el contrato con ellos?

—No le hice la pelota a nadie, pero dudo que cambien de fotógrafo después de que su director creativo me contara cómo sería la ropa de su próxima temporada. —Alfil podía adivinar el efecto que provocarían esas palabras.

—¡Guau! ¡Eso es la leche! Entonces, habrás comprobado la importancia de asistir al máximo número de eventos, de ello depende tener más o menos contratos. Y no hay nada malo en lamer culos, tu amigo Marcos lo hace sin parar y te pisa los talones.

—Pues que se quede Marcos todos los contratos si es lo que quiere. Ya sabes que solo trato de que me contraten por la calidad de mis trabajos, no por mi vida social.

—No me hagas repetírtelo de nuevo, la vida social es parte indivisible de este mundillo. Necesitamos esos contratos para poder comer. Tal vez te dé igual a ti, que estás forrado, pero hay familias que dependemos de tu trabajo.

—¿Qué familia? Eres soltero y no tienes hijos.

—Bueno, eso último nunca se sabe... Y ya que te gusta tanto el cine, puedo hacerte el numerito de *Jerry McGuire* y gritarte el «Show me the money», sabes que no tengo vergüenza ni dignidad que me impidan hacerlo.

—Por Dios, ahórrame el momento vergonzoso, no quiero que vuelvas a hacerlo nunca más.

—Entonces te comentaré los eventos futuros a los que hay que asistir: tenemos la semana que viene la fiesta de Marie Claire, luego se celebra...

Alfil pulsó el manos libres y dejó el terminal sobre la encimera, sacó zumo de naranja y pavo en lonchas de la nevera para desayunar. Su agente, a través del altavoz, seguía hablando sin parar de la importancia del trato humano directo para los contratos y continuaba enumerando los próximos compromisos a los que el fotógrafo debería asistir. Alfil se sentó en un

taburete alto y comenzó a comer allí mismo, cambiando los canales de la televisión mientras esperaba a que su interlocutor se cansase de hablar.

—¿Qué sabes sobre la hija de Pilar, la directora de Chloë? —interrumpía el sermón que había oído docenas de veces para preguntar por algo que acaba de aparecer por su cabeza.

—¿Quién? ¿Una chica rubia, alta y delgada? No sé mucho, se empezó a hablar de ella hace un par de semanas, me comentaron que había venido a España después de estudiar varios años en Londres. También trabajó allí unos años en algo relacionado con el *marketing* estratégico. Pero, entre tú y yo, creo que la madre la ha obligado a regresar por meterse en líos; dicen que es una pieza de cuidado. ¿Por qué? ¿Te interesa? ¡Espera! No me puedo creer que estés interesado en una chica. El hermético, frío y distante Alfil se está ablandando. ¡No me jodas!

—No me des la paliza, capullo. Solo la conocí en la fiesta y me pareció interesante, algo fresco entre tanto moho y plástico. Desentonaba allí más que yo mismo, pero nada más que eso. Me extrañó que viniese a mí de un modo tan descarado, ya sabes, un acoso e intento de derribo.

—Y no estás acostumbrado a que entren así, ¿verdad, jefe? Porque tú mismo ordenas a las agencias que obliguen a las modelos a mantener las distancias contigo, castigándolas con no contratarlas si lo incumplen. Ya lo verás..., y no quiero ser premonitorio, pero cuando tengas sesenta años acabarás rezando para que se te acerquen esos bomboncitos —bromeaba divertido.

—No digas estupideces, no estoy de humor después de que me hayas despertado tan temprano.

—Si quieres, puedo intentar localizarla, ya sabes: su número y dirección. —Su voz iba mostrando cada vez más un tono incisivo, de alcahuete, lo que también iba incomodando a Alfil.

—No lo necesito, gracias, si quisiera sus datos los podría conseguir yo mismo con facilidad, pero no es el caso. Oye, te dejo, que tengo que perfilar unos asuntos —cortó muy seco el fotógrafo.

—Aún no hemos terminado nuestra charla sobre las mejoras que tenemos que hacer de cara a la imagen de tu marca. —Intentaba retomar la conversación su agente—. Tenemos unos compromisos en las próximas semanas que debemos estudiar para conseguir nuevos contratos muy jugosos.

—Me parece bien cualquier decisión que tomes, tienes plena autoridad para ello, ya los sabes, *ciao*.

El agente vio cortada la conversación con el asombro de escuchar que todo le parecía bien. Había dicho a Alfil que debía asistir a fiestas y otros compromisos, que es lo que más odiaba, y no había recibido una negativa con insultos incorporados. Algo extraño pasaba por la cabeza de Alfil y no era el sueño.

El fotógrafo había colgado casi sin escuchar al publicista, no había podido evitar pensar en Lucía al despertar, igual que no fue capaz de borrarla de sus pensamientos la noche anterior. Incluso había desconectado de su propio trabajo para pensar en ella. Ahora estaba mirando por la ventana, allí yacía muerta sobre el suelo de su terraza una paloma de las que suelen buscar comida entre los turistas de la Plaza de España. Se había estrellado contra uno de sus ventanales y había alcanzado su final. Se había confiado demasiado y eso la había precipitado a la muerte.

Pensativo, prudente y temeroso, presentía que se avecinaban cambios, y los cambios siempre generan situaciones ante las que hay que actuar con tacto, o acaban convirtiéndose en problemas. No quería volar confiado y acabar su vida estampado contra el atractivo reflejo de un cristal. Su obsesión por controlarlo todo era lo que evitaba las situaciones adversas. Debía volver a tomar dicho control y olvidarse de distracciones.

Capítulo 13

Habían pasado unos días desde la fiesta y la posterior conversación de Alfil con su agente de publicidad. La rutina había vuelto a la vida del fotógrafo y entrenar duro era lo que más le gustaba para pasar el tiempo, y lo que mejor le ayudaba a desconectar del anodino y superficial mundo para centrarse en su trabajo.

Esa tarde tocaba boxeo.

Tras atravesar una sala de unos ochocientos metros cuadrados, sorteando una docena de danzarines sacos de diferentes tamaños y colores que estaban siendo golpeados por sudorosos aficionados y *amateurs*, se llega al final del gimnasio, donde se ubica el *ring* para practicar combates y hacer guantes. Allí Iván, un boxeador *amateur* asiduo del gimnasio, caía tras un *crochet* de izquierda recibido en la cara. Se incorporó en el acto aunque aturdido aún por el golpe, el casco acolchado no le había protegido mucho. Escupió el protector bucal para respirar mejor, a pesar de no estar mareado, simplemente no lo vio venir y eso que había hecho guantes docenas de veces entrenando con su compañero. No comprendía los motivos por los que esa tarde le estaba sometiendo a semejante paliza, sorprendido ante lo crecido y el nivel que esgrimía su rival, y cómo aquello le estaba costando un duro castigo corporal. Iván se levantó y reanudaron el combate, lanzó varios golpes rápidos a su adversario, que los esquivó con facilidad para devolver el ataque con un directo y varios *jabs* y *crochets* que no tocaron de lleno al boxeador, pero que lo arrinconaron contra las cuerdas. Estaba acorralado de nuevo. Un gancho seguido de un *crochet* de derecha volvían a enviarlo a la lona. Resignado, Iván se sentó y escupió de nuevo el protector bucal, luego miró a su compañero a la vez que hacía un gesto con sus manos que dejaba claro que el combate había finalizado.

—Tranquilo tío, que no estamos peleando por un título. Relájate figurín —dijo sonriendo desde el suelo a su adversario y amigo.

—Levanta abuelo, no te he dado tan fuerte —respondió sonriendo su rival.

—¿En qué o quién estabas pensando mientras peleamos? ¿En alguien que te debe dinero?

—¡Anda ya! Estás viejo y lento, abuelo. Si quieres, la próxima vez me ato una mano a la espalda —contestó Alfil sonriendo mientras se quitaba su casco protector—. ¿Tendré que buscar un adversario mejor?

—¿Te valgo yo? —preguntó una voz igual de femenina que desafiante a su izquierda.

La chica estaba a tres metros del *ring* terminando de vendar su mano izquierda. Sonreía sin mirar al chico mientras terminaba la tarea; y luego comenzó a colocarse los guantes que llevaba atrapados bajo una axila. Vestía unos *leggings* y un pequeño *top*, ambos negros, que le hacían mostrar su complexión atlética a la perfección. Se le podía ver un físico muy trabajado y, por cómo caminaba y miraba al fotógrafo, se notaba que era consciente de ello y de sus habilidades. Se había recogido el pelo y no llevaba nada de maquillaje, a pesar de ello, Alfil había reconocido a Lucía y sus ojos verdes al instante.

El chico se sacó su protector bucal, sonriendo y acercándose al extremo del *ring*, mirando sin mucha sorpresa a quien acababa de retarle. Sabía que ella podía encontrarlo si se lo proponía, aunque aquel era el último lugar donde hubiera imaginado que lo hiciera. No se quitó los guantes, sabía que ella había ido allí con ganas de seguir jugando y él no tenía pensado perder aquella partida. Pensó que podría olvidarse de ella, pero había aparecido de nuevo en su vida, y justo en el momento preciso. Si Lucía se hubiese encontrado con Alfil uno o dos días después de la fiesta, el chico habría huido aterrado ante el acoso; y si hubiese tardado semanas, aquel *feeling* que sintió se habría disipado en el tedio de su vida cotidiana. Ahora le tocaría continuar ese flirteo que comenzó en la fiesta, un juego que no le gustaba nada al fotógrafo, pero que no parecía rechazar del todo cuando Lucía era la contrincante. ¿Sería igual de buena sobre el *ring*? ¿En la cama? ¿En una relación seria? Alfil se sumergió de nuevo en su propio mar de dudas.

—Me has encontrado muy rápido, parece que eres una mujer de recursos.

El chico estaba agachado, en cuclillas desde el *ring* y mirándola a través de las cuerdas. Sonreía dándole muestras de que le apetecía jugar, aunque con la mirada le indicaba que aquel era su terreno y que no le dejaría ganar. Ella se había acercado a él mientras terminaba de colocarse los guantes como si lo

hiciese a diario, y ahora tenía su cara a muy pocos centímetros de la de Alfil. Ambos se miraron con sonrisa desafiante a través de las cuerdas.

—¿Encontrarte rápido? Ya podría seguir esperando a que me llamas tú, ¿no te parece? —Se apreciaba un reproche, pero con tono divertido en sus palabras.

—Te dije que te vería pronto, no que sería yo el que te buscase. Algo me decía que me encontrarías tú a mí. Y yo he puesto de mi parte.

—¿Qué? ¿Qué has puesto tú de tu parte para que nos viéramos? —preguntó con una exagerada cara de sorpresa.

—¿No me ves aquí? Estaba esperando a que llegaras, eso es poner mucho de mi parte, ¿no te parece? —La química era ya muy evidente entre los dos, se podía incluso oler en el ambiente.

—Eres un caradura. Tendré que castigarte aquí, dándote una paliza delante de tus amigotes, para que aprendas la lección. ¿Estás dispuesto a pasar esa vergüenza?

El monitor de boxeo y tres compañeros y amigos de Alfil se acercaron, divertidos ante la situación.

—Te veo muy segura de ti misma. ¿Serás capaz de cumplir las expectativas?

El chico abría un hueco entre las cuerdas del *ring* con su pie y sus manos, mientras invitaba a Lucía a cumplir con sus fanfarronerías.

—Espero que no te frenes por que sea una chica —dijo ella mientras subía, sin parar de mirarle y sonreír con malicia.

—Intentaré estar a la altura. —Alfil mantenía una distancia muy corta que, junto a la forma de mirarse el uno al otro, dejaba claro que ambos querían y necesitaban ganar ese pulso.

El fotógrafo se encontraba en un apuro insólito, ya que no podía golpear a la chica sin abusar de su fuerza, pero tampoco le gustaba perder. ¿Tendría que ceder finalmente y aguantar las risas de sus compañeros? Casi todos ellos empezaban a acercarse a ver el espectáculo. Lucía tomaba la distancia y los dos comenzaron a tantearse con la mirada y el juego de piernas, se notaba que la chica también sabía pelear y que ninguno quería dar el primer golpe. Pero... ¡Sorpresa! Lucía lanzó una patada que no impactó en la cara de Alfil gracias a que este la esquivó por milímetros.

—¡Eh, tramposa! ¿Necesitas usar los pies? Veo que harás lo que sea para ganar —le reprochó el chico, entre asombrado y divertido, después de quitarse el protector bucal unos segundos. Le sorprendían las habilidades que ella acababa de mostrar.

—No dijiste que hubiera reglas —respondió ella, sonriendo mientras guiñaba un ojo—. ¿Seguimos o estás preocupado por perder? Si quieres puedo bajar el ritmo.

Se intercambiaron unos golpes de tanteo entre ellos, Alfil intentó controlar la fuerza, aunque a veces se le escapó algún directo que hizo poner muecas a Lucía, como también hizo silbar a sus compañeros espectadores, que esperaban el triunfo de la chica para reírse luego de él; todos los presentes que habían probado a subir al *ring* contra el fotógrafo terminaron besando la lona, así que querían verle humillado por una vez.

Lucía lanzó un directo a la nariz del chico que le hizo retroceder y bajar los brazos sonriendo. La situación se iba caldeando y eso no interesaba a Alfil, que ya había tenido varias ocasiones de acabar el combate por la vía rápida pero no paraba de frenarse ante tan salvaje solución. Necesitaba terminar con aquello, aunque no le apetecía lo más mínimo perder, no le habían educado para perder ni para masticar bien una derrota.

—Eres una chica dura, no podré bajar la guardia contigo, ¿verdad? —No solo se refería a la pelea, sabía que con ella sería peligrosa una relación; la chica le hacía descuidarse, perder la concentración. Lucía era su *kryptonita*.

—Si quieres, la próxima vez me ato una mano a la espalda. —Esa frase, tras una sonrisa malvada, hizo reír aún más a los compañeros de Alfil que estaban mirando desde fuera del *ring*.

—Parece que tenemos un público hostil —dijo mirando con cara de reproche a sus amigos—. Mejor el siguiente asalto cenando, ¿te parece?

—Buena salida, veo que no quieres que te dé una paliza —contestó ella. Ambos sonrieron y abandonaron el *ring*.

En la corta pero concurrida calle que comunica la plaza de Ópera con la plaza de España, frente a un iluminado palacio Real que atraía a los rezagados turistas nocturnos como si aquella luz fuese una trampa para mosquitos, comían unos perritos calientes en un pequeño restaurante de comida rápida a pie de calle. Con las mochilas en el suelo, hacían acopio de servilletas de papel ante la visión de la cantidad de salsa que había puesto el cocinero a su comida. Habían llegado allí tras un breve paseo desde el gimnasio, sorteando a los turistas que ya se marchaban a los hoteles tras una dura jornada de visitas y fotos y a los que salían de noche para disfrutar de la gastronomía madrileña y de la iluminación de sus monumentos más relevantes.

—¿Te gusta la comida basura? Nadie lo diría —comentó Alfil mirando el cuerpo de Lucía con descaro.

—¿Basura? Son los mejores perritos de la ciudad. No sabes cómo los eché de menos cuando vivía en Londres. Por cierto, gracias por el cumplido —la chica sonrió con maldad, anunciando su próximo golpe—. ¿Sabes cómo mantener un buen cuerpo? Yo lo hago dando una paliza a algún paquete en el *ring* de vez en cuando.

Alfil no pudo aguantar la risa tras un sorbo a su refresco, lo que provocó que le saliera parte del líquido por la nariz. Se limpió la cara con las servilletas y la miró con deseos de darle un coscorrón.

—Te gusta dar caña, ¿verdad? Eres de las que les gusta ganar siempre, por lo que veo.

—Ni lo dudes, nunca retrocedo ni para tomar impulso. Debes tener cuidado conmigo, chaval —añadió sonriendo.

El chico pensó que estaba preciosa. Aún después del combate, y estando empapada en sudor, sin maquillar ni peinar, pensaba que era bella hasta decir basta. Estaba encandilado de su seguridad, su fortaleza interior y exterior, su determinación y su sonrisa de niña mala. Adoraba esos mechones de pelo que, escapados del elástico de la coleta y acariciando sus perfectas mejillas, enmarcaban una simetría perfecta, solo superada por su capacidad para dejarle sin palabras.

Alfil llevó su mano izquierda a la cintura de la chica, atrayendo su cuerpo con un gesto brusco, que la hizo gemir sin perder la sonrisa.

—Nunca pensé que saldría con alguien que tuviera más pelotas que yo —le dijo, y luego intentó besarla.

—¿Cómo que estamos saliendo? Vaquero, más despacio, que te caes del caballo —respondió ella mientras esquivaba, entre risas, el beso que él lanzaba.

—¿Qué pasa? ¿Tengo la cara manchada de mostaza?

Ella no contestó, pero su cara disipó la sonrisa hasta transformarla en una mirada perdida en la oscura profundidad de los ojos del chico. Aún seguían muy cerca el uno del otro.

—No, pero me besarás cuando yo lo diga —respondió ella, sin evitar acercar mucho su boca a la del fotógrafo. Una fuerza que no podía controlar la impulsaba hacía sus labios.

Lucía se apartó de nuevo. Dudaba. Toda su fortaleza interior parecía haber desaparecido de repente. Parecía dispuesta a salir corriendo y alejarse del chico para siempre, arrepentida de haber iniciado aquel juego; pero

rápidamente volvió a él y le besó, un beso sonoro, corto pero intenso y con mucha fuerza. Tras el cual se separaron unos pocos centímetros durante menos de un segundo, toda una eternidad en aquel instante. Se observaron en silencio y, luego, fue él quien la besó, pero suavemente y sin prisas.

—¿Es un combate nulo? —preguntó Alfil después del beso.

—¿Nulo? —Ella seguía aturdida.

—La pelea de hoy, la dejamos en tablas, ¿no?

—Ni lo sueñes, aún nos queda un asalto.

Capítulo 14

La ducha del ático de Alfil fue testigo del desborde de tensión sexual acumulada, allí comenzó el juego y no precisamente para quitarse el sudor del entrenamiento anterior. Desnudos y fundidos en un interminable abrazo, la pareja se abandonó bajo una lluvia de agua caliente y apasionados besos. Los jadeos y gemidos llegaron cuando el chico comenzaba su incursión por el cuerpo de Lucía. Cuello, pechos, ombligo..., el húmedo trayecto llegó a su destino entre las piernas de la chica. Alfil sujetó con fuerza su trasero y se levantó con el cuerpo de ella fundido en su boca, Lucía gimió al sentir la fría pared de mármol en su espalda y la ardiente boca del chico en su sexo. Placer y dolor pugnaban bajo su vientre, estrechando ella sus muslos para aprisionar la cabeza del chico. Acarició su espalda, el cuello y atrapó su pelo con ambas manos, apremiando su cara contra el foco de calor que comenzaba a provocar espasmos.

Cuerpo y mente se dejaban mecer entre los continuos y húmedos besos que recorrían su sexo, enloqueciendo al sufrir el movimiento de la lengua del chico en lo más íntimo de su ser. Esos interminables primeros minutos de éxtasis convirtieron sus jadeos en gritos incontrolados, tras los cuales llegó una pausa, un breve instante de descanso. Alfil bajó con cuidado el tembloroso cuerpo hasta que los pies de Lucía tocaron de nuevo el suelo de la ducha. La chica trataba de dominar la situación, pero se encontraba aún muy conmocionada y la tregua no duró más de dos suspiros. Él se colocó tras ella y la inmovilizó aprisionando su cuello con una mano, mientras la otra buscó bajo su ombligo el foco de calor que parecía originar sus aún trémulos gemidos. El ritmo de los suspiros volvió a aumentar de intensidad al sentir su cuerpo invadido, primero por un dedo y luego por la dura excitación del chico. Lucía giró la cara todo lo que pudo para besarle con la intensidad que su entrecortada respiración le permitía. Metió su lengua en la boca de Alfil, mientras este acariciaba sus pechos y seguía en la tarea de penetrarla

lentamente. Ella dejó de besarle por un instante para poder gritar y descargar la tensión que la atenazaba, luego inclinó su cuerpo hacia delante para facilitarle la tarea. Colocó sus manos en la empañada pared de mármol negro, dibujando el rastro de su deseo sobre el frío y reconfortante vaho.

La cama balinesa de la terraza tomó el relevo tras la ducha, allí disputó la pareja su segundo asalto. En esa ocasión fue ella la que tomó la iniciativa y ató las manos de Alfil a un poste de la cama, usando una de las dos toallas que había traído desde el baño, la otra la colocó sobre sus ojos. Se sentó sobre su cadera y mordió su labio inferior con fuerza hasta hacerle sangrar y gemir, al mismo tiempo que movía lentamente su cuerpo. A ritmo lento pero aumentando, sentía cada centímetro del chico entrando y saliendo de ella. Mordió con cuidado sus pezones y luego le acercó uno de sus pechos a la boca, acariciando la herida de su labio con el pezón. Alfil sentía el calor de su cuerpo en la boca y besó su pecho con intensidad. Lucía se había trabajado su conquista y quería seguir teniendo esa posición dominante, así que comenzó a cabalgar más fuerte entre los gemidos de ambos.

Por primera vez en mucho tiempo, él se sintió completo, todo lo que le rodeaba, incluyendo sus pensamientos, había desaparecido. La chica consiguió elevarle a un estado en el que se sentía pleno, satisfecho.

Horas más tarde, ya avanzada la madrugada, Alfil estaba sentado desnudo en el sofá. No lograba dormir, aunque esa vez el motivo parecía distinto al de siempre, se sentía incomprensiblemente feliz. A pesar de ello, no estaba dispuesto a bajar la guardia ante una chica que había aparecido de repente en su vida trastocando todos sus esquemas.

Las imágenes en blanco y negro de la película no lograban iluminar con su parpadeo más allá de la silueta del sofá, dejando en una lúgubre penumbra, como si de una cueva se tratase, el resto de la estancia. El brillo en los ojos de Alfil danzaba entre la belleza de un primer plano de Elizabeth Taylor y las sinuosas curvas del cuerpo desnudo de Lucía, que continuaba dormida sobre la cama. Solo unos metros le separaban de ella, admirándola desde la distancia, bajo la luz azulada de la noche y enmarcada en el mar de seda negra de sus sábanas, como lo haría ante una hermosa pintura en un museo. Sintió un guiño cómplice de la luna, asomada a través de los ventanales desde hacía horas para fijar la mirada sobre su albina y perfecta piel de mármol. Aquella visión casi etérea provocaba más creatividad en la mente del fotógrafo que ninguna sesión de *brainstorming* realizada en su trayectoria. Más que ninguna

partida jugada contra pobres chiquillas en hoteles. Por primera vez en su vida sentía dudas. Llevaba más de una década con una imagen en su mente, un final, un objetivo a conseguir, un logro por el que luchar: ser el número uno en su trabajo. Ahora esa imagen se enturbiaba como un cristalino lago tras meter el pie y remover el lodo del fondo. ¿Se enturbiaba o cambiaba? No estaba seguro, quizá la imagen sufría una metamorfosis hasta convertirse en la cara de Lucía. ¿Tenía una nueva meta? ¿Una mejor y más placentera de conseguir? Se mecía entre las dudas, seguir buscando la perfección en su trabajo, que se le recordase durante siglos por su obra, o dejarlo todo y abandonar incluso el país para perderse con Lucía por el mundo. Lo que ella provocaba en él era una droga más poderosa que ninguna sensación experimentada antes.

«¿Me estaré enamorando?», pensaba en silencio mientras observaba desde el sofá cómo el cuerpo de la chica era acariciado por la débil luz de la luna; aquel pensamiento le asustaba mucho, ya que le provocaba una felicidad que jamás habría pensado hallar junto a una mujer, solo en el trabajo. Nunca había sentido algo así, o, al menos, hacía tanto que ya no lo recordaba. Llevaba solo unas horas a su lado pero la calma que sentía era nueva, quizás porque siempre había tenido el control y luchado constantemente para no perderlo, y esa lucha interna había desaparecido. La obsesión por dirigir y controlar todo lo que rodeaba su vida parecía haberse esfumado mientras estaba con ella, sentía que podía incluso dejarse guiar por la luz que emanaban sus grandes y profundos ojos verdes. Había observado a muchas mujeres tumbadas sobre una cama, algunas de ellas mientras agotaban los últimos instantes de su vida en un jaque mate; otras eran vacías amantes de una noche, a las que esperaba perder de vista en cuanto se durmieran; otras, por suerte, se habían borrado de sus recuerdos. La mente es maravillosamente selectiva. Pero aquella que estaba sintiendo era una situación diferente a las anteriores, no quería que la chica saliese de su vida, no quería dejar de disfrutar del placer que le invadía al contemplarla sobre su cama.

En ese momento Lucía despertó, se movió en la cama y su cuerpo quedó completamente desnudo sobre ondulantes pliegues de seda negra. Era una imagen, prácticamente en blanco y negro, que Alfil no podría olvidar jamás. Aún adormilada extendió la mano en busca de su amante, y al no encontrarlo se incorporó para mirar a su alrededor. Por fin vio al chico, la observaba desnudo y en silencio desde la seguridad que le aportaba la penumbra del televisor sobre el sofá.

—¿No me ofreces un euro por mis pensamientos? —pregunto él.

—¿Cómo dices? —respondió ella aún medio dormida.

—Es lo que se suele decir en estos casos. Cuando ves a alguien pensativo, le sueles decir: «Te ofrezco un euro por tus pensamientos».

—Entiendo, aunque yo no creo que tus pensamientos cuesten tanto.

—Ja, ja, ja, veo que conocías la expresión, tramposa.

—¿No puedes dormir?

—No estoy acostumbrado a compartir la cama. Tal vez aquí pueda conciliar el sueño.

Lucía abandonó la cama como una niña pequeña que se levanta en mitad de la noche para buscar un vaso de agua en la cocina, caminó hacia Alfil y, al llegar a su altura, se tumbó en el sofá, le dio un beso corto pero dulce en los labios y luego acomodó su cabeza sobre el regazo del chico.

—Pues a ver si podemos dormir compartiendo el sofá —miró hacia la televisión un instante—. ¿Estás viendo *La gata sobre el tejado de Zinc*? Avísame cuando salga Paul Newman sin camisa —comentó con voz pícaro mientras quedaba dormida sobre sus piernas.

Él quedó sin palabras. Siempre había pensado que el concepto «media naranja», como persona que te complementa y con la que formas un ente indivisible, era algo absurdo de las novelas rosa para adolescentes. Pero estando a su lado, y más aún con el contacto físico, sentía que no necesitaba nada más en su vida. La calma del mar en sus ojos y el inusitado calor que emitía su suave cuerpo, le proporcionaban un bienestar... ¿mágico? Sin duda era algo indescriptible, y le gustaba.

Mil pensamientos comenzaron a desfilar por su mente. A lo largo de su vida había observado cómo casi todo el mundo se obsesiona con tener más: más dinero, más éxito, más fama. Basan la felicidad en la consecución de lograr más cantidad de lo que sea que sienten (o creen sentir) que les falta. El problema es que la necesidad es como la energía, nunca se destruye, solo se transforma. Sabía que esas necesidades tuyas no se saciarían nunca, solo se transformarían en otras nuevas. El que consigue dinero, pasa a necesitar más o a tener la necesidad nueva de protegerlo, para evitar perderlo o que se lo roben. Nunca dejas de tener necesidades, y eso impide tu felicidad. Al final es más rico el que menos necesita, no el que más tiene. Encontrándose a sí mismo en un momento mágico como aquel, se dio cuenta de que todo lo que había buscado le alejaba de la felicidad en lugar de acercarle a ella. Amor, salud y dinero, el secreto está en no necesitar ninguno de ellos, no en tenerlos en abundancia; y para no necesitarlo en abundancia debía encontrarse en un estado mental de equilibrio en el que no se dejase llevar por la sociedad. Sí,

esa sociedad que te empuja a envidiar a todo el que posee más que tú. El objetivo de la sociedad es que no seas nunca feliz, salvo buscando sin cesar ese estado de ánimo que solo llega paradójicamente cuando no lo buscas.

Alfil estaba teniendo pensamientos encontrados a los que habían dirigido su vida. ¿Había estado buscando sus objetivos vitales en el camino equivocado? Algo le decía al fotógrafo que conocería todas las respuestas a esas dudas en breve.

Capítulo 15

Un ocre y anaranjado atardecer caía sobre los jardines del bello palacete construido en 1770 y restaurado hacía pocas décadas en el bello municipio de Alella, a dieciocho kilómetros de Barcelona. En sus jardines, un niño de cuatro años corría y jugaba con dos perros golden retriever, ajeno al ajetreo que había dentro de la vivienda. También estaba feliz porque vería en una hora a sus padres, de los que se había separado por primera vez en su corta vida.

Dentro de la vivienda todo estaba revolucionado. Gente estresada y corriendo de un sitio para otro ultimaba los preparativos de una fiesta, o mejor dicho, de dos fiestas; por un lado el cumpleaños del niño y por otro que sus padres regresaban tras un viaje de negocios a Estados Unidos. Solían llevar al chico consigo cuando viajaban, pero tratándose de tan solo cinco días, lo dejaron al cargo de sus abuelos, a los que el niño acostumbraba a ver los fines de semana en la casa de estos en la playa.

El pequeño seguía en el jardín, sus abuelos se lo habían pedido para que no molestase con sus juegos a los trabajadores de la casa: los habituales miembros del servicio doméstico y ayudantes, que habían recibido el apoyo de quince camareros, cocineros y decoradores para tener cada mesa, plato y adorno perfectos a la hora estipulada. La mansión era muy grande y recibirían a más de cien invitados. Eso hacía que el niño, tras varias horas jugando solo, se aburriera y buscase diversión o amigos por la casa. Se saltó la promesa que hizo a su abuela de estar en el jardín y entró en la cocina a hurtadillas, intentaría jugar al escondite y averiguar cuánto tardaban en descubrirle. Se asustó con el sonido de pasos y voces, unos empleados llegaban a la cocina y él corrió a esconderse. Oculto tras una de las puertas de los muebles de la cocina, les oyó conversar, y podía verles también a través de la rendija de la puerta, que no había cerrado del todo. Los dos hombres iban vestidos de camareros.

—Voy a tirarme a Gema, tío.

—¿Quién, la doncella de las tetas enormes? Ni de coña.

—¿Qué te apuestas? ¿Mil pelas?

—Paso, que no tengo un duro. ¡Qué cabrón! Está muy buena.

—Me pone a cien con ese uniforme, llevamos lanzándonos miraditas toda la mañana. Si hay suerte me lo montaré en la cama de los ricachones dueños de la casa antes de que lleguen.

—Muy seguro de ti mismo te veo, no me vaciles. Y ten cuidado, si te pillan en la cama de los señores no vuelves a trabajar en el país.

—Ya lo verás. Dame un cuarto de hora más.

—¿Crees que puedes hacer lo que te dé la gana? Menudo fantasma eres tío.

—Hay que tener seguridad y fe en uno mismo —el camarero dio una palmada en la cara de su amigo—. En cuanto creas algo de misterio, puedes conseguir todo lo que desees de una mujer. Deberías probar, ¡que no follas nada! —El camarero reía mientras salía de la cocina dando un empujón a su compañero.

Tras marcharse los empleados, el niño, que lo había oído todo aunque no había comprendido la conversación, salió de la estancia. Se dirigía al jardín de nuevo cuando una mano apareció y le detuvo en seco, era el mayordomo de la familia, que llevaba un rato buscándole para asegurarse de que también estuviera listo cuando llegarán los señores; además, la abuela le había ordenado que le encontrara y lo llevase junto a ella.

—¿Dónde va, señorito? Sus padres están a punto de llegar y no puede recibirles con ese atuendo y estando tan sucio. Tendremos que lavarle y cambiarle de ropa. ¿No querrá que sus padres se enfaden al llegar?

—¡Nooooo! No quiero bañarme. Quiero que venga mi abuelo —gritaba el niño mientras el mayordomo le llevaba contra su voluntad hacia el baño en que esperaba su abuela.

—No querrá que sus padres le vean lleno de barro, tendrá que estar guapo para la sorpresa, ¿no?

En la entrada de la casa se ultimaba que todo estuviera limpio y recogido, aparte de colocar los adornos de la fiesta. Trataban de ocultar los coches de los invitados que ya estaban llegando, llevándolos al otro extremo de los jardines. Tenía que estar todo listo para la llegada de los dueños de la casa, que no se esperaban la fiesta sorpresa.

—Estate quieto y verás qué limpio y guapo quedas, mi pequeño príncipe —decía la abuela mientras bañaba al chico, algo refunfuñado aún por tener

que bañarse y vestirse de domingo, aunque fuera su cumpleaños.

—No quiero bañarme, ya lo hice ayer.

—Tus padres llegarán pronto y se pondrán muy felices al ver a su niño más guapo y limpio que nunca.

—Eso es mentira, papá y mamá son felices igual si yo estoy sucio.

—Eso te dicen ellos, pero no es verdad. A ver esas orejas...

—Grrnnññ —gruñía el niño mostrando su enfado por el trato, pero dejando que su abuela le bañara.

Media hora después estaba junto al resto de familiares, amigos y el servicio, esperando en el salón principal; todos en silencio y conteniendo una sonrisa después de que el vigilante de la puerta avisara de haber oído llegar un coche. A continuación se oyó a alguien entrando en el recibidor, pasaron unos minutos y un revuelo se formó en el salón con la irrupción del mayordomo, susurró algo al abuelo del niño que lo hizo sobresaltar como el pequeño nunca lo había visto. El abuelo recuperó la compostura tras unos segundos e hizo un ademán perceptible para el personal del servicio mientras se dirigía hacia el niño. Llevaba una mirada desencajada.

El mayordomo y resto de empleados comenzaron a recogerlo todo, aturcidos, mientras iban informando a los familiares y amigos, que se alarmaban al oír la noticia o secreto. Algo trágico había ocurrido, se llevaban las manos a la cabeza y miraban al crío entre lágrimas. Se marcharon rápido y en silencio por orden de su abuelo. El chico no soportaba los cuchicheos y secretos, así que estaba enfadándose por la actitud de todos a su alrededor. Por fin su abuelo, con severo rostro, llegaba hacia donde esperaba paciente las noticias de sus padres.

Aquel día era recordado por Alfil con total nitidez, pero solo hasta llegar a ese momento, el cual se volvía siempre turbio en su memoria. Menos esta vez, en esta ocasión se corrió la cortina y pudo ver el resto:

Su abuelo le condujo a una habitación, sin hablar y con un semblante muy extraño. La fiesta y toda la gente que allí se había congregado, arreglada y sonriendo, había desaparecido de repente. «¿No habría fiesta?», pensó el niño. «¿Y para eso tanta gente y me he tenido que bañar? ¿Y cuándo llegan mis padres?».

Entraron en una estancia que usaba su padre para leer y a veces trabajar; un lugar pequeño y con pocos muebles, tan solo una cómoda butaca, una mesita y la chimenea rodeada de paredes cubiertas de libros desde el suelo al techo, todo allí estaba fabricado en madera o piel marrón. El niño conocía perfectamente ese lugar, era donde su padre pasaba algunas tardes para

desconectar del trabajo, su madre le tenía prohibido hacer ruido o molestar en esa zona de la casa. No sabía por qué su abuelo le había llevado allí. Él quería ver a sus padres y estaba asustándose mucho.

El abuelo se sentó en la butaca de su padre, luego le acomodó en su regazo, y lo que le contó a continuación hizo que el niño deseara olvidar aquel día para siempre.

—Escucha pequeño, ha ocurrido algo trágico, tus padres han tenido un accidente en el avión en el que regresaban de viaje —el abuelo hizo una pausa al ver que su nieto no mostraba ningún tipo de sorpresa o sensación ante sus palabras—. Aún no entenderás lo que ha pasado, pero debes saber que tu vida acaba de cambiar. Debes ser fuerte ahora que no les verás nunca más. Tu abuela y yo te cuidaremos en nuestra casa, no debes tener miedo. Lo tienes, ¿verdad? —Intentaba ser directo y práctico como había sido toda su vida, sin entender que un niño requiere un tacto diferente.

Su abuelo siempre fue un hombre muy recto, autoritario en sus negocios y en la educación de su único hijo, al que acababa de perder; pero sentía predilección por su nieto, lo trataba con un cariño que no había mostrado jamás hacia nadie.

—Pero, ¿vendrán hoy papá y mamá? —preguntó el crío sin saber lo que había querido decir su abuelo, o quizás sin querer comprenderlo, pensando que sin prestar atención a sus palabras, estas serían equivocadas o nunca se habrían pronunciado.

—No vendrán nunca más, mi niño. Ahora la abuela y yo cuidaremos de ti.

—Pero yo quiero ver a mis padres y quiero estar aquí. No quiero ir a ningún lado.

El abuelo le miraba diferente, ya no era tan dulce y tan condescendiente, sabía que le tocaba educar a su nieto y lo haría con la rectitud con la que educó a su hijo. El niño rompió a llorar, sin asimilar lo que acababa de ocurrir; solo podía retener en su mente las palabras «no vendrán nunca más». Había sido duro para él la separación durante esos cinco días, no imaginaba lo que sería estar una vida entera sin volver a verles.

Aquel día supuso un punto de inflexión en su vida, y para bien o para mal, su futuro sería muy diferente al que sus difuntos padres habían planificado.

Capítulo 16

Alfil despertó sobresaltado.

Un sueño, todo había sido un recuerdo de su niñez que creía postergado, o que debería haber suprimido. Aquella conversación con su abuelo había quedado cubierta por una niebla, como si cada año su mente hubiese añadido un nuevo velo sobre ella hasta sumirla en el olvido. De repente y sin saber por qué, todos los velos se habían apartado para dejar nítidos los destellos de su más profundo pesar.

Aquel cumpleaños fue la primera vez que experimentó dolor en su vida, y nunca más volvió a celebrar otro.

Seguía en el sofá, sentado y con Lucía sobre su regazo, había dormido unas pocas horas y ahora amanecía entre dolores de cuello por la postura (incluso se le había dormido una pierna) y la incertidumbre ante lo que sería su vida a partir del momento en que la chica despertase. La televisión estaba apagada y Alfil comenzaba a sentir hambre y sed, pero no quería moverse para no despertarla.

Alrededor del chico comenzó a producirse el mágico momento que justificó la compra del inmueble: el amanecer, sin nubes que bloquearan sus azafranadas luces, entró en la estancia a través de los ventanales que daban a la Gran Vía. El edificio de enfrente se volvió de oro puro y emitió una intensidad tal, que Alfil tuvo que girar la vista hacia la cocina. Todo el interior de su hogar se sumió en una atmósfera cálida, reconfortante, casi irreal, como si se hubiese detenido el tiempo en el interior de aquel frío templo, que unos minutos más tarde volvería a su mortecino aspecto grisáceo. Varios días al mes el insomnio o el horario de algún trabajo le permitían deleitarse en silencio con aquel espectáculo.

Esa mañana tenía otras vistas que pugnaban en belleza con el alba. La imagen de Lucía desnuda sobre él, junto al recuerdo de lo ocurrido horas atrás, daban paso al sueño casi olvidado de su niñez, la muerte de sus padres

surgía tras décadas de olvido. «¿Por qué han aparecido hoy? ¿Qué significado tiene todo esto? ¿Guarda alguna relación con la irrupción de Lucía en mi vida? Eso es imposible, mis padres solo vivían para trabajar y para viajar en búsqueda de nuevos y mejores contratos de exportación para su empresa. ¿Por qué viajaban tanto? ¿Era más importante el dinero y los negocios que estar en casa en familia? Tenían más dinero del que podían gastar, y al final acabaron muertos, sin hijo y sin dinero». Alfil les culparía siempre por aquel abandono en manos de su dictatorial abuelo. Llevaba muchos años sin pensar en aquellos trágicos momentos.

Comenzó a jugar con sus dedos entre los cabellos de la chica, lo que hizo aparecer su delgado y albino cuello para traerle otros recuerdos que no deseaba recibir en ese momento. Siete cuellos que dejaron de palpar bajo las yemas de sus dedos, siete cuellos sacrificados para aumentar su creatividad y ayudar a crecer su fama como uno de los más grandes, siete cuellos que le recordaron al monstruo que habitaba en su interior. Todos juntos no provocaban más éxtasis y felicidad que la presencia y proximidad de la chica que acababa de romper sus esquemas. «¿Acabaría siendo el cuello de Lucía uno más? ¿Es ella diferente al resto? ¿Es mejor? Quizá quede aún mucho por lograr y por progresar a nivel internacional».

Hacía solo un par de horas no echaba de menos ni codiciaba nada, era feliz con todo lo que tenía a su alrededor, ahora volvía a preguntarse si necesitaría algunas partidas de ajedrez más para seguir buscado esa perfección. Mientras divagaba, su dedo índice recorría lentamente, arriba y abajo, el relieve dibujado por una vena que palpitaba en el suave cuello de Lucía, era algo hipnótico. Su cuerpo se movía casi imperceptiblemente al respirar y eso, unido al calor que desprendía, desconcertaba a la vez que excitaba al fotógrafo. Tan acostumbrado a la apacible soledad, a estar rodeado en casa de objetos fríos e inertes, se sentía invadido por cierta ansiedad al ver a la chica, tan rebosante de vida, en su templo de meditación; un lugar que ni sus colaboradores habían visto nunca, ni ninguna chica con la que hubiera tenido sexo casual. Ese pensamiento no solo le hizo dudar, también le sosegaba en cierta forma. La calidez que emitía el cuerpo desnudo sobre el suyo le reconfortó, llegando a la conclusión de que la chica tenía algún tipo de poder sobre él, conseguía que se olvidase de todo lo que creía importante, de todo lo que había sido su dogma, su vida, su enfoque del futuro. Tal vez no fuera necesario hacer más partidas como pensaba hace unos instantes, pero eso era fácil de decir cuando tenía todas tus sesiones planificadas y con el visto bueno de los clientes, ¿qué pasaría después? Muchos clientes actuales y

otros nuevos querrían sesiones originales, ¿tendría ideas para todos? ¿Y tan novedosas como para seguir incrementando su nombre? Dudaba sobre su futuro, sobre si tendría la necesidad de seguir creciendo o, incluso, si abandonaría la fotografía como pensaba horas antes. Se cuestionaba la necesidad de seguir quitando vidas para lograr unas metas que tal vez no necesitase, y cuyo coste era demasiado alto.

—Buenos días Batman —musitó Lucía de repente. Había despertado y se estiraba como un perezoso gato sobre el sofá, parecía que llevase días dormida—. ¿Conseguiste pegar ojo? Creo que te dejé en la misma postura anoche.

—Sí, como un bebé. Aunque no te lo parezca, acabo de despertar. ¿Quieres desayunar? —contestó con una sonrisa mientras seguía acariciando su pelo.

—Quiero desayunarte a ti —replicó ella, incorporándose para besarle, a la vez que le rodeaba con sus brazos y apretaba con fuerza.

Alfil se liberó de ella, con expresión fingida de «qué pesada, déjame en paz», y ella se resistió ronroneando como un gatito falto de mimos. El chico se levantó para dirigirse a la cocina y preparar algo de café, fruta y zumo de naranja, aunque cojeando mientras su pierna recuperaba el riego y la sensibilidad. En pocos minutos ella, que quedó adormilada en el sofá, se unió a él para ayudarle a llevar las bandejas del desayuno a la terraza.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Lucía mientras untaba con mantequilla una tostada.

—Tengo que ir al estudio a ultimar unas fotos, necesito entregarlas esta semana sin falta. —Alfil no miraba a Lucía mientras contestaba, aunque no mentía con lo de su trabajo pendiente.

—Ummmm, ¿no será que no quieres estar conmigo? ¿Tan rápido te cansaste de mí? —Ella sonreía, pero lo había preguntado en serio.

—¡Ey! ¿Dónde está esa chica dura con la que llegué ayer? Te estás haciendo de rogar, ese aspecto de gatita dócil no va contigo, me decepcionas.

—Espera a que desayune y recupere fuerzas, y verás qué paliza te doy.

—No toca boxeo hasta mañana. ¡No te embales, camorrista! —Sujetó con su mano derecha la barbilla de Lucía y la besó en los labios.

—Está bien, te dejaré haciendo tus cosas, no vayas a pensar que soy de esas chicas posesivas que te monopolizan la vida.

—¡Uy! Claro que no —la provocó Alfil.

—¡Idiota! —Ella tiró una magdalena a la cara del chico, que logró esquivarla. Los dos rieron.

Lucía se marchó después de desayunar y vestirse. Alfil le había pedido un taxi y luego él mismo salió caminando hacia el estudio. Necesitaba pensar sobre ella y lo que le hacía dudar respecto a su vida y futuro, pero esos trescientos metros que separaban su casa de su lugar de trabajo resultaron demasiado cortos para una reflexión tan importante.

Capítulo 17

A las tres de la madrugada, mientras casi toda la ciudad de Sevilla trataba de conciliar el sueño al abrigo de un calor insoportable, la ventana del dormitorio del teniente Pablo Aguilar mostraba con su luz el trabajo incansable de quién hacía años se había dejado absorber y consumir por su oficio. Descubrir al asesino conocido como el fantasma era para él una obligación, quizá incluso un privilegio, nunca un deber. Su ventana iluminada en la noche simbolizaba en su mente el faro de salvamento de los barcos a la deriva que eran las posibles víctimas futuras y sus desconsolados familiares.

Vivía solo y usaba el piso como centro de investigaciones, un anexo a su despacho en la comisaría. La pasión por su trabajo no solo le había impedido tener familia aún, también le había provocado un ascenso meteórico por su dedicación. Fue ascendido a teniente antes de los treinta y muchos esperaban que fuese capitán, y posiblemente comisario, antes de los cuarenta.

El piso era austero tanto en tamaño como en muebles, y decir que le faltaba un toque femenino sería un eufemismo. Pintado íntegramente de blanco, contaba con un televisor, dos sillones y una mesita baja entre ambos como único mobiliario del salón; cama, mesita y un armario en el dormitorio principal; y la cocina y el baño equipados tal como estaban al comprar la vivienda. Contaba con lo imprescindible para vivir, o mejor dicho, para pasar las noches trabajando y dando alguna cabezada. Incluso lo compró lo más cerca posible de la comisaría para estar al lado de su trabajo, era lo que más valoraba de la que sería su casa. Eso le definía con cruel exactitud. En el segundo dormitorio de la casa tenía su sala de investigación privada, con una pared entera llena de fotografías, anotaciones, mapas y chinchetas con hilos que conectaban, según su color, lugares y personas relacionadas entre sí. Se notaba que había visto muchas películas del FBI, o es que realmente le funcionaba ese tipo de organización. A un lado había una mesa de escritorio llena de documentos, carpetas y anotaciones, un ordenador portátil para estar

conectado vía *e-mail* con colaboradores y compañeros, y todo el suelo de la habitación lleno de cajas con más documentos y fotocopias.

Hacía unos días que había pedido a sus colegas, en las comisarías de las ciudades donde el fantasma había actuado y a la central de Madrid, toda la documentación, entrevistas grabadas o transcritas a testigos y resto de pruebas obtenidas sobre los seis crímenes confirmados anteriores al de Sevilla. Esa habitación era el único lugar donde se podría encontrar, si es que existía, una pista que llevara a su identificación y posible futura captura.

Cada tarde, al salir de la comisaría, rechazaba ir a tomar una cerveza con los compañeros y se encerraba en aquel cuarto hasta muy entrada la madrugada para ordenar pensamientos, leer una y otra vez informes sobre las declaraciones de los testigos, descripciones, observar fotografías de las víctimas y los lugares; en definitiva, revisar todo el material de que disponía. Sabía que allí estaba la clave, debía concentrarse para dejar de mirar y comenzar a ver. El fantasma se había convertido en su obsesión, y no era para menos, si lograba atraparle, ascenderá a capitán en el acto.

El resto de investigadores miraban el *modus operandi* del asesino como un conjunto de datos para construir su perfil criminal, algo aprendido en la academia y repetido hasta la saciedad durante toda su vida profesional; pero aquello no servía de nada si no se le aplicaba la chispa personal que el talento de cada investigador tuviese. Pablo analizaba aquellos detalles buscando siempre el por qué de esas actuaciones. ¿Por qué no hay restos en las sábanas, si está comprobado que practica sexo con las chicas? ¿Por qué nunca hay huellas de pisadas del asesino? ¿Por qué hoteles y nunca las casas de las chicas o la calle? ¿Por qué no hay un patrón en la elección de las chicas? ¿Por qué nadie puede describir su físico con detalle? ¿Por qué nadie le conoce? Pablo tenía sus propias respuestas a estos enigmas:

El asesino estrenaba zapatos en cada crimen; pero, además, se los colocaba justo antes de cometer el asesinato. Así no dejaba restos de arena, barro o cualquier otro residuo de haber andado con ellos por varios lugares. Debía llevarlos en una bolsa o en el coche. Tal vez usase siempre los mismos después de desinfectarlos y limpiarlos a conciencia, ambas opciones eran igualmente válidas.

Debía de usar algún tipo de tela, plástico o toalla entre ellos y las sábanas cuando practicaba sexo, y debía de llevarlas envasadas para desplegarlas justo en ese momento, por eso no se encontraban fibras ni pelos o fluidos en las sábanas originales del hotel. Pero, ¿cómo las chicas no se extrañaban o negaban ante algo tan raro? Estaban conscientes según el forense y las

autopsias no daban cifras suficientes de drogas ni alcohol como para estar aturcidas. Claro que podría usar cantidades pequeñas de alguna sustancia que se eliminase rápido en la sangre, o se ocultaran con el alcohol consumido por las chicas ante posibles análisis. Esa tela o plástico entre los amantes y la cama era la única solución factible ante la falta de huellas y restos, aparte de no usar el baño ni tocar nada por la habitación, al menos sin guantes.

Usaba hoteles para poder controlar el sitio, las casas de las chicas podrían tener moqueta, un acceso difícil, compañeros de piso, padres, vecinos cotillas, etc. Un hotel le permitía trabajar rápido y sin ser visto, y todo estaba a mano en un sitio pequeño, sin exceso de muebles. Los hoteles están llenos de clientes, desconocidos entre sí, que no se fijan en el resto de huéspedes; con recepcionistas que observan docenas de caras desconocidas cada día y rara vez pueden memorizar alguna en concreto, en turnos de noche en los que están adormilados o inmersos en alguna película para no quedarse dormidos. Además, un coche extraño en un barrio residencial puede llamar la atención, o que alguien se fije en el asesino por llegar acompañando a una vecina conocida. Pero en los lugares donde hay hoteles, los vecinos están acostumbrados a ver coches diferentes a diario, con personas desconocidas que entran y salen sin que nadie se fije en ellos, salvo que fuesen famosos.

Siempre actuaba en ciudades grandes, por ahora en Barcelona, Bilbao, Valencia, Málaga, Santander, Zaragoza y Sevilla. Todas con aeropuerto y grandes estaciones de tren, pero no en Madrid, estaba claro que vivía allí. Si residiera en otra ciudad, ya habría matado en la capital, es la ciudad más grande del país; no lo hacía porque temía ser visto por algún amigo o conocido al estar con la víctima en la discoteca.

No usaba patrones para elegir a las chicas, ni físicos ni de ningún otro tipo, así desde la policía o las noticias no se podría prevenir a un tipo de chica en concreto por su físico, edad, horóscopo, etc. Era un tipo listo, ya que tenía un amplio abanico de mujeres a su alcance, sin ponerse limitaciones de ningún tipo. Incluso podría elegirlas de forma casual, sin tener decidido un tipo de chica en concreto.

Trabajaba en discotecas porque son lugares abarrotados de gente, con poca luz, donde nadie llama la atención y todos visten de un modo parecido; además, la mayoría de clientes suelen estar bebidos, drogados, buscando ligar... El sitio perfecto si quería ser invisible. Luego llevaba a las chicas a hoteles discretos y de madrugada; en un hostel mediocre podría llamar la atención con su traje negro, en un hotel de lujo sería grabado por cámaras de alta definición y le sería más difícil (o imposible) entrar sin mostrar su DNI.

Nadie podía describir su cara porque no miraba a nadie fijamente, no llevaba tatuajes, *piercings* o cicatrices. Poseía una cara común, con pelo y ojos oscuros, no llamaba la atención de ningún modo, ni alzaba la voz, ni intervenía en peleas, no miraba a las cámaras, buscaba lugares poco iluminados en las discotecas. Sin duda era un tipo listo que sabía cómo ser invisible.

Por todos esos motivos le admiraba como delincuente, no era el típico ladrón o asesino impulsivo. Al igual que él mismo, era inteligente, estudiaba sus pasos y controlaba cada detalle con una precisión milimétrica. Era sin duda un monstruo por las atrocidades que cometía, pero tan parecido al teniente en su método y en sus habilidades, que provocaba la admiración del mismo.

Claro que podría haber cometido algún error, quizá hubiese algo que se le escapaba a Pablo, algo que estaba allí, delante de sus ojos, que observaba pero no alcanzaba a ver. El teniente no paraba de darle vueltas a todo lo que tenía frente a él, especialmente al mural que había confeccionado. Y sentado en su sillón de meditar pasaba lentamente la mirada de un punto a otro, buscando algo que ni él mismo sabía dónde podría estar, si es que estaba realmente allí. Tal vez un mensaje encriptado para el policía que fuese capaz de encontrarlo, una llamada desde la vanidad del asesino para asegurarse de que al final lo atrapasen y pudiera salir a la luz, que es lo que persiguen casi todos.

«No puedo estar esperando a que cometa un error en un caso futuro — pensaba Pablo—, necesito atraparlo antes de que haya otra víctima. Este tipo es demasiado listo, tiene muy controlada su forma de actuar y solo podré descubrirle si encuentro algo entre lo que tengo aquí delante. Apuesto mi sueldo de un año a que los próximos crímenes son idénticos y no se encuentra nada nuevo, no cometerá errores, no es un loco como los asesinos en serie americanos de hace cincuenta años. Este tío es un especialista, frío y calculador».

Cada noche se acostaba ya entrada la madrugada y sin haber avanzado nada. Pablo no solía equivocarse nunca con sus corazonadas, pero estaba estancado en un caso por primera vez en toda su carrera, sintiendo una impotencia que incrementaba su obsesión con atrapar al asesino. Pasaba las noches consumiéndose y mirando al infinito, y en la comisaría le veían cada vez más distante; sabían que podría atrapar a su presa si se lo proponía, nunca fallaba un caso, pero se preocupaban al ver que mentalmente se distanciaba tanto de la realidad. Quizá aquel caso acabase con él antes de lograr resolverlo.

En contra de lo que dicta la razón, a Pablo no le preocupaba que matara o no de nuevo, solo esperaba poder apresarlos y llevarse el mérito por su esfuerzo y talento. No quería ni pensar en que el asesino desapareciera como había pasado en casos anteriores, que fuera apesado por otro motivo y nunca se supiera su autoría de los crímenes, que tuviera un accidente y fuera atropellado o se matara conduciendo el coche. Eso sería una catástrofe.

Pablo quería atraparlo con sus propias manos. Sin importar lo que le costara.

Capítulo 18

Aún no era medianoche cuando un grupo de amigos y conocidos, amantes de las carreras de coches, se daban cita en un polígono industrial a las afueras de Leganés. Cualquiera nuevo espectador se hubiese extrañado ante la ausencia de música a todo volumen, chicas casi desnudas o amortiguadores haciendo dar saltos a horteras furgonetas de colores estridentes. Y es que en nada se parecían estas reuniones reales a lo que se puede ver en películas como la saga *A todo gas*. Existen concentraciones exclusivas de *tuning* donde los asistentes pueden exhibir sus coches personalizados con pinturas, adhesivos y neones en los bajos, incluso con sistemas de audio descomunales, pero siguen sin parecerse a lo que se observa en el cine. Como tampoco acuden chicas con figuras de modelo y ligeras de ropa meneando el trasero, mucho menos la chulería pandillera que respiran los que van allí; y ya no digamos la impunidad con la que permanecen durante horas sin que la policía vaya a clausurar la fiesta.

Aquella discreta y secreta reunión no tenía nada que ver con una multitudinaria concentración de coches de colores, se trataba de una carrera ilegal, donde un par de docenas de conocidos, como mucho, se reunían para participar o ser testigos de quién conducía mejor; mostraban vehículos con potentes motores (que habían pasado por el taller para potenciar al máximo su musculatura) y algún que otro deportivo de serie. Tras unos breves minutos, decidían si participaban en la carrera de esa noche o permanecían como meros espectadores, todo dependía de quién compitiese y de a cuánto ascendiera la cuota por participar; dicho de otro modo, competir dependía del nivel de peso/potencia de los coches y del poder adquisitivo de sus dueños. Un subidón de adrenalina, vanidad, presumir de maestras manos al volante o de tener el coche más rápido eran los motivos que les llevaban a ese apartado polígono industrial dos noches al mes. Y por qué no, también unos euros ganados para seguir pagando los caros recambios de los coches.

—¿A qué estamos esperando? —preguntaba uno de los competidores, sentado al volante de un Bugatti Veyron de color cromo y negro. Se trataba del futbolista del Real Madrid Karim Bencema y estaba nervioso después de haber protagonizado demasiadas malas noticias ese año, no quería que le reconociese la gente, y mucho menos deseaba otra multa que acabara con su *carnet* de conducir. Allí podrían hacerle una foto con el móvil y eso le incomodaba mucho, claro que desconocía el código de honor de los integrantes de esas reuniones, nadie le tomaría una foto, su presencia quedaría como anécdota en futuras conversaciones, como parte de una leyenda urbana más.

—Relájate, aún faltan unos minutos para que llegue el tercer coche —respondió Willy. Así llamaban a Guillermo, el encargado de organizarlo todo a cambio de una comisión.

La demora se producía porque solo dos coches habían aceptado participar en la carrera de esa noche, la potencia de sus motores había provocado que ningún corredor local se uniese a la fiesta. Willy esperaba a un piloto al que había llamado solo unos minutos antes, alguien que nunca fallaba cuando el nivel de los coches y el dinero en juego merecían la pena.

El Bugatti y su conductor suponían la atracción del mes, pero poco más. Pasaban por allí muchos famosos y otros tantos domingueros con coches como ese (que podían superar el millón de euros) a probar suerte y demostrar que sabían correr. Todos iban con esa intención, otra cosa es que lo logaran, aún sigue habiendo demasiada gente que considera el tamaño del motor como lo único que decide el final de una carrera de coches. Era típico que algunos aparecieran con Ferrari, Lamborghini, Pagani y otros súper coches similares. Además del Bugatti, también esperaba un Porsche 911 GT3-RS naranja con líneas negras y visibles modificaciones en su suspensión, escapes, frenos, alerón... Un vehículo mucho más serio y respetable que el Bugatti a los ojos de un entendido. Eran los únicos dos asistentes esa noche que habían aceptado el precio fijado por Willy, este sabía que la mecánica de esos dos monstruos estaban a la altura de poder poner en apuros a *Duquesa*, el nombre que usaban en el entorno de las carreras ilegales para definir al coche invicto que llevaba dos años atrayendo fanfarrones a probar suerte, para regocijo de los asistentes.

Contaban por el mundillo de las concentraciones y las carreras que quien puso nombre al coche fue Emilio De Villota en el Jarama hacía dos años, después de que su dueño venciera en una carrera a tres vueltas a Fernando Alonso, aunque nadie había sido testigo de tal hecho. Típica leyenda urbana sin fundamento, pero que se había extendido por el sector. Lo que sí era cierto

es que nadie había visto nunca la cara del conductor, salvo Willy, que guardaba fielmente el secreto a quien le daba buenas comisiones por llamarle cuando la carrera era interesante; ya que eran muchos los fines de semana que aparecían pilotos probando suerte, intentando romper la imbatibilidad del Audi. Willy solo le llamaba cuando los coches eran suficientemente buenos y cuando el precio por correr llegaba al extremo que una carrera así lo requería, ambos aspectos eran los que forjaban una leyenda.

Mientras el respetable comenzaba a impacientarse por si llegaba la policía, apareció al fin un Audi TT-RS pintado de negro mate, incluidas llantas y lunas, y exceptuando las enormes pinzas de freno de color amarillo. En una zona tan poco iluminada hubiera parecido la llegada de un fantasma si no fuese por el sonido de sus escapes, que petardeaban incluso a esa lenta velocidad, y los vítores y aullidos de los asistentes al ver aparecer al héroe local. Se apreciaba que había muchas horas de trabajo mecánico bajo el capó, pero varios detalles destacaban por encima de resto: paragolpes y faldones que lo hacían parecer un bólido de las veinticuatro horas de Le Mans, suspensión rebajada para circular casi completamente pegado al suelo, la palabra Duquesa, impresa muy pequeño y de color gris oscuro, entre los faldones y las puertas; y por último lo más llamativo: no portaba matrículas.

Cuando el Audi negro frenó ante Willy, colocándose en línea con el Bugatty y el Porsche que le esperaban, la ventanilla del piloto bajó un solo centímetro.

—¿Cómo va la noche, hermano? —Esa voz fue lo único que salió del coche.

—Son diez mil por participar. Así que solo han aceptado esos dos —respondió Willy.

—Son nuevos, ¿no?

—Sí, y llevan coches que han asustado a todo el mundo, mil caballos de serie en el Bugatti y calculo que unos seiscientos en ese GT3 rectificado. Eres el único que puede defender el orgullo y honor del grupo, hermano.

—Pues intentaré no defraudar —dijo el piloto a la vez que sacaba un fajo de billetes por el pequeño hueco de una ventanilla que se cerró a continuación. La conversación había terminado.

Willy informó, levantando la mano llena de billetes, que el tercer piloto había aceptado el desafío. Habría carrera con representación de la casa. Todos los presentes que se encontraban allí animaron entre gritos y silbidos. Karim miró a su alrededor, no comprendía por qué estaban todos tan contentos, él conducía un coche con mil caballos, cuatro turbos y tracción a las cuatro

ruedas, lo mejor que se había fabricado jamás. ¿Qué hacía la gente tan contenta si la competencia conducía una mierda de 911, que no era siquiera el modelo biturbo, y un miserable Audi TT tuneado? ¿Estaban locos? Sonrió pensando en lo fácil que sería aquella carrera.

Desde el Porsche no había señal alguna, el mismo hermetismo que desde el Audi. No se podía apreciar al piloto a través de las lunas tintadas, así que solo Willy había visto su rostro cuando hablaron sobre la cuota de participación; poniendo como requisito, al igual que Benzema, que esa noche pudiera competir contra Duquesa.

Delante de los coches no se situó ninguna chica joven y guapa en minifalda, era el propio Willy el que daría la señal de salida a los participantes. Preguntó si estaban listos, señalando con el dedo a cada uno de ellos, y el sonido infernal de sus motores dieron la respuesta afirmativa; entonces, tras dos interminables segundos, bajó las manos de golpe.

No se trataba de una recta de cuarto de milla o medio kilómetro, aquello era una americanada peliculera que ganaba siempre el que llevaba más caballos. Una carrera de verdad se componía de un trazado a través de la ciudad, una vuelta a un circuito largo donde se debía evitar el tráfico, semáforos y policía. La carrera de esa noche, diseñada por el organizador, partía del polígono donde se encontraban, luego un tramo de M-40 para entrar en la Avda. de Andalucía hasta la entrada al Polígono Marconi por el Restaurante Casa Domingo; debían atravesarlo por la calle principal (San Dalmacio) y sortear todas sus rotondas; luego volver por la M-45 al polígono de Leganés de donde habían salido. Rectas, curvas ciegas de noventa grados, rotondas, alguna horquilla. No sería fácil, sobre todo la parte del Marconi, que siempre cuenta con mucha policía y muchos coches en doble fila por la cantidad de prostitución de la zona.

El estruendo fue ensordecedor, los tres motores al límite de revoluciones salieron quemando los neumáticos sobre el asfalto, ni tan siquiera dejaban oír los gritos de los asistentes. El Bugatti parecía impulsado por un resorte, su enorme motor no le hizo esperar en una salida rápida; aunque el Audi y el 911 no se quedaron demasiado atrás, aguantando el tipo con entereza. La recta de más de cuatrocientos metros para salir del polígono fue suficiente para hacer perder terreno a sus rivales, pero el desvío para salir del lugar era una curva muy cerrada a la izquierda y el Bugatti, con sus dos toneladas de peso, se vio obligado a frenar mucho antes que sus más ligeros contrincantes, que le adelantaron como a un novato, frenando mucho después y tomando la curva a más velocidad por el interior.

Entrados en la M-421 pudieron acelerar a tope porque no había mucho tráfico, pero eso no duró ni dos minutos. Ya incorporados en la M-40 y sin noticias del Bugatti, que seguro seguía pensando que la carrera sería fácil, el Porsche y el Audi se esforzaban por sortear el tráfico lo más rápido posible para no perderse de vista entre ellos, incluso invadiendo los arcenes cuando era posible. Un camión de gran tonelaje provocó la frenada del 911 y que el TT pudiera ponerse en cabeza. La alegría para el conductor del Audi fue breve, en la salida de la Avda de Andalucía había un tapón y tuvo que frenar, el Porsche le pasó por el arcén. El TT tuvo que pasar también al improvisado carril para no perder de vista a su rival. Ahora se encontraban en una zona recta pero de tráfico lento y denso, la avenida contaba con varios carriles pero con semáforos cada doscientos metros que frenaban las aspiraciones de tomar velocidad; aparte de mucho tráfico e innumerables incorporaciones desde calles adyacentes. Los dos coches alemanes invadían constantemente el carril contrario para poder adelantar metros, sobre todo cuando los semáforos estaban en rojo y les impedían avanzar por los carriles de su sentido. Los dos pilotos se jugaban la vida cada pocos metros entre el tráfico frontal y el lateral.

Al contrario de lo que ocurre en las películas, la mayor parte del tiempo durante una carrera ilegal con tráfico se circula a velocidades muy lentas. El talento radica en usar la intuición para saber cuándo poder acelerar, saltar un semáforo, invadir el carril contrario o un arcén. Se trata de apostar por tu instinto para triunfar o acabar dentro de un amasijo de hierros y luego en una caja de madera. Solo al llegar a tramos de autopista con poco tráfico se puede dar rienda suelta al deseo de alcanzar altas velocidades, pero más que un motor de máximas prestaciones, lo importante para ganar es tener un coche muy ligero y estudiar con cuidado el tráfico alrededor.

Constantemente estuvieron a punto, tanto el Porsche como el Audi, de impactar con coches que iban entrando desde carriles adicionales, deseaban ganar a toda costa pero eran cautos. Se notaba que ambos estaban experimentados en este tipo de carreras y tenían nervios de acero.

Dejando el Mediamarkt atrás y a la izquierda, el tráfico se redujo mientras comenzaba a verse, a unos quinientos metros, los carteles del concesionario de Renault y del Mercadona que anuncian la entrada del polígono Marconi; se trataba de una curva de noventa grados ciega, ya que el pequeño desnivel y un enorme árbol impedían ver el tráfico y el paso de peatones del otro lado de la curva. Aquel fue el motivo por el que redujo la velocidad el Audi, pero el Porsche aprovechó para abrirse por el carril exterior de la avenida y entrar por

el exterior en la curva a una velocidad mucho mayor; una maniobra suicida que salió bien por pura suerte, al otro lado del giro encontró la calle desierta. El 911 se había puesto delante en la larga recta y su rival debía recuperar el espacio que les separaba o perdería opciones de ganar.

Cuando frenaron ante la primera de las rotondas, Duquesa quedó a rebufo, a pocos centímetros del paragolpes trasero del Porsche. Se enfrentarían ahora a más de un kilómetro de calle repleta de prostitutas y clientes en medio de la calzada, coches de policía, otros vehículos en doble fila y muchas más rotondas. Se trataba del polígono empresarial más famoso de Madrid por su delincuencia. Eran cuatro carriles en total, los exteriores llenos de coches aparcados cada veinte metros, y los dos interiores transitados por personas de dudosa capacidad física para esquivar a un bólido a toda velocidad. Ese motivo, y la media docena de rotondas siguientes, provocaron que se adelantaran entre ellos una y otra vez; se divertían con el juego del ratón y el gato, intercambiando los papeles a cada frenada, todo ello mientras recibían insultos, o incluso el lanzamiento de botellas de cristal o vasos de plástico, de los que estaban a punto de ser atropellados. El momento divertido les duró hasta que una patrulla de policía apareció, encendiendo sirena y luces, y comenzó a perseguirles.

Ya no había margen para errores, a pesar de que tendrían que arriesgar más entre los transeúntes. Pisaron el acelerador y las prostitutas y clientes tuvieron que correr o saltar para esquivar el atropello. Pronto llegarían a la salida del polígono para incorporarse a la A-4, y dejarían atrás sin dificultad al pesado y perezoso Megane Scenic de la Policía. Lo que realmente preocupaba a los pilotos era el más que seguro aviso por radio que habrían dado a la central. Si enviaban a un par de coches patrulla más, no habría problema, pero si se lo tomaban más en serio y montaban un dispositivo con helicóptero y barreras de clavos, la cosa se pondría muy fea.

Salieron del polígono para recorrer un tramo por la A-4 y tomar un poco más adelante el desvío de la M-45. Por suerte, no divisaron ningún helicóptero, y estando en una autovía no podrían frenarles con barreras de clavos. El Megane azul y blanco había desaparecido en los retrovisores a la vez que salieron de la zona de rotondas.

El Bugatti seguía sin dar señales.

El Audi iba en cabeza por la A4 seguido muy de cerca por el 911. A unos doscientos metros tenían ya la salida hacia la M-45 dirección oeste, momento que aprovechó el Porsche para colocarse a la izquierda y tirar del freno de mano en el último momento, adelantando por el exterior de la curva al TT;

con más velocidad pero sin tracción alguna, iba derrapando en una maniobra suicida. El Audi, más ligero y con tracción a las cuatro ruedas, era imbatible en ese tipo de situaciones, así que el piloto del 911 debía arriesgar más en las curvas y estar a la espera de alguna jugada final de su rival. La M-45 estaba desierta, momento perfecto para poner a tope las mecánicas, y el buen asfalto ayudaba a los dos bólidos que rugían a máximas revoluciones en cada cambio de marcha. A más de trescientos kilómetros por hora, ningún helicóptero podría seguirles por esa carretera. Unos minutos más tarde fueron los frenos los protagonistas; en la salida de la autovía para entrar en Leganés, las llantas del Audi emitieron una luz anaranjada que mostraban el esfuerzo de sus frenos de carbono ayudando a la tracción integral para colocar al coche en cabeza. Pero no sirvió de mucho, el Porsche llevaba la trazada buena del interior y la usó para posicionarse en paralelo en el último tramo de la carrera.

Desde la concentración, todos esperaban con ansiedad la llegada; no sabían cómo iba la carrera pero confiaban en que su piloto estrella ganase para mantener su imbatibilidad. De repente, oyeron el rugido de los motores al fondo de la recta por la que habían salido minutos antes. Uno de los coches allí aparcados apagó la música, a pesar de no estar demasiado alta, y todos quedaron expectantes por saber quién se llevaría el bote de la noche. El sonido del Audi era inconfundible, comenzaban a saborear la victoria, pero otro rugido potente les hizo callar, junto al estridente color naranja que surgió de la oscuridad. Quedaban cuatrocientos metros y el Porsche parecía ir en cabeza. ¿Perdería Duquesa por primera vez? Muchos comenzaban a pensarlo.

El estruendo de los dos motores al límite se oía por todo el polígono, quedaban menos de ciento cincuenta metros para la meta y el 911 llevaba medio coche de ventaja. Ya saboreaba la inminente victoria cuando oyó una explosión seca proveniente de los escapes de su rival, que le adelantó por la izquierda sin aparente dificultad, como si todo ese tiempo hubiese mantenido el ritmo del Porsche y conservando potencia extra para aquel momento. Duquesa ganó la carrera.

Entre vítores y aplausos, el Porsche no frenó para volver a la reunión, prefirió seguir hasta el final de la calle y salir del lugar. Aquello no parecía importar a los espectadores que se acercaban al ganador, así como Willy, que golpeó suave con los nudillos la luna negra de plexiglás del TT.

—Felicidades tío, no hay rival para ti. —Es lo único que dijo Willy.

—Ha habido suerte, ese 911 iba bien preparado y mejor pilotado — contestó el conductor del Audi desde la apertura de dos centímetros en el cristal.

—Te lo has ganado, campeón. —Willy le entregó el fajo con los treinta mil euros de la recaudación.

El piloto no los contó, solo sacó una porción del fajo para devolverla al organizador, era su comisión. Luego subió el cristal y salió del polígono junto al resto de asistentes antes de que las luces y sirenas de la policía se hiciesen más cercanas. Del futbolista y su Bugatti Veyron no se supo nada.

Había pasado una hora desde la carrera cuando, en un pueblo al norte de la capital madrileña, el Audi TT aparecía entre las sombras de la madrugada. Circulaba despacio por entre las calles del centro de San Sebastián de los Reyes. El coche ya no rugía, algún tipo de mecanismo interno en sus tubos de escape, unido a la conducción sosegada, lo hacían tan silencioso como un pequeño utilitario. Se detuvo en una esquina de la Plaza de la Iglesia, una figura bajó del coche en la oscuridad e introdujo el fajo de billetes de la carrera en la ranura de donaciones de la sucursal de Cáritas. Luego volvió al coche.

Aún no había entrado en el vehículo cuando surgió de la nada el Porsche 911 naranja, deteniéndose a escasos metros de distancia.

Al piloto le había costado mucho preservar su identidad en las salidas nocturnas, que le costarían una retirada del *carnet*, y posiblemente una estancia breve en la cárcel por la cantidad de delitos contra la seguridad vial que le imputaban al conductor de Duquesa desde hace dos años, como para permitir que desde el Porsche le hiciesen una foto. Estaría perdido. De repente, el 911 aceleró y se marchó a toda velocidad.

Alfil entró en su coche y comenzó a perseguirlo, inundando la silenciosa plaza con el rugido de su motor. El conductor del Porsche demostraba de nuevo su valía, sería difícil atraparlo, o quizás no. Dos curvas después de iniciar la persecución, el Audi golpeó con la parte izquierda de su paragolpes delantero, por el interior de la curva, la aleta trasera y el paragolpes del 911, rompiendo su carrocería y consiguiendo hacerle perder el control. El Audi frenó delante del Porsche para cortarle el paso, pero este no intentó acelerar, permanecía inmóvil a un lado de la calzada, casi aparcado.

Alfil bajó del coche y, con su mano derecha en la culata de un revólver que llevaba bajo el cinturón a su espalda, se acercó despacio al parabrisas delantero del Porsche. Era consciente de la imprudencia que cometía, si el piloto del otro coche fuese armado y disparase primero, estaría perdido a esa distancia. Incluso podría acelerar y atropellarlo si lo deseaba. Se acercó a la

ventanilla del conductor y la golpeó con dos dedos, pidiendo que bajara el cristal, y eso mismo sucedió en el acto.

—Menuda sobrada. ¡Me has cazado en solo dos curvas! ¡Y eso que salí mucho antes que tú de la plaza! —exclamó Lucía desde el interior del coche.

—¿Estás loca? ¡Podrías haberte matado! —le intentó gritar él, pero sin poder levantar la voz.

—No es mi primera carrera. ¿No viste cómo conduzco esta maravilla? —respondió ella con un ademán de orgullo.

—¿Maravilla? No he forzado en toda la carrera ni al setenta y cinco por cien, solo jugaba —dijo Alfil riéndose—. Este trasto tuyo es una cafetera para niños pijos, lleva un V6 atmosférico muy pesado y perezoso, y la tracción trasera no ayuda a un coche de mil quinientos kilos contra otro que esté preparado para competir de verdad. ¿Tan experta y no viste que te dejaba pasar todo el rato para jugar contigo?

—Bueno, lo que me jode ahora es que los vecinos habrán llamado a la poli, tenemos que irnos de aquí antes de que lleguen. No querrás que más gente, aparte de mí, conozca la identidad que tanto has ocultado.

Alfil miró a su alrededor, donde se habían encendido varias luces en las ventanas y comenzaban a mostrarse sombras curiosas tras las cortinas. No se lo pensó un segundo.

—¡Vámonos!

—Pero yo no puedo. El golpe que me has dado en el eje trasero ha hecho que rompa una llanta contra el borde de la acera. Ni siquiera funciona el encendido. Necesitaré que me lleves.

—Fantástico este bólido tuyo, mejora por momentos —reía Alfil—. Sube, tendremos que abandonar el tuyo aquí y volver a por él mañana. Suerte que quedó en un lado de la calle, está casi aparcado. Mañana solo tendrá una multa o, a lo sumo, estará en el Depósito Municipal de la Policía. Ya veré cómo consigo que algún amigo lo recupere.

Lucía ya estaba dentro del coche de Alfil y salían a toda velocidad de la zona.

—Has entregado la recaudación a caridad. No te imaginaba tan religioso.

—No lo soy. El dinero no es para ningún cura, ese convento es de los pocos sitios donde aún dan de comer a los necesitados.

—Vaya, me dejas sin palabras.

Ya habían cruzado varias calles y el chico había bajado el ritmo, así como el volumen del motor.

—¡Qué espartano! Imaginaba que la famosa Duquesa sería más lujosa por dentro, esto parece un Seat Ibiza —añadía la chica, mirando sorprendida cada detalle del interior del coche.

—Lleva lo necesario, todo lo demás es peso. Deberías saberlo cuando presumes tanto de nivel.

—Hablando de saber, ¿es cierto lo que dicen de este coche? —añadía ella algo recelosa por los ataques a su querido Porsche, que le había servido para ganar muchas carreras en el pasado.

—La gente dice muchas tonterías, no sé a cuál de ellas te refieres.

—Que el nombre de Duquesa se lo puso De Villota cuando ganaste a Fernando Alonso en el Jarama.

—No he hablado con Emilio en mi vida, aunque lo conozco de vista, Tampoco he corrido nunca contra Alonso. En realidad, el nombre se lo puso Victor, un amigo que pensó que así incrementaría su leyenda, muy peliculero él.

—Mucha imaginación tiene tu amigo Victor.

—Tenía, se chocó contra la mediana de la autopista durante una carrera hace casi un año.

—Vaya, no sabía... Lo siento.

—No te preocupes, es como siempre dijo que quería morir, y por cómo conducía, fue el final más lógico para su vida.

El coche llegó a un callejón desierto del barrio de Chamartín, sin casi emitir sonido alguno desde hacía varias calles. Al igual que en San Sebastián de los Reyes, había pulsado un botón del salpicadero para silenciar el volumen de los escapes, y conducía el coche al mínimo de revoluciones. En ese oscuro callejón, con las luces ahora apagadas y el color negro mate, el coche se había vuelto completamente invisible a la vista y al oído. A mitad de la calle y en la pared de la izquierda, se abrió a gran velocidad, pero en silencio, una puerta automática; que gracias a la suciedad y los grafitis que la decoraban, pasaba completamente desapercibida en el callejón. El Audi atravesó la puerta y quedó en completa oscuridad cuando la puerta se cerró de nuevo, a más velocidad incluso. Automáticamente, se encendió una luz de neón en el centro de la pequeña estancia, suficiente para iluminar con un tono verdoso el coche y la motocicleta negra de alta cilindrada que se encontraba entre ellos y la pared de la derecha.

Cuando Alfil fue a salir del coche, Lucía se lo impidió, subiéndose a horcajadas sobre él. Cosa que le costó esfuerzo y risas por parte de ambos.

Llevaba un pantalón de cuero negro ajustado y el habitáculo del Audi no estaba diseñado para esos juegos.

—No sabes lo caliente que me ponías cada vez que me pasabas con el coche en la carrera, ni se te ocurra pensar que me vas a dejar así esta noche.

—¿Cuándo supiste que era yo? —preguntó él con intriga.

—Se habla desde hace tiempo que hay un corredor que siempre gana, y se comenta también que te gusta correr por las noches en torneos ilegales. Solo he tenido que atar cabos para encontrarte. Sé que te gusta ganar siempre, a todo.

—Eso es muy poca información para apostar, ¿no crees?

—Bueno, también me gusta correr, si no fueras el piloto de Duquesa, pues al menos hubiera sacado la experiencia de una carrera cojonuda. Por cierto, me debes diez mil euros.

—¿Cómo? Los he ganado limpiamente. ¿Por qué te los debo? Aunque te permito una revancha a doble o nada.

—Bueno, pero acepto solo si conduces tu Jaguar y a mí me dejas este coche.

Rieron y él la besó con fuerza, luego trató de apartarla.

—Esto es algo incómodo, podemos ir a mi casa o a la tuya.

—Aquí estaremos bien —terminó ella la conversación, besándole con más intensidad mientras se quitaba la camiseta.

Capítulo 19

El 23-D era el número de asiento del vuelo de Iberia con destino Londres en el que viajaba Alfil, su equipo lo hacía unas doce filas más atrás. Se habían separado tanto en la cabina del avión porque el fotógrafo necesitaba silencio para poder pensar, tuvo suerte y no se sentó a su lado ningún niño de los que lloran durante todo el trayecto o una familia de las que viajan por primera vez, asombrándose ante todo o sobresaltándose con la mínima turbulencia. Quedaba una hora para aterrizar en el aeropuerto de Eathrow y el chico iba perfilando ideas en su planificación habitual del trabajo. Desde su asiento podía oír a Leyre elevando la voz de cuando en cuando, estaba feliz por los miles de euros extra que se llevaría ese mes, dinero con el que no contaba pero que, desde que supo que aceptaron la publicidad, le había cambiado por completo su actitud. Quizás también su felicidad fuese fruto de los dos *gin-tonics* que se había bebido en Barajas con la excusa de mitigar los nervios del vuelo.

Alfil, Leyre, Marcelo, un ayudante de iluminación y el peluquero habitual, desembarcaron del avión, recogieron el equipaje facturado y partieron en una furgoneta alquilada para desplazarse durante los días que durase el trabajo. Llegaron al hotel una hora después. Se tomarían esa noche para descansar y así estar frescos a primera hora de la mañana siguiente, cuando empezasen con la programación diseñada para la campaña.

El equipo era una dotación de trabajo mínimo que contaría con el refuerzo de una docena de personas contratadas en el mismo Londres, como suele hacerse cuando se realizan trabajos en el extranjero. Esos trabajadores secundarios, ayudantes en su mayoría (maquillaje, peluquería, estilismo e iluminación), se pondrían a las órdenes del equipo de Alfil. Eran chicos recomendados por otros colegas de profesión, aunque algunos de ellos ya habían trabajado antes con Alfil en la capital inglesa. En caso de hacer sesiones en exteriores, era muy útil para el fotógrafo poder contar con gente

que conocía la zona y se desenvolvía con más soltura que un equipo formado únicamente por foráneos.

Ya alojado en el hotel, sumido en la paz de la habitación, el fotógrafo meditaba sobre las experiencias ocurridas con Lucía en los últimos meses, pero se esforzaba por desconectar para centrarse en el trabajo que tenía entre manos. Miró al suelo y vio la moqueta, una amarga sonrisa brotó durante un segundo.

La sonrisa y los pensamientos se esfumaron cuando oyó golpes en la puerta de la habitación. Intuía quién podría ser.

—¿Puedo pasar, jefe?

—Claro, cuéntame Leyre.

—Estaba pensando en la sesión de mañana. Espero que la ropa esté toda en el estudio cuando llegemos, el encargado de producción no parece muy despierto.

—No te preocupes, es gente muy seria, además, la firma tiene sede muy cerca del estudio.

—¡Coño! Tienes minibar. Yo no tengo en mi habitación, joder qué discriminación. —Leyre intentaba fingir sorpresa. Era muy mala actriz, pensó Alfil.

—No me jodas, Leyre, apuesto a que viniste solo para eso. Y que no te tenga que explicar de nuevo por qué tu habitación nunca tiene minibar desde la campaña de Lisboa del 2014.

—¡Jo, eso solo pasó una vez! Te prometí que me comportaría y lo he hecho, pero sabes que un *gin-tonic* me ayuda a dormir y a concentrarme.

—Pues baja al bar del hotel y te lo tomas, mañana preguntaré si es cierto que fue solo uno.

—Así no se puede trabajar, este control no es sano. Ya somos adultos.

—Venga sí, somos adultos y cada uno se va a su habitación. Mañana te quiero bien fresca a las cinco de la mañana, así que tú verás lo adulta y responsable que eres para no perder tu trabajo —zanjó Alfil acompañando a su estilista a la puerta con el contraste de la sonrisa en su cara y el enfado en la de ella.

Esa noche trajeron la cena a su habitación, algo ligero para tomar viendo una película clásica que encontró haciendo *zapping* entre los canales de la televisión del hotel, era su binomio favorito para intentar dormir. *To have and have not* (Tener y no tener) no era de los clásicos favoritos de Alfil, pero se dejaba ver y le daba una oportunidad más de ver la magnífica interpretación

de Humphrey Bogart en la película en la que conoció a su «flaca» Lauren Bacall.

Le sorprendió la madrugada pensando en el paralelismo entre la química de Bogart-Bacall y la suya con Lucía, y cómo también Harry «Steve» (personaje de Humphrey Bogart) se planteaba su futuro y veía calmados sus instintos cuando «la flaca» estaba a su lado.

Una legión de bostezos y el dulce aroma a café, fruta y bollos recién hechos dieron los buenos días a los primeros colaboradores de Alfil en la cafetería del hotel. Eran las cinco en punto de la mañana y el fotógrafo ya estaba allí, no había dormido en toda la noche pero se sentía fresco y en forma mientras bebía un zumo de naranja natural extra grande. El lugar era acogedor, así que el chico agradeció la idea de elegir un hotel con ambiente familiar y no una impersonal sucursal de alguna cadena hotelera internacional, como en otras ocasiones. Tal vez la decoración fuese algo anticuada, pero tenía su encanto personal. Se respiraba experiencia y eso era reconfortante, tanto en las habitaciones como en las zonas comunes. El propio restaurante donde desayunaban estimulaba los sentidos, con manteles de tela blanca y platos de porcelana clásicos contrastando con la madera oscura de las sillas y las molduras de paredes y techos, fotografías de los años cincuenta enmarcadas en las paredes, cálidos candiles y ventanales con filigranas pintadas en el cristal, música de Aretha Franklin en el ambiente y las camareras vestidas con camisa blanca y pantalones y corbata negros. Alfil se sentía dentro de una película de Woody Allen.

Leyre apareció cuando todos estaban apurando sus cafés para partir al estudio, y con cara de volver de una fiesta de fin de año. Alfil le lanzó una mirada inquisidora que ella evitó, intentando aparentar una frescura que no conseguía engañar a nadie; aunque, al menos, la trataba de disimular tras unas gafas de sol enormes. Tener que esperarla a que se tomase su pequeño café sin la más mínima prisa hizo que Marcelo y los demás mirasen a Alfil para rogarle que interfiriese. El fotógrafo se acercó a la estilista y le dijo que levantase el trasero, que nadie iba a esperarla y que podría volver a desayunar en el estudio si lo deseaba. Ella lanzó un breve gruñido, con el que parecía aprobar la orden a regañadientes, y se levantó llevando un trozo de cruasán en la mano.

El estudio estaba lo suficientemente cerca como para ir caminando, pero necesitaban la furgoneta igualmente para poder hacer recados o, en caso de

necesitarlo, desplazarse a alguna localización. Dentro del vehículo continuaron en silencio, aquel horario europeo, unido al viaje de la tarde anterior, les tenía destrozados; ni siquiera la música que Marcelo había seleccionado en la radio lograría despertarles del todo. A Alfil no le preocupaba aquello, sabía por experiencia que en unos minutos, en cuanto empezasen a trabajar, estarían al cien por cien de su capacidad y entusiasmo. La campaña duraría una semana y cada día trabajarían de seis de la mañana a seis de la tarde, con una parada de treinta minutos para almorzar. Esa primera noche, cuando volviesen al hotel, dormirían a pierna suelta sin ningún problema, estaban acostumbrados a adaptarse rápido a los horarios de otros países.

El estudio era parecido al de Alfil en Madrid en cuanto a tamaño, pero estaba mucho más vacío; era el típico local creado para alquileres, funcional y con mucha luz natural para sesiones de ese estilo. Dos sofás de Ikea para descansar en la zona de espera y una pequeña cocina *office* con frigorífico y microondas, aparte de dos docenas de sillas plegables apiladas para usarse en caso de querer descansar en la zona del plató, era todo lo que se podía ver en aquel espacio. Comprobaron al llegar que ya les esperaban allí las dos modelos elegidas por el cliente para la campaña y el equipo de colaboradores contratados, aparte del ayudante de producción, cuya tarea era encargarse de que no les faltase nada: transporte para todos, comida, la ropa y complementos de la sesión, las personas contratadas, *atrezzo* de última hora; en definitiva, todo lo que se pudiera necesitar o pedir durante esos días.

La orquesta, ya afinada durante el desayuno y el breve viaje en la furgoneta, comenzó a tocar su canción, todos los músicos sabían lo que tenían que hacer y su director había dado las pautas para que estuviesen coordinados. El desfile de gente trabajando no había hecho más que comenzar, corrían de un sitio para otro llevados por el estrés típico que se respiraba en esas sesiones maratónicas. Había música disco a un volumen muy alto y Alfil intentaba desconectar absorto en su portátil, donde hacía unas anotaciones de última hora sobre dirección de posado y colocación de luces. El tiempo medio de preparación para hacer las primeras fotos era de una hora cuando los peinados de las modelos eran sencillos, y llegaban a las dos horas cuando había que realizar peinados complejos o tenían que colocar extensiones o postizos. Durante el tiempo que duraban esos maquillajes y peinados en una zona del local, en otra se iban realizando otros igual de importantes, como la colocación de luces, preparación de escenario y *atrezzo*, planchado de ropa, elección de la ropa que vestiría cada modelo y el orden en el que lo harían,

pruebas de iluminación, vestir a las modelos que ya estuviesen peinadas y maquilladas y ajustar con alfileres y pinzas la ropa para que pareciese hecha a medida.

La jornada avanzó como estaba previsto, y eso favoreció que todos estuviesen en sus habitaciones de hotel a las siete de la tarde, ya duchados y a punto de bajar al restaurante para cenar. Se había excedido el horario convencional de Inglaterra para la cena, así que no podían demorarse mucho más. Sus caras de cansancio dieron buena muestra del esfuerzo realizado y de cómo necesitaban dormir para recuperar las horas de sueño perdidas la noche anterior. No se hicieron de rogar, ni siquiera la estilista, todos se marcharon a sus habitaciones antes de las ocho.

Volvían de hacer *lookbook*^[5] en una calle del centro de la ciudad, llevaban tres días de duro y continuo trabajo, y ya que solo podían trabajar con luz natural, regresaron temprano al estudio para dejar allí los equipos de fotografía y maquillaje y las bolsas con la ropa fotografiada. Como iban muy adelantados de trabajo, acordaron salir a cenar fuera del hotel y tomar una copa antes de ir a dormir; sugerencia de Leyre, pero secundada por el resto de miembros del equipo, que ya tenían el ritmo y el horario más que asimilados.

Fueron a un local en una calle cercana al hotel. En la planta principal disponían de una zona para tomar cocteles y café, aparte de un restaurante, y debajo, en un gran sótano, había una discoteca. Les recordaba al Larios Café de Madrid aunque con una decoración muy distinta, algo menos cosmopolita por no ser cruel con la comparación. Aquel restaurante-bar de copas estaba decorado con maderas oscuras en paredes, mesas, sillas y barras, y contaba con numerosos pósteres y recuerdos de grupos y solistas pop de los ochenta y principio de los noventa: Wham y George Michael, Boy George (ese póster le encantó a Marcelo, incluso preguntó al camarero si podría comprarlo), Rick Astley, Modern Talking, C. C. Catch... Allí comió, entre risas y anécdotas vividas durante esos días, el equipo de Alfil junto a los ayudantes contratados; después de esos tres días se habían integrado muy bien.

El fotógrafo escuchaba divertido las bromas, le hacían recordar aquellas reuniones de sus primeros trabajos, cuando aún no estaba embargado por los deseos —¿quizás obsesiones?— por ser el mejor, solo por el amor a la profesión y disfrutar con ilusión haciendo las fotos para sus primeros clientes. Momentos mágicos que se iban perdiendo en su memoria, cuando era uno más dentro de las risas y las anécdotas y no un mero espectador de ellas como

en ese momento. Aquello le creó una pequeña sensación de nostalgia, aunque lo prefería al momento que le tocaría soportar en unos minutos, sabía que tarde o temprano su compañera de mesa aprovecharía para abordarle con alguna petición. La conocía lo suficiente como para saber que algo rondaba por su cabeza, ese mes con el pelo teñido de rosa.

—¿Cómo va la publi? —preguntó la estilista con una sonrisa forzada.

—Bien, ya lo sabes, vamos adelantados incluso —respondió Alfil sin apartar la mirada de su plato casi vacío, moviendo un guisante de un lado a otro con el tenedor.

—Me refiero a que si les gusta a los clientes, ya habrán visto algo y dado su opinión, ¿no?

—Sí, y por lo pronto no han hecho ningún cambio ni han pedido repetir nada, eso es bueno por ahora. Pero no cantemos victoria hasta que se finiquite el trabajo.

El fotógrafo se refería al pago, cuando un trabajo estaba pagado al cien por cien, se podía dar por terminado. Hasta entonces, los clientes pueden pedir cambios, modificaciones o incluso repetir parte o todo el trabajo.

—Sí, lo sé, como si todo se pudiera volver a hacer de nuevo pulsando un botón. Algunos de estos clientes llevan toda la vida en el sector y aún no han comprendido cómo funcionan las sesiones de fotos.

—Bueno. ¿Me lo vas a contar o no?

—¿El qué?

—Lo que intentas decirme desde hace semanas, lo que te ocurre, esa necesidad de dinero que tienes ahora. ¿Se trata de un chico? ¿Deudas?

—¿Tan predecible soy?

—Predecible y básica, sobre todo por tus instintos básicos. —Alfil la miró bajo una sonrisa, la conocía mejor de lo que se conocía ella misma.

—En realidad no te iba a contar nada. Ya sabes que siempre me meto en líos pero salgo pronto de ellos, eso es cosa mía. No quiero aburrirte, solo quería darte las gracias por acelerar este trabajo, nos viene bien a todos este extra de dinero.

—Ya sabes que hacemos todo el trabajo que podemos, siempre que se acepten los presupuestos y el resto de condiciones que imponemos a los clientes. —Alfil hablaba en plural por considerarse el líder del grupo, cuando era él quien lo hacía todo, principalmente establecer esas condiciones y precios, que sin duda eran muy favorables para todos.

Leyre estaba contenta, así que se levantó la primera para ir a la barra, pedir un *gin-tonic* y bajar a la discoteca del sótano a desconectar un rato

bailando. Sorprendentemente, cuando sus compañeros se levantaron para seguir a Leyre, Alfil también fue con ellos. Salvo la estilista y Marcelo, nadie de su equipo le había visto sumarse a una fiesta, así que iban a su lado haciéndole comentarios del tipo:

—¡Vaya, qué sorpresa, jefe!

—Bueno... ¿Quién iba a imaginar que te apuntarías, jefe?

—¿No te habrás equivocado de camino?

El fotógrafo se lo tomaba con diversión y respondía:

—Venga chicos, portaos bien o tendréis que acostaros temprano. ¿Acaso no tengo derecho a divertirme de vez en cuando? ¡Vaya imagen tenéis de mí!

La zona de la discoteca no era muy grande y tampoco había mucha gente, eso sí, todos parecían turistas. A esas horas de la noche no era fácil encontrar londinenses de fiesta un día entre semana. Había una barra al fondo, sofás con forma de herradura a la derecha y el resto era pista de baile. El grupo se dirigió hacia los sofás para disfrutar de la última conversación del día, Alfil se sentó en un extremo para estar algo más tranquilo y no verse en el centro de conversaciones cruzadas que le taladrasen el oído. Bebía un *whisky* con hielo, las campañas publicitarias con sesiones continuas de diez horas ininterrumpidas eran demasiado duras para su habitual copa de vino, necesitaba algo más fuerte para dormir luego a pierna suelta.

Se sorprendió observando a su equipo, la felicidad que mostraban trabajando y también disfrutando de los pocos descansos que podían permitirse. Se sintió orgulloso por haber seleccionado a un grupo de personas que vivían su trabajo con pasión, no le cabía duda de que se trata uno de los aspectos más importantes de la vida para ser feliz, eso unido a no tener jefes, contar con un sueldo muy superior a la media, trabajando la mitad de horas al mes, sin imposiciones de vestuarios o uniformes, viajando por todo el mundo... No exageraba al pensar que es un trabajo privilegiado. Alfil sabía que todos ellos contaban con metas a realizar: los ayudantes querían establecerse como fotógrafos, su maquillador quería montar una academia y Leyre convertirse en la nueva Stella McCartney, aunque ahora se conformaba con bailar de un modo casi grotesco, dando fuertes pisotones con sus zapatos de plataforma de goma y tachuelas, y haciendo que su copa salpicase el suelo a su alrededor. Alfil tuvo que contener la sonrisa ante el espectáculo cuando oyó la voz de una chica joven que se había acercado a él. Se sentía incómodo desde hacía unos minutos al notar sus furtivas miradas desde el otro extremo de la sala, ahora mucho más al comprobar que había dado un paso más. No le apetecía conocer ni conversar con nadie.

La chica era alta y delgada, lucía un vestido negro de falda muy corta y con vuelo, un escote discreto y un tacón muy alto, demasiado elegante a la vez que recatada como para ser una buscona o una escort. Pero eso lo sabría con seguridad en unos segundos.

—Me he fijado en ti cuando has entrado. ¿Eres Alfil? —preguntó la chica en inglés.

—No, te has confundido, lo siento —contestó el fotógrafo, fingiendo desconcierto e intentando que la chica se marchase.

—Sí que es Alfil, pero no le tengas en cuenta esa mentira, es que no soporta que le aborden los desconocidos —replicó uno de sus ayudantes riendo, mientras el fotógrafo se incomodaba aún más.

—Disculpa si te he molestado, no era mi intención. —Ella forzó sin éxito una sonrisa y se giró para marcharse.

—No pasa nada, soy yo el que debe pedir disculpas por haberte mentido. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Solo deseaba saludarte. Te reconocí gracias a un libro tuyo sobre trabajos de moda y belleza, sales en una pequeña foto en la contraportada.

—No sabía que a una modelo pudiera interesarle un libro sobre fotografía para fotógrafos.

—Vaya —sonrió, esta vez de forma natural—, gracias por el cumplido, pero soy fotógrafa, o lo intento. Aún no he hecho grandes editoriales ni estoy en plantilla de ninguna revista, pero voy creciendo al ritmo que puedo. Mi nombre es Diana.

—Pues encantado de conocerte, Diana, y espero que me permitas invitarte a tomar algo y contestarte a cualquier duda que puedas tener. Te lo debo después de mi mala educación.

—No, no. Gracias pero no quiero molestar, supongo que estas aquí para hacer algún trabajo con tu equipo y tendrás que marcharte a descansar.

—No incomodas, en serio, puedes quedarte si lo deseas.

Tras pedir unas copas y sentarse la chica a su lado, Alfil se sorprendió ante lo cómodo que se sentía hablando sobre fotografía con ella. No notaba tanta conexión como la que se respiraba entre él y Lucía, era más bien una sensación reconfortante al ver en Diana los valores y la ilusión que hace años nutrían el motor de su vida. La chica le contaba lo frustrada que se sentía al brotar en ella tantas ideas pero no tener clientes a los que poder venderlas. Alfil creyó ver en sus ojos cómo la chispa o magia de esta profesión perdía brillo lentamente, pero eran sus propios ojos los que veía reflejados en ella. Estaba seguro de que era ese el momento exacto en que todo artista pierde

algo de personalidad, de creación, de inspiración incluso. Era justo el momento en que faltan clientes, o los que tienes no aceptan tus ideas, cuando sientes que tu trabajo no es crear, sino vender, prostituir tu arte a cambio de unos euros. Ese momento en que dejas de soñar y diseñar sesiones para ti y comienzas a fabricarlas a la medida y deseo de tus clientes.

La conversación se animaba y los compañeros del fotógrafo les observaban con sonrisas cómplices, murmurando entre ellos. Trataban de no molestar para que Alfil no fuera consciente de la hora y así pudieran quedarse mucho más tiempo de lo inicialmente previsto, y con más copas de las que él les hubiera permitido beber, teniendo que madrugar y trabajar al día siguiente. Todos pensaban que el fotógrafo pasaría la noche acompañado en el hotel, pero nada más alejado de la realidad.

—Es increíble que no hayas intentado llevarme a la cama, gracias por el respeto. —Con ese cambio brusco de tema, acompañado de una sonrisa amistosa, interrumpió Diana la conversación.

—¿Por? ¿Por qué tendría que intentar algo más? —preguntó él, extrañado.

—Bueno, no es que me lo tenga creído, pero hay mucha tensión sexual y mucho modelo y fotógrafo siempre con ganas de fiesta. Ya sabes, impera una sexualidad muy abierta en este sector, aunque tengan pareja estable. Muchos intentan algo, incluso durante las propias sesiones de fotos.

—Pues lamento que tengas que soportar ese tipo de situaciones, aunque debieras pensar que podía ser mucho peor.

—¿Mucho peor? No te comprendo.

—Si no quisiera nadie acostarse contigo, eso sería peor. El atractivo físico puede tener algunos inconvenientes, pero muchas ventajas también, ¿no? Una imagen agradable abre muchas puertas.

—Vaya, tienes razón, entonces no me quejaré más. Una buena lección de alguien que seguro que soporta lo mismo por parte de los modelos en sus sesiones.

Alfil no contestó, se limitó a sonreír y continuar un rato más con la conversación, justo hasta que fue consciente de la hora y tuvo que disculparse para marchar al hotel junto a su equipo. Sentía pánico al ver las sonrisas de sus colaboradores, durante el paseo hacia el hotel tendría que soportar un bombardeo de bromas infantiles; al menos, esperaba que al día siguiente se les hubiese pasado las ganas de seguir con el tema.

Esa noche quedó dormido en el acto, hacía muchos meses que no le pasaba, quizá fuese por la conversación con Diana, quizá por el *whisky*, quizá por la cantidad de días que llevaba acumulando sueño y jornadas muy largas

de fotos, quizá por la paz que le transmitía su relación con Lucía, o quizá por un cóctel de todos esos motivos juntos. Diana le había sacado una sonrisa y una conversación que no tenía con sus colaboradores, algo agradable, una experiencia más para alguien que disfrutaba coleccionando las vivencias que le aportaba su trabajo. Muchas veces se nutría de comentarios de fotógrafos noveles, ya que esa ilusión la tienen todos al empezar pero se pierde con el tiempo; solo que no notas que lo has perdido hasta que ves el reflejo de tus ojos apagados contrastando con el brillo de los suyos. En esos instantes recuperas parte de esa ilusión, tal vez la absorbes o te contagias de ella, te aporta felicidad. Aunque sea por poco tiempo.

La semana terminó sin contratiempos. Alfil no volvió a ver a Diana y tampoco recibió mensaje ni correo electrónico suyo, no hubo problemas con los clientes y el equipo hizo las maletas para volver a Madrid. El cansancio por el trabajo se fusionaba, o casi desaparecía ante la satisfacción de una labor excelente y ya terminada, con poder volver a casa y ver a familiares y amigos, y con disponer de unos días libres para disfrutar de un tiempo veraniego de verdad.

Aunque quizás no todos los miembros de su equipo pensaba así.

—Podríamos quedarnos a hacer turismo, un día más no creo que nos vaya a hacer daño —comentaba Marcelo mientras metía su maleta en la furgoneta. En realidad, deseaba ir de compras por el centro de la ciudad para gastarse en ropa el sueldo de la semana.

—Mañana no tenemos compromisos en España, la verdad es que podemos quedarnos un día más. ¿Qué te parece Alfil? —preguntó su ayudante de iluminación.

—A lo mejor vuelves a ver a la fotógrafa misteriosa del otro día —añadió Leyre con tono divertido para ver si le convencía.

—Bueno chicos, nadie obliga a nadie a volver —zanjó la conversación el fotógrafo—, podéis cambiar los billetes de avión los que queráis quedaros y buscar un hotel. Yo debo volver, pero vosotros sois libres, no tenéis que pedir permiso a nadie.

Leyre, Marcelo y el ayudante se quedaron, Alfil y el peluquero regresaron a Madrid ese día.

Capítulo 20

El departamento de homicidios de la comisaría central en la capital era un polvorín a punto de estallar. A pesar del número de efectivos (y su eficacia) destinados al caso de el fantasma, eran innumerables los obstáculos que sortear cada día: presiones desde el Ministerio del Interior, incontrolables filtraciones a la prensa, cientos de llamadas de personas que decían ser o haber visto al asesino. Mientras otros casos igual de importantes, aunque menos mediáticos, se iban amontonando sobre la mesa de los inspectores. Todo ello sumado al tedioso trabajo de tener que enviar constantemente pruebas de una ciudad a otra, para que los investigadores de los lugares donde habían sucedido los crímenes tuviesen todo el material del resto de los casos. Nada menos que diez agentes asignados a hacer fotocopias sin parar, escanear, hacer copias de grabaciones de interrogatorios, envíos por fax, por correo electrónico...

Los últimos quebraderos de cabeza habían venido porque los policías de Sevilla, o quizá fueron los empleados del hotel, había filtrado fotos de la habitación cuando aún se estaban buscando pruebas en ella. Era imposible evitarlo, cuanto más famoso se hacía el fantasma, más pagaban las televisiones por detalles y pruebas morbosas; así que el personal de los hoteles y los agentes de policía se sacaban un cómodo sobresueldo.

El ministro del interior y varios delegados de gobierno apretaban cada vez más a los comisarios y oficiales encargados del caso. Las noticias ya eran internacionales y en todos los países se hablaba del asesino en serie que tenía atemorizada a España. La revista francesa Charlie Hebdo mostraba en su última portada a un fantasma estrangulando al presidente del gobierno español, estando este vestido con un camisón y liguero sobre una cama de hotel. La imagen de las instituciones policiales bajaba muchos puntos por no poder capturarlo y eso no gustaba a los de arriba: aquellos que tanto habían

presumido en reuniones con colegas extranjeros de la eficacia de las fuerzas policiales nacionales.

El problema, según los oficiales al mando, era que no se puede resolver un caso antes o mejor por el mero hecho de exprimir más a los agentes que lo llevan, se necesita que el asesino coopere un poco. Pero allí no había ni por dónde empezar, todos los asesinatos eran idénticos, ejecutados con precisión milimétrica, sin fallos. Lo único que les quedaba claro era que el asesino vivía allí, en la capital, por eso no había cometido ningún crimen en Madrid; seguramente para no ser reconocido. Sabían que usaba el método de entrar y salir de las ciudades, un visto y no visto; aunque el ejemplo no es el más adecuado en este caso, porque nadie parecía verlo. Se había ganado a pulso el apodo de el fantasma.

Mientras tanto, cada mañana amanecían los noticiarios con el tema de moda, dando datos que no se sabía de dónde los sacaban o inventaban; y lo peor era lo que llegaba después: esos programas matinales de cotilleo que incluyen una tertulia de supuestos expertos en criminología y que se limitan a hacer sensacionalismo del más absurdo y barato, inventando móviles, motivos, datos, pistas, haciendo tareas de juez, para luego, tras la obligatoria pausa publicitaria, analizar la ropa que llevaba la famosilla de turno a una boda o la última estupidez protagonizada por la hija de vete a saber qué folklórica.

Y los teléfonos sonando constantemente con llamadas de tipos que decían ser el fantasma, locos o gente aburrida que parecían tener mucho tiempo libre y ganas de notoriedad. Ni siquiera había suficiente personal en la comisaría para atender a todas las llamadas; alguna podría ser del auténtico asesino, otras podrían dar pistas importantes; pero era imposible filtrar y seleccionar tanta información con tan pocos recursos, mucho menos atenderlas a todas. Podría llamar el propio asesino y que nadie descolgara el teléfono por estar las líneas saturadas en ese momento. El caso era una patata caliente que no podían pasar a nadie. De buena gana dejarían que se encargara de resolverlo el pesado ese de Sevilla que parecía tan interesado, pensaban en la central. El teniente Pablo Aguilar no paraba de hacer llamadas y enviar correos electrónicos pidiendo pruebas de todos los asesinatos, enviando conjeturas, haciendo suposiciones y dando el coñazo en definitiva. Si unimos eso a que en Madrid no tenían la más remota idea de cómo avanzar en la investigación, era complicado contentar al comisario central y al ministro.

«Es tan fácil dar con los asesinos en serie en las películas —pensaba el sevillano—, gente que suele tener problemas mentales, que asesina a plena

luz del día y delante de cámaras y testigos que les identifican, que comenten mil errores y dejan huellas por todas partes. Agentes del FBI que en pocos días acorralan al asesino casi sin esfuerzo, porque de repente tienen una revelación y descubren la pista que lo conectaba todo, o se encuentran pistas de pura casualidad». Por desgracia para Pablo, en el mundo real no existen esas casualidades y esa suerte, todo es muy diferente, hay que trabajar duro para encontrar a los asesinos.

Pero, ¿qué pasaría si nunca lo encontrasen? Si siguiera matando durante unos años más, serían el hazmerreír de las divisiones policiales de medio mundo. Si se cansara de matar o muriese en un accidente, o fuera arrestado y encarcelado por otro delito, nunca se sabría ni se resolvería el caso. Los casos más mediáticos son los que más urgencia tienen por resolverse, ya que son los que más pánico generan entre la sociedad y los que más presiones producen por parte del Ministerio. Los ascensos dependían de casos así, si no lo resolvías, podías estar toda tu vida esperando una recompensa a tu trabajo que no llegaría nunca, aunque hubieses resuelto mil casos de más dificultad. Así que Pablo sentía terror al pensar que sucediera lo peor.

El asunto, además, se complicaba por momentos, ya que pronto llegarían de Estados Unidos unos colaboradores del FBI especializados en casos de asesinatos en serie. Aunque no había muchas esperanzas de que eso sirviera de ayuda, teniendo en cuenta las pruebas que había, mejor dicho, la ausencia de pruebas. Como mucho, esos agentes del FBI darían alguna charla con datos que todo el mundo ya conocía, y se pondrían alguna medalla por los asesinatos que hubieran atrapado en su país. Puede que incluso se colocasen medallas si por fin se atrapaba al fantasma y decidían desde arriba que ellos habían contribuido de forma directa con su trabajo. Siempre fastidiaba recibir gente ajena a la que había que poner al corriente, y que, de un momento para otro, pasaba de ser un alumno atento a comportarse como un jefe, diciendo lo que se debía hacer y cómo hacerlo al resto del equipo. Las cooperaciones interdepartamentales sacaban de quicio a todos y entorpecían y ralentizaban las investigaciones, mucho más si además hablaban otro idioma.

Pero tampoco era momento de quejarse por ello, lo que importaba era centrarse en la investigación, y en seguir apretando a los policías y testigos para que no filtrasen datos o habría sanciones graves. Esas eran las dos peticiones más urgentes que venían desde arriba.

Era el turno en Madrid de recibir a esos colaboradores y tocar madera para que ayudasen de verdad, era el momento de tener fe, quizás su experiencia

fuera de especial ayuda, sin duda serían recursos que debían aprovechar en un momento en que estaban completamente desbordados.

La comisaría seguía llena de gente, en la división de homicidios no paraban de sonar los teléfonos, el sonido ambiente era estresante hasta límites insospechados. Aquellas no eran las mejores condiciones para concentrarse en una investigación.

Capítulo 21

El estudio de Alfil se encontraba sumido en su penumbra habitual cuando no había sesiones de fotos o reuniones, solo una tenue luz led iluminaba las zonas de la cocina y de la entrada, aparte del enorme monitor de su despacho, que alumbraba la cara del fotógrafo mientras daba el toque final a las fotografías de su última sesión. Necesitaba enviarlas a la revista para tener el visto bueno de la directora de moda y de la directora general. Por los altavoces sonaba la aterciopelada voz de Frank Sinatra al ritmo de *Night and day*. Aquel era su hábitat natural en lo que él llamaba: sus momentos mágicos. Esos en los que ultima el retoque digital de las imágenes por las que es conocido en el mundo de la moda y la publicidad. Podría estar días allí sin parar de trabajar ni ser consciente del día u hora que era. Nunca se fatigaba cuando trabajaba, al contrario, se nutría de las sesiones de fotografía y retoque como un teléfono móvil lo hace a través de su cable USB.

Desconocía el número de horas que llevaba sin parar, pero era consciente de que necesitaba otro café. Hizo una pausa para ir a la cocina y prepararlo, luego lo llevó a su mesa de escritorio para continuar trabajando. Dio un sorbo mientras perdía la mirada al infinito, como si pudiese ver a través del cristal, metal y circuitos que componían su monitor, y volvió a centrar su atención en ti.

—¿Sabes qué diferencia a un asesino convencional de uno en serie? Sí, te lo pregunto a ti, a quien me acompaña desde que empezó el libro, a quien me ve como si fuese un monstruo. Seguro que piensas que los asesinos en serie matamos de forma continuada y siguiendo un patrón, que nuestra característica es la de quitar vidas de gente que tenga el mismo color de pelo, o la misma edad y sexo, matar el mismo día del mes o cuando hay luna llena. Por desgracia, el cine ha hecho un flaco favor con su sensacionalismo y búsqueda de audiencia a la realidad de muchos sectores, tanto profesiones

como aquellas aficiones de baja catadura en las que un servidor se ejercita esporádicamente y por motivos que ya he explicado antes.

»Lo que caracteriza principalmente o define a un asesino en serie es el motivo. Mientras un asesino convencional quita una o varias vidas para obtener un beneficio, sea económico, social, laboral, personal, etc., un asesino en serie busca una realización interna, no persigue dinero ni ningún otro beneficio tangible. Necesita matar para seguir viviendo, es así de... ¿simple? Si un asesino en serie dejase de matar, se sumiría en una fase de autodestrucción que acabaría con él en todos los sentidos. El deseo y necesidad de añadir una nueva víctima a su «palmarés» es tan intenso y le domina de tal forma, que podría compararse con la dependencia de una droga como la heroína o el alcohol.

Alfil tomó un sorbo de café, luego observó ensimismado la taza y continuó su relato.

—Aunque erróneamente se piensa en Charles Manson como el asesino en serie más famoso de la historia, es Ted Bundy el que debe ocupar esa posición, y eso que «solo» secuestró y mató a treinta chicas en los años 70. Eso son los datos oficiales, porque se sabe que fueron más de cuarenta. Manson, en realidad, nunca fue un asesino en serie. En 1969 mató a la actriz Sharon Tate y a tres personas más en la mansión de la actriz y su marido, el director Roman Polanski, cuando él estaba de viaje. Pero nunca asesinó en serie, es un criminal convencional. La leyenda, la importancia de la víctima y su marido, la crueldad del crimen (ella estaba embarazada e hicieron un ritual satánico con su cuerpo y el del feto) y la banda o secta del asesino que le acompañaba aquella noche, crearon una leyenda que sigue estremeciendo a día de hoy. Manson ha escrito libros, pintado cuadros y compuesto canciones desde entonces, pero se queda muy corto si analizamos a los verdaderos monstruos que han aterrorizado a estados enteros durante años o décadas. Los más conocidos o salvajes fueron:

»Jeffrey Dahmer, que mató a diecisiete personas en trece años. Como curiosidad os comento que era algo torpe, ya que algunos a los que atacaba lograban escapar.

»John Wayne Gacy, conocido como el payaso asesino, mató a más de treinta chicos adolescentes; a la mayoría los violó antes.

»Gary Ridgway mató a más de setenta mujeres estrangulándolas, pero son pocas comparado con los más de trescientos cincuenta asesinatos del casi desconocido Henry Lee Lucas, y eso que se confesó partícipe en más de seiscientas muertes.

»La lista es larga: Andrei Chikatilo mató a cincuenta y tres personas; Aileen Wuornos a más de siete hombres, la recordaréis por la interpretación de Charlize Theron en la película *Monster*, con la que ganó un Oscar.

Alfil se encogió de hombros, ahora su número de chicas no parecía tan importante al compararlos con los de esos pioneros.

—Todos ellos tenían algo en común. ¿Sabes qué? Pues que estaban rematadamente locos, mataban por impulso, violaban los cadáveres, los desmembraban, entraban en casas a plena luz del día, qué locura. John Wayne Gacy se disfrazaba de payaso e iba de voluntario a fiestas de niños. ¿Lo imagináis?

»¿Sabías que en su declaración Charles Manson confesó que lo hizo solo para hacerse famoso? Luego se ha comprobado que decía la verdad, su comportamiento en la cárcel hasta hoy en día sigue siendo provocador hasta extremos inimaginables. Ese tipo de conducta tiene un único fin, dejarte atrapar para que todo el mundo te conozca, se trata de popularidad. Pasar a la historia al coste que sea necesario, aunque se te recuerde como a un monstruo o vivas privado de libertad.

Alfil caminaba por su estudio, observaba a su alrededor pero sin mirar nada en concreto, estaba estirando las piernas tras un día de mucho trabajo sobre su sillón. Ya estaba a punto de terminar y partir hacia su casa, así que también ultimó su café y el relato:

—Los asesinos en serie suelen ser los criminales más estúpidos, no planifican, no cuidan los detalles o se guían por impulsos viscerales que nacen de una mente enferma por traumas de todo tipo. En pleno año 2016 sería imposible que ninguno de los que he citado antes hubiera matado más de dos veces seguidas. Con los sistemas de análisis de los investigadores científicos, la cantidad de cámaras de vigilancia y de móviles, y la rapidez de las comunicaciones, ninguno hubiera llegado a ser asesino en serie, para lo cual debes matar al menos a tres personas en varios años.

»¿Lo dejaré algún día? Yo mismo me he hecho esa pregunta muchas veces, en los últimos días más aún. Tal vez equivoco mis prioridades y debiera dar un giro a mi vida, nunca es tarde para rectificar. Siempre me ha obsesionado ser el mejor en todo lo que afronto, pero empiezo a darme cuenta de que conseguir una meta, cuando uno se ha obsesionado en lograrla, solo sirve para que aparezca otra meta nueva que llene el vacío que se produce dentro de ti al alcanzar la anterior.

»La felicidad es más fácil lograrla cuando consigues no desear o necesitar nada, cuando lo que tienes a tu disposición llena toda tu vida sin tener que

buscar realizaciones personales ni bienes que no posees, ni necesitas. Tal vez debiera buscar ser el mejor hombre posible y no el mejor fotógrafo. O quizá debiera dejar de pensar en ser el mejor en lo que sea, disfrutar de la vida y del trabajo y no buscar nada en absoluto, después de todo, esa excelencia solo pueden otorgarla los que te conocen y juzgan por tus actos. Debería tratar de ser feliz con aquello que me depare la vida y el empeño añadido que ponga en vivirla. Pero es tan difícil olvidar metas, o incluso no establecerlas; después de todo, la vida es un viaje, empiezas en un sitio y terminas en otro, y durante el camino debes establecer puntos intermedios. No puedes vivir sin un objetivo que cumplir, y decir que el objetivo es la felicidad es demasiado vano, esa felicidad debes lograrla a través de elementos como amor, salud, trabajo, dinero, reconocimiento...

»Esas siete chicas que tuvieron la desgracia de cruzarse en mi camino cumplían una función, tenían un cometido, pero en mi vida, no en la suya. Fui un monstruo egoísta. Las usé para aumentar mis sensaciones, mi creatividad. Espera, estoy pensando en ellas —Alfil frunció el ceño—. Antes nunca lo había hecho, no me importaba el tiempo pasado, lo realizado ya estaba hecho y no podía lamentar un error o vanagloriarme de un triunfo, ya que no se podía deshacer ni rectificar lo pasado. Antes no me consideraba un asesino en serie, ni asesino a secas, me definía como un hombre que busca su destino, al precio que fuera necesario. Con el paso del tiempo y las sensaciones nuevas conseguidas al conocer a Lucía, mi percepción ha cambiado, ahora me veo como un monstruo que no tiene ni ha tenido el derecho de acabar con las vidas de siete personas inocentes.

En el centro de la enorme mesa de reuniones había un jarrón de cristal con rosas blancas, el estudio tenía una docena de jarrones, la mitad de ellos con rosas rojas y la otra mitad con rosas blancas, era una petición de Alfil que cumplía uno de sus ayudantes, siempre debía haber rosas frescas en esa misma disposición, así que cada dos días se sustituían por otras nuevas. Alfil tomó una de las rosas y la acercó a su cara, con los ojos cerrados inspiró su fragancia, sin prisas. Y así permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Ves esta flor? Cuenta con una armonía perfecta en la disposición de sus pétalos, cada uno de ellos suaves y sin mácula, una belleza extrema unida a un olor inigualable; pero el pago por tan excelentes atributos está en una vida muy corta, ya que debes matar a las flores para poder disfrutarlas un par de días en un jarrón. ¿Son esas siete chicas como estas rosas? ¿Han tenido una vida corta para inspirar, desde el jarrón de mi mente, la belleza mis trabajos? ¿O en realidad soy yo una de estas rosas y tendré una vida corta para

compensar la belleza de mi legado? Sea lo que tenga que ser, lo cierto es que no hay nada perfecto, buscar la perfección es absurdo por necesidad. Existe un karma que hace que se compense lo bueno con lo malo. Estamos todos atrapados en esa fuerza gravitatoria que nos empuja hacia el equilibrio.

Alfil seguía mirado la rosa, la colocó con cuidado sobre la mesa y luego susurró:

—Eso significa que yo pagaré tarde o temprano por las atrocidades que he cometido.

Capítulo 22

A mediados de noviembre, las reflexiones de Alfil sobre su futuro ya habían quedado atrás, en esos meses había realizado todas las sesiones de fotos de la temporada, su relación sentimental continuaba con firmeza e ilusión, y todo ello provocó que el fotógrafo olvidase la lucha por esas metas que toda su vida se había impuesto. Lucía se pasaba cada pocos días para almorzar, cenar, o incluso para entrenar o dar una vuelta; lo que surgiese cada día, a veces una carrera de coches en la madrugada o aparecía alguna que otra noche en su ático. En general, ofrecía mucha autonomía a Alfil, que podía hacer su rutina diaria y mantener su propio tiempo y espacio; no le absorbía como le había sucedido en otras ocasiones cuando había empezado una relación, ni invadía su vida. Aquello le encantaba al fotógrafo, sentía que ella no trataba de cambiarlo ni le interrogaba sobre sus actos o su pasado. Había entre ellos una gran confianza y respeto. La chica le conoció en unas determinadas circunstancias y con unos horarios y no había interferido para cambiar la situación. Alfil siempre había odiado el modo en el que otras chicas habían tratado de hacerle cambiar su estilo de vida con la excusa de tener que avanzar en la relación. Consideraba que Lucía reunía todo lo que había deseado en una pareja y que nunca hubiera pensado encontrar.

La situación era perfecta, o lo sería si no fuera porque algo se estaba fraguando en el interior de su mente. Sin él darse cuenta y de un modo muy lento, iba creciendo una sombra que pronto se alzaría para volver a tomar el control, para volver a dejar libre al monstruo que habitaba en su ser.

Era temprano y Leyre entraba en el estudio, Alfil la observó desde la cocina mientras tomaba un café, era la primera del equipo que llegaba, pronto estarían todos. En las producciones de fotos era el fotógrafo el último en

llegar, pero esa mañana se trataba de una reunión de *brainstorming*. El chico llevaba dentro del local una hora.

Algo menos de diez minutos después, su equipo al completo ya disfrutaba del café y unos bollos. Habían tomado asiento alrededor de la mesa de reuniones y comenzaban a abrir sus portátiles o a preparar cuadernos o *tablets* donde tomar notas y apuntes. El ambiente era distendido y no paraban de hablar entre ellos, hasta que Leyre mandó callar y exigió a todos seriedad para poder empezar, se trataba de la mente de Alfil a través de la voz de su mano derecha, aunque con menos tacto del que al chico le gustaría.

—¡Vamos, no seáis críos y vamos a empezar! ¡Cuanto antes lo hagamos, antes nos vamos a casa, Joder!

No es lo que hubiera dicho el líder del equipo, pero al menos había conseguido que todos estuviesen sentados y en silencio para empezar con la charla.

—Hoy tenemos reunión informativa y luego un poco de *brainstorming* para ir almacenando ideas de cara al futuro, y así no tener que hacer luego reuniones de dieciséis horas seguidas —comenzaba Alfil.

—Las editoriales y campañas publicitarias pasadas han sido un éxito —continuaba la estilista—, tenemos renovación de las publis para la próxima temporada y las revistas seguirán pidiéndonos editos. Así que es el momento de pedir aumento, ¿no chicos?

Risas de todos.

—No, a ver, lo he dicho en serio, necesito pasta —protestaba Leyre para que la tomaran en serio.

—Hablaremos de eso luego, ahora tenemos que seguir con la reunión —interrumpió Alfil, haciendo de jefe cuando era necesario. Luego prosiguió—. Debemos programar una editorial de abrigo, dos de trajes de novias, otras dos de ropa casual pero con temática monocolor, una de belleza de rostro con maquillajes de temporada y otra de belleza de cuerpo con pintura. De publi, como siempre, hay que esperar a las indicaciones de los clientes. Ahora hagamos una lluvia de ideas para ir ganando tiempo, y así poder irnos antes del almuerzo, ¿de acuerdo?

Todos estaban a favor, de ese modo no habría que hacer otra jornada interminable como la de finales de Agosto. Así que terminando el desayuno, se dedicaron todos a bombardear con palabras la reunión, intentando enlazar unas con otras y lograr ideas originales. Pero surgió un problema, y es que las ideas surgen cuando la creatividad está por la labor y no cuando uno lo desea. Por otro lado, el equipo de Alfil llevaba ya más de dos años con él y con

varios fotógrafos más, y la gente es más creativa cuando empieza, cuando tiene hambre y poco o ningún trabajo. Su equipo vivía muy bien con tanto trabajo bien pagado, lo que hacía que lentamente fueran perdiendo su capacidad de innovación porque no necesitaban esa creatividad ya; algunos, incluso, habían perdido las ganas y pasión por lo que había pasado de ser un sueño por conseguir a ser un trabajo de alta responsabilidad. Así que, la que iba a ser una breve sesión de *brainstorming* se estiró hasta las seis de la tarde, y no porque las ideas se alcanzasen todas a esa hora, sino porque no hubo ideas decentes o al nivel esperado, y a esa hora se decidió dar por finalizada la jornada tras resignarse el fotógrafo a que no hubiera resultados. Era decepcionante, la primera vez que le ocurría.

Principalmente, había dos tipos de ideas en esas sesiones, por un lado las que proponía Alfil y que podían ser perfiladas o ajustadas con los aportes de su equipo; y por otro las que proponía el equipo y que perfilaba y terminaba el fotógrafo; ambas acababan con el lógico visto bueno del líder, y se terminaba la sesión cuando se asociaba cada idea a un proyecto futuro en concreto. En esa sesión Alfil no propuso ninguna idea aceptable, su equipo tampoco. Al igual que le pasa a un equipo que se estanca y pierde pasión por su trabajo, a él le había pasado lo mismo, su vida personal estaba plena y ese hecho había provocado el abandono de la búsqueda de superación profesional. Por ese motivo se le veía muy pensativo, estaba alterado y asustado en su interior. Si no tenía hambre de crecimiento, si no ansiaba más que estar con Lucía, no podría crear, y tampoco podría exigir a sus colaboradores que lo hicieran por él, cuando estaba claro que a ellos les había pasado exactamente lo mismo. Se había terminado la sed de triunfo por parte de todos.

El equipo se marchó, salvo Leyre, que deseaba hablar de su aumento. Alfil tuvo que quitársela de encima rápido, no deseaba aguantarla porque llevaba encima varias copas de vino y un par de *gin-tonics*.

—Luego, Leyre, ahora no es el mejor momento. Necesito pensar y no me ayuda tenerte aquí pidiendo dinero.

—Pero me dijiste que luego lo hablaríamos. No me puedes dejar así. ¡Es urgente!

—Hicimos la campaña de Londres, esta temporada hemos tenido mucho trabajo y ganas mucho dinero con cada sesión. No te entiendo.

—Es fácil de decir cuando se tiene tanto como tú, pero a veces tenemos una necesidad mayor y...

—Ok, cállate. Lo solucionaré rápido, te subo tu sueldo un veinte por ciento y lo notifico a mi asesoría esta misma tarde. Pero no será un aumento

gratis, a cambio tendrás que mejorar tu actitud con el equipo; en cada trabajo que tengas una salida de tono perderás ese porcentaje; cada sesión que no te comportes como debes te quedarás sin ese aumento. —Alfil sabía que era imposible que ella controlase su personalidad, pero era una buena apuesta. Si lograba su objetivo, podría solucionar el problema del tacto de la chica con respecto a clientes y eliminar el malestar que generaba entre sus compañeros en casi todos los trabajos.

—Eso no es justo, soy como soy, no puedes pedirme que cambie.

—Puedo pedirte lo que quiera, y respeto hacia tus compañeros es algo que debes poner tú sola, sin que nadie te lo pida. Si no estás conforme puedes buscar otro fotógrafo que te contrate con las condiciones que tú pongas unilateralmente.

—Está bien, jefe, no es plan de ponerse así —se asustaba pensando en que no volviera a contratarla quien la había subido a la cumbre—. Intentaré no defraudarte.

—Te defraudarías a ti misma, porque perderías el aumento. Además, ¿para qué quieres el dinero? Ya ganas más que suficiente. Si tienes algún problema, no se solucionará con más pasta, sino con usar la cabeza, ¿no te parece?

—Bueno, me están esperando y ya llego muy tarde, gracias por el aumento, jefe. Hablamos esta semana. ¡Ciao!

Leyre había cortado la conversación para no contar a Alfil sus problemas, nunca se mostraba cómoda hablando de sí misma, mucho menos de sus miserias personales. Usó el término jefe para incomodarle porque no le gustó que le diera un aumento condicionado a algo que no creía que pudiera cumplir. El fotógrafo sabía que la condición impuesta era una tortura para la estilista, pero se lo merecía por su trato hacía sus compañeros y por estar constantemente pidiendo dinero.

El estudio quedó en silencio y luego en penumbra cuando el chico apagó las luces principales. Se sentó sobre los sofás de la sala de espera y apretó las sienes con un movimiento lento de sus dedos.

—¿Qué coño está pasando? —hablaba en la oscuridad, mirando furioso hacia la zona de los *flashes* en la que fabricaba sus sesiones y daba forma a sus sueños—. ¿Cómo he podido abandonarme después de tantos años de lucha? He sido un idiota, voy a tirarlo todo por la borda después de tanto trabajo y tanto camino recorrido.

»Tal vez sea algo momentáneo, quizás en unos días o un par de semanas vengan más ideas, tal vez si hago un viaje a algún destino nuevo, algo

exótico, ver gente nueva, cultura, ropa, colores, aromas... Quizás si me pierdo una temporada pueda regresar con más fuerza y motivación, y que vuelva todo a la normalidad.

En realidad, él sabía que si se tomaba un tiempo sabático, y desaparecía un año o más, a la vuelta habría perdido mucho camino recorrido; ya que en la moda estás muerto cuando llevas dos meses sin hacer trabajos. Las revistas y clientes le sustituirían y no le devolverían su puesto con facilidad a su regreso.

Alfil estaba alterado y pensó que era mejor descansar antes de tomar decisiones equivocadas. Programó otra sesión de *brainstorming* para cinco días después y decidió concentrarse ese tiempo en confiar en sí mismo y en su equipo. También trató de no ver a Lucía con la excusa de que necesitaba concentración en su trabajo.

Llegó el día de la reunión y el balance fue de quince horas y tres ideas aprovechables, era nefasto, todo lo que se proponía estaba ya muy visto o no era lo adecuado para el nivel de sesión que se analizaba. Volvieron a marcharse todos y dejar al fotógrafo a solas, ni Leyre ni ningún otro colaborador quiso decir una palabra, la cara de decepción de Alfil les indicaba que era mejor desaparecer sin hacerse notar.

No había palabras, solo su mirada perdida en la oscuridad; esta vez era una mirada distinta a la de días antes. El objetivo estaba claro en su mente, y debía ponerse a ello en el acto, programarlo todo para una nueva partida de ajedrez.

Capítulo 23

La partida que disputó en Bilbao salió a pedir de boca, todo fue rápido y sin contratiempos, y eso le hizo incluir la otra gran ciudad vasca como opción para el futuro. San Sebastián era la ciudad elegida. «El norte siempre es una buena zona —pensó Alfil—, ya que la gente es muy amable pero algo más distante, no se acercan tanto a los desconocidos como en otras regiones, no se fijan en coches o personas ajenas a su entorno. Hay un ambiente más discreto y eso es importante para que todo salga perfecto».

El fotógrafo se encontraba en la oficina de su estudio, usaba un ordenador portátil con potentes cortafuegos de seguridad para investigar por internet. Cualquier búsqueda que hiciera en ese terminal sería imposible de rastrear, se obtendrían millones de derivaciones entre servidores y ordenadores de todo el mundo, de forma caótica además; además, sus búsquedas no llamarían la atención de la policía, ya que se limitaba a buscar garitos de moda y hoteles, usando portales de búsqueda populares, viendo la multitud de fotos que ofrecían, o usando Google Imágenes para ver calles, aparte de los hoteles y discotecas. Habría miles de personas conectados haciendo las mismas búsquedas. Para asegurarse más su discreción, también abría ventanas buscando monumentos de la ciudad y horarios para visitarlos, o tecleaba: «Cómo pasar un fin de semana romántico en San Sebastián».

Su primera tarea fue la de buscar una discoteca grande y que se llenase cada fin de semana, así que buscó los locales que más éxito tuvieran en ese momento en la ciudad; para luego descartar aquellos que estaban demasiado a las afueras, los que estuvieran muy alejados de hoteles, los que fueran de un ambiente juvenil. Iba incorporando todos esos filtros hasta que la lista se fuese reduciendo. Al final solo quedaron tres posibles candidatos. Uno de ellos tenía una iluminación excesiva, por lo que fue descartado al instante. Los otros dos eran similares, pero se decantó por *Bataplán* gracias a las vistas a la playa de La Concha y por la multitud de puertas de cristal abiertas que

pudo observar. Estaba prácticamente abierto a la playa, aparte de ubicarse en pleno centro, lo que hacía fácil la elección de muchos hoteles cercanos.

El siguiente paso era elegir el hotel perfecto, necesitaba uno que estuviera cerca de la discoteca, con posibilidad de aparcar en la calle; nada de *parking* privado o del propio hotel, nada de moqueta ni cinco estrellas, con ventanas a pie de calle. Algo discreto en una zona sin muchos cajeros automáticos ni edificios del gobierno, debía evitar sus cámaras de vigilancia; y a ser posible que no hubiese demasiados turistas con sus cámaras. Con esas premisas comenzó la búsqueda, observando las fotografías de los hoteles en sus páginas web y el Street View de Google Maps para observar las calles adyacentes al detalle.

Podría parecer que contaba con muchas opciones para elegir, pero nada más alejado de la realidad, a medida que iba aplicando filtros y haciendo descartes por tener cámaras de alta definición, estar en calles concurridas, tener recepciones con mucho personal del hotel, moqueta en las habitaciones, etc., se veía forzado a ampliar el radio de búsqueda como le había ocurrido en su partida de Sevilla. Si no lograba encontrar hotel en menos de cinco kilómetros a la redonda, debía cambiar de discoteca.

Tuvo suerte y se decidió por el hotel Niza, algo más lujoso de lo habitual —a pesar de sus tres estrellas— pero sin moqueta y con una recepción pequeña. Era perfecto por estar en la misma playa, podría ir caminando desde la Sala Bataplán con la chica. De ese modo podría tener el coche estacionado cerca del hotel y no llamar la atención aparcando a altas horas de la noche. Se encontraba en una zona turística, pero podría retrasar la hora un poco para reducir el número de personas por la calle, en ese trayecto tan corto no había cámaras de vigilancia por la calle y las del hotel eran escasas y de baja definición; todo perfecto, incluso en las fotos se veía una recepción de las que consideraba fáciles, con un único conserje. Ya solo faltaba elegir la fecha adecuada.

Se sorprendió a sí mismo por la rapidez en encontrar los dos lugares. Cada vez estaba más especializado, sabía lo que debía buscar y dónde encontrarlo. Su sexto sentido se sumaba a su dedicación y a la maestría que iba alcanzando con la práctica. Pero todo ello iba alimentando el miedo a confiarse demasiado, debía tener cuidado o podría cometer un error fatídico. Porque también crecía en él un miedo atroz a ser descubierto y encarcelado durante dos décadas, señalado por la sociedad y la justicia. Saldría de la cárcel como un hombre de mediana edad para correr a esconderse en algún agujero de un país extranjero como única salida.

Sacudió su cabeza para olvidar ese último pensamiento y consultó su agenda laboral, necesitaba disponer de un tiempo de unos cuatro o cinco días libres, así poder ir y volver en menos de veinticuatro horas, teniendo margen de actuación por si había imprevistos en el trabajo, tanto antes como después del viaje; aparte de poder programar alguna breve cita laboral en el momento antes de salir y en el momento de la vuelta, para que a los ojos de varias personas en Madrid él nunca hubiera salido de la ciudad.

Luego pensó una coartada para Lucía, era lo que más le preocupaba, de hecho, no quería pensar en ella durante todo el proceso para no echarse atrás o verse influenciado por sus pensamientos y cometer algún error por confiarse. Le dijo a la chica que estaría en una reunión de trabajo en Barcelona, ella quiso acompañarle para visitar juntos el restaurante de unos amigos de allí y salir por la noche, pero él tuvo que ingeniar una excusa para poder escabullirse y no aceptar su propuesta. Ella no estaba conforme e insistió mucho para tratar de convencerle, pero tuvo que claudicar, no quería inmiscuirse en el trabajo y en las decisiones del chico.

En las ocasiones anteriores no habían surgido esos problemas y pensamientos, era libre de hacer lo que deseaba, pero ahora tenía limitaciones impuestas por sí mismo, por las sensaciones que provocaba Lucía en su interior y por las presiones de la chica para estar con él. Alfil no podía culparla por ello, era él quien había abierto esa puerta y comprendía los efectos secundarios, unos positivos y otros negativos, que suponía tener pareja. Aunque lo que más le preocupaba no era su presión o tener que justificar sus movimientos, sino la dificultad que le suponía en todo momento el apartarla de su mente para poder pensar con claridad y libertad.

Después de mucho meditar, eligió el día para la partida, luego ató los cabos de su coartada y esperó en casa.

Llegado el momento, y antes de salir en taxi hacia el aeropuerto, comenzó su metódico ritual por octava vez:

Se vistió con un traje negro y camisa gris, ambos de marca popular e impecablemente planchados, nada de anillos, reloj ni otro complemento. Cartera con dos mil euros en billetes de veinte y cincuenta, DNI falso comprado en el mercado negro y ni un solo documento más, aparte de los resguardos de los billetes de avión ida y vuelta al mismo nombre del DNI, comprados desde su portátil seguro. Por último, su móvil apagado.

Tras una librería de su salón, que hacía la función de puerta secreta, había una pequeña despensa que contenía unas diez bolsas de deporte negras, todas idénticas; cogió una de ellas y cerró de nuevo la puerta secreta. En el interior de la mochila iban unas zapatillas de deporte nuevas, una sábana impermeable envuelta en plástico, guantes y gorra, aquel era todo su equipaje para las partidas.

Se dirigió a la puerta de su casa y respiró hondo antes de abrirla para partir, un paso simbólico que le resultaba el más complicado, suponía el primero de todos para comenzar aquel juego. Era el momento más importante, una vez saliese de casa no habría marcha atrás, salvo en caso de abortar. En esta ocasión se tomó más tiempo del habitual. Se preguntaba si sería capaz de apartar a Lucía de sus pensamientos, si sus sentimientos hacia ella frenarían sus impulsos, si la lucha en su interior provocaría subconscientemente un error en su método. No deseaba ser atrapado, ni que una cárcel le alejara de ella y de la libertad durante toda su vida, menos aún mancillar el apellido de su familia. Pero esas respuestas tendrían solución en menos de veinticuatro horas, no podía continuar con la sequía de ideas e inspiración en su trabajo, debía matar una vez más.

A pesar de que el picaporte de la puerta parecía quemarle las yemas de los dedos, decidió abrir, conteniendo la respiración, y se lanzó de frente hacia su destino.

Capítulo 24

Los aeropuertos eran, después de las discotecas, los lugares favoritos para Alfil y su obsesión por pasar desapercibido, donde una persona puede lograr la mayor invisibilidad aun estando rodeado de miles de personas. Puedes dividir a esas personas en dos tipos: los que viajan y los que trabajan allí. Los primeros están ocupados corriendo de un punto a otro para averiguar dónde tienen que facturar sus maletas, dónde está su puerta de embarque, dónde pueden sentarse a tomar un café mientras esperan, dónde pueden comprar una botella de agua o dónde comprar algo en el *dutty free*. Los empleados, por su parte, contemplan decenas de miles de caras a diario, como un río humano que circula en dos direcciones, según llegan o se marchan.

A Alfil le gustaba observar cómo todo el mundo iba a lo suyo. Por un lado, había quienes dormían en el suelo por culpa de un vuelo atrasado, por otro, familias que discutían por si habían olvidado algo, también quienes corrían porque llegaban tarde, los que se hacían mil *selfies* para posturear aunque, en realidad, todos sus contactos y amigos supieran que no habían volado en su vida. Los asistentes de los mostradores de facturación solo ven sombras borrosas que pasan por delante después de tantas horas de trabajo; y lo mismo ocurre con los vigilantes de seguridad, que se centran en buscar descuidados, rateros comunes, o esperar a que su supervisor no esté vigilando para salir a fumar un cigarro.

El fotógrafo no facturó equipaje, fue directo a los controles de seguridad, donde su mochila no llamó la atención, ya que no contenía líquidos ni nada de metal, solo «ropa». Pasó al avión con la última llamada de megafonía y allí pudo comprobar que no había casi pasajeros en su vuelo a San Sebastián; a pesar de eso, viajó con la gorra puesta, la cabeza baja y leyendo un periódico que había comprado antes de llegar al aeropuerto. Era invisible para los asistentes de vuelo, a los que no molestó ni pidió nada. El trayecto fue muy

rápido y el fotógrafo salió con su mochila con la misma discreción que había entrado.

El descenso en el avión había resultado algo más rápido de lo que los oídos pueden soportar sin sufrir el agudo malestar de la presión, lo que provocó que los pocos pasajeros saliesen por la puerta con claros síntomas de molestia, un fastidio que les podía durar varias horas. Alfil caminaba por la terminal sin dirigirse hacia la salida, buscaba algo en concreto. De repente, se detuvo ante una tienda de revistas, no necesitaba nada y no era su intención dejarse ver más de lo preciso, pero debía eliminar la molestia de la presión en sus oídos y recuperar al completo el uso de su cerebro. Entró para dirigirse a la esquina opuesta a la caja del vendedor, cogió una revista al azar y la hojeó aparentando interés. Casi imperceptiblemente, se había quitado los zapatos y frotaba las plantas de los pies con fuerza contra la moqueta del suelo. Era algo que aprendió de su abuelo cuando aún era niño. En pocos segundos desapareció el malestar como por arte de magia, recuperando la capacidad auditiva. Se volvió a calzar y, sin comprar nada, salió de la tienda para dirigirse a un mostrador de alquiler de coches. No había disponible ninguno en la línea de los que él necesitaba, tenían muy pocos coches a elegir ese día, así que rechazó los que le ofrecían como alternativa para probar en el siguiente mostrador de una compañía diferente. Allí alquiló un Renault Laguna gris oscuro usando su documentación falsa y pagando en efectivo, era el coche más discreto y común que había encontrado, sin contar utilitarios. Nunca alquilaba coches pequeños por si requería huir de la Policía, necesitaba un coche potente con el que aguantar embestidas o un coche ratonero, que es como se conoce en el argot de las carreras a los coches pequeños y ligeros pero con mucha potencia, tipo Mini John Cooper Works, Renault Clio RS, Seat Ibiza Cupra... Coches con una gran capacidad de maniobra por su tamaño y peso, y doscientos caballos o más para dejar a la policía atrás sin ninguna dificultad. Por desgracia, ese tipo de vehículos no suelen estar disponibles en las agencias de alquiler en España.

Ya dentro del coche colocó la mochila en el suelo a los pies del asiento del acompañante, allí no se vería en la oscuridad de la calle cuando hubiese aparcado y podría acceder a ella cuando fuese a entrar en el hotel con la chica. Condujo hacia donde esperaba aparcar, justo la calle en la que había estudiado que había menos posibilidades de que se fijasen en el vehículo; sin cámaras, poco concurrida y con poca luz. Tardó más de hora y media en conseguir

aparcar, no tenía prisa y había previsto ese tiempo en su planificación. Durante ese tiempo no sobrepasó el límite de velocidad, no llamó la atención con frenazos o aceleraciones bruscas ni discutió con ningún otro conductor o peatón.

Eran las once y media de la noche, demasiado temprano aún y tenía hambre; no se trataba de una sensación que le impidiese continuar con su tarea, ni mucho menos, pero aún quedaban muchas horas hasta volver a Madrid y mejor comer en ese momento que estar desfallecido en el hotel. Buscó un lugar discreto por la zona, hasta dar con un pequeño restaurante de comida casera en el que pidió una cena ligera, o lo más ligera posible tratándose de comida casera vasca. La señora que le había servido la cena, también cocinera del establecimiento, reía ante el poco *saque* y la cara de circunstancia de Alfil, que no había podido acabar ni la mitad de toda la comida. La vibración de su papada era hipnótica para el fotógrafo, y mientras observaba las carcajadas de la buena mujer, recordó que no debía llamar la atención, necesitaba marcharse cuanto antes. Pagó en efectivo, dejando una propina no excesiva, y salió del establecimiento rezando para que la señora olvidase su cara entre los cientos de turistas que visitasen su restaurante aquel mes; después de todo, aquella risa excesiva ante su falta de apetito parecía mil veces realizada por la buena mujer. Los restos de la cena, que la señora se empeñó en envolverle en una fiambarrera de papel de aluminio, los depositó a los pies de un indigente con el que se cruzó en la misma calle.

Esperó hasta la una de la madrugada para entrar en el local, debía hacerlo cuando estuviese lleno, antes había estado observando desde la distancia a la gente que entraba y salía. Hacía buen tiempo y las vistas desde allí a la playa de La Concha eran espectaculares. Las innumerables puertas de cristal de la discoteca que daban a la playa no estaban bloqueadas, lo que hacía perfecto al local para poder entrar y salir sin llamar la atención. Llegado el momento ideal, entró por una de esas puertas, aprovechando la confusión entre un grupo de chicos vestidos con trajes similares al suyo.

Había localizado cada una de las cuatro cámaras de vigilancia que tenía estudiadas: en la barra, en la puerta principal y dos apuntando desde sendos extremos hacia la pista de baile. Comprobó que eran como las que había visto en las fotos de internet, pertenecían a un sistema algo obsoleto de circuito cerrado con grabación automática, baja resolución y blanco y negro por infrarrojos. Había estudiado a la perfección por qué zonas podía moverse y hacia dónde debía mirar en cada momento para estar fuera de alcance de las cámaras, incluso conocía los puntos ciegos desde los que no podía ser

grabado. En uno de esos puntos, desde el que se observaba casi todo el local, se colocó el chico a la espera de elegir a su presa. Se trataba de un lateral de la pista, entre la barra y una zona decorada como la nave Nostromo de *Alien* (así le pareció a Alfil); todo bajo luces naranjas y proyecciones psicodélicas en pantallas laterales.

Comprobaba que su investigación había dado excelentes resultados al observar que los chicos vestían traje o americana, casi todos de tonos oscuros, y eran de una edad similar a la suya. Alfil se integraba a la perfección en el ya abarrotado lugar. Comenzó a analizar a cada grupo formado por chicos y chicas, y a los que llegaban en solitario, que se cruzaban por su campo de visión. Cerca de la barra había un grupo interesante, pero era una zona muy controlada por cámaras y con algo más de luz. Aparte de ese, había otro grupo cerca de la puerta, pero las chicas no paraban de hablar entre ellas; imposible, al menos por el momento. Otro grupo estaba cerca del baño, aunque las chicas no daban el perfil requerido, tenían un físico espectacular y no paraban de lanzar inquisidoras y constantes miradas a los hombres del local, sin duda analizando ropa y comportamiento; lo que dejaba claro que, o eran escorts buscando clientes, o se trataba de busconas a la caza de un tipo con la cartera llena y alma tan generosa como falta de afecto.

Tal vez fuese demasiado pronto. Alfil necesitaba que la gente estuviese más relajada, que dejaran de conversar con amigos y bailasen, necesitaba algo más de descontrol y él tenía la paciencia necesaria para esperar, aunque cada minuto iba incrementando el nerviosismo por si no lograba seleccionar una presa. Pasado un rato, que le pareció eterno aunque no llegase a una hora, localizó una chica que daba el perfil perfecto: delgada, metro sesenta y cinco, morena de pelo liso y largo, y vestido verde (o lo parecía bajo aquellas luces). Bailaba algo separada de sus amigas, parecía estar disfrutando mientras desconectaba del mundo y sin importarles nada más que su momento personal. La elección estaba hecha. Alfil salió directo a por ella como si se tratase de un decidido leopardo hacia una gacela distraída, llevaba en la mano un trozo de pastilla triturada, una pequeña dosis de éxtasis que le conseguía un contacto de su gimnasio (el fotógrafo le dijo a su compañero de boxeo que lo compraba porque algunas modelos se lo habían pedido para salir de fiesta, compró una docena de pastillas en su momento y aún le duraban porque usaba pequeñas dosis en cada chica). Tuvo que arriesgarse al cruzar por el abarrotado lugar, dando codazos para llegar lo antes posible, hasta situarse a menos de tres metros de la elegida; cuando de repente, un chico apareció y se acercó a ella. Alfil se frenó y mantuvo la distancia para observar lo que

pasaba, el tipo le hablaba al oído y ella sonreía, parecía intentar ligar con ella. La chica le besó, quizá fuese su novio o un ligue que había tenido un éxito muy rápido; en cualquier caso, no podría imaginar cómo había cambiado su vida gracias a aquel inesperado momento. Una vez descartada la presa, el fotógrafo volvió hacia su posición inicial, la atalaya desde la que observaba con privilegio lo que ocurría a su alrededor.

Los grupos entraban y salían con rapidez del lugar, y Alfil no había contado con ello. Parecía que la discoteca era un éxito, pero como lugar de paso hacia otros sitios y no como sitio definitivo para terminar la noche. El tiempo pasaba y no parecía que fuese a lograr su objetivo, o quizá sí. El grupo de las chicas cercanas al baño, las buscavidas, parecía haberse reducido y solo quedaban dos de ellas, una estaba apoyada en la pared y parecía más pendiente de su móvil que del resto del mundo, mientras la otra aparentaba aburrirse esperando a que su suerte cambiase esa noche. ¿Quién sabe? Podría ser así.

En ese momento solo quedaron dos opciones: buscar otro local, y era muy tarde para eso, además conllevaba romper una norma (n.º 5: el local debe estar controlado y elegido por su ubicación y distancia al hotel, cámaras de vigilancia, iluminación, tipo de ambiente y clientela, etc.). Era una opción imposible. Mejor sería cancelar, porque las opciones de ser grabado y descubierto aumentaban mucho si decidía a cambiar de local. La segunda opción era ir a por la chica de al lado del baño, pero también rompiendo una norma (n.º 10: que la chica no sea bella o aparente ser una buscona, o dará más problemas). Lo que más le preocupaba era que la chica fuese más difícil de llevar, que jugase con él y que avisase a una amiga que pudiera fijarse en él, claro que eso podía controlarlo abortando la partida. No le gustaba esa idea pero reconocía que era el mal menor, se trataba de la opción que mejor podía resolver y adaptarse para no abortar en ese momento, a pesar de que todas las alarmas se habían encendido en su cabeza.

Las reglas estaban para seguirlas, y antes de romperlas debía abortar. El problema, por primera vez desde que Alfil jugaba sus partidas, era que no había mucho tiempo para organizar otra partida futura. La situación se volvía complicada, debía cancelarlo todo pero el fotógrafo no deseaba hacerlo. La confianza en sí mismo y ser capaz de improvisar, sumado al éxito de las anteriores partidas, hacían que se confiara. ¿Podría cometer un error? Después de todo, saltarse una norma no supondría más que ajustar una partida de ajedrez tras la pérdida de una torre o la reina.

Al final decidió romper la norma n.º 10 y lanzarse.

Se dirigió hacia la chica de la puerta del baño, se dio aún más prisa que antes, no quería tener otro contratiempo. Se trataba de chicas que debían ser conocidas en el local, si es que eran escorts o busconas, así que podía aparecer un cliente rápido que se le adelantase o alguien podría fijarse en él al salir de allí con una chica conocida por los camareros.

Debía actuar rápido, estar alerta y hacer alarde de dinero lo antes posible sin parecer un hortera, era la forma más efectiva de lograr que la chica abandonase con él el local en tiempo récord. Bastante se había torcido la noche como para complicarlo más aún.

Capítulo 25

De forma casi imperceptible, una mano muy hábil deslizó el pequeño trozo de pastilla sobre el líquido de una copa de balón. Entre luces parpadeantes de colores y un volumen ensordecedor, la chica ni siquiera había visto aparecer a Alfil.

—¿Puedo invitarte a una copa? —dijo el chico manteniendo la distancia.

Era una presa diferente y por lo tanto requería un modo de actuar diferente a lo habitual, muy directo y rápido. Debía convencerla de su intención de invertir dinero en ella a la vez que salir lo antes posible de la discoteca. La chica le miró con una sonrisa ensayada, lo hizo mientras recorría su cuerpo de arriba abajo tan rápido que nadie se hubiera dado cuenta con esa luz, a esa hora y con dos copas de más, Alfil lo notó al instante, y lo esperaba además. Era un análisis en toda regla para averiguar el poder adquisitivo del chico. Eso significaba que era una buscona, una chica buscando un novio con dinero. Las escorts no discriminan con la ropa; nada les importa siempre que les pagues su precio.

La ropa no había pasado el examen, el físico sí; por otra parte, aunque eso no era suficiente para conseguir algo con ella, su copa estaba casi terminada y no quería pagar por otra, así que dio un largo sorbo para terminarla y le contestó:

—Bebo Bombay Sapphire con tónica, sin limón. —Solo eso, ni siquiera se molestó en dar su nombre, el chico no le interesaba lo más mínimo, solo la copa. Tenía pensado deshacerse de él en cuanto se la trajese, como hacía con el resto de insignificantes babosos muertos de hambre que la molestaban cada noche con la esperanza de llevarla a la cama.

El éxtasis que Alfil había metido en la copa solía hacer efecto muy rápidamente, pero era poca cantidad y la chica no estaba borracha, así que el impacto sería insuficiente. Aún era invisible para ella, así que debía actuar en consecuencia y lo más rápido posible para que la amiga no se fijase en su

presencia. Por suerte, llevaba un plan B, una droga aún más poderosa (al menos para esa clase de mujeres). Conocía la forma de pensar de las chicas que buscan fortuna, llevaba casi una década como fotógrafo y habían pasado más de mil modelos por su estudio, chicas que hablaban más de la cuenta cuando las maquillan, y algunas de ellas esperaban retirarse pronto cazando a algún millonario.

—Me refería a una copa de Champán —añadió mientras abría su cartera con el fajo enorme de billetes que siempre llevaba por si se encontraba con un contratiempo, y continuó hablando ante la cara de asombro no disimulado de ella—. ¿Puedes ir a pedir una botella y dos copas a la barra?

Ella asimiló la nueva situación, ya no quería al chico para sacarle una copa. Quizás aparte de físico también tuviese dinero, aunque seguía siendo extraño que un tipo así vestido llevase tanto efectivo encima. El caso es que ya estaba intrigada y llevaba toda la noche sin éxito, así que extendió la mano para agarrar el fajo de billetes que el chico había sacado de la cartera, y lo hizo mientras sonreía pensando en el nombre falso que daría a su conquista.

Alfil retiró los billetes cuando la chica casi los había atrapado, se acercó a ella y le susurró:

—O tal vez quieras tomar un champán algo más refinado que el básico y barato Moët & Chandon que tendrán en este antro. Podemos salir de aquí, hace demasiado ruido para conversar. ¿Te apetecería una botella de Bollinger R.D. por ejemplo?

Ella le miró sorprendida. La voz del chico, sus modales, el físico, su forma de mirar, cómo controlaba la situación..., todo en él parecía de un tipo muy rico y elegante, con una educación de primer nivel, pero su ropa no se correspondía en absoluto con todo aquello. Por otro lado, no pensaba desperdiciar una invitación como esa. Era el momento de apostar todo a doble o nada y la chica era lo suficientemente segura de sí misma como para saber lanzarse a la piscina.

Se empezaba a encontrar muy feliz, eufórica casi. Un chico muy guapo, con modales y tal vez con dinero, se había fijado en ella en esa noche de sequía. No había bebido tanto como para sentirse tan bien, pero no le importaba, le gustaba dejarse llevar por las sensaciones. Hizo un gesto con la mano a su amiga, que seguía inmersa en el móvil; esta levantó la cara para observar (analizar) a Alfil, que miró rápido hacia otro lado para que la chica no pudiera verle bien la cara. El examen completo que le hizo fue mucho más rápido que el anterior de su amiga, luego miró a esta y le hizo un gesto con

cara de reproche; no habló, se limitó a usar la mirada, y con ella preguntó claramente: «¿Cómo? ¿Con este? No tiene un euro».

La chica le respondió con otro gesto facial: «Ya lo veremos», sonriendo mientras agarraba del brazo a su conquista y le susurraba al oído:

—Vamos.

Salieron por una de las puertas de cristal que daban a la playa, donde había menos cámaras. Ella se agarró a su brazo caminando con soltura, a pesar de los tacones de casi veinte centímetros; a Alfil le recordó la forma de moverse que había visto en las escorts cuando se hacían pasar por las novias de sus clientes en los pocos eventos sociales o entregas de premios a las que había asistido. El fotógrafo no estaba impresionado, ni mucho menos, había visto a modelos de dieciséis años desfilando con tacones más complicados y caminando con más naturalidad. Tras alejarse unos metros del local, donde ya no había tanto volumen de música que obligase a gritar para comunicarse, ella le dijo su nombre.

—Por cierto, me llamo Sara.

—Un placer, mi nombre es Peter, Peter Lindbergh.

—No tienes cara de llamarte así, ni de ser extranjero.

—No lo soy, mi padre es polaco pero yo nací aquí.

—Como tú quieras, Peter —contestó ella con la seguridad de que se trataba de un nombre falso. Un sexto sentido se lo indicó con claridad—. ¿Adónde me llevas?

Sara tenía el efecto de la pequeña dosis de éxtasis, pero no se comportaba como las siete chicas anteriores. Solo había bebido un par de copas y estaba muy acostumbrada a salir de noche, habituada al alcohol, el ruido, la oscuridad de los locales, una presa mucho más difícil que las habituales. El caso es que servía para los propósitos de Alfil, y todo había salido a pedir de boca en la discoteca. A pesar de la dificultad de romper una norma y lanzarse a por una chica complicada, el plan seguía su curso a la perfección, estaba siendo un reto difícil pero exitoso por el momento. Ahora tocaba llevarla al hotel y ver si se comportaba como las siete chicas anteriores, eso sería lo más complejo. Comenzó por besarla, y aquello no le transmitió mucha confianza porque, aunque la chica respondió al beso, no se mostraba tan ansiosa por él como esperaba, era la primera que no se arrojaba con desenfreno a su bragueta, la primera que no babeaba ante él y la primera que parecía controlar la situación más que él mismo. Trató de cambiar las tornas yendo al grano, no quería perder más tiempo. Tendría que abortar la partida antes de seguir dado palos de ciego.

—Hay un hotel aquí cerca, bastante decente. Puedo pagar una *suite* y beber algo de champán allí. ¿Te apetece?

—¿Por quién me tomas? ¡No soy una puta! —Sara fingía sin éxito estar indignada, consideraba que el chico había ido demasiado rápido y ella deseaba dar una imagen de chica decente. Su experiencia le había enseñado que dejando degustar gratis la mercancía a las primeras de cambio, no lograría vender el producto.

—Disculpa si te he ofendido. En ningún momento te he tomado por una prostituta, ni te he preguntado precio —dijo Alfil sacando su móvil, aún apagado, del bolsillo—. Solo deseaba que estuviésemos en un sitio más tranquilo para conocernos mejor, pero te llamaré a un taxi y le pagaré para que te lleve donde desees. Y te pido disculpas de nuevo. —Alfil no había sacado el móvil para llamar a ningún taxi, ni siquiera lo había encendido, solo sabía con seguridad el efecto que produciría en ella.

—Era una broma, me parece perfecto el hotel, Peter —la chica cambió de idea y le seguía el juego. Era de esperar, el móvil del fotógrafo era un Vertu de diez mil euros; ella nunca había visto uno, salvo en revistas—. Espero que tengan un buen Champán, y que no pienses en mí solo para echar un polvo, no soy de esas chicas fáciles.

—Por supuesto, ¿cómo iba a pensar que eres una chica fácil? Y tranquila, estoy pensando en algo más que en echar un polvo...

Sara sonreía, pensaba en cómo el chico, que estaba muy bien de físico, podría generarle un beneficio económico. Pensamiento nuevamente encontrado con la seguridad de que su ropa no se correspondía con la de un hombre rico. Lo que no sabía la pobre infeliz era que ese «algo más» que le ha dicho Peter implicaba que aquella sería su última noche a la caza de un millonario.

—Me gusta cómo vistes —continuó hablando ella, intentando ser amable aunque no pensaba en absoluto que la ropa barata fuera elegante.

—No, no te gusta, no es de marca —contestó él con una sonrisa malvada—. Se te nota desde lejos.

—No vistes ropa cara, ni siquiera llevas reloj, pero sí mucho dinero encima y un móvil que solo había visto por la tele o en revistas. ¿Te ha prestado la ropa un amigo?

—Algo parecido, es una historia muy larga, y si te la contara, tendría que matarte luego.

—Ja, ja, ja. ¿Eres un espía? No me vaciles. Te dejo que me tomes el pelo porque me gusta lo que veo de ti: tus modales, tu forma de hablar, de caminar,

cómo me tratas y cómo entiendes de marcas de champán que otros no han oído en su vida.

Sara notaba que el tal Peter Lindbergh no se comportaba como el resto de chicos con los que ella había estado; aquello le desconcertaba y atraía a partes iguales, era muy enigmático y seguro de sí mismo. El chico no se dejaba llevar como sus anteriores presas, este tomaba las riendas del juego y eso la descolocaba. Un chico diferente requiere un trato diferente, pensó; debía adaptarse a él a pesar de que algo le preocupaba, un sexto sentido después de tantas batallas. ¿No sería un perverso de los que disfrutaban con juegos raros? Estaba intrigada, y esperaba equivocarse.

—Me gusta ser sencillo, solo eso. Hay mucha chica interesada que solo habla contigo si ve que tienes dinero —respondió él con seriedad, pero usando toda la ironía que pudo sin resultar descarado.

—¿Qué me vas a contar a mí? Veo cada buscona por ahí... Por cierto, ¿dónde tienes el coche?

—No será necesario llegar a mi coche, creo que hay un hotel unos metros más adelante.

Sara no tuvo tiempo de contestar, Alfil la agarró por los hombros y la besó con intensidad, mientras apretaba su cuerpo al de ella con un largo y fuerte abrazo. Luego se separó despacio y comprobó que continuaba con los ojos cerrados y la boca entreabierta; había tenido el efecto deseado. El éxtasis y la conversación iban mermando sus capacidades.

—¡Guau! Si lo haces todo tan bien como besas, pasaré una buena noche. —Fue lo único que pudo musitar ella tras el beso. Había olvidado por un segundo su papel mal fingido de chica decente.

—Toma este dinero, será suficiente para alquilar una *suite* durante toda la noche y comprar la botella de champán más cara que tengan —le dijo Alfil, entregándole un fajo de unos mil quinientos euros—. Creo que tengo el coche aparcado por aquí cerca y quiero poner el *ticket* de la O.R.A. para mañana no madrugar. Quiero que vayas y reserves la habitación, yo te alcanzaré allí.

Ella no respondió nada, tomó el dinero, guiñó un ojo con picardía y se mostró obediente. Se notaba que lo había hecho en más ocasiones, sobre todo cuando había ido con hombres casados que querían preservar todo lo posible su intimidad. Intuía que el chico no deseaba entrar con ella por si alguien les veía en la recepción. ¿Sería alguien famoso? No importaba, ella sabía hacer su papel a la perfección, así que salió directa hacia la puerta de la entrada.

Alfil esperó unos segundos para abrir el coche, quería que la chica le tomase una ventaja de unos metros, luego entró y sacó de la bolsa las

zapatillas de deporte, se las puso y también la gorra; y guardó los guantes en un bolsillo trasero del pantalón, así como metió la bolsa con la sábana bajo su ropa en la espalda.

Se dirigía al hotel tras los pasos de Sara, con la seguridad de que la chica no se marcharía con el dinero. Conocía a las mujeres como ella lo suficiente como para saber que su deseo de sacar algo más de él triunfaría sobre el instinto de huir con el fajo de dinero que llevaba en el bolso. Obviamente no eligió la puerta principal, sino la calle de atrás, donde buscó una ventana abierta en la planta baja, no había ninguna pero forzó con éxito la que parecía más fácil, una que daba a una habitación con enseres y otros recambios que las chicas de la limpieza debían usar para limpiar las habitaciones del hotel y reponer sábanas, champú y demás.

La ventana no tenía conectado el seguro. Como suele suceder, las señoras de la limpieza las abren de día para ventilar y luego las cierran de noche. Esa no se cerró del todo hasta bloquear el seguro, pero nadie insistió en la tarea. Todos los empleados tienen prisa por irse a casa y no se esfuerzan en una tarea que nadie les gratificará; además, piensan que allí no hay nada de valor que robar, ni que nadie tendrá intención de entrar en el hotel por esa ventana, que a todos los efectos, parece cerrada completamente.

Una vez dentro, se movió con sigilo para dirigirse hacia la puerta de acceso a las habitaciones que comunicaban con la recepción del hotel, donde estaría la chica haciendo la reserva y el pago de la *suite*.

Sara no estaba en el mismo estado que las anteriores, así que tenía preparadas excusas para darle en caso de preguntar por los guantes o zapatillas; otro asunto sería que descubriera la sábana, quizá tuviese que ejecutar el jaque mate antes siquiera de atacar a sus torres.

Capítulo 26

La enorme puerta de cristal se deslizó automáticamente ante la chica, permitiéndole entrar en un *hall* de mármol y pintura color crema, decorado con muebles clásicos de oscura madera. No era un estilo antiguo, sino elegante, un espacio muy abierto y con decoración minimalista, un contraste interesante por los muebles elegidos, eso fue, al menos, lo que pensó Sara al entrar. Reinaba una luz ambiente suave y cálida, suficientemente débil para no molestar la vista al entrar desde la calle (eran las tres de la madrugada) pero adecuada para contemplar toda la estancia, y una música que parecía flotar como un halo de suspiro en el aire. La chica llegó hasta el mostrador de la recepción, esperando a que el conserje, absorto en una película de su ordenador portátil, se percatase de su presencia. El empleado pausó el vídeo en cuanto oyó una discreta tos rompiendo el silencio, se levantó de su silla y recompuso la chaqueta de su uniforme, mirando de reojo hacia abajo para ver si su ropa se mostraba impecable.

Sara se comportaba con naturalidad, como si hiciera aquello a diario; ni se inmutó, como suelen hacer los habituales clientes de hoteles, dejando volar su mirada entre los detalles de la decoración de aquel lugar mientras el recepcionista tecleaba para crear una ficha de entrada o fotocopiaba su DNI. No se dignó a responder cuando el chico le dio las buenas noches, se limitó a pedir una *suite*, sin mirar a la cara del empleado, no por vergüenza o discreción, sino por considerar que esa era la actitud que debía mostrar para darle a entender que se encontraba ante una chica rica y sofisticada. No había tenido un euro en toda su vida, pero ahora consideraba tener el mundo entero a sus pies.

No pidió el champán, prefirió quedarse el dinero; ya le daría alguna excusa a Peter si este preguntaba, o se lanzaría a su cuello (o pantalón) para distraerlo y que olvidase que lo había preguntado. Pagó la habitación por adelantado con el dinero que su conquista le había dado y guardó la parte

sobrante en su pequeño bolso, aquel era su primer botín, esperaba conseguir más, mucho más. De repente, observó a Peter en el peldaño superior de la escalera que quedaba a la espalda de la recepción. ¿Cómo pudo llegar hasta allí sin que ella o el empleado le vieran ascender ante sus narices? La escalera, de mármol oscuro y con una alfombra roja y amarilla, que el chico no tuvo que pisar porque había entrado por una ventana, ocupaba toda la visión que tenía ante ella. Sara observó a su conquista justo sobre la cabeza del recepcionista, apoyado en la barandilla de hierro forjado y madera; el chico se dejó ver un instante para, acto seguido, volver a entrar por la puerta y desaparecer, no antes de invitar a la chica con un gesto a seguirle.

—¿Estará acompañada, señorita? —preguntó el recepcionista.

—No, estaré sola —respondió Sara sin siquiera pensarlo, no era la primera vez que contestaba esa mentira, y lo hizo con desdén, con impertinencia, para que el empleado no siguiera molestándola y le diese la llave de una vez. No deseaba perder el tiempo con un ser insignificante.

—Es la número 102, en la primera planta, dispone de un ascensor a su izquierda o puede subir por la escalera que se encuentra a mi espalda. Al fondo del pasillo tiene la puerta de su *suite*, si desea puedo acompañarla e indicarle los servicios de que dispone.

—No es necesario, gracias —espetó con tono despectivo, el mismo que usa alguien sin la suficiente educación para tratar a menudo a quienes le sirven como si fueran de una clase inferior, mientras arrebataba la llave de la habitación de un zarpazo. Seguía sin mirar al empleado.

Sara nació y aún vivía en una casa muy humilde, su padre era fontanero y su madre ama de casa, además de convivir con sus dos hermanos menores. Para ella la vida no resultaba fácil en una situación así. Siempre había soñado con una vida mejor, cuando era más pequeña fantaseaba con una gran casa, una mansión como las de las películas y vivir allí con toda su familia. Luego empezó a volverse más egoísta, también dejó de pensar en buscar el triunfo en el trabajo duro (ya comprobó con el ejemplo de su padre que no servía para mucho) y en estudiar una carrera que sus progenitores no podrían costear. Así que solo quedaba buscar el éxito en los hombres, en esos patéticos seres que, desde que alcanzó la adolescencia, babeaban al verla pasear por la calle. Si podía conseguir que un hombre se volviera loco por ella solo con mirarla o gracias a no llevar sujetador bajo la camiseta, podría hacer maravillas con su cuerpo en la mente de un tipo rico, algún pobre imbécil que fuera tan estúpido de dejarse cazar y casarse con ella, para ser desplumado pocos meses después o tras un embarazo. Solo tenía veintiún años, pero aparentaba varios más

debido al maquillaje y a su forma de vestirse y caminar. Incluso ganaba algunos más cuando hablaba, mostrando la personalidad de alguien machacado por la vida, alguien que espera una fortuna pero en su interior sabe que con poca seguridad llegará; alguien derrotista que disfruta vejando a quienes puede para tratar de sentirse mejor consigo misma.

Como solía hacer siempre para tonificar sus piernas y trasero, eligió las escaleras. Y tras subir los tres primeros peldaños se encontró ante un gran espejo con un antiguo y bello marco dorado, la chica se paró ante él. A pesar de la poca luz, Sara descubrió su reflejo, era preciosa y tenía un cuerpo perfecto; vestía con buen gusto, iba impecablemente peinada y maquillada, era todo lo que una chica deseaba ser, al menos eso pensaba ella. «¡Vamos a por todas! —se dijo en ese momento—. Eres una triunfadora y vas a conseguir todo lo que te propongas».

Ella lo creía, se consideraba un modelo a seguir, alguien mejor que las demás personas que la rodeaban; más guapa y más inteligente por no invertir más de una década en estudiar solo para ser una mileurista más en una empresa durante ocho horas al día, ajándose con el paso de los años en los deseos de mejora que acaban convertidos en partos y divorcios, hipotecas y cuentas a fin de mes, o en llantos y decepciones. Ella sería rica y se reiría del mundo desde su trono de oro, en eso confiaba con total seguridad mientras sonreía al impecable reflejo que le devolvía el espejo. No necesitaba ajustar su negro y corto vestido, era casi una faja que se amoldaba como una segunda piel a su cuerpo, realzando su pecho y las largas piernas que terminaban en sandalias con tacón de veinte centímetros.

Giró a su izquierda y subió el último tramo de escaleras, sin prisas, Peter debía esperarla como lo hacían todos siempre; atravesó una puerta de madera y cristal para entrar en un pasillo sumido en la penumbra, y al fondo pudo observar la figura vestida de negro que aguardaba; ella sabía que se trataba de su presa, y caminó hacia ella aún más despacio. «Lo bueno se hace esperar».

—¿Todo bien? —preguntó Alfil antes de que ella le besase. Luego le indicó que usara la llave para abrir la puerta.

—Sí, pero..., ¿por dónde has entrado?

—He pasado tras de ti y subido las escaleras, ¿no me has visto? —El chico esperó a que ella pulsase el interruptor para encender las luces de las mesitas de noche. Nunca tocaba nada dentro de la habitación.

—No, no te he visto, estaba pagando la habita... ¿Llevas zapatillas de deporte?

—Las cambié en el coche después de poner el *ticket* de la O.R.A. Me molestaban los zapatos, esta ropa es de un amigo, es una historia muy larga..., ya te dije que te aburriría con ella. Pero no hablemos ahora de eso, veo que no has comprado el champán, puedes pedirlo desde la habitación si quieres —le dijo a la chica, señalando un teléfono fijo sobre una mesita al lado del sofá.

—No quiero beber más, ahora me apetece mucho más comer.

Mientras se besaban, ella desabrochó la camisa y luego la cremallera de su pantalón. Se agachó lentamente, mientras le miraba en todo momento a los ojos, hasta quedar en cuclillas y con la cara frente a la protuberancia de su pantalón. Sara preparaba su mejor ataque, sabía cómo dominar a un hombre. Alfil estaba excitado y ella lo notaba allí arrodillada frente a su cremallera abierta. Liberó la tensión sacando su miembro del pantalón y lo besó suavemente a lo largo de su recorrido, sin prisas, dando un sonoro beso muy húmedo en cada milímetro de su piel, mientras gemía con los ojos cerrados, casi ronroneando. Al llegar al extremo del mismo, le dedicó un largo, húmedo e interminable beso con su lengua, para luego abrir los labios y, despacio, ir llenando su boca mientras le miraba con la seguridad de quien sabía que estaba haciendo su trabajo de maravilla. Sara inició el vaivén de su cabeza, dejando que sus labios pintados de rojo y su mirada volvieran loco al chico, a la vez que teñían de carmesí su erección. La chica parecía estar en todas partes, acariciando su espalda, nalgas, testículos, se comportaba como toda una profesional.

Aquella situación era nueva para Alfil, ahora era él quien recibía la atención de su presa. En los hoteles solía tener un trato muy diferente, pero en ese momento dejó que Sara tuviese el control, no le importaba, sabía que un perfil de chica distinto requería un comportamiento distinto. Cuando ella consiguió con su buen hacer que él estuviera a punto de estallar, la frenó antes de dejar fluidos en la piel de la chica, su ropa o en la sábana.

—¿Por qué no vas al baño y así pasamos a juegos mayores? —le dijo Alfil con la respiración entrecortada—. Dúchate y yo te esperaré aquí impaciente.

—¿Por qué no te duchas conmigo? Puedo seguir allí mostrándote mis habilidades.

El chico necesitaba tiempo para colocar la sábana impermeable sobre la cama.

—Prefiero ponerme cómodo, quitándome la ropa y esperándote en la cama, si no te importa. Voy a ver si en el minibar hay algo interesante,

aunque no tengamos hielo.

—Vale, pero no se te ocurra quedarte dormido, aún queda mucha noche —respondió ella con una sonrisa pícaro.

—Descuida, me intriga ver qué más cosas sabes hacer.

Sara se duchaba mientras Alfil repetía su ritual, arrojando la funda nórdica al suelo y colocando su sábana sobre la bajera de la cama. No tardó ni un minuto en realizar todo el proceso ensayado cien veces en su propia casa y ejecutado por octava vez en dos años. Al salir Sara del baño, él estaba ya desnudo esperándola en la penumbra; la chica había sido rápida, pero no tanto como para impedirle hacer a la perfección su tarea. La imagen del cuerpo de Sara era toda una inspiración, y no solo por la belleza y perfección de su figura, la luz cálida del baño, acariciando su silueta desde atrás, pugnaba con las finas y paralelas líneas azules que formaba la luz de la luna al atravesar la persiana veneciana a su izquierda. Toda una celestial visión que hizo brotar la imaginación y creatividad del fotógrafo para una futura sesión de fotos. Incluso le evocaba recuerdos de películas como Nueve semanas y media.

—Cerraré las cortinas, así tendremos más intimidad —dijo ella, muy segura y crecida, tras el breve mutismo que su imagen había provocado.

—No lo hagas. Me gusta cómo te sienta esta luz, estás increíble —musitó Alfil.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó ella, sabiendo con creces la respuesta. Contoneaba lentamente su cadera y dibujaba con un dedo círculos alrededor de su ombligo.

—No te veo bien del todo desde aquí, quizás si te acercas un poco más... —Alfil también sabía cómo jugar a aquel juego.

Sara caminó despacio hacia la cama, entró desde los pies de la misma y fue gateando hacia el chico, colocándose encima y besándole con intensidad en los labios. Los dos continuaron donde lo habían dejado unos minutos antes. Ella consiguió mantener el ritmo físico durante más de dos horas de sexo, lo que hizo que Alfil acabase destrozado. En ese momento pensó que hizo bien en establecer la norma contra las chicas que podrían ser profesionales, debía tener un trato muy diferente para seducirlas y eran más difíciles de controlar y también de satisfacer. Sara le estaba destrozando, volvería a Madrid con más agujetas que después de una sesión de boxeo con el más duro de sus compañeros. También se alegró de haber cenado consistentemente antes de ir a la discoteca.

El amanecer trajo consigo una intensidad de luz en las calles que no favorecían la huida de alfil. Eran casi las siete de la mañana y el chico permanecía observando desde la oscuridad tras la puerta del baño. El cuerpo desnudo de Sara le evocaba recuerdos de su primera noche con Lucía, aquella forma perfecta y acariciada por la débil luz que atravesaba las persianas era hipnótica, lo que suponía un freno para sus instintos desde hacía ya demasiados minutos. Era el momento de actuar pero sentía los brazos y piernas más pesados que nunca, como si su conciencia anulase su fuerza y alguna parte benévola de su ser estuviese peleando con el monstruo. Y venciendo. La chica no iba a despertarse en unas horas, pero si había hecho todo aquello con un propósito, si deseaba culminar la partida con un jaque mate, el momento de hacerlo se alejaba a cada minuto. Su mente estaba saturada de preguntas sin respuestas.

«¿Es necesario matarla? Solo con verla aparecer anoche con esa luz tan bonita tuve una original idea, tal vez matar no sea lo que me dispare la creatividad, sino las experiencias nuevas, momentos al límite que puedo conseguir sin quitar una vida. O tal vez la creatividad vino porque pensaba matarla y es ese pensamiento el que me ayuda. ¿Qué ocurrirá con Lucía? Al final acabará pagando las consecuencias si no logro frenar al monstruo... como ocurrió con Clara... ¿Cómo es posible que piense en Clara en estos momentos? No, No debo pensar ahora en ella, no debo añadir más problemas, más incógnitas a la ecuación. Lo que tenga que hacer, debo hacerlo ya».

Se apartó hacia atrás para sentarse con cuidado en el borde de la bañera, sacó su móvil y lo observó durante unos segundos, luego lo encendió. Llevaba apagado desde que salió de su casa en Madrid, lo hacía siempre para que no se pudiera tener una prueba de que había estado en otra ciudad, para que no se pudiera vincular su presencia en un sitio donde hubiera un homicidio, ya que los móviles dejan un registro interno, gracias a su GPS, de todos los lugares y fechas en las que ha estado allí.

Acababa de romper una norma básica, y era la segunda esa noche. El móvil solo se podía encender en emergencias y tras abortar la partida. Todo se estaba derrumbando tanto a su alrededor como en su interior, pero necesitaba encender el móvil, quería buscar algo en concreto. En su teléfono guardaba algo que podría decantar la balanza de una vez por todas, no tenía tiempo para seguir allí dudando. Lo que tuviera que ocurrir, debía suceder ya. Alfil buscó en la carpeta de fotos una imagen de su pareja, en su interior deseaba encontrar un motivo para no matar a Sara, quería dejarlo y buscaba ese motivo en Lucía y en sus sentimientos hacia ella.

Antes de poder buscar la foto, oyó el sonido de un SMS, enviado por la propia Lucía unas dos horas antes. Alfil miró la pantalla del teléfono sin parpadear, sin inmutarse, pero una chispa en sus ojos reveló que el mensaje le había afectado.

«Te quiero»

Capítulo 27

El insistente sonido de los golpes en la puerta y el timbre del teléfono fijo de la habitación fueron aumentando de volumen hasta conseguir sacar a Sara de su profundo sueño. Descolgó el teléfono después de haberlo buscado por las dos mesitas de noche con los ojos aún medio cerrados. Sufría una fuerte resaca y lo percibía cada vez que el estridente timbre taladraba su cabeza justo en la nuca. Al otro lado del teléfono se encontraba el recepcionista, recordándole con forzada amabilidad y calma que había excedido ampliamente la hora de salida, y que la chica de la limpieza debía entrar a limpiar la habitación.

—Perfecto, ya me marcho. Necesito diez minutos, ¿OK?

Colgó el teléfono con un fuerte y sonoro golpe, se levantó de la cama y caminó, aún desnuda, hacia la puerta de la habitación. La abrió lo justo para observar al otro lado a una señora de unos cuarenta y cinco años con un traje de doncella azul y blanco, tras ella estaba el carrito con todo el arsenal de sábanas y productos de limpieza.

—Espera, necesito diez minutos —fue lo único que dijo, sin dignarse a mirar a la mujer de la limpieza a la cara. Luego dio un portazo sin esperar a que la empleada tuviese tiempo de replicar.

—Puto coñazo de gente, ¡joder! No te dejan ni dormir —dijo malhumorada, intencionadamente en voz alta para que lo oyera la mujer desde otro lado de la puerta.

En ese momento fue consciente de que el chico ya no estaba en la habitación, eso la enfadó aún más. La había tratado como a una puta y se había marchado sin siquiera despedirse, dejar su número de teléfono ni invitarla a desayunar o almorzar. Se quedaría con las ganas de saber si el tipo tenía tanto dinero como habilidad en la cama. Su intuición, que no solía fallar a menudo, le indicaba que sí, que el tal Peter era una joya de las que encuentras solo una vez en la vida. La inmensa mayoría de gente con dinero

que había conocido eran niñatos hijos de papá y sin futuro, o sus propios padres buscando la forma de echar una canita al aire sin compromisos; Peter era todo un hombre, tanto por su dinero como por el saber estar, porte, belleza, habilidad en la cama. Lo tenía todo. Claro que ahora ya no estaba y la había dejado sola con su mal humor y su frustración. Y por si no fuera suficiente, se quedaría sin probar el champán Bollinger que solo había visto en las películas.

Se vistió a toda prisa y sacó algo de tiempo para aplicarse un poco de maquillaje a sus ojeras frente al espejo del baño, allí observó su reflejo.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde está la chica de anoche?

Sara contemplaba una imagen muy diferente a la que vio la noche anterior en el espejo de la recepción, cuando subía las escaleras. Aquella era una chica triunfadora, ahora observaba a una mujer abandonada que no había logrado su objetivo, y ya no estaba perfecta ni radiante.

—Tienes que ponerte las pilas, joder —continuaba—. Anoche tenías a un chico que prometía y ahora estás donde empezaste. ¡Putá mierda! Ya te está fallando hasta el instinto. Tienes que hacer algo con tu vida, debes buscar un sitio mejor o ir directamente a Madrid, Barcelona, Marbella, donde sea que logremos nuestro objetivo. Aquí, en esta mierda de ciudad y viendo todos los días la mediocridad que nos rodea, no vamos a lograr nada. Mueve el culo de una puta vez y así podremos hospedarnos en hoteles de cinco estrellas donde el servicio te chupe el culo en lugar de estar en un cuchitril como este, donde una chacha te golpea la puerta para echarte a la puta calle, ¡como si fueras una cualquiera!

Sara metió de nuevo los pinceles y demás lápices y sombras de maquillaje en el bolso, y se dirigió hacia el recibidor. La mujer de la limpieza ya no se encontraba tras la puerta, debía de estar limpiando otra habitación. Al llegar a la recepción observó que había otro conserje distinto al que conoció unas horas antes.

—¿Está incluido el desayuno en la *suite*? Vengo de la 102 —preguntó mientras devolvía la llave de la habitación.

—Por supuesto, las *suites* tienen siempre incluido el desayuno, señorita. Puede pasar por aquí a la derecha —respondió el conserje.

Sara pensó que hubiera sido mucho mejor tomarlo en la cama, claro que para eso hubiera tenido que levantarse unas horas antes. Se acomodó en una mesa cerca de un ventanal grande que daba a la calle, lo hizo de forma subconsciente, ya que en su interior deseaba que la gente que caminaba por la calle la viese desayunar en un hotel. No era un cinco estrellas, pero

consideraba que, al menos, era más glamuroso que una cafetería convencional.

La chica tomaba el zumo de naranja aún desconcertada y defraudada por la ausencia de su conquista. Pensó que había cazado a un chico interesante, tenía un físico muy por encima de lo que solía conseguir cuando salía a buscar un niño rico, o un tipo maduro que buscara una novia florero. Hubiera estado bien que fuera un tipo con pasta que la colmara de los caprichos que deseaba y merecía. «Si tienes que dar un braguetazo —pensó—, estaría genial hacerlo con un tipo joven, guapo, fuerte, que sabe estar y comportarse. Eso sería una utopía». Le encantaba usar esa palabra para definir al tipo de chico perfecto para ella, sobre todo después de saber lo que significaba gracias a un programa cultural de La 2, programa que veía a menudo para poder tener conversaciones con hombres de negocio y tipos ricos en general, ella creía que era la forma de parecer culta y diferenciarse del resto de chicas monas que buscaban el mismo objetivo. Sara sabía que una chica bonita pero sin cerebro no pasaba de ser una amante ocasional, pero ella aspiraba a ser la señora de la casa, y para ello debía saber estar, tener cultura y aprender idiomas.

Mientras seguía desayunando, buscó su teléfono móvil en el bolso para ver si había recibido algún mensaje de su familia o amigos, o simplemente para evadirse un poco de esos pensamientos derrotistas que solían asaltarla en mañanas como aquella. Antes de localizar el teléfono y después de buscar concienzudamente en el interior, encontró el sobre con el fajo de billetes; calculó más de mil quinientos euros, ya que no podía contarlos allí mismo. Sabía que había bastante más de lo que sobró al hacer el pago de la habitación la noche anterior, el tal Peter debió dejar más dinero en su bolso. Sonrió aunque solo durante un segundo. La expresión de su rostro se volvió fría al pensar que la había tratado como a una puta; ella no lo era, no se considera como tal. Es cierto que solo valoraba el dinero en los hombres, ¿qué otro atributo iba a apreciar más?, y que no deseaba más que cazar a un tipo rico para solucionar su vida, pero el trato de puta no le gustaba en absoluto. Las palabras puta, prostituta o escort le parecían las más horribles del diccionario, exceptuando otras como: vulgar, fea o... pobre.

La frialdad de su mirada se tornó lenta pero perceptiblemente en indiferencia cuando pensó que había pasado una buena noche con un tipo muy guapo, había tomado precauciones con preservativo y, además, se encontraba con más de mil quinientos euros para comprarse unos caprichos.

Miró a su alrededor, encontrándose con la figura de la camarera de la cafetería, por su aspecto tendría cinco o seis años más que ella (aunque podrían ser menos bajo aquel mal peinado, maquillaje barato y bolsas bajo los ojos) y seguro que necesitaba un mes de duro trabajo, ocho horas o más al día, sirviendo a otros y con esa ridícula ropa, para ganar menos de lo que ella había sacado echando un buen polvo en una sola noche. ¿Quién no desearía tener la vida que ella disfrutaba? Era una triunfadora, se acostaba con quien le daba la gana, era su propia jefa y sacaba, entre amantes de una noche y novios de unas semanas, más dinero al mes que su padre en un año. Ni muerta cambiaría su vida por la de la sucia camarera, de pelo grasiento y delantal ridículo, que se afanaba en sonreír a todos como una burda criada a cambio de unos céntimos de propina.

Sonrió y se marchó atravesando de nuevo el recibidor para salir por la puerta principal del hotel. Sin dejar propina.

Si no fuera porque el mundo entero no le importaba lo más mínimo, salvo ella misma, habría oído como la mujer de la limpieza, extrañada, le comunicaba al conserje que había encontrado una segunda sábana en una *suite*.

—Quizás alguna de vosotras puso dos por equivocación cuando hizo esa cama la última vez —replicaba el conserje a la empleada, sin darle importancia.

—Lo dudo, esa cama la hice yo misma ayer, y nunca he colocado dos sábanas bajas a una misma cama. Además, es una sábana diferente, no es del hotel, es de más calidad.

—Entonces será de algún perverso que habrá estado haciendo juegos enfermos. Deshazte de ella, tirla a la basura antes de que tengamos un problema con futuros clientes. Es una *suite* y debemos cuidar a los que las ocupan, son los clientes que más dinero dejan en el hotel.

Alfil podía romper las normas, pero si le dabas tiempo para pensar y actuar, lo tendría todo controlado de nuevo. Él sabía que dejar a la testigo y la sábana no implicaría ningún problema, conocía el comportamiento del ser humano, sabía cómo reaccionaba la gente ante situaciones cotidianas, sabía que las pruebas las destruirían si no había ningún crimen en la habitación, que todo pasaría desapercibido.

El fantasma había pasado por el hotel, había una chica que podía identificarle sin problemas, había ADN en una sábana, pero nadie lo sabría nunca.

¿O quizás sí? ¿Era ese el error que Pablo Aguilar llevaba tanto tiempo esperando?

Capítulo 28

Marta llevaba más de veinte años trabajando en hoteles y hostales, y desde hacía seis en el Hotel Niza de San Sebastián. La trataban bien y el salario era decente para los tiempos de crisis que corrían; aparte de encontrar, de cuando en cuando, alguna sortija, ropa o complementos que los clientes olvidaban en las habitaciones. Los primeros años siempre dejaba esos pequeños tesoros en recepción por miedo a que la acusaran de robo, pero nunca venían los dueños a por ellos y se los quedaban los recepcionistas o conserjes. Con el tiempo decidió ser más inteligente y práctica y quedárselos, ya que era ella la que recogía la mierda que dejaban los huéspedes, y no los recepcionistas o conserjes, considerándolo una compensación más por su trabajo, un extra o gratificación no oficial.

Eran las nueve y media de la noche y Marta se encontraba en su casa haciendo la cena, su marido ya llevaba un rato exigiendo la comida, entre gruñidos, desde el salón-comedor de la humilde residencia. La pobre mujer no paraba de trabajar en todo el día, salía del hotel para servir luego en su propia casa. Su vida era una constante monotonía, autoconsentida por la desidia de pensar que esa era la vida que le había tocado vivir y que no había nada mejor en otro sitio, por el «no te quejes que podrías estar peor» que ahora y siempre había adormecido a la sociedad, para excusarse y no buscar aquí o en el extranjero una vida mejor.

Mientras freía unas croquetas y patatas, agudizaba el oído para enterarse de las noticias que veía su marido en la televisión del salón. El presentador parecía hablar, como casi todos los días, sobre los últimos datos que descubrían del asesino de chicas, ese tal fantasma. Marta sintió un escalofrío al pensar que ese indeseable pasase algún día por su hotel y ella se encontrase con el cuerpo de alguna chiquilla muerta en una habitación. En la televisión no informaban sobre ningún caso nuevo, el asesino no había vuelto a actuar, solo mencionaban novedades filtradas por la policía; decían que usaba

zapatillas de deporte para no dejar huellas, gorra para esquivar a las cámaras y podría usar una sábana o tela impermeable que colocaba sobre la bajera de las camas para evitar dejar fluidos o pelos.

Algo se apoderó de Marta en ese instante, quedó petrificada ante lo que acababa de oír. Hasta llegar a dudar, incluso, de haberlo oído realmente.

—¡Espera! —se gritó Marta a sí misma, y limpió sus manos a toda prisa con un trapo de cocina. Luego salió corriendo hacia el salón—. ¡Sube el volumen a la tele! —gritaba desde el pasillo a su marido, que seguía tumbado en el sofá.

—¿Y la cena? —fue la única respuesta que recibió.

—¡Calla y dale más volumen!

En la televisión seguían desarrollando la noticia, y mientras Marta permanecía en trance, sin percibir siquiera las quejas de su hambriento marido, el olor a patatas quemadas que venía de la cocina iba inundando la casa. Estaba muy alterada, con el corazón a mil por hora. En su mente se fusionaban la imagen de la chica que abrió la puerta de la *suite* con muy malos modos y la de la segunda sábana que encontró sobre la cama. Sentía que le costaba respirar, no podía estar pasándole todo aquello cuando jamás su vida había contado con ningún hecho o anécdota destacable. Todo giraba en torno a la sábana, que ella había encontrado, que pertenecía al asesino más buscado de las últimas décadas y que suponía la única prueba que podría incriminarle.

—¡Yo encontré esa sábana!

—¿Pero qué coño dices? ¿Y a quién le importa que hayas encontrado una sábana? ¿Estás loca? Todo el mundo tiene sábanas. Se está quemando la comida, ¿no la hueles?

—¿Qué dices? ¡Coño, es verdad! —Y salió corriendo a apagar la vitrocerámica y apartar la sartén.

—¿Pero no me traes la cena? —gritó su marido al ver que ella no volvía con la comida.

Marta estaba histérica, le temblaba la mano al marcar para llamar a la policía.

—Espere señora, no hable tan deprisa —dijo el agente al otro lado del teléfono.

Marta estaba sentada en el borde de su cama, llamaba desde el inalámbrico y no podía contener los nervios que recorrían su cuerpo como enormes hormigas eléctricas que subiesen desde sus piernas. Trataba de

aislarse de las voces de su marido, protestando por la comida quemada y el olor que ahora impregnaba toda la casa.

—¿No me ha oído? Le digo que encontré una sábana del asesino de la tele, el fantasma.

—Muy bien señora, ¿y cómo la ha conseguido? ¿En una rifa? —respondió con desidia el policía, cansado de tanta gente aburrida que llamaba para tonterías relacionadas con casos muy conocidos, ya llevaba cientos solo ese día. Cada persona llamaba para decir que tenía un objeto, una pista, que había visto al asesino o que ellos eran el propio fantasma.

—En la tele dicen que la policía graba las conversaciones, ¿verdad?

—Sí, señora, así es.

—Bien, pues espero que grabéis esto: me llamo Marta Díaz Fernandez y trabajo desde hace seis años en el Hotel Niza de San Sebastián. Esta mañana, al limpiar una de las *suites*, he visto que había otra sabana sobre la bajera de la cama, es algo extraño porque la cama la hice yo el día anterior y no coloqué más que una; además, la que estaba encima era de una calidad muy buena, muy gruesa y con una capa de plástico incorporada. No solemos usarlas en nuestro hotel. El conserje me ordenó deshacerme de ella porque estaba manchada. Y una cosa más, en la habitación había una chica joven y muy guapa.

—¿Pero ha habido algún crimen en ese hotel? ¿En esa habitación?

—No, la chica estaba perfectamente cuando fui a limpiar, aunque no sé si estaba sola.

—No se mueva, serán solo unos minutos, necesito cotejar esa información —fueron las palabras del agente al otro lado del teléfono.

2

Al mismo tiempo, en otro punto de la ciudad y en otra casa de similar tamaño y decoración, en la que también había otro hombre de mediana edad viendo la televisión y esperando su cena, se oía a dos adolescentes discutir ante la puerta del baño. Los chicos se quejaban del excesivo tiempo que su hermana mayor llevaba encerrada dentro. Necesitaban entrar a ducharse para salir de fiesta.

—¡Mamá! Dile a la golfa de tu hija que salga ya del baño, lleva dentro más de una hora y nosotros llegaremos tarde por su culpa.

—No te consiento que llames así a tu hermana. ¡Si vuelves a hacerlo te cruzo la cara!

—Pero hemos quedado para salir y llegamos tarde, no puede pasarse el día entero en el baño. Todos los días igual.

En el salón, desconectado de las discusiones de sus hijos, como si los gritos de estos estuviesen tan asimilados como para haber desarrollado un mecanismo interior que los filtrase en su mente, el padre observaba las mismas noticias que habían visto y oído Marta y su marido.

—¡Idos a la mierda, pajilleros asquerosos! —La chica salía del baño insultando a sus hermanos y cerrando con un fuerte golpe la puerta.

—¡Joder, Inés, ese vocabulario! Y no insultes a tus hermanos si no quieres que ellos te insulten a ti. —Su madre estaba harta de soportar las continuas peleas entre ellos.

—Me importan una mierda estos gilipollas, que digan lo que quieran. ¡Joder, qué ganas de tener mi propia casa y perderlos de vista de una puta vez!

—Esa lengua, coño. Como me levante del sofá... —apuntó el patriarca de la familia en un tono de voz que dejaba patente la desidia y cansancio por repetir aquellas palabras a diario desde que sus hijos aprendieron a hablar. Estos, por contra, habían desarrollado otro mecanismo interior que filtraba de sus mentes las amenazas de sus padres.

Inés iba enfundada en un vestido corto de color vino tinto, ajustado a su perfecta figura y sin aparentar llevar lencería debajo, los zapatos de tacón la elevaban más allá del metro noventa y su maquillaje, manicura y peinado, dejaban claro que fue una excelente alumna en la academia de estética a la que sus padres la apuntaron con quince años. Una lástima que no encontrase o buscarse empleo por aquella rama de profesión.

La chica se sentó ante la mesa de comedor y al lado del sofá en el que seguía tumbado su padre viendo la televisión. Ella esperaba también la cena para poder salir esa noche. Nunca le interesaban las noticias, pero un detalle captó de repente su atención, estaban hablando sobre cómo entraba el fantasma en los hoteles sin ser nunca visto, del uso de traje negro común, zapatillas de deportes para no dejar huellas, de la sábana y demás detalles; sobre cómo debía ser muy atractivo para conseguir que las chicas fueran con un desconocido por propia voluntad. Podría tratarse de alguien con una educación y trato exquisito, quizá aparentase ser muy rico.

Ella quedó lívida, con la mirada fija en la televisión e inmóvil tras oír aquellas noticias.

—Te he preguntado ya tres veces si quieres que te fría algo para la cena o tomarás fruta y yogur como siempre —repetía su madre a una congelada hija que no oía ni sentía nada a su alrededor.

—No quiero nada, mamá. No tengo hambre —musitó ella con un hilo de voz casi imperceptible.

—¿Cómo no vas a cenar? ¿De qué te vas a alimentar, de aire? Mira cómo se te marcan las costillas con ese vestido, estás en los huesos. Ayer estuviste toda la noche fuera, hoy casi todo el día dormida, ¿y vas a salir de nuevo sin cenar? De eso nada, no cruzarás la puerta sin haber comido bien. Mira tu cara y tu voz, pareces un fantasma. ¿Dónde estuviste anoche? Nunca me cuentas nada. Un día no volverás a casa porque te pasará algo grave. ¡Nos estás quitando la vida a tus padres!

—Vale mamá, como tú quieras.

Seguía sin apartar la vista de la televisión y estaba a punto de llorar. Su fortaleza interior trataba de controlar sus actos para mantener la entereza en su mente y su cuerpo. Contuvo con éxito las lágrimas y se recompuso.

El tipo de anoche era el fantasma, no le cabía duda después de oír la descripción y la forma de actuar que detallaba la televisión, pero, ¿por qué no la mató? Una sensación de ansiedad y miedo la invadían y paralizaban. Su mente volaba a toda velocidad entre la experiencia vivida y pensamientos que la asustaban.

«Estuve toda la noche con él, pudo matarme en el hotel. Follamos durante horas y luego me quedé dormida. ¡Joder qué mal rollo! —estaba aterrada, intentando contener el temblor de las manos—. Es imposible, no, no creo que fuera él. Pero todo apunta a que sí, la ropa, las zapatillas, cómo entró en el hotel sin ser visto ni siquiera por mí, el físico..., todo encaja, ¡Dios mío, yo debería estar muerta ahora!».

Miró a su padre, tumbado en camiseta de tirantes y pantalón de pijama, como vestía siempre después de venir del trabajo. Luego a su madre, envejecida y destrozada por una vida de esfuerzo y sacrificios. Miró a su alrededor, una humilde casa con la banda sonora de las peleas de sus dos repulsivos hermanos. Llevaba tanto odiando su vida que se había insensibilizado, todo le daba igual, se sentía fuera de lugar y deseaba, mejor dicho, buscaba la forma de salir de allí y encontrar su verdadero entorno.

«Soy diferente a mi familia, yo no he nacido para esto, soy especial; si antes lo pensaba, ahora mucho más. Ni siquiera el fantasma ha sido capaz de

acabar conmigo. Estoy destinada a hacer grandes cosas, a lograr mis metas, tengo un don especial».

Sonreía mientras perdía su gélida mirada al infinito, y sus nuevos pensamientos parecieron reconfortarla. De repente, pensó en el deber de llamar a la policía, ella era la única persona que podía identificar al asesino más buscado del país.

«Si llamo a la Policía me haré famosa, saldré en todas las televisiones, me harán entrevistas, me contratarán para eventos. Por fin obtendré mi recompensa —ese pensamiento la entusiasmaba— y lograré hacerme rica y famosa por mí misma, sin depender de un hombre. Mejor llamo a la prensa, sí, antes de que salga alguna oportunista contando algo similar. Debo adelantarme y conseguir entrevistas que me den mucho dinero y fama, puedo acabar incluso de tertuliana en algún programa —su mente viajaba hacia la fantasía de sus sueños—. Pero, ¿cómo hacerlo? No puedo decir que me fui al hotel con un desconocido, que practicamos sexo y luego me pagó. La recepcionista hablará, la camarera o incluso esa vieja que limpia las habitaciones, todos esos parásitos querrán sacar dinero a costa mía, a costa de venderme como si fuera una puta. Dirán que soy una buscona de las que suelen ir por allí con hombres casados en la madrugada, a los espectadores les gusta el morbo y la carnaza. Me haré famosa, pero como una prostituta superviviente del asesino. No, ni de coña. ¡No soy ninguna puta! Mis padres me echarán de casa, con esa imagen no podré lograr un marido rico e imbécil que me haga vivir como una reina. Y lo que me pague la prensa y la televisión se acabará muy rápido, tanto que habré pasado de moda antes de haber podido paladear el triunfo».

«Que se joda la Policía, no arruinaré mi vida para ayudarles a atrapar a ese asesino, que se busquen la vida, es su trabajo. Además, el tipo tiene dinero, puede encontrarme y matarme para que no testifique. He sobrevivido a lo que ninguna chica antes había logrado, así que no pienso jugar con el azar y acabar en el cementerio. Tengo mejores planes de futuro para mí sin tener que correr tantos riesgos. Dios, qué injusta es la vida, ocurre algo que me diferencia del resto y no puedo aprovecharlo. Pero no importa, esta experiencia demuestra que lograré mis objetivos, que soy alguien especial destinada a hacer grandes cosas. Soy una superviviente, una ganadora».

«Decidido, no diré nada a la Policía».

Capítulo 29

Aún asomaba tímido el sol sobre las azoteas que rodeaban la comisaría central de San Sebastián y el frío del invierno ya se adhería con fuerza a los huesos de Javier Balmaseda, que no llevaba muy bien el azote de la densa humedad que se respiraba en la bella capital del norte.

—Buenos días, Marta. Ese es su nombre ¿verdad? El mío es Javier Balmaseda y soy el teniente de homicidios responsable del caso que nos ha reunido hoy aquí. Espero que no le importe que grabemos la conversación ni que estén estos señores presentes durante la declaración, los dos de mi derecha son observadores venidos desde el FBI en Estados Unidos para echarnos una mano y el oficial de mi izquierda es el comisario Alonso, responsable de esta comisaría.

—¿Tienen un poco de agua? Llevo un rato aquí y tengo sed —contestó ella. No le importaba lo más mínimo quién oyera su declaración. Tan solo necesitaba desahogarse contando aquello que le quemaba por dentro.

Un agente de uniforme le trajo agua en el acto.

Se encontraban en una sala de reuniones para no sufrir el estresante ruido de la zona principal de la comisaría, donde el habitual silencio o murmullo contenido se había convertido en un caos de timbres de teléfono y de agentes corriendo de un lugar para otro, insuficientes estos para atender el aluvión de llamadas y peticiones que se originaron desde la prensa, desde otras comisarías y desde altas instituciones oficiales al filtrarse que el fantasma podría haber actuado en la ciudad y que existía una posible testigo. Tampoco quisieron tomarle declaración en el despacho del comisario porque era demasiado pequeño para las cinco personas, ni en una sala de interrogatorios para no asustar a la testigo con la frialdad del lugar. Una grabadora en el centro de la mesa y silencio absoluto era todo lo que había en la sala, aparte de cuatro policías impacientes por oír lo que ella tuviera que decirles.

Marta contó con detalle todo lo que hizo el día anterior desde que entró, antes a las ocho de la mañana, a limpiar las habitaciones y otras estancias del hotel, dejando para el final la habitación de la chica. Detalló incluso las conversaciones, que no tenían relevancia, con compañeros y jefes. Por fin llegó a la parte que todos esperaban, cuando golpeaba la puerta de la *suite*, los dos policías españoles se inclinaron lentamente hacia delante, como movidos los dos por un mismo resorte en sus caderas. Por fin se acercaban al momento que les interesaba. Quizá por eso Marta se dejó llevar por la situación, añadiendo algo de drama al tono de su voz.

Describió a la muchacha que abrió la puerta, quizá la reconocería si la volviera a tener delante, aunque si se maquillaba mucho y se peinase de algún modo especial la cosa sería más complicada. Solo abrió la puerta unos centímetros, lo justo para observarla a ella. Estaba legañososa, desnuda, despeinada y aún medio dormida, casi con los ojos cerrados, así que sería complicado retener su cara al cien por cien. La chica le pidió, con voz resacosa y malos modales, que esperase diez minutos.

—No sabe usted, agente —añadía—, lo que tiene una que aguantar en este trabajo, y no poder decir nada ni quejarte. Esas chicas son gentuza, no tienen educación y te tratan como si fueras su esclavo.

—La entiendo señora, pero volvamos a los hechos, tendrá usted que volver a trabajar y no queremos ocuparla más de lo preciso. ¿Qué más recuerda de la conversación o del físico de la chica? Todo lo que pueda aportar será muy valioso.

Marta contó que no pudo ver más de la chica porque cerró a los pocos segundos con un portazo, y gruñó algo desde el otro lado de la puerta, seguro que insultos, así que se fue a otra habitación para regresar al cabo de varios minutos. Para entonces ya estaba vacía la *suite*, y no vio salir a nadie ni pudo ver la ropa que llevaba la chica. A los policías no les importaba mucho ese detalle, porque esperaban tener una imagen clara de las grabaciones de las cámaras del hotel que ya debían de estar a punto de llegar. Además, contarían con el testimonio de los dos conserjes y de las camareras del restaurante donde desayunó.

Marta continuó varios interminables minutos detallando su trabajo, en el orden en que lo ejecutaba en cada habitación, y cómo encontró la sábana al ir a hacer la cama. Contestó cada pregunta de los inspectores, que buscaban saber qué es lo que había limpiado y visto, por si se escapaba algún detalle que descartase el *modus operandi* del asesino en serie. Podría tratarse de un imitador que no pudo consumar el asesinato y dejó allí la sábana. Todo

aquello parecía demasiada torpeza para tratarse del asesino en serie que buscaban.

—Llevo veinte años haciendo camas en hoteles, así que he visto sábanas muy buenas, pero esa era de las mejores, muy densa; quiero decir que tiene muchos hilos de algodón puro, y luego el forro inferior de plástico de calidad, no como los protectores de colchones que venden en todas partes, esta no es de plástico cutre del que hace ruido cuando te mueves en la cama, es de una goma suave pero resistente, de primera calidad. Una sábana como la que se colocaría en la cama de una marquesa muy mayor con pérdidas de orina, ¿me entienden ustedes?

Los dos agentes del FBI se miraban entre sí, no habían entendido el significado de esa última parte. Comprendían un castellano básico para comunicarse, pero sin llegar a descifrar expresiones o palabras que pudieran salirse de su nivel básico. Esperaban luego una traducción de la grabación que seguía sobre la mesa.

—¿Se usa en el hotel ese tipo de sábanas protectoras? ¿Quizá algún compañero que quisiera gastarle una broma?

—No, allí no hay tiempo para bromas, todos cobramos por habitaciones limpiadas. Cuanto antes terminamos, antes nos marchamos. Y en el hotel no se colocan esos protectores si no se piden por parte del cliente, y créame, los que tenemos no se acercan a ese nivel.

—Conserva usted la sábana, ¿verdad? No nos quedó claro en la llamada de teléfono.

—Yo nunca robaría una sábana en un hotel que me hubiera dado trabajo. No me malinterpreten, soy una profesional muy honrada, pero me dijeron que la tirase, así que es como si la cogiera de la basura. Luego la llevé a casa para lavarla.

—¡Espere! —la interrumpió muy nervioso el teniente—. ¿Ha lavado la sábana?

—Claro que no, no me dio tiempo porque vi las noticias antes de la hora en la que suelo poner la lavadora. La pongo siempre de madrugada porque sale más barato. Le he dado la sábana a unos señores en la comisaría cuando he llegado y está tal como la cogí en el hotel, la metí casi inmediatamente en una bolsa de plástico de supermercado.

—¿Casi inmediatamente? ¿Qué quiere decir? ¿Ha estado esa sábana en contacto con otras sábanas usadas del hotel? ¿La arrojó a algún montón de ropa sucia?

—Sí, claro. La tuve en el cubo de ropa de mi carro de limpieza hasta que me dijeron que la tirase. Fue entonces cuando la saqué de allí y la metí en la bolsa de plástico para llevármela a casa.

Silencio absoluto dentro de la sala de reuniones. El teniente estaba muy contrariado por ese nuevo dato y el comisario vasco le lanzó una mirada de decepción que él captó enseguida. Si la sábana estuvo en contacto con otras, tendría ADN de más personas, pelos o pequeños restos de otros huéspedes del hotel. Eso sin duda invalidaría en un juicio los restos de semen, saliva o pelos encontrados por contaminación de las pruebas. Los fluidos que hallasen en la sábana podrían usarse para localizar al asesino y poder ubicarlo ese día en aquel lugar, aunque no se hubiera producido ningún crimen. Y tal vez atraparlo en un futuro asesinato o hacerle un acoso para conseguir una declaración inculpatoria, sería cuestión de tiempo. Como mínimo, podrían impedirle que volviese a matar, que ya era mucho, si informaban al supuesto asesino de la prueba y de su vigilancia. Estaría loco si volviera a intentarlo sabiendo que le habían descubierto, pero sería mucho mejor apresarle, objetivo por el que apretaban a diario desde el ministerio.

—Bueno señora, algo es algo, sacaremos el ADN del asesino con un poco de suerte. Es la primera pista fiable que tenemos, si es que se trata del famoso fantasma. Usted es una luz en mitad de la oscuridad después de dos años. No la molesto más, que aún tiene que estar un poco más de tiempo aquí en la comisaría antes de poder marcharse.

Marta pasó a otra sala donde le tomaron una infinidad de datos más, mientras, el teniente pedía hablar con los recepcionistas y resto de personal que hubiera podido tener contacto con la chica, y así hacer un retrato robot con más claridad. No se fiaba de las grabaciones de las cámaras después de los casos anteriores, el fantasma elegía hoteles con poca luz en la recepción y circuitos cerrados de grabación en una calidad insuficiente.

—¿Cómo es que no tienen DNI de las dos personas que ocuparon esa habitación? Es una obligación en todos los hoteles.

—Nosotros solo vimos a la chica en recepción, y no nos constaba que fuera a pasar la noche acompañada —respondió, muy asustado, el recepcionista que atendió a Sara.

—Una chica joven alquilando una *suite* a esas horas... Bueno, no quiero entrar en discusiones sobre obviedades. Pero eso no justifica que no tengan tampoco el documento de ella.

—Es algo complicado, verá... es habitual en los hoteles sacar algo de dinero extra con las ocupaciones nocturnas, aquí... bueno, el sueldo no es gran cosa y ya no hay propinas como hace unos años.

—Supongo que se refiere a parejas que pasan unas horas en las habitaciones y ustedes no lo registran, de modo que se quedan el dinero en lugar de ganarlo el hotel.

El chico estaba muy nervioso, sabía que sus palabras podrían filtrarse al exterior de aquella sala y que sus jefes le despedirían en el acto.

—Sí. Cuando llega alguien de madrugada para salir a las pocas horas, solemos hacer un *checking-B*. Suelen ser personas que han tenido un percance con el coche o pérdida de avión o tren y necesitan pasar unas horas durmiendo, otros son parejas con ganas de pasar un buen rato. El caso es que muchos pagan en efectivo y solo están unas pocas horas. Si no hacemos ficha en el ordenador y nos quedamos el dinero, el director del hotel nunca se entera, lo haces dos veces al mes como mucho y sacas un sobresueldo. Cuando las limpiadoras limpian esas habitaciones, no las anotan en la ficha, ni los camareros con los desayunos en el restaurante, luego repartimos el dinero y así ganamos todos un extra.

—Eso puedo entenderlo, no se preocupe que no diremos nada a sus superiores. Aunque en los casos de investigaciones por delitos es jodido no tener pruebas que serían fundamentales. Al menos, espero que nos pueda ayudar a hacer un retrato robot. ¿Está seguro de no haber visto entrar ni salir a ningún hombre aparte de la chica?

—Completamente seguro. Porque, aunque el vestíbulo está algo oscuro, llevo trabajando año y medio en el turno de noche y noto la presencia de la gente aunque no hagan el más mínimo ruido. Si entró y salió alguien, tuvo que hacerlo por las ventanas de los cuartos de la limpieza, desde la calle están a unos dos metros de altura y muchas veces las empleadas las dejan un poco abiertas para ventilar, luego olvidan cerrarlas algunos días. Pero por la puerta no, imposible, no podría entrar un gato sin que yo me enterase.

El recepcionista pasó a otra estancia para realizar el retrato robot, mientras fueron entrevistados el conserje de las mañanas y la camarera de la cafetería donde desayunó la chica. Ellos contaron versiones similares y se prestaron a ayudar en lo posible para un retrato robot. Entre la descripción de ellos y la del recepcionista de la noche, esperaban tener una imagen lo más fiel posible de la chica que sobrevivió, presuntamente, al asesino. Luego lo cotejarían con las grabaciones de las cámaras y esperaban poder disponer de un retrato casi exacto de la joven.

La sábana tenía sudor y algo de saliva de dos personas, fundamentalmente, aparte de piel y pelos. No había semen pero sí restos de lubricante de preservativos, también unas muy pequeñas muestras de ADN de otras tres personas (escamas de piel y pelos). Se trataba de pequeños residuos de otros inquilinos del hotel cuyas sábanas habían estado en contacto con la del presunto asesino en el carro de la empleada de la limpieza. Por culpa de esas muestras se invalidaría la prueba en un juicio.

El retrato robot de la chica mostraba una joven de unos veinticinco años o quizás algo menos, más de metro setenta y menos de cincuenta kilos, delgada pero con pecho generoso o un buen Wonderbrá, pelo negro liso y muy largo, piel blanca y ojos azules. Belleza clásica con rasgos simétricos y, en esto coincidían todos los testigos, tenía cara de indiferencia mezclada con mala leche, «la típica golfa sin modales ni educación», llegó a decir la camarera de la cafetería. Por desgracia, nadie observó tatuajes, cicatrices u otras marcas diferenciadoras.

El retrato robot y la capturas de las cámaras de vigilancia saldrían en todos los canales de televisión de los noticiarios nacionales y autonómicos, en periódicos, en comisarías..., incluso irían a locales de fiesta y de alterne a preguntar a camareros y porteros; aunque sería complicado, ya que el retrato robot podría parecerse a muchas chicas. Sin tatuajes, peinados raros, cicatrices o lunares característicos, sin una nariz o labios que fueran inconfundibles, era una chica muy normal dentro de su gran belleza. Solo quedaba tocar madera tras publicar el retrato y esperar una buena noticia, o un milagro.

2

—Buenos días. ¿Dónde puedo encontrar al Teniente Javier Balmaseda?

—Está reunido en este momento, pero si espera en esa sala, le podrá atender en un momento. Dígame su nombre para el registro, si es tan amable.

Después de dos horas de larga espera en la oficina del oficial, su homónimo andaluz se veía algo molesto; no le gustaba perder su tiempo y ya era más que engorroso haber tenido que viajar desde su ciudad por un caso de incompetencia o de bloqueo de información por parte de la central.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo atenderle?

—Soy Pablo Aguilar, teniente de homicidios en Sevilla, llevo el caso de asesinato que el fantasma cometió en agosto.

Bastaba con decir su nombre. En la central de Madrid le conocían por el trabajo que generaba, y que se intensificó aún más cuando se descubrió la sábana. «¿Qué hacía allí? ¿Había ido a ver la prueba por sí mismo?», se preguntaba Javier entre sorprendido y divertido.

—¿Cómo estás? Un placer conocerte por fin. ¿En qué te podemos ayudar? —intentaba ser cordial con su colega, que había esperado más de la cuenta, a pesar de considerarle un grano en el culo tan molesto como lo era su exmujer.

—Llevo dos días pidiendo las grabaciones de los testigos de San Sebastián y una copia de los análisis de la sábana, pero no obtengo resultado —respondía un Pablo visiblemente molesto.

—Bueno, aquí vamos algo liados y dejamos lo secundario a un lado para no ralentizar la investigación.

—¿Secundario? Intento resolver el caso, es algo ocurrido en mi ciudad y toda prueba que relacione al asesino me compete, por lo que quisiera algo más de cooperación.

—A ver, entiendo que te tomes muy a pecho la investigación del asesinato en tu jurisdicción —Javier trataba de ser amable, lo último que necesitaba era enemistarse con un compañero—, pero se trata de un caso a nivel nacional que llevamos desde la central. La policía de las ciudades donde se producen los asesinatos nos pasan las pruebas para que nosotros tratemos de resolverlo. Agradecemos la ayuda que nos prestáis desde allí con vuestra investigación auxiliar o paralela, llámala como desees, pero quiero que comprendas que tener personal activo dedicado exclusivamente a hacer fotocopias y envíos para el resto de ciudades es un lujo que no nos podemos permitir, más aún con los recortes que tenemos.

—Entiendo, pues si es una cuestión de tiempo y de recursos, no te importará entonces que sea yo mismo el que haga las copias y me las lleve, ¿verdad?

Javier quedó mudo, no podía responder que no tras una salida tan inteligente por parte del sevillano. Solo cabía asentir y concederle lo que había pedido. Balmaseda no entendía la dedicación u obsesión del andaluz por su trabajo, la mayoría de oficiales que llevaban casos locales del fantasma cedían la documentación y se lavaban las manos, sabiendo que otros harían su trabajo; pero este tipo había venido él mismo a por las pruebas de cada asesinato. «No estaría nada mal tener una docena de policías así en su división», pensó Balmaseda.

Ni dos horas tardó Pablo en reunir toda la información que le faltaba de los asesinatos anteriores y del intento de San Sebastián, luego las fotocopió y buscó los análisis de la sábana, era la joya principal de la investigación. Todo el malestar se disipó mientras iba viendo piezas nuevas del *puzzle* que estaba confeccionando para capturar al asesino, tarea que se había convertido en su máxima prioridad. Ahora deseaba volver cuanto antes a su ciudad y ampliar el mural con los nuevos datos y fotos. Quizá de todo aquello, y tras unas horas de meditación, saliera una pista clave para descubrir la identidad del asesino, o para saber si el de San Sebastián era un torpe imitador, ya que era muy poco probable que un tipo tan metódico cometiese semejantes errores. Sentía el picor en su estómago por lo positivo de todo aquello, había dado un paso importante y estaría a la espera de los programas de reconocimiento para ver si el ADN de la sábana se correspondía con algún criminal fichado. También tocaba madera para que la chica que salió ilesa de su reunión con el asesino apareciese y lograrse hacer una descripción detallada del mismo.

Esa madrugada volvía a la capital andaluza en un AVE, tenía en su ordenador personal el programa para acceder a las fichas de determinados delincuentes sexuales y otros asesinos que estaban en la base de datos, tal vez hubiera suerte; aunque en su interior dudaba de que se tratase de un delincuente común y fichado, era demasiado cuidadoso y listo. En la pantalla del portátil pasaban a toda velocidad las caras de delincuentes mientras la docena de usuarios que compartían el vagón del tren dormían ajenos al éxtasis que embriagaba al teniente. Este sonreía al saber que por fin había cometido un error, o incluso dos: la sábana y dejar viva a la chica. Ni siquiera parecía que fuera el mismo asesino. ¿Y si no lo fuese? Ese pensamiento borró por un instante la sonrisa de su rostro.

«No es normal que el fantasma cometa errores, pero quizás ahora busca su momento de gloria. Sea lo que sea, debo darme prisa».

Capítulo 30

Alfil se encontraba en el despacho de su estudio, enfrascado en tareas como programar sesiones, llamar a clientes y estudiar iluminaciones nuevas. Era su trabajo cotidiano, aunque aprovechaba también para desarrollar la idea que brotó cuando vio salir del baño a Sara. Ensayaba en el plató aquella luz usando geles de colores y una persiana veneciana que producía líneas de sombra y luz en el cuerpo de un maniquí al pasar un foco azul a través de ella, dando el mismo efecto que la luz de la luna a través de la ventana del hotel. Después de perfeccionar al máximo el esquema, haciendo variaciones de distancias, ángulos y potencias, lo usaría con una modelo en una sesión real.

Estaba ensimismado en su tarea, en la soledad del estudio y en la suave música *jazz* que emitían los altavoces, cuando una luz roja se encendió parpadeando sobre la zona de maquillaje y peluquería, era el chivato del timbre de la puerta; una señal visual para saber que alguien llamaba y poder atenderle cuando había mucho ruido o música en el estudio. Alfil no esperaba a nadie, pero era habitual que algún despistado llamase preguntando por otro local. No abrió la puerta y siguió con sus tareas. De nuevo volvía a parpadear la luz, acompañada esta segunda vez del timbre sonoro. Ante esa insistencia, dejó su cámara sobre una mesa y se decidió a abrir la puerta.

—¿Qué tal jefe? —era Nacho, uno de sus ayudantes—. ¿Puedo pasar? Necesito contarte algo.

—Claro, adelante. ¿Te ha ocurrido algo? —preguntó Alfil intrigado, a la vez que se apartaba para dejarle entrar.

El fotógrafo no le esperaba, ni sabía por qué estaba allí, pero supuso que podría tratarse de la petición de un aumento de sueldo, o que había ido para informarle de que se establecería como fotógrafo por su cuenta y quería consejos y teléfonos de contactos, era algo habitual; o quizá traía noticias de la competencia o de algún cliente, aunque para eso último podría haber

llamado por teléfono. Tampoco se complicó mucho pensando, el motivo lo sabría en pocos segundos.

Se trataba de un ayudante secundario que vino desde Andalucía a Madrid para estudiar fotografía, llevaba menos de un año en su equipo. No había ascendido a ayudante principal, ni a ser un fijo en sus trabajos, por no haber conseguido el grado de confianza máximo y de compenetración con el fotógrafo necesarios para ser su mano derecha antes y durante las sesiones.

Nacho entró en la cocina y sacó una cerveza del frigorífico, luego se sentó en uno de los taburetes altos, apoyando los codos sobre la gran mesa de reuniones.

—Bien, coméntame lo que te ha traído a verme. ¿Necesitas algo de mí? —comenzó la conversación Alfil, ya intrigado.

—Es posible. ¿Te comenté en algún momento que soy sevillano?

—No creo recordarlo, aunque tu acento andaluz es muy marcado. Pero no entiendo qué relación tiene que seas sevillano con que estés aquí. ¿Acaso quieres regresar a Sevilla para establecerte como fotógrafo?

—Tal vez, aunque aquí hay más trabajo. De todas formas, sea aquí o en mi tierra, cuesta mucha pasta montar un estudio y establecerme por libre, así que es una suerte que vaya a tener dinero ahora.

—Vaya, pues me alegro. ¿Tienes un acuerdo con alguna revista? ¿Un préstamo concedido por un banco? ¿Cobrarás una herencia?

—No, un chantaje. —El ayudante sonreía.

—No te entiendo.

Nacho le miró con un destello sombrío en sus ojos, luego bajó la mirada hacia la botella de cerveza y comenzó un relato sobre lo que hacía en su vida cotidiana. Con un tono bajo y pausado, relató a su jefe los pormenores de sus actividades, especialmente en sus momentos de ocio, cuando no había sesiones de fotos ni asistía a la academia de fotografía en la que estudiaba. Comentó también cómo viajaba los fines de semana para ver a sus padres y a su novia en Sevilla, donde salía de fiesta por la noche con ella y otros amigos.

—Una de esas noches, en las que bailaba con mi chica y unos amigos en una discoteca de moda en mi ciudad, vi a quien menos me podía esperar. ¿Sabes a quién? —Nacho miró a Alfil, que estaba sentado frente a él al otro lado de la mesa. Luego sonrió y volvió a desviar su mirada hacia la botella, quería dar imagen de tranquilidad y control, pero se notaba su nerviosismo—. A mi jefe, te vi a ti. —Con un temblor en el labio, miró a Alfil un instante—. Pero se suponía que estabas en Londres negociando la realización de una

campana publicitaria. Pensé que podías haber cambiado de idea para irte de escapada a Sevilla. Ya sabes, para ligar y disfrutar del clima.

Alfil oía sin dar la más mínima muestra de asombro. Permanecía impassible, no se inmutaba, ya conocía el final de la historia.

El ayudante seguía hablando, comentaba su sorpresa al enterarse después de que en esa discoteca había estado el famoso asesino conocido como el fantasma, la misma noche y llevándose a la víctima a un hotel cercano para luego matarla. Una mayor sorpresa fue comprobar en las noticias que también mostraban la foto de una chica joven, la misma a la que había visto salir del local con su jefe aquella fatídica noche.

—Entiendo —murmuró Alfil mientras iba a la nevera y buscaba en su interior una cerveza. Luego se sentó en la silla de al lado de su ayudante, demasiado cerca para el gusto del chantajista, que se mostró muy nervioso al tener a quien sabía un cruel asesino tan cerca en un lugar cerrado y a solas—. ¿Qué garantías tengo de que no me pedirás dinero más veces, todas las que quieras? —preguntó tras un trago de cerveza y una pausa de varios e incómodos segundos en silencio.

—Bueno, no te puedo garantizar nada —sonreía Nacho, sabiendo que tenía al multimillonario atrapado entre sus manos—. Pero pienso pedirte tanto dinero ahora que seguramente no necesite más. Claro que eso nunca se sabe, los ricos siempre quieren tener más y más. Bueno, quiero decir que queremos tener más y más, porque ahora ya soy un millonario.

El tipo sonreía de una forma lúgubre y mezquina, resultaba insultante. Había sido capaz de soltar por fin el discurso ensayado docenas de veces en su interior o ante el espejo de su casa; quizá los nervios no hicieron que saliese exactamente igual, pero había funcionado. Alfil ni parpadeaba.

—Quiero saber cuánta gente, además de ti, sabe esta historia —era Alfil el que ahora fingía serenidad, aunque lo hacía algo mejor que su exayudante—. Piensa que, si mi secreto es conocido por varias personas, podría sufrir más chantajes y no tendría dinero para todos. Si eso quiere decir que tarde o temprano me apresará la policía por no pagaros, opino que sería mejor ir a la cárcel antes, y siendo rico para tener buenos abogados y una estancia más cómoda en prisión, aparte de llevaros conmigo a los juzgados por chantaje y complicidad. De otro modo iré a la cárcel siendo pobre y vosotros seréis los que vayáis con buenos abogados pagados con mi dinero.

—Demostrar que te he hecho chantaje no te será fácil, es tu palabra contra la mía.

—Por suerte para mí eres mucho menos inteligente de lo que crees.

—¿Cómo dices? —preguntaba Nacho, muy sorprendido.

—Es sencillo: Por un lado, si te pago dinero, lo gastarás y eso será un indicativo; porque tú no tienes un euro ni trabajo que te lo produzca, así que no podrás justificar ante Hacienda las compras de coches, casas y otros bienes. Pero si eso no fuese suficiente, podré usar las grabaciones de audio y vídeo de esta sala, donde tan torpemente te has delatado a pesar de saber desde hace siglos que aquí se graba absolutamente todo.

El ayudante miró a la cámara que tenía frente a su cara, justo en el techo y sobre la cabeza de Alfil. Siempre había sabido que estaba ahí grabándolo todo, tanto vídeo como audio. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Con los nervios por soltar todo el discurso intentando aparentar control y calma, unido a la ilusión de conseguir el dinero del chantaje para tener su vida resuelta, había olvidado algo tan esencial. Debió citar a su jefe en una cafetería o en mitad de una calle concurrida, ahora había sido grabado haciendo chantaje a un asesino. Su única salida —pensó— se encontraba en lograr una posición dominante sobre su jefe, haciéndole ver que su situación como asesino era más complicada y comprometida que la de un simple chantajista.

—No creo que seas tan estúpido —balbuceó por fin—. Eres un niño rico acostumbrado a vivir entre lujos toda tu vida, harás lo imposible por no ir a la cárcel.

—No me has respondido, no me has dicho cuánta gente más sabe mi secreto. Sin esa información, no habrá dinero. Tengo que estar seguro de que solo tú lo sabes.

—No se lo he dicho a nadie, ni a mi chica ni a mi familia, menos aún a amigos. No quiero que piensen que soy un delincuente por hacer chantaje y por no denunciarte a la policía. Además, no quiero que nadie te chantajee, quiero todo el dinero para mí.

—¿Has visto mi estudio? —interrumpió Alfil—. Mira hacia allí. ¿Ves ese plató enorme? Lo pinté con mis propias manos cuando compré el local hace ocho años. ¿Ves aquella sala de espera con muebles y electrodomésticos de primer nivel? Estuve semanas consultando diferentes guías de decoración para poder hacerlo yo mismo.

Nacho miraba por el estudio, desconcertado, no comprendía el motivo de aquella charla, quizá su jefe estaba nervioso o quería ganar tiempo para averiguar cómo defenderse de él. Nada le salvaría de pagar, no se dejaría llevar por ninguna treta del estúpido niño rico.

—¿Ves la luz? ¿La música? ¿Has observado mis trabajos de fotografía? ¿Ves el mimo y esfuerzo que pongo en todo lo que hago para que sea

perfecto? —continuaba el fotógrafo—. ¿Crees que dejo detalles al azar? ¿Crees que voy a darte una gran parte de mi dinero sin tenerte atado como cómplice para estar seguro de que no me denuncies?

Alfil se levantó del taburete y se colocó de nuevo al otro lado de la mesa, frente a él, lo que hizo que Nacho se relajase un poco. Luego continuó hablando con el mismo tono impasible, que asustaba al chantajista más incluso que saber que estaba ante un asesino.

—Hablemos de cifras. Has venido para eso, ¿verdad? ¿Qué cantidad habías pensado?

—La mitad.

—¿Qué mitad? ¿La mitad de lo que gano como fotógrafo?

—No, la mitad de todo tu dinero.

—Pero eso es mucho, ¿no te parece? —Alfil ya no necesitaba fingir control y serenidad. Estaba muy calmado, casi risueño.

—Tú no gastas nada, ni siquiera llevas ropa cara, ni tienes docenas de Ferraris, ni casas por el mundo. No lo usas y no tienes hijos ni familia a los que legar ese dinero. Yo le daré un buen uso. —Nacho estaba cada vez más nervioso, le temblaban mucho las manos y no podía hacer nada por evitarlo. Tenía la boca seca a pesar de dar tragos de cerveza cada pocos segundos para suavizar ese efecto.

—Ni siquiera sabes la cantidad exacta que tengo, tal vez ni lo sepa yo mismo. Necesitaría algunos días para hacer números y para estudiar la forma de transferirlo sin levantar sospechas; además, no se podría hacer en efectivo, es mucha cantidad. ¿Dónde meterías un camión o furgoneta grande llena de fajos de billetes? —Alfil observaba el temblor de las manos de su ayudante, así como su frente perlada de sudor y la palidez de su rostro.

Nacho estaba hipnotizado por los ojos sombríos de su jefe, un escalofrío recorrió su espalda al comprender que eran los ojos de quien lleva casi toda su vida tratando de mirar en la oscuridad, y ha empezado a ver lo que hay en ella...

—Pero eres muy listo... —respondió titubeando—, y tienes muchos abogados y asesores, seguro que se puede meter en una cuenta a mi nombre, en algún paraíso fiscal, de donde yo pueda ir sacando poco a poco sin llamar la atención, para tener una vida co...com...cooo...

El chantajista no podía evitar el tartamudeo, dejó de hablar y miró extrañado a su alrededor mientras comenzaba a escorarse y caer lentamente del taburete. Alfil saltó rápido por encima de la mesa y le sujetó antes de que cayese al suelo y se golpease. Lo agarró por debajo de las axilas y lo sujetó

para tumbarlo con cuidado en el suelo, no quería tocar su piel para no dejar huellas, ya que no llevaba guantes y borrarlas era complicado, tampoco quería que se golpease con fuerza contra el suelo para evitar que su cuerpo tuviese hematomas, y también para que no dejase muestras de sangre, sudor o pelos en la sala del estudio.

No había momento de pensar ni de calcular, eso ya lo había hecho mientras conversaba con Nacho, y ya tenía programado al detalle lo que haría a lo largo de esa tarde y noche.

Entró en su despacho y se colocó unos guantes que guardaba en un cajón de su mueble auxiliar, luego se sentó frente a su ordenador, accedió al programa de la seguridad del local y borró las grabaciones de todo el día. A continuación hizo una copia del archivo del día anterior, en el que no hubo nadie en el estudio, y lo pegó y renombró como si fuera la grabación de ese día, algo indetectable, luego lo apagó y programó para que se encendiese de nuevo al día siguiente. Con frialdad y calma, regresó a la sala de reuniones y sacó una bolsa de plástico transparente de las que se usan para envolver varios bocadillos, la colocó sobre la mesa, al lado de la cerveza que bebía Nacho, y luego fue a la zona del plató fotográfico para buscar en las cajas de accesorios y herramientas un rollo de cinta americana. Volvió a la sala de reuniones y metió con cuidado la cabeza del ayudante dentro de la bolsa, cerrando con cinta americana el cuello para impedir que entrase o saliese aire de la bolsa; lo hizo con suma delicadeza para que la cinta americana no tocase su piel y dejase rastro de ese pegamento tan engorroso. Nacho murió asfixiado mientras seguía inconsciente, no pudo hacer nada por liberarse.

Pero volvamos unos minutos atrás.

Cuando Alfil tuvo claro que nadie más que Nacho conocía su secreto y tenía definido su plan de actuación para deshacerse de esa nueva amenaza, comenzó su partida. Con la excusa de sacar una cerveza para él, extrajo de un pequeño compartimento del frigorífico una dosis de ketamina en polvo, sustancia que se usa para anestesiar caballos pero muy de moda como droga entre jóvenes desde hace algunos años. Se puede comprar en farmacias sin receta a cambio de una propina al farmacéutico. El fotógrafo siempre llevaba una pequeña dosis en sus partidas de ajedrez por si la chica no se dormía en el hotel. Consiguió introducir la droga en la botella de cerveza de Nacho cuando se sentó a su lado y mientras le distraía haciéndole mirar alrededor del estudio; una habilidad adquirida añadiendo éxtasis a las copas de sus víctimas. La ketamina tardó dos minutos en anestesiarle y, al tratarse de una

sustancia vasoconstrictora, le comprimió el esófago al tomarla por vía oral, lo que contribuyó mucho a la asfixia posterior.

Alfil limpió con un producto antiséptico todo lo que memorizó que el ayudante había tocado desde que entró en el local. Mientras estaba fuera del estudio limpiando disimuladamente el timbre de la puerta, analizó toda la calle para ver si había alguien, tal vez dentro de un coche o agazapado tras una esquina, que pudiera haber venido con el chantajista y que estuviese vigilando o esperando su salida. Tras veinte minutos decidió que no había nadie.

Menos de media hora después de la muerte de Nacho estaba todo limpio y preparado para que Alfil pudiera deshacerse del cuerpo, pero debía esperar con paciencia otras cinco horas para ejecutar su milimétrico plan.

El chico salió del estudio a la una de la madrugada con una bolsa de basura que contenía la botella de cerveza con restos de droga y la bolsa de plástico y cinta americana con la que había sido asfixiado. Comprobó que seguía sin haber nadie vigilando en la zona, ahora más fácil de averiguar por estar la calle casi vacía. Caminó durante quince minutos y tiró la bolsa en un contenedor de basura lejos de su estudio, luego se quitó los guantes negros y paró un taxi para pedirle que le llevara al barrio de Chamartín. Veinte minutos más tarde había pagado el taxi y caminaba recorriendo las cuatro calles que le separaban del garaje donde guarda el Audi TT y la moto. Volvió a asegurarse de que nadie se fijaba en él ni le seguían, parándose al girar en cada esquina y observando a cualquiera que estuviese a su alrededor, usaba los escaparates de los locales a pie de calle como espejos donde analizar lo que ocurría a su espalda. Cualquier persona que le observase más de un instante, o cualquier conocido de su entorno que apareciese por casualidad esa noche, sería su perdición.

Una vez en el interior del garaje, colocó matrículas falsas al Audi y salió de regreso hacia el estudio. El coche negro, con el silenciador de los tubos de escape, recorrió la ciudad sin llamar la atención. Entró por la puerta del garaje, lentamente y sin que se fijasen en él las prostitutas y turistas despistados de la calle, dejándolo aparcado justo detrás del Jaguar. Entró en la sala para, nuevamente con los guantes puestos, cargar con el cadáver y colocarlo sentado sobre el asiento del acompañante, luego le puso el cinturón de seguridad para estabilizarlo y que no se tambalease mientras conducía; especialmente por si debía acelerar el ritmo al ser perseguido por la Policía. El coche tenía los cristales completamente tintados y nadie vería nada, pero la ilegalidad de llevar todas las lunas negras, unido al resto de su aspecto *tuning*,

lo convertían en un imán para que le parasen en cada control policial; por si eso no fuera suficiente, Duquesa llevaba casi dos años siendo buscado por la Policía a consecuencia de las carreras ilegales que había protagonizado. Sabía que tendría que circular por calles estrechas, como había hecho para llegar desde Chamartín, donde no habría controles policiales, pero se arriesgaba a quedar atrapado con el muerto a su lado en un embotellamiento por un accidente o cualquier otro acontecimiento que no pudiera controlar.

La suerte le acompañó y no tardó ni quince minutos en llegar a su destino. Ya estaba aparcado en la calle Cenicero, en uno de los laterales de la discoteca Kapital, donde Nacho había dicho varias veces ante los demás ayudantes y colaboradores de Alfil que iba cuando salía de fiesta por Madrid. A nadie le extrañaría que apareciese muerto en aquel sitio.

Algunos jóvenes miraban el Audi, les llamaba la atención; fue una suerte que no pudieran ver el interior, y que no se hiciesen los *selfies* que seguro se habrían hecho de haber ido con el Jaguar, con el inconveniente de que los cristales del F-Type permitían ver el interior del vehículo y sería descubierto con el cadáver.

Tras una espera de varios minutos, que ya comenzaba a resquebrajar el sólido muro de seguridad de Alfil, consiguió ver la calle desierta. En ese momento abrió su puerta y saltó sobre el capó del coche para sacar por el lado contrario el cuerpo. Lo colocó allí mismo, recostado entre el suelo y la pared, haciendo que adoptase la postura de alguien que está durmiendo una borrachera. Solo unos segundos después estaba de nuevo en el coche y partiendo de vuelta, pero no hacia el estudio, sino dirección Chamartín. Debía ocultar el coche que le delataría como piloto de carreras ilegales, aunque ya no hubiese pruebas de un asesinato en él. O tal vez sí, quizá alguna cámara lo hubiese grabado sacando el cuerpo y colocándolo en la acera. Al día siguiente lo llevaría a un taller clandestino de un conocido para pedir que lo pintasen de otro color y le cambiasen algunos detalles de los paragolpes. Y esa noche tiraría las matrículas a un contenedor lejano o a un solar abandonado del norte que era de su propiedad desde hacía dos años. Tenía pensado usar la moto para volver a su casa.

«Menudo día, espero que no haya más sorpresas —pensaba cuando parecía que podría respirar con tranquilidad—, y espero también que mi ayudante dijera la verdad respecto a que nadie más sabía lo ocurrido en Sevilla».

Por desgracia, el día no había terminado, ni mucho menos. Al entrar en el callejón y llegar a la puerta del garaje, encontró el Porsche 911 naranja de

Lucía. Permanecía en el oscuro callejón con el motor apagado, ella se bajó para dirigirse hacia el Audi, Alfil bajó la ventanilla y sonrió aparentando la calma típica en él. Nadie descubriría por su cara que había tenido el día de pesadilla que parecía no terminar nunca.

—No hay quien te vea, ni yendo a tu casa ni al estudio. ¿Has estado en una carrera sin mí? —Lucía hablaba en tono desenfadado y juguetón, a pesar de llevar horas intentando encontrarlo.

—No, salí a dar una vuelta pero no he corrido esta noche. ¿Me llamaste por teléfono? —contestó él.

—Sí, pero lleva horas apagado. He tenido que salir a buscarte.

—Ya veo. Parece que soy un animal de costumbres, y que tú las conoces todas —dijo el chico mientras miraba la puerta del garaje.

—¿Te apetece una carrera rápida? —cambió ella de tema—. Quiero ver si hoy te gano por fin.

—Llevo un día espantoso, he tenido mucho trabajo y estoy cansado. Pero una cena me vendría bien. ¿Te apetece un italiano?

Lucía quedó extrañada con esa respuesta. ¿Cómo había estado trabajando si llevaba el Audi clandestino que solo usaba para las carreras y que ni siquiera tenía...? Espera...

—¿Llevas matrículas? Qué raro.

—A veces se las coloco para dar un paseo, y así evito problemas con la policía o llamar demasiado la atención.

Alfil guardó el Audi y se marchó con Lucía en el coche de esta. Estaba seguro de que ella no había creído su explicación.

Capítulo 31

Alfil no había zanjado aún el asunto de su ayudante chantajista. Tenía que investigar si era cierto que no había contado a nadie la información que había descubierto; quizás un amigo o su novia fuese su seguro de vida, e iría a denunciarle si el ayudante desaparecía repentinamente o aparecía muerto. Debía ser rápido y localizar a cualquiera que tuviese la información y que pudiera convertirse en un contratiempo. Aunque el testigo que le vio en Sevilla estaba muerto, y no habría forma de relacionar la muerte de la chica con él de forma directa, ya que todas las pistas y pruebas estaban atadas, seguía sin fiarse, sobre todo después del garrafal error en San Sebastián.

«Debí dormir a la chica en el hotel —pensaba—, quizá darle un golpe para llevarme la sábana; pero ¿quién imaginaría que una empleada de la limpieza se la quedaría y luego la asociaría a los crímenes? ¡Joder, qué torpe he sido! No puedo volver a dejar cabos sueltos o suponer la forma de actuar que seguirán personas que no conozco, y que pueden reaccionar de la forma más imprevisible. Acabaré en la cárcel si no consigo concentrarme mejor la próxima vez. ¿Habrá próxima vez?».

El trabajo de retoque digital, reuniones y envíos a clientes estaba muy al día, y las tareas que iban surgiendo podían resolverlas sus ayudantes. Disponía de tiempo para utilizarlo en la investigación del chantajista. Comenzó con sus redes sociales, donde comprobó que había viajado a Sevilla el mismo fin de semana que él. En sus fotos y los estados de su facebook se le veía con amigos y la que debía de ser su novia, cenando, almorzando, paseando por la orilla del Guadalquivir y saliendo de fiesta. Alfil reconoció la discoteca en la que había jugado su última partida con éxito. Después había visitado dos veces más la capital andaluza, y en una ocasión había sido su novia la que había viajado para estar con él en Madrid. Por sus estados y comentarios no se apreciaba ningún cambio de actitud con respecto a novia y amigos, claro que si tuvo conversaciones confidenciales con ellos, lo haría a

través de mensajes privados a los que el fotógrafo no tenía acceso. Analizando cada foto y comentario de su facebook y cada entrada de su twitter, corroboró lo que muchas veces había pensado: todo el mundo muestra el noventa y nueve por ciento de su vida en las redes sociales: hacia dónde viaja, dónde vive, lo que come y bebe, dónde y cuándo sale de fiesta, con quién, etc. El uno por ciento restante son los momentos en que van al baño, y eso no está de moda, aún.

El compañero de piso de Nacho era Jaime, otro de sus ayudantes. Tendría que ver su comportamiento para descubrir si sabía algo, si se mostraba nervioso en su presencia. Por lógica, no podría hablar con él directamente sobre el tema, pero podría vigilarle. Después de analizar las redes sociales de Jaime, llegó a la misma conclusión que con Nacho: no se apreciaban comportamientos extraños en sus comentarios ni estados.

«¿Por qué tardó tanto en chantajearme? —pensó un Alfil muy dubitativo—. Quizá Nacho dudase en hacerlo y que otra persona le convenciera para llegar hasta el final, o quizá alguien hubiese estado intentando convencerlo estos meses para tratar de impedirle realizar el chantaje. Debía de haber alguien más, siempre hay alguien más. Si un secreto es difícil de guardar en los tiempos actuales, mucho más complejo si es algo tan importante. Y si Nacho quería tener alguna seguridad de vida, lo lógico es que contase con alguien de su entorno para cubrirle las espaldas. Claro que esa es mi forma de pensar, y después de comprobar su estupidez al chantajearme ante la cámara del estudio, no debiera sobrevalorar su intelecto».

«Por otro lado, ellos, si es que hay un ellos, no tienen pruebas, solo el testimonio de una persona que está muerta. Yo, por el contrario, tengo mi coartada cerrada, incluyendo pruebas de mi viaje a Londres, y no hay nada que me relacione con Sevilla ese día. Si existe alguien más con información proporcionada por Nacho, lo lógico es que huya al enterarse de que ha aparecido muerto en la calle. No creo que pueda hacerme daño ni que quiera hacerme chantaje después del éxito de su socio».

Alfil no tenía acceso a la novia del fallecido para evaluarla, pero su amigo y compañero de piso era ayudante en su equipo y podía tenerle cerca sin que sospechase que le vigilaba. Así que convocó una sesión de fotos de improvisado, no pertenecía a ningún encargo de ningún cliente, aunque se podría vender luego a alguna revista en otro país; algo que hacía la mayoría de fotógrafos de moda para conseguir un sobresueldo. Se cobraba algo menos que cuando era un encargo directo, pero más que suficiente para cubrir costes y dejar buenos beneficios. Durante esa sesión podría estudiar el

comportamiento de Jaime y comprobar si todos los cabos de la muerte del chantajista estaban atados.

Diez horas duró el trabajo, en las que Alfil estuvo presente desde la misma llegada de los atónitos colaboradores, perplejos al ver que el fotógrafo estaba allí antes que ellos por vez primera desde que trabajaban para él. Diez horas observando desde la distancia al colaborador, investigación que concluyó con la certeza de que era imposible que supiera algo. Jaime estuvo de bromas con todos, incluso con el propio Alfil, trabajando sin parecer preocupado ni temeroso. Fue controlado también por las cámaras del estudio para ver sus reacciones cuando su jefe no estaba a la vista. El chico estuvo distendido todo el día. Salvo que fuese el mejor actor del mundo, y con una sangre fría inusual, estaba descartado.

Cuando terminó la sesión, y parecía que la gente se había marchado, apareció Leyre en el despacho. Provocó un sobresalto en el fotógrafo, que creía encontrarse a solas y tuvo que mesurarse ante el aspecto etéreo que siempre lucía su menuda estilista, esa semana con el pelo blanco como la nieve. Alfil pensó por un instante que no recordaba haber visto en toda la jornada a la chica, quizá porque no le había prestado atención para poder centrarse en vigilar al ayudante; o quizá porque ella, queriendo conseguir el aumento de sueldo prometido, había permanecido callada y discreta durante todo el día.

—Me porté muy bien, ¿verdad? Ya ves que puedo ser una chica muy respetuosa con mis compañeros y cumplir las órdenes de mi jefe —dijo en tono casi jocoso mientras hacía un saludo militar.

—Está bien, te lo has ganado tanto que voy a darte la editorial. Quiero que te encargues de colocarla fuera y que te quedes mi parte del dinero.

Los ojos se le salían de las órbitas, eso era mucho dinero, no discutió ni un instante, solo añadió:

—Eso está hecho, déjalo en mis manos y ¡¡mil gracias!! —Para darle a continuación un sonoro beso en la mejilla y salir rápidamente del estudio.

La oscuridad y el silencio llegaron por fin. Los olores, sonidos y luces que habían inundado el lugar durante toda la jornada desaparecieron de repente, y solo quedaron los pensamientos del fotógrafo deambulando entre la penumbra: «Debo dejar de ser tan paranoico con este tema, no puedo controlar lo que no conozco. Si algo sucediese en los próximos días, tendría que obrar con rapidez para tratar de solucionarlo, si es que estuviese en mi mano hacerlo. Mientras tanto, debo mantener la calma y hacer mi rutina diaria».

Alfil siempre tenía un plan de fuga preparado, no podía quedar expuesto y entregarse a la policía para pasar veinticinco años en una cárcel de máxima seguridad. No podía resignarse a convertirse en un monstruo para la sociedad, mejor exiliarse en algún lugar remoto, escondido en otro país donde nadie le reconociera... Esa era una mejor opción.

El fotógrafo disponía de identidades falsas preparadas con documentos reales y en regla. Era propietario de una avioneta, aparte de su *jet* privado, en un aeródromo a las afueras de Madrid, siempre lista para salir; hacía ya varios años que aprendió a pilotar. Tenía varios coches en garajes diseminados por la ciudad para llegar al aeródromo o salir hacia otra ruta de escape; poseía pisos discretos en países como Marruecos, Malta, Ucrania y Panamá. Todo un entramado bien estudiado para salir sin ser visto del país. Ni sus colaboradores ni sus vecinos sabían que tenía una salida escondida en el estudio y otra en el piso. Si la policía apareciese por la puerta, podría abandonar el edificio sin ser visto, apareciendo en una calle lejana. Con dinero y estudiando las variables posibles ante una situación de riesgo, estaba preparado para actuar muy rápido.

2

Esa tarde fue a *Gymage* y luego a practicar algo de boxeo al gimnasio Arian. Las pesas le hacían ordenar sus pensamientos y el boxeo conseguía hacerle olvidar sus preocupaciones, justo lo que más necesitaba. Ayudó que el compañero con el que hizo guantes le diera un par de golpes que le hicieron besar la lona, no había nada que le vaciase mejor los pensamientos. Alfil era de los que no aceptaban perder, así que la rabia le hizo levantarse y buscar más; después de una hora de pelea, acabó triunfante pero magullado y exhausto.

Fue muy liberador el poder vaciarse por dentro para volver a cargar las pilas. Lo que ahora comenzaba a intrigarle, y mucho, era la ausencia de pensamientos sobre Lucía. Llevaba unos días sin saber de ella. Limpiar los descuidos del fantasma le habían absorbido por completo.

Cuando regresaba a casa se encontró con la chica en la puerta del edificio. Sintió un estremecimiento al pensar que su mente había invocado su presencia. No creía en supersticiones ni misticismos, pero sin duda era

demasiada casualidad que Lucía estuviese allí justo después de haber pensado en ella. Detenido en la acera de enfrente, y aún sin que ella le hubiese visto, empezó a notar de nuevo esa calma que Lucía le provocaba con su simple presencia. Pero también se maravilló con su imagen, era preciosa, emanaba seguridad, elegancia y belleza a partes iguales. Allí, bañada por la penumbra anaranjada de una farola y bajo la puerta de la entrada del edificio, era toda una visión para recrearse desde la distancia. Lucía conseguía hacer elegante y bello cualquier rincón en el que se encontrase.

—Lo sé, soy lo peor. Llevo siglos sin llamarte. Espero que me disculpes —le dijo, intentando hablar primero por si ella estaba enfadada, mientras se mantenía a una distancia de unos dos metros.

—Eres un artista de éxito y muy ocupado, seguro que tienes siempre mil cosas en la cabeza para ordenar y que todo salga bien. No me molesta ir detrás de ti para verte —añadió ella, acercándose y quedando a solo unos pocos centímetros de él.

Era perfecta, nunca se enfadaba. Alfil era consciente de que se portaba mal, la descuidaba y ella nunca protestaba; al contrario, acababa buscándole y aceptando la situación sin más. Eso le hacía enfadarse aún más consigo mismo.

—¿Quieres subir y pedimos algo para cenar? O puedes esperar a que me cambie y marcharnos a comer donde te apetezca.

—Subamos y lo vamos viendo —terminó ella la conversación antes de darle un beso.

En casa no hubo palabras, la química y el deseo seguían intactos entre ellos después de esos meses juntos. Hicieron el amor en el *jacuzzi* de la terraza y acabaron entre risas y abrazos.

—Nena, vas a hacer que mis vecinos llamen a la policía.

—Pues no sé si habrá espacio para todos en el *jacuzzi* —contestó ella riendo, luego le besó.

Capítulo 32

En los noticiarios y la prensa hablaban de la aparición de un chico muerto por causas naturales o debidas al consumo de alguna sustancia aún sin detallar por las autoridades, hecho ocurrido en la madrugada anterior y en una calle contigua a la discoteca Kapital. No había testigos y los responsables del local mantenían que el suceso no guardaba relación alguna con su establecimiento.

—Hemos entregado las grabaciones de las cámaras de vigilancia del perímetro a la policía para demostrar que el fallecido no ha entrado ni salido de nuestro local en toda la noche. Eso no quita que estemos consternados y queramos dar el pésame a la familia del joven —decía el director del centro a la reportera que le entrevistaba en directo.

La policía no estaba tratando el suceso como parte de la investigación del fantasma, ni se les había pasado por la mente a los investigadores que guardase ninguna relación con los crímenes de las chicas en los hoteles. Como tampoco tenían sospechas de que se tratase de una muerte por causas violentas. Por el momento, se limitaban a realizar los partes y atestados para cerrar el informe, catalogándolo de muerte natural si el examen toxicológico no rebatía esa hipótesis. Poco después se supo que había tomado una dosis de ketamina por vía oral, lo que le produjo la asfixia y terminó por cerrar el caso oficialmente. La noticia pasó de largo y se olvidó a los pocos días. Para la sociedad fue un chico más que había coqueteado con las drogas y había acabado perdiendo la vida. Las imágenes en Sevilla de sus desconsolados padres y su novia no supusieron más de unos segundos de conmoción a la sociedad en un programa de famoseo y en un noticiario regional.

En Madrid, la policía continuaba asfixiada ante el volumen de trabajo y con presiones por el caso del asesino en serie, descuidando otros, quizá más importantes. Aunque hubiera sido difícil averiguar lo que había ocurrido en la muerte de Nacho, ya que no había pruebas, móvil del posible asesinato ni

testigos. Mucho más complicado aún habría sido relacionarlo con los crímenes del fantasma.

2

En Sevilla, en el piso del Teniente Pablo Aguilar, había más cajas con documentos y fotos, aparte de chinchetas de colores y notas en el mural de su pared. Su viaje a Madrid le hizo completar, o casi, el difícil *puzzle* al que se enfrentaba. Prácticamente no dormía por las noches y litros de café y RedBull le mantenían despierto durante el día. Pasaba las horas tratando de desarrollar posibles teorías sobre un caso del que había vuelto a recibir malas noticias desde el laboratorio, los archivos no daban ninguna coincidencia del ADN encontrado en la sábana con respecto a los delincuentes fichados en la base de datos. Lo único realmente fiable era el retrato robot de la chica que había sobrevivido tras pasar una noche con el asesino. Resultaba extraño que en esos días no la hubieran localizado ya, y más extraño aún que la chica no apareciese en una comisaría para declarar. Todo volvía a ir despacio, demasiado despacio, al menos para el frenesí mental del teniente y la excitación que supuso el descuido del criminal (o quizás imitador) en San Sebastián.

Pablo tenía una teoría sobre la víctima, o casi víctima: existía la posibilidad de que la chica fuese asesinada por el propio fantasma el día después y hubiese hecho desaparecer el cadáver. Era un motivo más que probable para justificar que aún no hubiera aparecido. No concebía que una persona no fuese a comisaría a declarar después de la búsqueda que todo el país hacía sobre ella, salvo que estuviera muerta o que el revuelo mediático provocara consecuencias negativas para ella. Tal vez fuera una prostituta o, quizás, una chica casada que estaba siendo infiel a su marido. Sin duda tendría reparos a la hora de admitir que ella era la chica de la que hablaban todos los noticiarios, la mujer que había practicado sexo durante toda una noche con el asesino más cruel de las últimas décadas. ¡Buf! La cosa se complicaba.

Desde Madrid ya no le atendían sus llamadas, no tenía apoyo para seguir la investigación. Estaba solo. Sus propios compañeros y subalternos de la comisaría de Sevilla habían pasado a ocuparse de otros casos, y le habían

comentado en varias ocasiones que no continuarían con un caso del que le habían ordenado apartarse. Si la investigación la hacían desde la capital, era absurdo que lo investigaran ellos, descuidando otros casos locales. Estaba solo ante aquella cruzada. En la central buscaban por presión del ministerio y en las ciudades locales donde había actuado el asesino no se investigaba. Todo aquello no tenía ningún sentido, ya que para atrapar a un tipo tan listo necesitaban todos los recursos a su alcance, aparte de motivación real por atraparlo. Pablo sentía que era el único que podría descubrirle y apresarle, el único que reunía esos requisitos aparte de un tercero: el talento. La rabia le consumía pensando que no aprovecharían el error cometido de la sábana, ya no digamos la búsqueda de la testigo. Ahora le tenían a tiro, solo debían centrarse en la búsqueda de esa chica.

Pablo estaba sentado en su sillón frente al mural, ya no miraba paseando la vista por todos los datos, conocía cada uno de ellos al milímetro y con precisión fotográfica. Se limitaba a perder la mirada, buscando inspiración más allá de las dimensiones del cuarto en el que se encontraba. En ese espacio concentraba todos sus esfuerzos y todas sus células grises para buscar la solución. Sabía que nada llega esperando, sino luchando y buscando con esfuerzo.

«Tal vez el fantasma no vuelva a actuar —pensó aterrado—. Tal vez abandone después del error en San Sebastián, debo ser rápido por si esa opción se hace realidad. Si la información que hay es la que está delante de mis ojos, si no habrá en un futuro más pistas ni errores cometidos, ni asesinatos, debo conseguir encontrarlo con lo que dispongo en este cuarto».

«¿Y si el de San Sebastián no era el fantasma? —Ese pensamiento le alarmaba cada vez más—. Tal vez estemos buscando con pistas falsas, pensando que los restos de la sábana y la chica de la habitación son las claves; pero, ¿y si no lo son? O tal vez sea un montaje del asesino para burlar a la policía, con ADN falso y una actriz con peluca haciéndose pasar por víctima que escapa. No, eso es imposible, el laboratorio solo encontró pelos naturales y con los folículos intactos. La cosa se complica más cuanto más cerca nos creemos de la solución».

El teléfono sonó e hizo que el teniente se sobresalte, miró el móvil sobre la mesa, sonando y vibrando, era de madrugada y no muy lógico que llamasen a esa hora. Se trataría de un error o había ocurrido algo muy grave. Descolgó y percibió mucho ruido ambiente. Era la comisaría, pero había mucha gente hablando para esa hora de la noche. El agente que había llamado le habló por fin, o mejor dicho, le gritó desde el otro lado.

—Siento la hora de la llamada, teniente. Espero no haberle despertado, pero es muy urgente, es relacionado con el fantasma.

—¿Qué ha ocurrido?

—Le han atrapado.

Capítulo 33

El mundo se había hecho muy pequeño de repente. La habitación de Pablo volvía a estar forrada de fotos e informes, no había cuarta dimensión ni nada extrasensorial que le hiciese ver más allá de las paredes; solo cosas físicas, retales desordenados de una historia que no había sabido recomponer para ser el primero en descubrir al asesino. Lo que acababa de oír le había devuelto a la dolorosa realidad, como lo hace una tremenda bofetada en la cara en un día muy frío. Las paredes de la habitación comenzaron a acercarse lentamente hacia él, haciendo que el espacio se redujera por segundos y hubiese menos oxígeno que respirar, la atmósfera de agobio y claustrofobia no le hizo desmayar, sino algo mucho peor, le despertó casi por completo.

—¿Cómo has dicho? Repite eso —dijo sin poder levantarse de su sillón y bajo cierto estado de *shock*. Aún no era plenamente consciente de la situación, o no quería serlo.

—Le han atrapado en Madrid, mientras intentaba matar a una chica. Ella gritaba y el personal del hotel llamó a la policía. Entraron en la habitación y le impidieron, por muy poco, que estrangulara a una mujer, se trataba de una prostituta.

—No puedes ser. Eso es... ¿imposible?

Pablo colgó el teléfono y, respirando de un modo profundo, se levantó de golpe de su sillón, luego tuvo que esperar unos segundos para que la presión y el mareo se estabilizasen.

En la central de Madrid estaban sumidos en el caos más esperpéntico, policías corriendo por toda la oficina, la calle atestada de prensa y de cámaras de televisión que informaban en directo sobre la detención y la pronta llegada del asesino. Un comité de recepción preparándose para la llegada del ministro y de otros altos cargos como la presidenta de la Comunidad de Madrid, la Alcaldesa, varios concejales y el portavoz de interior del Gobierno Central. Habían acordonado la calle y cortado el tráfico de vehículos, nadie atendía llamadas de auxilio por teléfono; los jefes andaban desaparecidos preparando sus informes de cara al ministro. La situación solo sería comparable a una fiesta de fin de año en una gran oficina justo el mismo día del Juicio Final.

—Estamos frente a la comisaría central de la Policía Nacional en la calle Génova, donde faltan escasos minutos para la llegada del delincuente más buscado de la década, el asesino de siete víctimas confirmadas conocido como el fantasma —narraba una reportera en riguroso directo y con el foco de la cámara iluminando su cara.

A su alrededor había docenas de reporteros más haciendo exactamente lo mismo, incluso prensa extranjera que había llegado a tiempo, y en breve se esperaban a muchos más periodistas internacionales. Todas las televisiones habían interrumpido sus emisiones para poder dar la noticia en directo, querían mostrar la cara del asesino, si es que era posible, a la llegada a la comisaría. El país se había paralizado.

Eran las nueve de la mañana y no había nadie que no estuviera ante la televisión o el teléfono para seguir el caso, se había corrido la voz por mensajes de móvil y redes sociales y todo el mundo esperaba ver al fantasma. El propio teniente Pablo Aguilar iba en la cafetería del AVE, mirando las noticias en directo y tomando su tercer café de la mañana, ansioso por poder ver la cara de quien había logrado monopolizar su vida los últimos meses. Ni siquiera había dormido desde que le llamaron para darle la noticia esa misma madrugada. Se encontraba en un rincón del vagón restaurante, mirando fijamente la pantalla de televisión, que siempre muestra imágenes de viajes pero ese día hacía una excepción y emitía el noticiario especial de TVE 1. Al mismo tiempo, a su alrededor se vertían cientos de comentarios de los presentes sobre lo que deberían hacerle a ese tipo, lo inepta que había sido la policía por tardar tanto en atraparlo y otros comentarios aún peores que llegaban a los insultos. Pablo pensó que era como estar en un bar el día después de perder un partido decisivo la selección española de fútbol, todo el mundo era el mejor entrenador o el mejor policía del mundo después de dos

cervezas. «Al final, pensaba, la opinión es como el agujero del culo, todo el mundo tiene la suya propia».

El único lugar despejado de gente en los alrededores de la comisaría era la zona lateral por donde hacían su entrada los presos. Un cordón de dos docenas de policías fuertemente armados y con chalecos antibalas se encontraban tras el grueso paso a nivel de acero. Los curiosos y la prensa trataban de hacer presión para acceder a esa zona, pero la policía no dudaba en repeler la intrusión usando la máxima fuerza.

Una escolta de motocicletas provocó una estampida por toda la zona, pero no se trataba del furgón que trasladaba al detenido, sino de un gran coche negro con los cristales tintados. Era el ministro o cualquier otro que llegaba a colocarse medallas ante la prensa y soltar frases ensayadas tipo: «Aquí siempre hacemos las cosas así de bien y de rápido». Justo cuando el vehículo se detuvo y la barrera de acero ascendió para darle paso, el ministro, o quién fuese dentro del coche oficial, tuvo que posponer su tan ansiado baño de masas, ya que un ensordecedor griterío, cargado de insultos, dio la bienvenida al esperado furgón azul con rejas en las ventanas.

Mientras sacaban a toda prisa el coche oficial de la zona, una veintena de policías formaba un cordón de seguridad alrededor del furgón, del que salieron una docena más de agentes y el tan esperado sospechoso.

Los nervios del momento provocaron una lluvia de insultos, que se vio acompañada de otra más real: la producida por las piedras y otros objetos arrojados por el indignado y alterado público hacia la entrada de la comisaría. Los antidisturbios tuvieron que sofocar y prevenir una posible invasión y linchamiento. Los gritos de «¡Asesino, asesino!» cesaron cuando el detenido salió y se detuvo, mirando hacia el gentío, y levantó sus manos esposadas, con el símbolo de victoria en sus dedos y una sonrisa de oreja a oreja. Las cámaras de televisión y los *flashes* inmortalizaban el momento mientras un sepulcral silencio se apoderaba de la zona.

El arrestado, de algo menos de metro ochenta de estatura y unos noventa kilos de peso, no trataba de ocultarse; más bien pareciera disfrutar del baño de masas. Moreno de cabello, aunque con una incipiente calva, y con barba de varios días, sonreía mostrando la urgente necesidad de una ortodoncia. Mientras tanto, los policías tiraban de él para introducirlo en el edificio y los reporteros se atacaban con los codos para poder tener la mejor foto o grabación posible del presunto criminal.

El grito desgarrador de quien parecía un amigo o familiar de alguna de las víctimas les devolvió a todos a la realidad, seguido de un sonido que dejó en

estado de *shock* a todos los presentes: el disparo de un arma de fuego. Alguien del público había disparado hacia el supuesto fantasma. Gritos de pánico dieron lugar a una estampida en la zona. Caos y desconcierto inundaron la calle. Los llantos y las llamadas de auxilio, por parte de los heridos que habían sido pisoteados, dieron paso a las sirenas de las ambulancias. Todo ello mientras docenas de policías se afanaban en reducir a la persona que había realizado el disparo. Por suerte, nadie había resultado herido, la bala había impactado en la pared de la comisaría y no hubo oportunidad para un segundo intento, los policías habían llevado al preso en tiempo récord al interior del edificio.

—¿Ha resultado alguien herido? —preguntó Javier Balmaseda a uno de sus ayudantes mientras ambos salían de la oficina del teniente.

—Nadie, y ya han detenido al tirador.

—¿Algún loco con ganas de fama?

—No, el hermano de la chica de Barcelona. Gritaba como un condenado. Luego alegará enajenación y quedará libre en el acto.

—No voy a decir que me parezca bien, porque podía haber herido o matado a algún agente, pero comprendo sus motivos. Y ahora, pasemos a mayores. ¿Dónde está el sospechoso?

—En la sala tres de interrogatorios, todos te están esperando.

—¿Todos? —preguntó tras frenarse en seco.

El sospechoso se encontraba esposado y sentado al extremo de una mesa ovalada, en el lateral de su derecha estaba su abogado de oficio, y a su izquierda los dos agentes del FBI. La silla libre frente al detenido esperaba a ser ocupada por el teniente. Un gran espejo decoraba, como único complemento, casi toda una pared; tras él grabarían y observarían, media docena de agentes más, el tan esperado interrogatorio del supuesto fantasma.

—Buenos días, mi nombre es Javier Balmaseda y le informo, en presencia de su abogado, que la conversación será grabada. Supongo que mis compañeros le han leído sus derechos —Javier sabía que era así, ya que insistió en que se le leyeran también al llegar a la comisaría y en presencia de su abogado. No quería dejar ningún resquicio legal, ni cualquier otra posibilidad, que le permitiese quedar en libertad por culpa de un tecnicismo o defecto de forma en su detención—. Si no les importa, caballeros, comencemos con las preguntas.

—¿Puede decirnos su nombre? —continuaba el teniente.

—Manuel Díaz Fernández.

—¿Es cierto que se encontraba usted ayer miércoles, veintitrés de noviembre de dos mil dieciséis, durante la noche y la madrugada, en el Hotel Intercontinental de Madrid acompañado de una señorita?

—Sí, es cierto.

—¿Es cierto que la policía entró en la habitación después de que los empleados y huéspedes protestasen por haber oído gritos?

—No contestes a esa pregunta —interrumpió el abogado, tapando el micrófono de la mesa con la mano—. Mi cliente no sabe lo que pudieron oír o de lo que pudieron quejarse el resto de huéspedes o empleados.

—Formularé la pregunta de otro modo: ¿Fue usted interrumpido en la habitación por la policía?

El presunto homicida parecía muy tranquilo, casi divirtiéndose con la expectación creada.

—Quiero contestar a todas las preguntas. No tengo nada que ocultar y quiero confesarlo todo. Sí, es cierto que la policía entró en la habitación.

—¿Qué se encontraba haciendo en ese momento en la habitación? — Javier se inclinó hacia delante en su silla, y podía incluso apostar a que los agentes tras el falso espejo también se acercaron al cristal.

—Estaba intentando matar a esa puta.

—¡Esperen! ¡Mi cliente no ha querido decir eso, se encuentra bajo los efectos de la presión del interrogatorio! —gritaba histérico el abogado.

—¿Pero qué dice? No diga estupideces, su cliente está muy tranquilo y confesando sin coacciones. Le recuerdo que se está grabando todo.

—Quiero confesar, me encuentro bien y no quiero ningún abogado.

—¿Pero qué dice? ¿Se ha vuelto usted loco? —gritó el abogado de oficio a su recién perdido cliente.

—Por favor, si desea quedarse, puede hacerlo, pero no vuelva a interrumpir al detenido. Acaba de despedirle como abogado y ha renunciado a un defensor, y todo ha quedado grabado. Podríamos pedirle incluso que abandonara la sala —amenazó el teniente al abogado para que no volviera a intervenir—. Continúe Manuel.

—Pues lo dicho, estaba estrangulando a esa puta cuando me interrumpieron los policías.

—¿Por qué intentaba matarla?

—Porque es una zorra, vende su cuerpo por dinero. Hay que terminar con esta lacra de la sociedad; y porque me gusta matar mujeres... Me gusta estrangularlas hasta verlas muertas.

—¿Ha matado a más personas antes?

—He matado a siete putas más por todo el país. ¿No ha visto las noticias, agente?

—¿Dónde las ha matado? ¿Recuerda las ciudades en las que haya asesinado a esas chicas?

—Claro, en Barcelona, Valencia, Sevilla...

El acusado no paraba de hablar, daba datos sobre las ciudades donde había actuado el fantasma, nombres de las chicas, detalles sobre guantes, sábanas... Diez horas de interrogatorio después, el detenido fue enviado por un juez a una celda sin fianza y los policías se marcharon exhaustos a sus casas.

3

En otro punto del centro de la ciudad, un noticiario provocaba la sonrisa de Alfil, que tumbado en su sofá contemplaba perplejo a la par que divertido y sin dar crédito a lo que mostraba su televisor. Menuda expectación —pensaba—, las calles llenas de gente, antidisturbios, un tipo había disparado, la reportera del canal lanzando frases ensayadas que rozaban el melodrama. Pero lo mejor de todo había sido la aparición y el saludo del detenido, su primer plano llenando las sesenta y cinco pulgadas de su televisión, y los dedos en señal de victoria, habían provocado que se atragantase cuando daba un sorbo a su copa de vino.

La periodista, que continuaba haciendo guardia en los exteriores de la comisaría, entraba en directo, haciendo un esfuerzo para no temblar ante el frío de la noche, y notificaba sobre las últimas filtraciones. Al parecer, el presunto asesino había rechazado la defensa de un abogado, así que los reporteros y cámaras permanecerían a la espera de la salida del letrado de oficio para intentar conseguir alguna declaración en exclusiva.

Alfil sonreía.

—Divertido, esto se pone muy divertido.

4

—¡No me jodas Javier! ¿Quién se cree las tonterías que dice ese perturbado? Esa declaración o confesión, como quieras llamarla, no se sostiene por ningún lado. Ese tío es un lunático con ganas de fama. No es el fantasma y tú lo sabes de sobra.

—Ni siquiera estás autorizado para estar aquí, no me digas lo que puedo o no puedo hacer —contestaba Javier a su colega, Pablo Aguilar, que había llegado unas horas antes a su oficina—. ¿Acaso no oíste la declaración?

—Lo he hecho dos veces, porque la primera no pude creer las estupideces que oía. ¿No ves que ese tipo repetía los datos que la televisión ha dado mil veces? No tiene ni los recursos económicos ni la mente y físico suficientes para hacer algo de esa magnitud. No me puedo creer que tú no lo veas igual de claro. Ni siquiera estaba usando el *modus operandi* del fantasma cuando fue detenido. ¿Una prostituta? ¿En un hotel de lujo, con moqueta y cámaras de alta definición? ¿Entrando por la puerta principal?

Pablo no pudo seguir con su exposición, Javier le agarró del brazo y lo llevó casi a empujones a un despacho vacío, luego cerró la puerta para asegurarse de que nadie oyera la conversación.

—¿Eres idiota? ¿Acaso no ves todo lo que hay detrás de este caso? ¿Tan obcecado estás con atrapar al asesino que no comprendes todo lo que hay alrededor?

—Solo sé que un criminal anda suelto y se está haciendo una pantomima.

—Mira tío, este zumbado, o como quieras llamarlo, se ha autoinculcado después de ser pillado con las manos en la masa. El ministerio y los jefes querían al fantasma y no podemos decirle que no lo es, salvo que le llevemos al verdadero. ¿Lo entiendes ahora?

—Pero si se juzga y encarcela a este tipo, no nos dejarán seguir investigando y nunca le cazaremos.

—Te equivocas, cuando vuelva a matar, volveremos a iniciar su caza. Claro que después de quedar como gilipollas ante todo el mundo, pero hasta entonces no podemos evitarlo. Somos empleados con jefes que nos dan órdenes, no lo olvides. Y no te preocupes por ese imbécil de ahí fuera, se podrá demostrar con facilidad en un juicio que se encontraba en otros lugares cuando se efectuaron los crímenes del verdadero asesino.

Se creó un silencio incómodo en el despacho. Pablo sabía de sobra todo lo que le contaba su homónimo, pero su obsesión por resolver el caso le nublabla los sentidos. Javier continuó, aunque ahora algo más calmado:

—Tenemos un ascenso y un aumento en una mano si seguimos las órdenes de arriba; o una suspensión de empleo y sueldo indefinida en la otra

si pasamos de las órdenes y damos pistas a la prensa sobre el error de la captura del asesino. Tú decides el siguiente paso que debemos dar. Tú decides si tomamos un camino u otro.

Pablo resoplaba, entendía perfectamente a su compañero y sabía que no podría hacer nada por impedir que ese imbécil fuera al calabozo, al menos lo merecía por intentar matar a esa pobre chica. Por otro lado, se sentía muy aliviado, quería atrapar al fantasma él mismo y esta noticia le daba esperanzas. «Aún sigue libre, libre para que yo le capture».

—Este tipo llevaba guantes de lana, una sábana barata, usó un hotel de lujo entrando por la puerta principal con una prostituta, la ahogaba a gritos... ¿Quién se creará esa película de serie B? ¡Pero si iba vestido con un traje de los años noventa que le quedaba enorme! ¿A quién conquistaría ese idiota gordo, calvo y desfasado en una discoteca?

—Sí, tengo que reconocer que da risa pensarlo —dijo Javier mirando al suelo e intentando mantener la risa ante la coherencia de su colega—. Lo mejor es esperar unos días, tal vez semanas. Durante ese tiempo debemos ser dos tumbas. Seguimos investigando pero no se lo contaremos ni a compañeros de trabajo ni a amigos o familiares, no podemos permitirnos ninguna filtración. Ahora hazme caso y vuelve a Sevilla; mientras, haré que tu nombre conste como uno de los más destacados investigadores de la captura.

—¡Joder no! Luego se sabrá que ese tipo era un fraude y prefiero que la mierda no me salpique. Si atrapo o atrapamos al verdadero asesino, ya habrá tiempo de repartir la gloria.

Ambos tenientes salieron del despacho a tiempo de ver que habían llegado los comisarios y el ministro del interior para hablar con la prensa y salir en primera fila en todas las fotos. Pablo se marchó a la estación de Atocha para regresar a su ciudad, esta vez iba más tranquilo, casi feliz, nada que ver con el viaje de la mañana.

Capítulo 34

Primer día de 2017, televisión y prensa llevaban más de un mes sin hablar del fantasma. Dos semanas fue el tiempo que siguieron dando cobertura a la noticia tras la captura del supuesto asesino. Después, y quizá por la pérdida de audiencia, los noticiarios y programas matinales de variedades buscaron otros casos y noticias con más gancho para su público. La policía ya perseguía otros delitos y los ciudadanos habían olvidado por completo, y como por arte de magia, la que fue la noticia de la década.

A muchos kilómetros de la capital, disfrutando de las tibias aguas de una paradisíaca y desierta cala en Menorca, se encontraban Alfil y Lucía pasando un fin de semana en el velero que acababa de adquirir el fotógrafo. Más de veinte metros de eslora para alejarse de la monotonía de su trabajo en Madrid y dejarse llevar por nuevos vientos de cambio. El chico debía tomar decisiones importantes de cara a su futuro inmediato e, irónicamente, hizo caso al ayudante chantajista. Estaba decidido a disfrutar de los recursos económicos con que contaba; invertiría tiempo, además de dinero, en diversión, tras tantos años de obsesión por su trabajo.

Le embargaban deseos e ilusión por afrontar una nueva etapa en su vida, deseos de felicidad, deseos de romper con el pasado, deseos de afrontar un incierto futuro. Ahora decidía construir su futuro con Lucía y estaban en ese precioso barco que habían bautizado con el nombre de *Deseos*.

En dos semanas comenzarían las sesiones de fotos y debía cumplir los objetivos y compromisos fijados con los clientes. Alfil estaba desconectando de todo para poder centrarse luego al cien por cien en su trabajo. Lucía, por su parte, le ayudaba a eliminar pensamientos negativos y aportaba la estabilidad y felicidad que él tanto necesitaba. Pasaron ese primer día buceando en las aguas del Mediterráneo, tomando el sol y haciendo el amor. Por la noche fueron a la isla para dar un paseo y cenar en *Es Cranc*, el restaurante favorito de la chica en la zona más bella de Menorca. Allí les prepararon una mesa en

el extremo de su terraza, el punto idóneo para disfrutar del ocaso sobre el mar en la intimidad que la pareja había solicitado.

Lucía estaba radiante con su vestido de seda blanco, aunque la temperatura del atardecer y la noche hicieron que se cubriese con un abrigo a los pocos minutos de llegar al lugar.

—Una suerte que atraparan al fantasma.

Esperaban la llegada del primer plato, brindando con una copa de vino, cuando la chica rompió el hielo con un comentario que dejó asombrado a Alfil. Como si estuviese congelado, la copa del chico quedó suspendida entre los rostros de ambos.

—¿Cómo has dicho?

—Digo que es una suerte que atraparan a aquel asesino. La televisión y la prensa no paraban de bombardear a diario, como si no ocurriesen otras cosas incluso peores en el mundo. Ahora por fin se olvidó el tema.

—Bueno, que hablasen del caso no era algo malo. Espero que te alegres más porque haya un asesino menos en las calles.

—Si claro, eso también. —Lucía zanjó la conversación con una sonrisa afable, inclinando su cabeza hacia un lado como sabía que le gustaba a Alfil.

—¿Te diviertes? —preguntó él—. Te prometí que tenía una sorpresa para compensarte por los meses que te he descuidado. Espero que esté mereciendo la pena.

—¡Muchísimo! El barco, la isla, tu compañía... No se puede pedir más — tras un hondo suspiro, pareció evadirse con la mirada fija en los últimos destellos ocres del ocaso sobre el mar—. Podríamos quedarnos aquí para siempre, sería maravilloso que nos olvidáramos del mundo. —Parecía estar hablando consigo misma.

—Seguro que te acabarías aburriendo del mar, del barco, de mí y de esta comida —susurró él.

—Ya te garantizo que no sería posible, nunca me cansaría de esta comida. —La chica volvió a sonreír, mostrando dos preciosos hoyuelos sobre sus mejillas. Alfil siempre quedaba bloqueado ante ellos, desde que la vio sonreír por primera vez en la fiesta de Hugo Boss.

La pareja siguió entre risas, caricias y confesiones de deseos íntimos, y cuando vieron consumidas las velas que les habían iluminado durante la cena desde el centro del mantel, decidieron volver al barco.

«Qué extraña esa conversación de Lucía —pensó Alfil cuando se encontró a solas en el baño del velero—. Nunca habíamos hablado de ello cuando el fantasma era el tema favorito de los noticiarios. Pensaba que ella no solía ver

la televisión, de hecho, nunca había conversado sobre temas que hubiese visto u oído en las noticias. Es una persona tan peculiar, parece vivir en su propio mundo y con sus propias reglas. Nunca he conocido a alguien tan original y auténtica. Esa conversación de esta noche no tiene el más mínimo sentido».

Alfil despertó en plena noche y se incorporó en la cama del camarote principal del barco. Siempre pensó que su ático era silencioso por la altura y el grosor de los ventanales, pero la calma que se sentía y respiraba en el mar era tal que llegaba por momentos a ser inquietante. A través de los ojos de buey de la estancia pudo ver los lejanos destellos anaranjados de las farolas del pueblo más cercano, intentando competir sin éxito con los destellos plateados que la luna proyectaba sobre la superficie de un mar tan negro como el alma de una sombría cueva. Ni la calma, ni la suave penumbra ni el continuo mecer del barco lograron hacerle dormir de nuevo; ni tan siquiera la inspiradora visión del cuerpo desnudo de Lucía a su lado, enmarcada en los sinuosos pliegues de seda de las sábanas.

Salió del dormitorio, atravesó el pasillo que conducía a la cocina y se paró ante la nevera para sacar una botella de agua. Entonces oyó algo en la terraza, se giró y pudo observar las luces de la noche de Madrid entrando por los ventanales de su ático. El chico corrió hacia la puerta de la terraza al sentir que lo que había oído eran gritos de mujer. La ansiedad al pensar que Lucía podría estar en peligro le hizo llegar en dos zancadas. Pero no fue a ella a quién encontró, sino a Sara, la chica de San Sebastián, flotando boca arriba en el *jacuzzi*. Estaba inmóvil, salvo por el suave mecer del agua, y tenía los ojos inertes y fijos en el cielo. Aún teniendo claro que estaba muerta, Alfil trató de socorrerla y sacarla del agua. Un agua helada que se asemejaba a miles de afilados cuchillos atravesando sus manos y brazos, y lo peor es que no lograba sacarla, pesaba demasiado. Alfil gruñía, apretando los dientes, mientras tiraba de ella con todas sus fuerzas, pero cada vez se sumergía más y más; trató de agarrarla por las axilas pero era inútil, el gélido agua ya no importaba, ahora sudaba sin parar, y estaba agotando todas sus energías.

De repente, los ojos de la chica se fijaron en los suyos, seguían con el mismo vidrioso e inerte aspecto, pero mirándole fijamente y con una frialdad mayor incluso que la producida por el agua. Alfil trató de soltarla y dejar que se hundiera, pero la chica agarró con fuerza sus brazos, llegando a clavarle las uñas, y le sumergió en el *jacuzzi* como si se tratase de un pesado ancla. Ambos descendían hacia la negrura del abismo cuando el chico sintió que

quedaba libre, justo cuando ya casi se había rendido y se encontraba sin fuerzas ni oxígeno en los pulmones. Ahora trataba de salir de nuevo a la superficie, pero notaba el cuerpo demasiado pesado por culpa del cansancio, y el destello de luz que veía sobre su cabeza era demasiado débil, debía estar a mucha profundidad. Aún así no pensaba darse por vencido, lucharía por sobrevivir hasta el final. Sus pies desnudos, mientras oscilaban al bucear, rozaron con algo suave; al principio no le dio importancia pero luego sintió decenas de caricias, eran manos, manos que se aferraron todas a la vez sobre sus tobillos para volver a arrastrarle hacia el fondo. Miró hacia abajo y vio en la penumbra a las siete víctimas del fantasma, las víctimas que el monstruo que albergaba en su interior había asesinado vilmente; estaban desnudas y con los ojos completamente blancos, le miraban con un gesto impasible mientras se aferraban a él, provocando un lastre excesivo para su cansado cuerpo. ¡Moriría ahogado!

Justo cuando había abandonado toda esperanza y se encontraba al límite del desmayo, una mano se sumergió ante su aterrada mirada y, tras aferrarle un brazo, tiró de él y logró sacarle a la superficie. El agua ya no estaba helada, al contrario, era cálida, casi reconfortante; como entrar en una casa caldeada por una chimenea después de una larga travesía por la nieve. Sintió cómo entraba el aire en sus pulmones y reactivaba su cerebro. Abrió los ojos para comprobar que estaba de nuevo en el mar frente a la costa de Menorca. A su derecha estaba su barco y frente a él Lucía, que le miraba con una sonrisa y aún le ayudaba a mantenerse a flote. Pudo ver a través del agua que la chica seguía desnuda, tal como la había dejado en la cama del camarote hacía unos minutos. Alfil intentó hablar para agradecerle que le salvara, pero solo pudo gritar con fuerza:

—¡Hay que salvarla!, ¡hay que sacar a Sara del agua!

—Tranquilo cariño, solo se trata de una pesadilla.

Una acaricia sobre su pecho acompañó la dulce melodía del susurro de Lucía. Alfil se incorporó de un salto al recordar las caricias de las manos de sus víctimas en sus tobillos durante el sueño. Aún con la respiración entrecortada, comprobó que seguía en su camarote, con el corazón latiendo a mil por hora. Todo había sido un mal sueño. El chico llevó sus trémulas manos a la cara y se frotó los ojos, entonces notó que el líquido que inundaba todo su cuerpo no era agua, sino sudor, un sudor helado que no le importó cuando trató sin éxito de contener una risa histérica. No había tenido una pesadilla desde que era un niño y vivía con sus abuelos, desde que soñaba con

la muerte de sus padres; pero nunca antes había sido tan real ni tan angustiada. Se alegró de que hubiese terminado, y también le reconfortó ver que Lucía continuaba a su lado.

—¿Quién es Sara? ¿Debo preocuparme por algo? —preguntó Lucía, aún en un hilo de voz por seguir medio dormida.

—¿Cómo dices?

—Tenías una pesadilla. Te agarré la mano y te zarandeé para que despertaras. ¿Va todo bien? Hablabas de salvar a una tal Sara.

—No es nada, soñaba que una chica se ahogaba.

—Parece que el mar te provoca malos sueños. ¿Prefieres el insomnio a las pesadillas?

—Me temo que empatan.

A la mañana siguiente volvió todo a la normalidad, a disfrutar del último día antes de regresar a la rutina de Madrid. Lucía volvía a ser la misma chica frívola y despreocupada, pero inteligente y juguetona, que hizo olvidar a Alfil la extraña pesadilla de la noche anterior; de hecho, ni siquiera mencionaron el tema. Practicaron el submarinismo y dieron una vuelta con el barco alrededor de la isla, aprovechando el buen estado del mar y el viento. Esa última noche cenaron en la cubierta del barco, gracias a un servicio especial del restaurante de la noche anterior que les acercó la cena en una lancha. El velero resplandecía con cientos de pequeñas velas que Lucía había colocado con paciencia por toda la cubierta y sobre la mesa, tocando madera para que no se levantase viento y destruyera su hora y media de trabajo. El atardecer sobre el mar y el tintineo de las miles de estrellas artificiales sobre el barco permanecería en sus recuerdos para siempre. Ambos rieron, bebieron vino y comieron un sabroso pescado, olvidando que abandonarían aquel paraíso a la mañana siguiente.

—Podría ser siempre así. —Lucía soñaba en voz alta, mientras su mirada se perdía tras la línea de cobalto que aún separaba el cielo del oscuro mar en el horizonte.

—¿Así? ¿A qué te refieres?

—Como te dije ayer en el restaurante, podríamos quedarnos siempre en el barco o irnos a recorrer el mundo. Olvidarnos de Madrid, de tu trabajo, de la rutina.

—¿No te cansarías de la monotonía? ¿No te cansarías de mí?

—Sol, agua cálida y transparente, buena compañía y conversación, sexo, excelente comida... ¿Quién se cansaría de eso?

—Te sorprendería lo fácil que aburre la monotonía, y lo rápido que una persona deja de valorar las buenas cosas cuando las tiene a diario en lugar de disfrutarlas de forma exclusiva y esporádica.

—Tal vez, pero siempre podemos cambiar el chip y hacer cosas diferentes, viajar por muchos países.

—Quizá, tal vez en un futuro muy próximo. Pero antes debo cumplir con obligaciones y compromisos que no puedo descuidar. Llevo una vida entera dedicada a conseguir un objetivo que no puedo olvidar de la noche a la mañana; y hay personas que dependen de mí, de los trabajos que realizo. No puedo desaparecer de repente, y tampoco dejar colgados a clientes de publicidad y revistas que cuentan con mi trabajo para poder realizar el suyo.

Alfil daba vueltas al deseo de Lucía en su cabeza, realmente se estaba planteando su oferta y planificando lo que necesitaría hacer para dejarlo todo cerrado.

—En un tiempo prudente —continuaba—, quizá dentro de unos meses, podemos ver si es factible una vida distinta, alejada de Madrid y de España, disfrutando de nosotros y del mundo como me propones, ¿te parece?

—No quiero que me malinterpretes, solo sueño con una vida de ensueño a tu lado. Pero no pretendo que abandones tus metas por mí, ni el trabajo que amas, solo hablo en voz alta dejándome llevar por mis sueños y deseos. Nunca cambiaría nada de ti, me gustas tal como eres. Lo único que ansío es tenerte más tiempo y verte menos angustiado con tu trabajo. A veces creo...

—¿Qué es lo que crees?

—Nada, es una tontería.

—No, por favor, dime lo que piensas.

—Iba a decirte que... a veces, me da la sensación de que aquello que persigues no te hace feliz, ni durante la búsqueda ni lo hará al lograr esa meta. Creo que esa búsqueda (quizá obsesión) por ser el mejor, te hace perderte todo lo bueno que ocurre a tu alrededor, ya sabes, disfrutar del camino, y de todo lo que podría ocurrir si no estuvieses con la mente en aquel lugar futuro, utópico y aún imaginario.

Alfil no dijo nada, se limitó a esbozar una media sonrisa ante aquellas palabras que habían calado hondo en su interior, unos pensamientos que quizá compartía con la chica. Se estaba planteando un cambio en su vida, otro más, quizá el definitivo, quizá el que más necesitaba.

—Brindemos entonces por esos sueños y deseos —dijo mientras levantaba su copa de vino.

Esa noche hicieron el amor hasta quedar exhaustos y dormidos, desnudos en la cubierta del barco sobre una de las zonas destinadas a tomar el sol. Permanecieron abrazados con la única luz de las pocas velas que aún no se habían apagado o consumido, y de la luna y las estrellas sobre ellos.

Amanecía cuando Alfil se despertó, sentía el calor que emanaba del cuerpo de Lucía a su lado y bajo la gruesa manta. Se incorporó y abandonó la cama para caminar hacia la popa del barco, donde había una plataforma de madera por la que acceder al agua; desde allí saltó para nadar un rato y refrescar su mente. El mar estaba en completa calma y su superficie se asemejaba a un espejo de plata. En el este, un leve resplandor celeste empujaba el oscuro añil de la noche, pronto amanecería del todo y tendrían que abandonar el velero. Lo peor de todo es que no sabía cuándo volvería a tener tiempo para escaparse otro fin de semana. Alfil deseaba repetir experiencia, pero debía centrarse en su trabajo durante los próximos dos meses.

Decidió nadar y bucear un rato más, sabía que tenía tiempo antes de que apareciese la tripulación contratada para llevar de nuevo el barco a Alicante, mientras ellos ya habrían llegado en avión a Madrid. El agua del Mediterráneo se mantenía fresca en invierno, como a él le gustaba, despejaba su cabeza y aclaraba sus pensamientos. Alfil no conocía nada más relajante que nadar desnudo durante la noche. Al salir a flote oyó la voz de una chica preguntando desde la habitación contigua:

—¿Te estás duchando?

Desconcertado al notar una voz diferente a la de Lucía, cerró la manivela de la ducha y salió del cuarto de baño. Mil recuerdos afloraron a la vez al observar que se encontraba en la habitación del hotel donde jugó la partida de Barcelona, fue hace tanto tiempo que ya lo había olvidado por completo. Aunque lo único que le extrañó en ese momento fue ver a la chica muerta sobre la cama, con los ojos inyectados en sangre y casi fuera de sus cuencas, un hematoma muy visible en el cuello y con la piel lívida bajo la luz azul que entraba por la ventana de la habitación.

«¡Espera! —pensó sobresaltado—. He incumplido una norma básica, me he duchado en el hotel, he dejado huellas y ADN después de haberla matado».

El corazón le latía tan fuerte que sentía las pulsaciones martilleando entre las sienas. La respiración aumentaba a un ritmo alarmante. Y todo empeoró aún más al ser consciente de que la habitación estaba, de repente, manchada de sangre. Había sangre en la sábana, en la moqueta del suelo, ¿moqueta?, incluso en las paredes. Una sangre que casi le pasó desapercibida al verse

negra bajo la escasa y azulada penumbra de la noche. Tuvo la sensación de encontrarse dentro de un clásico de cine en blanco y negro, una de detectives como *El Halcón Maltés*, pero sin notar en su interior la templanza que mostraba Bogart en los momentos difíciles.

Corrió al baño, aún desnudo tras la ducha, y se lavó la cara frotando con fuerza con ambas manos, luego se miró al espejo y comprobó que estaba completamente salpicado, bañado incluso, en sangre oscura y viscosa como el petróleo. Incluso el agua que seguía corriendo en el grifo del lavabo era sangre, todo el baño a su alrededor estaba salpicado de rojo bajo la parpadeante luz de neón del espejo. Notaba el latido de su corazón muy acelerado y su respiración no parecía ser suficiente para calmar sus necesidades de oxígeno. En ese angustiante momento volvió a oír a la chica: «Sálvame», le pareció oír entre susurros. El chico se asomó a través de la puerta, como había hecho ocho veces antes en ocho hoteles diferentes, aunque ahora no lo hacía para matar a nadie, era el miedo (y no la seguridad de afrontar un jaque mate) el que le mantenía oculto tras esa puerta, un miedo atroz como nunca antes había sentido. A través del resquicio pudo comprobar que la chica permanecía desnuda y en la misma postura que antes, con los mismos ojos inertes e inyectados en sangre. De repente, volvió a emitir un sonido gutural, algo más que un susurro, pero sin llegar a abrir los labios: «Sálvate».

Lo había dicho, el cadáver había hablado de nuevo, no cabía duda, Alfil estaba más asustado que nunca. La chica no pedía ayuda para ella, era ya demasiado tarde para eso, le pedía que se salvase él. Pero, ¿cómo lo conseguiría si toda la habitación estaba llena de pruebas que le incriminaban? La respuesta a sus pensamientos la dio la propia chica, giró el cuello para mirarle durante unos eternos y silenciosos segundos, en los que Alfil estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón ante lo que no podía creer que estuviese sucediendo, y por fin se pronunció de nuevo: «Esto no es más que un sueño. Lánzate por la ventana y así podrás despertar».

El chico observó, asustado, la ventana a su izquierda, mientras el pálido y delgado brazo de la muchacha la señalaba con el dedo índice extendido. El cuerpo seguía tumbado sobre la cama, pero su cadavérico brazo se elevaba en el aire sostenido por alguna fuerza o magia desconocida. Alfil salió del baño y se acercó sin poder evitar el temblor de todo su cuerpo, respiraba despacio, hubiese dejado de hacerlo para evitar hacer el más mínimo sonido. Ya estaba en la ventana, comprobando que la habitación se encontraba en una quinta planta; sin lugar a dudas era altura suficiente para despertar en todos los

sentidos. Pensó en el estruendo que produciría su cuerpo al chocar contra el pavimento en la desierta calle, en sus órganos reventando a consecuencia del impacto, en sus sueños de futuro terminando tras aquel final. El chico, atenazado por los nervios y el miedo, dudaba; no quería morir, no deseaba saltar al vacío, pero abrió la hoja de la ventana y sintió una fresca brisa que calmó sus encendidos pensamientos.

—No puedo, no puedo hacerlo —susurró casi conteniendo las lágrimas de impotencia.

—Salta, salta para despertar o quedarás para siempre atrapado en esta habitación —se oyó desde el cadáver.

—No, no pued... no tengo valor.

—Salta, salta y despierta de una vez.

—No me atrevo, tengo miedo. ¡Tengo miedo!

—¡Salta y despierta!

...

—Despierta, despierta cariño.

Otra pesadilla.

—No te está sentando bien el barco. Espero que sea algo puntual, porque lo paso genial aquí contigo —le dijo Lucía, muy preocupada después de despertarle—. Espero que no le cojas miedo y no quieras volver.

—Tranquila, es algo personal, no tiene nada que ver con el barco, y seguro que pronto se me pasará. Lo que no sé es por qué sueño con salvar a gente —Alfil mentía por temor y vergüenza a confesar sus pecados—, supongo que significa que debo dejar atados algunos asuntos antes de irnos a viajar por el mundo y olvidarnos de la rutina.

—¿En serio? ¿No me estarás vacilando?

—Completamente en serio, quiero dejarlo todo por ti. Quiero estar a tu lado hasta que te canses de mí.

Lucía gritaba rebotando felicidad y saltaba sobre la cama. Alfil olvidó la pesadilla por unos instantes para reír al verla en ese estado. Luego la chica se sentó a horcajadas sobre él y le miró fijamente, con la cara a pocos centímetros de la suya.

—Pues ten cuidado, tal vez eso no pase nunca y me tengas que soportar toda la vida. —Y le besó.

—Tranquila, para, no te entusiasmes mucho, ya sabes que debemos partir para el Aeropuerto.

—El avión es tuyo. Esperará lo que haga falta.

Capítulo 35

En el estudio de Gran Vía todo eran prisas y estrés, se retrasaban (como siempre) sobre la hora fijada por Alfil. No era excusa el hecho de que llevasen realizadas tres editoriales de moda esa misma semana, el ritmo de trabajo siempre era intenso y todos estaban acostumbrados y adiestrados para soportarlo.

Hacía meses que todo el equipo organizó una misa para Nacho; la muerte del ayudante supuso un jarro de agua fría para su compañero de piso, y en general para todos, ya que llevaba un tiempo compartiendo con buen humor las sesiones de fotos y las fiestas de los fines de semana. Un nuevo estudiante de fotografía se unió al equipo como becario para sustituirle y la vida continuó. Y a pesar de la aparente normalidad en todos los componentes del grupo, el fotógrafo no dejó de vigilar ni un solo día el comportamiento de cada uno de ellos. No podía permitirse dejar más cabos sueltos.

—¡El jefe está a punto de llegar. Quiero todo listo en cinco minutos! —ordenaba Leyre intentando ser correcta y no perder su aumento de sueldo. Sabía que después del trato que destinaba a ayudantes, maquilladores y demás, no dudarían en acusarla ante Alfil; además, estaban las cámaras que lo grababan todo, algo habitual en cualquier estudio de fotografía que se precie, y vital cuando se trabaja con menores. En los últimos años las modelos iban siendo cada vez más jóvenes. Aunque no lo parezcan, esas mujeres que lucen bolsos de Louis Vuitton o vestidos de Chanel en las revistas no tienen aún la mayoría de edad; que los espectadores de esas campañas publicitarias piensen que esas chicas tienen treinta años es una tarea lograda a base de décadas de ir reduciendo la edad de las modelos de forma lenta pero continua y de la habilidad de peluqueros y maquilladores. De igual modo ocurre en la publicidad de las clínicas de estética, esas chicas de las fotos de la fachada y los folletos no son señoras de treinta y tantos años que se han operado en esa

clínica, en realidad son modelos de diecisiete o dieciocho años sin ningún tipo de cirugía en sus cuerpos.

El fotógrafo apareció puntual y comenzó el ritual de bajar el volumen de la música ambiente, y de trasladar el centro neurálgico de la sesión desde la zona de maquillaje y vestuario al plató con el escenario y los *flashes*. La jornada duró seis horas en total y todo salió como estaba previsto en las reuniones previas. El equipo y las modelos se despidieron y el estudio quedó sumido en el silencio y la penumbra que gustaba a Alfil.

Ya avanzada la madrugada, el chico aún se encontraba inmóvil frente a la pantalla de su ordenador. A pesar de la casi oscuridad del lugar, la luz del monitor sobre su cara mostraba su clara de preocupación al observar los resultados obtenidos durante la sesión. Las fotos estaban correctas, como en los dos trabajos anteriores de esa semana, al nivel que las revistas aceptarían. El problema era que las revistas valoraban mucho más, en la mayoría de los casos, el nombre del fotógrafo que la calidad de las fotos en sí. Pero lo cierto es que la calidad final no era la esperada. El chico notaba un estancamiento del nivel, algo que él percibía de forma real, o tal vez subconscientemente, por su afán de superación. El caso es que no le satisfacía el resultado y eso se notaba en su mirada. Podría hacer pasar esas fotos por buenas a sus clientes, pero no quería seguir trabajando si no podía dar algo más. ¿Había tocado techo? ¿Era falta de inspiración? Muchas dudas surgían por su cabeza intentando evitar las dos preguntas que más miedo le daban: ¿Era Lucía la culpable? ¿Debía volver a matar?

Para alguien que consideraba el perfeccionismo y la superación personal como sus únicas metas, crecer en cada trabajo era vital, era el motor que movía tanto su trabajo como su vida. Si no obtenía ese incremento de calidad, el trabajo y su actual vida ya no merecían la pena. Deseaba dejarlo todo para irse con Lucía, pero quería hacerlo con unos trabajos por los que se le recordara durante décadas, no por esas mediocres editoriales que acababa de realizar, al mismo nivel que todo lo anterior.

Alfil empezó a dar vueltas a su cabeza a la vez que su cuerpo las daba por la zona de la sala de reuniones y el plató.

«La culpa es de estabilizarse —pensaba—, de no buscar emociones nuevas, de no haber terminado la partida de San Sebastián. Aquello fue un error tremendo. ¿Necesitaré matar durante toda la vida? No, que se joda el trabajo. Pero tampoco quiero dejarlo así, debo terminar las cosas con el mismo mimo que he puesto durante todos estos años. Debo cerrar este ciclo. Necesito una salida apoteósica, lo haré una vez más, jugaré una última partida

para lograr mis mejores trabajos. Luego me retiraré, desapareceré del mundo con Lucía. Buscaré la felicidad por otros medios y en otros lugares. No voy a permitir que estas mediocres sesiones sean las últimas de mi etapa como fotógrafo. No, lo haré a lo grande, con un trabajo que todos recordaran».

En ese momento decidió planificar esa última partida sin errores, sin miedo a abortar. Nada debía salir mal, lo estudiaría todo al milímetro. Dejó de mirar las fotos de la sesión y encendió el portátil que usaba para buscar lugares.

2

Debía ser algo más de las seis de la tarde del día siguiente, Alfil llevaba casi una hora sin parar de golpear un saco en el Gimnasio Arian. No había ido a hacer guantes, ya que no quería desconectar y vaciar el cerebro de pensamientos, sino ordenar los que había metido la noche anterior. Ya había decidido la ciudad y ultimado el resto de detalles, y había puesto una especial atención a cada paso, revisando mucho más concienzudamente los posibles errores que pudiesen surgir. Necesitaba evitar fallos catastróficos como los de San Sebastián.

Más que ordenar ideas o tener claro lo que iba a hacer en unos días, los golpes al saco iban destinados a buscar la forma de mantener sus pensamientos sobre Lucía apartados de esta última partida. La chica le hacía perder la concentración, le hacía dudar sobre sus prioridades; fueron esas dudas las que, en forma de mensaje de móvil, arruinaron la partida anterior. Eso al menos pensaba Alfil, aunque en su interior sabía que las dudas aparecieron antes que el mensaje.

Como le habían enseñado los profesores de boxeo que contrataba su abuelo cuando era un adolescente, golpe tras golpe fue creando una barrera mental que le diera fortaleza para no tener dudas y para no echarse atrás; después de todo, sería la última vez que quitase una vida de forma intencionada. A la vuelta tenía pensado mandar un comunicado a sus clientes para despedirse y anunciar con tiempo suficiente su retirada.

No tenía pensado vender el ático, y así poder contar con un sitio donde dejarse caer si regresaba a Madrid en un futuro. Valoraba mucho la intimidad de su casa sobre la frialdad de los hoteles, aunque no tenía pensado volver en

una larga temporada. Quizá en su interior no quería vender el piso, era imposible conseguir uno con semejantes características en la ciudad, y más aún teniendo en cuenta los «extras» añadidos como la decoración, las vistas, la luz o el túnel para facilitar una fuga relámpago del país. Ese pensamiento le recordó que debía sellar el túnel de escape de su estudio y vender los vehículos, plazas de garaje y avioneta que esperaban a su posible fuga; no los necesitaría si todo salía bien.

Tras dejarlo todo atado, se dedicaría a disfrutar, a vivir, a cambiar su lugar de residencia por todo el Mundo, navegando de un sitio a otro con el barco; incluso a dejarlo en algún puerto lejano y viajar en avión por todos esos lugares aún desconocidos para él, y donde poder perderse con Lucía. Quizá dentro de unos años volviese a cambiar de idea, quizá le apeteciese volver a la fotografía o a cualquier otra profesión artística y así plasmar la creatividad e ideas captadas durante sus viajes y tiempo de desconexión. Se trataba de buscar la forma de volver a tener ganas e ilusión por hacer algo nuevo y diferente. ¿Quién sabe? Después de todo, la vida solo se compone de etapas, una termina para dar paso a la siguiente, y vuelta a empezar.

Pero debemos volver a la planificación de la partida. El nuevo asesinato no debía parecer realizado por el fantasma, era importante para que no se abriese de nuevo la investigación y volviese a tener a toda la policía del país buscándole, y aún con más ganas por el ridículo hecho al capturar al asesino equivocado. Aquel tipo había querido llevarse la gloria y estaba dispuesto a matar a una prostituta para lograrlo, así que Alfil no iba a sacarle de su triunfo conseguido para volver a tener un cerco policial a su alrededor; después de todo, Alfil nunca lo hizo por fama o vanidad. No le importaba lo más mínimo que fuese otro el que se hubiese otorgado la autoría, mejor para ambos.

Necesitaba que el asesinato pareciese algo convencional, de esos que ocurren a diario sin que la policía invierta muchos recursos en su investigación. Debía archivar como un crimen aislado o, incluso, como un accidente; eso sería perfecto. Para ello debía cambiar su *modus operandi* por completo, también podría hacer desaparecer el cadáver para evitar que fuese encontrado. Esta vez tampoco sería una chica elegida al azar, sino alguien fichado por la policía por delitos graves. No quería volver a quitar una vida inocente; ya que debía (necesitaba) matar, al menos que fuese un alma desechable, el de algún parásito social que provocara un beneficio con su extinción.

—Tío, vas a romper el saco. —Un compañero del gimnasio le sacó de sus pensamientos, ya casi ni recordaba que estaba allí. Menuda forma de

desconectar, pensó Alfil.

—Ya he terminado, no te impacientes.

—Vaya paliza. Tienes un charco de sudor en el suelo. ¿Cuánto llevas dándole?

—No sé, llegué a las seis. ¿Qué hora es? —dijo mirando el reloj de la pared—. ¡Joder! Llevo más de hora y media, habrá que irse a casa. Todo tuyo.

Capítulo 36

Un chico con pantalón vaquero azul y cazadora marrón caminaba por el andén de la estación de trenes. Eran las once en punto de la noche y acababa de llegar en AVE a Alicante. Llevaba una gorra y una mochila negra a la espalda, nadie hubiera pensado que tenía treinta años por su ropa y físico, parecía un simple universitario. El chico había esperado oculto tras la gorra y una revista en su asiento del vagón, no había ido a la cafetería, ni molestado a ningún pasajero ni llamado la atención del personal del tren. Luego esperó a que todos los demás viajeros hubiesen abandonado el vagón para salir el último, a la espalda de todos. Cruzó el pequeño vestíbulo y abandonó la estación por una de las puertas laterales, caminó por la avenida de la Estación los seiscientos metros que separan la terminal de trenes de la avenida de Alfonso el Sabio y allí paró un taxi al que pidió que le llevase al cruce de la calle México con la avenida Alcalde Lorenzo Carbonell. Al llegar pagó en efectivo y caminó desde ese punto hasta el hotel NH Alicante, el de más tráfico de gente y con un público más joven de la ciudad, aparte del mejor ubicado para sus propósitos. Ya en el hotel, enseñó su DNI falso y reservó una habitación, todo sin mirar a la cara al recepcionista ni quitarse la gorra. Alfil necesitaba un hotel con antelación, había cambiado su sistema de juego y debía adaptarse a las nuevas normas. Necesitaba localizar a una delincuente común a la que había elegido previamente irrumpiendo en la base de datos de la policía. Se había decantado por una chica con multitud de delitos: robo con violencia, asaltos varios, prostitución, etc. Una vez la hubiese encontrado, la llevaría como cliente a la habitación. Para diferenciarse más aún de su anterior sistema, usaría zapatillas gastadas y dos números mayor que su pie, entraría con la chica por la puerta principal de la recepción, pero evitando que su cara quedase registrada por las cámaras de vigilancia. Ya en la habitación daría una bebida con un sedante a la chica, y la mataría usando una almohada

para asfixiarla. No dejaría huellas y no practicaría sexo con ella. Luego se marcharía por la puerta principal, tal como entró.

Nadie sospecharía del fantasma, solo buscarían a un universitario que no había dejado huellas, con documentación falsa y un número de calzado diferente al suyo. El perfil de chica, la forma de morir, la ausencia de sexo... Nada apuntaría a otro crimen del asesino en serie que ya estaba encarcelado. Como mucho, podrían pensar que había aparecido un imitador.

Pasaba la medianoche y Alfil caminaba por la avenida de Elche a la altura del Barranco de las Ovejas, allí decía la ficha policial, en sus datos más recientes, que la chica ejercía la prostitución. El ambiente en la calle era ruidoso y apestaba a exceso de perfume barato y restos de comida. Periódicos, bolsas vacías llevadas por el viento y envoltorios de preservativos inundaban la acera y la calzada: había coches aparcados en doble fila cada pocos metros, peleas constantes y discusiones entre clientes y prostitutas, o entre ellas mismas por haber visto invadido el que consideraban su espacio legítimo. Risotadas a destiempo, conversaciones y voces en infinidad de idiomas, gemidos de clientes que veían saciados sus instintos en sus propios coches; un aroma almizclado y rancio que se fusionaba con la densa humedad del aire, todo ello, sumado a un frío que comenzaba a calarle los huesos, dio a Alfil la bienvenida a un lugar donde los sueños no existían, donde solo importaba sobrevivir un día más.

El chico permanecía impertérrito ante las escenas grotescas, casi dantescas, que se producían por toda la calle, no llamaba la atención y se limitaba a caminar esperando ver aparecer a su objetivo, y soportando como podía el terrible dolor de pies que le proporcionaban las enormes zapatillas. Sabía que la chica podría estar con un cliente en otro lugar, quizá detenida en comisaría ese mismo día, o podría estar en otra calle o en algún trabajo durante toda la noche. Caminaría calle arriba y abajo durante horas si fuese necesario, debía esperarla antes de optar por otra chica. Sabía que las prostitutas no le molestarían, ni se fijarían en él, porque iba caminando y ellas se centraban casi exclusivamente en los que llegaban en coche; por no hablar de su aspecto juvenil, que se salía del perfil habitual de cliente.

Después de dos vueltas por la calle en ambos sentidos, el balance era de un dolor agudo de pies y cuatro propuestas de las prostitutas más desesperadas, que se ofrecían a todo el que pasaba a su lado. Aún no había localizado a la chica y comenzaba a hacerse a la idea de que necesitaría elegir

a otra. «Mierda, acabo de llegar y ya tengo que cambiar el plan», pensaba contrariado. Necesitaría a una chica que no fuese vestida de un modo demasiado llamativo, ya que debía pasar por la recepción del hotel y, a pesar del intenso frío y humedad de la noche, allí casi todas iban en lencería o desnudas y con un grueso abrigo que abrían para mostrar el género cada vez que pasaba un coche. Tampoco podría caminar de un modo tan «tirado» como lo hacía la mayoría de las que observaba. Bueno, en definitiva, debía buscar a una chica que no tuviese demasiado aspecto de prostituta callejera. Se dirigió a una que se apoyaba en la parte de atrás de un coche gris, llevaba un vestido minifaldero negro y no era muy guapa, pero ni se planteaba acercarse a las que lucían menos o ninguna ropa por muy bonitas que fueran, que tampoco era el caso. Y como no iba a practicar sexo con ella, no le importaba mucho su belleza.

Cuando se encontraba a dos metros de distancia, y a punto de abordarla, vio llegar un coche a su derecha y de él se bajó la chica que originalmente estaba buscando. Por fin aparecía. Se llamaba Victoria y era muy joven para el historial delictivo que ya acumulaba, portaba un constante ceño fruncido pero era muy bella, con la piel clara y un largo cabello castaño oscuro, enormes ojos verdes y labios gruesos. Su cuerpo no desmejoraba, era alta y delgada, y fue una suerte que no fuese desnuda o en lencería, vestía un *short* negro muy corto y una camiseta ajustada roja. Remataba su *look* mascando chicle con los labios pintados de rojo intenso.

Alfil ya se acercaba a ella cuando vio que un tipo se le había adelantado. Debía actuar rápido o tendría que improvisar con otra chica, algo que no le apetecía hacer, no deseaba otro fiasco ni cometer ningún error esa última partida. Quería seguir la planificación inicial para asegurarse el éxito final.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? —interrumpió Alfil la breve conversación de la chica con el tipo que la estaba babeando e intentando acariciar el trasero.

—Lárgate, gilipollas. La puta está conmigo —le cortó el tipo, que parecía tener muy malas pulgas. Este aparentaba unos cuarenta años y era muy alto y corpulento. Ciento cincuenta kilos de peso, como mínimo, y vestía varias capas de ropa, todas sucias y con manchas, a juego con el fétido olor a sudor y a alcohol que desprendía.

—Eso tendrá que decidirlo la señorita, ¿no? —Alfil la miró y le dedicó una sonrisa. La chica se la devolvió encantada, sin duda le prefería a su otra alternativa de trabajo.

—¿De dónde sales tú, imbécil? No es ninguna señorita, es una pedazo de puta que me voy a follar contigo delante si hace falta; y encima vas a pagarme por mirar, por gilipollas. —El borracho agarró del brazo a la chica y la zarandeó con violencia.

—¡No me toques, puto baboso subnormal! —protestó ella, intentando zafarse sin éxito de la mano del repelente tipo.

—¿Cómo dices puta? ¡Te parto la cara! —gritó a la vez que levantaba la mano para golpearla.

Ni el enorme borracho, ni ella ni nadie en aquella caótica y ruidosa calle lo percibieron. Solo se escuchó un golpe seco, como una palmada sorda con las manos, y luego el enorme cuerpo se desplomó en el suelo como un gran saco de patatas. La prostituta quedó paralizada, mirando al chico de la gorra que acababa de dejar inconsciente al montón de mierda que quería golpearla de un solo puñetazo y sin parpadear. En los pocos pero intensos años que llevaba haciendo la calle, pensó, era la primera vez que un cliente la excitaba.

—Vámonos, no debemos llamar la atención —apremió Alfil, tomando su brazo con firmeza pero sin empujarla.

—Si, vámonos a otro lado que aquí ya hay muchos mirones —respondió ella, viendo que sus compañeras y otros clientes se acercaban para interesarse por lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó la chica cuando se habían alejado unos metros.

—Todo, hoy es tu día, guapa.

—¿Un completito? Perfecto. Y gracias por lo que has hecho ahí detrás, si ese imbécil me hubiese marcado la cara, perdería mucho dinero los próximos días.

—Ha sido un placer.

—Por cierto, aún no me has dicho adónde vamos, ahí delante hay una calle oscura. Podemos follar detrás de un coche, o si tú tienes coche... ¿Cómo te llamas? Yo soy Flor.

—Me llamo Paul, Paul Horst y no será tan rápido. Necesitaremos algo más de intimidad. —Alfil le siguió el juego a sabiendas de que Flor no era su nombre.

—¿De qué vas, *nano*? ¿Te crees todo un campeón o es que llevas algo de coca para aguantar más y hacerlo más divertido? ¿Y qué nombre es ese? ¿No te has podido inventar alguno más raro?

—En serio, es mi nombre. Mi padre es alemán. No necesitaremos coca pero aún así quiero tenerte toda la noche para mí solo.

—Eso saldrá caro —ella se mantuvo meditando unos segundos—. ¿Doscientos euros? Por esa pasta te dejo seco, no te olvidarás de mí en la puta vida.

—Toma —dijo él, dándole cuatro billetes de cincuenta euros.

Ella abrió los ojos sorprendida, pero cuando fue a coger los billetes, Alfil los retiró en el último segundo y le dijo:

—Son tuyos, y otros doscientos más por la mañana, si te portas tan bien como aparentas. Me pareces juguetona y eso me gusta.

La chica sonreía y mascaba el chicle abriendo mucho la boca para mostrar la lengua, sin apartar una mirada infantil a la vez que malévola de su cliente.

—Lo vas a flipar, *nano*.

—Por cierto, vamos aquí al lado, al Hotel NH, y tenemos que pasar por la recepción. Compórtate como si fueras mi novia, no quiero problemas con el conserje.

—Tú mandas, jefe. —Por algún motivo, le recordó a Leyre y no le gustó nada—. Sé cómo comportarme en público. Tranquilo tío, seré una niña buena.

En unos pocos minutos, pero eternos para Alfil, que tuvo que contener a la chica para que no se arrojase sobre su bragueta para lo que ella llamó un «anticipo», llegaron a la puerta del hotel. Entraron cogidos de la mano pero manteniendo las distancias unos centímetros, y ella, menuda sorpresa para Alfil, fue capaz de caminar de un modo más natural a pesar de la altura extrema de los tacones, casi mejor que las modelos de las producciones de fotos.

Ya dentro del ascensor, el chico respiró aliviado. Ella le miró y comenzó a reír.

—¿Me he perdido algo? ¿De qué te ríes?

—He venido algunas veces aquí. El recepcionista, Emilio, me conoce de sobra. ¿No viste cómo aguantaba la risa al verte tan recto cruzando el hotel conmigo del brazo? Ja, ja, ja.

—Eres todo un personaje —fue lo único que pudo responder Alfil, mientras subían a la habitación, ante la risa de la chica y conteniendo un poco la suya al pensar en la situación tan ridícula que acababa de protagonizar en la recepción.

Entraron en la habitación y el chico pidió a Flor (o Victoria, que era su verdadero nombre) que se diese una ducha, debía disponer de tiempo en soledad para prepararle una copa con el somnífero. Tuvo que ponerse serio porque ella insistía en empezar «la fiesta» juntos en la bañera. Para estar tan delgada era muy fuerte, Alfil casi no pudo zafarse de sus manos mientras se

aferraba con decisión a su cuello y a la cremallera de su pantalón para persuadirle. Al quedarse a solas, necesitó un instante y respirar hondo varias veces para recuperar la calma y el control de sus actos. El miedo a cometer un error le pasó durante un instante por la cabeza y por las manos, que temblaron por unos segundos. Debía improvisar mucho en su trato con la chica, pero luego se relajó al pensar que solo debía convencerla para tomar una copa y todo habría terminado, el plan que habían ideado habría completado su primera fase.

Mientras preparaba la copa con unas botellas que había subido en su mochila, Flor cantaba de forma horrible mientras se duchaba, lo que hizo sonreír al fotógrafo. La chica salió del cuarto de baño ataviada con una pequeña toalla blanca que tapaba desde el pecho hasta algo más abajo de la línea de su cadera, una segunda toalla envolvía su cabello. Alfil se sorprendió ante la belleza natural de la chica, mucho mayor ahora que no la cubría el horrendo maquillaje. Allí parada, sin hablar y con el brillo del agua sobre su piel, nadie adivinaría a qué educación, cultura y clase social podría pertenecer. Era tan alta y delgada como una modelo profesional de alto nivel, y no con mucha más edad. No pudo reprimir la lástima al comprobar cómo las vidas de algunas personas se tuercen desde muy pequeñas debido al entorno en el que han nacido o a las malas decisiones que han tomado.

—¿Qué pasa tío? Te has quedado pasmado.

—Lo siento, es que eres más bonita de lo que imaginaba. —El chico no quiso mentirle.

—Vaya, gracias. No te suelen decir palabras bonitas en este oficio. ¿Por qué me has contratado? ¿Te gustan las cosas raras o qué?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por que tú no necesitas pagar por follar, no hay más que verte, y cuando hablas es más evidente todavía que puedes conseguir a la tía que quieras.

—Quizá tengas razón y me gusten las cosas raras —no deseaba alargar mucho la conversación, debía aprovechar que se mostraba dócil y tranquila—. Quiero que te tomes una copa conmigo.

La chica no dudó un instante y agarró el vaso con el *gin-tonic* aderezado con heroína que le tendía su cliente. Tras beber la mitad del contenido de un sorbo, trató de besarle, pero él la frenó para decirle:

—No, aún no. Primero baila y desnúdate para mí. Despacio, sin prisas. Te pondré algo de música.

Alfil buscó algo lento en el hilo musical de la habitación, y cuando tuvo seleccionado un canal que le gustaba y había regresado para tumbarse sobre la

cama, ella comenzó a moverse muy despacio. Lo hacía bien, usaba el contoneo de su cadera mientras sostenía sus delgados brazos en alto. Con los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta, se contoneaba al ritmo de la música como una profesional de la danza erótica. Despacio y casi al ritmo de la música, dejó caer al suelo la toalla que cubría su cabeza, y sus cabellos, aún mojados, acariciaron sus hombros y su espalda. Sin duda era igual o más hermosa que cualquier modelo que hubiese fotografiado en su vida. Empezó a quitarse la toalla que cubría su torso, sin prisas, se notaba que la chica estaba disfrutando del momento. Abrió los ojos y dedicó a su cliente una serie de miradas a cual más lasciva, jugando con mostrar y tapar constantemente su pecho o su entrepierna. A veces se giraba para dejar ver parte de su trasero, firme y redondo como el resto de su tonificado cuerpo. Cuando por fin estuvo completamente desnuda, volvió a levantar las manos cual Venus esculpida en mármol bajo la luz cálida y lateral del aplique de la pared, y cerró de nuevo los ojos para dejarse llevar por la situación. Era perfecta, o lo sería sin los cardenales y marcas de clientes, proxeneta o de ambos que tenía en su cadera y espalda.

Alfil trataba de disimular su excitación ante semejante espectáculo, aunque no necesitó mucho tiempo más. La chica se frenó como la bailarina de una cajita de música a la que se le ha terminado la cuerda, y se desplomó en el suelo.

La fragilidad y delicadeza del movimiento al caer hicieron que el chico quedase inmóvil por unos segundos, había sido como asistir al final trágico de una representación de *ballet*. Deseó poder almacenar en su memoria aquel momento con todo lujo de detalles durante toda su vida, había sido algo realmente inspirador y necesitaba atesorarlo. Se levantó sin prisas y comprobó que la chica aún respiraba. La dosis de droga era muy baja, pero contaba con que ella, según su historial, hubiese consumido más heroína durante esa noche. Luego entró en el baño para hacer un exhaustivo análisis mental de todo lo que había hecho desde que llegó, todo lo que había tocado en la habitación, para poder limpiarlo. Se colocó unos guantes y sacó de su mochila, que descansaba tras el lavabo, una botella de alcohol con el que impregnó una toalla. Limpió cada centímetro cuadrado que hubiese tocado: picaporte de la entrada, interruptores de la luz, mandos del grifo del lavabo, picaporte del lavabo, mesitas de noche, vasos de las bebidas, cubitera, botella de ginebra y botellitas de tónica. Mientras terminaba la tarea, hacía un ensayo mental de la que sería su salida del hotel y vuelta a la calle, donde pediría de

nuevo un taxi para ir a la estación del AVE. Estaría en su casa de Madrid antes de que el servicio de habitaciones descubriera a la víctima.

En el suelo había huellas visibles sobre la moqueta marrón, incluso pisó barro de forma intencionada cuando venía con la chica, deseaba dejar esas pruebas. Sabía que la policía no encontrarían pelos, ya que debajo de la gorra llevaba un bote entero de gomina efecto seco, convirtiendo su cabellera en un casco compacto de lo más ridículo, pero tapado por la gorra. Tampoco hallarían células de piel, frotó cada rincón de su cuerpo con un cepillo de cerdas duras hasta casi sangrar antes de salir de Madrid. Limpió las cutículas de sus uñas y se las cortó al límite. Luego se duchó, frotando a conciencia para no dejar el más mínimo rastro de pelo o piel muerta que pudiera delatarle. La ropa que llevaba en este momento, y que había sido grabada por las cámaras del hotel, la arrojaría en un contenedor muy alejado de aquella zona. Dentro de una hora, cuando regresase a Madrid en el AVE, llevaría prendas diferentes.

Ya estaba casi todo hecho, el plan había salido a la perfección y solo quedaba culminar la parte final: acabar con la vida de Flor, que permanecía tumbada en el suelo.

Alfil salió del baño con la mochila y la colocó sobre la moqueta del pasillo para recogerla antes de marcharse, luego volvió a la cama, tomó una almohada y se acercó a la chica. Entonces algo sucedió de repente, sus cinco sentidos se trastocaron por completo y casi le costó respirar al sentir más denso el aire de la habitación, aparte del aumento de la cantidad de luz. Alguien acababa de abrir la puerta.

Capítulo 37

—¿Lucía?

Fue lo único que alcanzó a decir el chico, quedando paralizado en el centro de la habitación y con el cuerpo inconsciente de la prostituta bajo sus pies. No fue capaz de articular palabra ni movimiento alguno durante el tiempo que trató de asimilar la presencia de Lucía en la habitación. Verla en aquel lugar, donde estaba matando a una chica, era más extraño que los sueños o pesadillas que había tenido cuando disfrutaban del velero. Lucía había irrumpido en la partida como si una bomba nuclear cayese sobre el propio hotel, haciendo que el pequeño microuniverso que se había formado en la habitación, un planeta con solo dos habitantes: Alfil y Victoria, se abriese a una realidad llena de personas no invitadas a la fiesta.

La chica permanecía en la puerta con una tarjeta-llave de la habitación en la mano, ¿cómo la había conseguido? Bueno, eso ya no importaba en absoluto, la pregunta más razonable era: ¿qué demonios hacía allí? ¿Lo sabía todo? El mundo parecía venírsele encima a Alfil, casi no podía respirar. Un imprevisto se soluciona teniendo la mente fría, recursos y la habilidad suficiente, pero aquello no era un imprevisto, era un atropello mortal que lo había dejado aplastado contra el asfalto.

Lucía entró despacio pero con paso firme, mirándole fijamente y sin decir una palabra. Iba vestida con pantalón y camisa negros, pelo recogido como la espía de una película y una gabardina entallada y marrón oscuro que no llegaba a sus rodillas. Dejó la puerta abierta tras de sí, aunque Alfil no se fijó en ello, su mente no debía de estar asimilando nada en ese momento.

—¿Lucía? —repitió Alfil, que seguía esperando una respuesta. Aunque lo lógico sería que él diera las explicaciones por sus actos.

—Cristina, mi nombre es Cristina —hizo una pausa—. Y mi trabajo acaba hoy. Este es el final del camino.

—¿Eres policía? —preguntó él. Seguía sin moverse, con Victoria bajo sus pies.

—No exactamente —respondió ella mientras se sentaba en la cama. Se mostraba muy calmada y su tono de voz era bajo pero sin llegar a convertirse en murmullo—. Me pagan por encontrarte, no por detenerte.

Él no entendía lo que significaba eso, si no era policía, ¿quién pagaba para encontrarle?

—No eres hija de la directora de Chloë, ¿verdad?

—Trabajo para una agencia de detectives que opera a nivel mundial. Somos una gran organización con muchos recursos, incluso podemos inventar una persona con toda una vida detrás y hacer que todo un sector profesional lo crea, solo debemos lanzar rumores unas semanas antes y, cuando aparece la persona en concreto, todo el mundo cree llevar años oyendo hablar de ella — la chica hizo otra pausa mientras miraba a su alrededor—. Mi empresa no es de esas agencias convencionales que estarás imaginando, hacemos encargos más... especiales. Necesitamos siempre a alguien con credibilidad que introduzca a la persona creada, en este caso Pilar, la directora de la revista. La convencimos de seguirnos el juego contándole que estábamos preparando una broma, le pareció divertido y accedió a ir ese día conmigo para presentarme como su hija; disfrutó con ello aunque no tenía ni idea de cuál era nuestro objetivo real. Obviamente nos hicimos pasar por un programa de televisión; ya te he dicho que tenemos recursos.

—Yo era vuestro objetivo.

—Eras una opción muy posible, como también lo era Marcos, ambos fotógrafos de moda en Madrid y con el físico y la inteligencia adecuados.

—¿Qué tiene eso que ver? ¿Por qué investigar a fotógrafos de moda?

—Es algo largo de explicar. Resumiendo te diría que hay un dato que mi cliente no contó a la policía: una de las chicas que asesinaste mandó un mensaje de móvil a su padre cuando iba a salir de la discoteca contigo, aún no le habías controlado el teléfono y no te diste cuenta. En el mensaje solo aparecía un nombre: Mario Testino.

Alfil recordó a esa chica, fue en Bilbao. De hecho, recordaba el nombre usado cada vez, siempre de fotógrafos de moda muy reconocidos, en activo o ya retirados o muertos. Como Beckham le dijo: «Puedes ser el mejor del mundo y nadie habrá oído hablar de ti fuera del sector». También recordaba haber borrado el mensaje de su móvil y el contratiempo que supuso comprobar que la chica había logrado superar su barrera de control.

La chica continuaba.

—Mario Testino es un fotógrafo peruano de más de sesenta años que estaba en Estados Unidos en esa fecha, así que el asesino debió usar un nombre de alguien que conociera o incluso admirara, y el mundo de la fotografía de moda es tan cerrado que acota mucho la búsqueda. Era una pista algo vana, pero suficiente para comenzar a buscar, a ello había que sumar el dinero y demás recursos necesarios para realizar los asesinatos, y luego el físico que las cámaras grababan. El círculo de sospechosos se iba estrechando mucho, ya que otros fotógrafos tienen tatuajes y *piercings* que les habrían delatado ante los testigos de las discotecas.

—¿Por qué el padre de la víctima ocultó el mensaje recibido a la policía?

—Digamos que es un hombre adinerado que deseaba encontrar al asesino de su hija con más celeridad y por sus propios medios.

—Entiendo... Y compruebo que lo tuviste claro en la fiesta.

—Sin duda. Marcos es un buen fotógrafo pero solo eso. En las distancias cortas es un señor que destacaría demasiado en una discoteca ligando con una veinteañera. Tiene dinero y conserva un cuerpo aceptable, pero eso no es suficiente. Quizá con prostitutas, pero las chicas asesinadas tenían todas un perfil determinado, eran románticas, de las que buscan un príncipe azul, no un cuarentón con la cartera llena. Tú, por el contrario, desprendes un magnetismo que justifica con creces el hecho de que las chicas hicieran la locura de ir con un desconocido donde él les dijera.

—Fue fácil para ti sospechar de mí desde el principio. No entiendo entonces...

—¿Qué mantuviese una relación contigo? —interrumpió ella.

—Sí. Con vigilarme te hubiera bastado, no necesitabas convertirte en mi pareja para tenerme cerca. Teniendo tantos recursos.

—Tal vez. Pero yo consideré que eras demasiado listo como para dejar que te vigilaran. Lo tienes todo demasiado controlado y hubieras abortado completamente tus movimientos al sentir la vigilancia. Nunca te hubiera cazado, perdiendo el contrato y la misión. Siendo tu chica, podía vigilarte sin que lo notaras y tener una posición de privilegio para ver las entradas y salidas de tu casa, del estudio, de la ciudad, etc. Además, tenía interés en ti, en ver cómo eras y qué es lo que te motivaba.

—¿Y si te hubiera matado como a las demás? Te arriesgaste a eso.

—Sabía que no matarías a nadie en tu propia casa, tenías un método que no ibas a alterar. Por eso nunca fuimos a mi casa, bueno, a mi hotel.

—Entonces, ¿todo ha sido una mentira? No había amor, ni pensabas recorrer el mundo conmigo, perdernos lejos de la rutina. Yo te creí y estaba

dispuesto a abandonarlo todo por ti, cuando era todo una farsa. ¿Por qué? ¿Y por qué lo has llevado hasta tan lejos? ¿Por qué no me has frenado antes?

—No te lo tomes como algo personal. Yo debía bajar tus defensas, debía mostrarme sumisa y enamorada para lograr tu mayor confianza. Lo siento pero ese es mi trabajo, y me lo pagan muy bien. Y no te detuve antes porque mi cliente quería que te atrapase con las manos en la masa, y en San Sebastián no tuve tiempo de localizarte.

—¿Tu cliente? ¿Quién te contrató?

—¿Interrumpo la conversación? —dijo una voz grave desde la puerta de la habitación.

No se le veía bien la cara, pero por su voz y aspecto, Alfil calculó que sería un señor de unos cincuenta años y muy corpulento, ocupaba todo el pasillo y vestía un traje caro hecho a medida.

Comenzó a caminar por el pequeño pasillo, haciendo que la intriga y el suspense se pudieran cortar en el aire. Había entrado por la puerta abierta que dejó Lucía y ahora la había cerrado tras de sí. Por fin llegó a dos metros de la cama, donde Alfil vio su cara, aunque no le conocía. El hombre respiraba despacio, igual que había caminado, pero emitiendo el sonido típico de las personas obesas que se cansan al dar varios pasos seguidos. Su cara expresaba nerviosismo, el fotógrafo sabía que no estaba allí solo para hablar. Los nervios que atenazaban al cliente de Lucía eran los que atacan a quienes deben matar por primera vez en su vida.

El tipo miraba con odio al muchacho, y no esperó un segundo más para presentarse.

—No sabes quién soy pero yo si sé quién eres: un asesino, un salvaje monstruo que no volverá a matar a ninguna chiquilla más. —Y sin dejarle responder, sacó un arma del bolsillo interno de su americana, una pistola con silenciador, y le disparó dos veces en el pecho.

Alfil cayó al suelo de la habitación, quedando su cuerpo ensangrentado sobre el de la prostituta, que seguía inconsciente. Los disparos casi no se habían oído por el silenciador, pero habían provocado la exaltación de Lucía (Cristina). A pesar de dedicarse a ello, a buscar personas y, en muchos casos, a preparar un encuentro entre cliente y objetivo para que el primero de ellos salde su deuda con el segundo, el tiempo vivido junto a Alfil había provocado un vínculo que aquellos disparos parecieron romper bruscamente.

El cliente dejó caer el arma al suelo. Se encontraba mucho más nervioso que al entrar, sudaba abundantemente y balbuceó algo ininteligible a la detective. Parecía estar a punto de sufrir una conmoción nerviosa, pero

comenzó a respirar hondo por la boca y se marchó mucho más rápido de lo que había entrado, cerrando de un portazo al salir. Cristina se quedó a solas en la habitación con los dos cuerpos, pero solo podía mirar el de su, hasta hacía unos minutos, pareja.

A la chica le quedaba la difícil tarea de limpiar la escena y prepararlo todo. Cuando llegase la policía, no podrían encontrar ninguna muestra que incriminase a su cliente, a su agencia, ni a ella misma. Cristina permanecía seria, calmada, profesional; intentaba ir todo lo deprisa que podía. Su vida y su futuro dependían de hacerlo todo bien, tal como la habían adiestrado. Debía ejecutar la parte final de su plan tal como la había diseñado.

Capítulo 38

Los canales de noticias informaban sobre un suceso ocurrido en Alicante. En el Hotel NH se había producido un incendio y, tras lograr apagarlo los bomberos, se había encontrado el cadáver calcinado de una chica de unos veinte años. El fuego ya estaba controlado y solo había que lamentar esa víctima y daños en su habitación, aparte de otros desperfectos menores en pasillos y habitaciones contiguas. Añadían que la chica era una prostituta local con numerosos antecedentes y que la policía aún desconocía si había fallecido antes del incendio o a consecuencia de este, la autopsia trataría de esclarecer ese hecho. Conjeturas no oficiales apuntaban, como causa posible del incendio, que la fallecida pudo quedarse dormida mientras fumaba un cigarro en la cama; y que se extendió rápido por la botella de ginebra también encontrada en la habitación junto a su cuerpo.

Una filtración desde el personal del hotel revelaba, sin aún haber sido desmentida por la policía, que la prostituta había accedido a la habitación acompañada de un cliente registrado en el hotel, junto al que había entrado por la recepción y ante las cámaras de vigilancia. Pero nadie había visto, ni las cámaras habían grabado, al chico salir del edificio antes, durante o después del suceso. La policía guardaría silencio ante ese asunto hasta encontrar al joven y averiguar su implicación en el incendio y en el posible (aunque aún no determinado) asesinato de la prostituta. Sin duda el DNI falso del cliente y la pérdida de huellas dactilares en la habitación a consecuencia de las llamas, unido a que las cámaras no captaron su rostro por evitarlas bajo una gorra, hacían temer que se especulase con la posibilidad de que se tratase de un crimen.

Encontrar a una chica muerta en un hotel revivía los recuerdos de los crímenes del fantasma, aunque no había ningún hecho o prueba que vinculase ese caso con aquellos, y el asesino cumplía condena desde entonces. En este nuevo suceso no se sospechaba aún que pudiera tratarse de un asesinato, al

menos hasta que se aclarase algo más la presencia del cliente que subió con la prostituta.

Faltaban unos días para que terminasen las investigaciones, la autopsia y los policías de la división científica aún tenían que buscar y analizar muchas pruebas y era pronto para sacar conjeturas, aunque todo o casi todo estaba calcinado. Se hubiese archivado el caso como un incendio por descuido si se hubiera encontrado al chico que tenía la habitación a su nombre, vivo o muerto, en el mismo lugar. Pero ese punto: la desaparición del cliente, era el único fleco que la policía no comprendía en el rompecabezas formado por la información con la que contaban en este momento.

Las televisiones se olvidaron en menos de dos días de esta noticia, dejando de cubrirla. Los noticiarios no dejan de ser meros programas, como los de corazón o entretenimiento, limitándose a hablar de aquellas noticias que generan interés en la audiencia. La policía cerró el caso unas semanas después cuando no pudo localizar al chico ni contaba con pruebas o indicios que pudieran llevarles hasta él. Se archivó como otro caso más de prostituta muerta en un accidente. Ningún familiar de la chica fue a comisaría a preguntar cómo iba la investigación, ni siquiera a identificar el cadáver.

2

Varios días antes, justo en el momento en que los noticiarios informaban del incendio, el teniente Pablo Aguilar se encontraba en un bar frente a la comisaria, almorzando junto a dos compañeros. Y a pesar de no prestar atención al televisor, debido al ruido del abarrotado local, una consecución de palabras oídas al presentador del telediario hizo que su mente atase cabos rápidamente y le hiciesen saltar de su silla como empujado por un resorte.

—¡Manolo, sube el volumen de la tele!

El camarero sacó un mando a distancia de detrás de la barra y cumplió con la petición de su cliente.

«... la chica es una prostituta local con amplio historial de antecedentes que ha quedado calcinada tras un posible descuido con un cigarro. Las autoridades buscan al cliente con el que entró en el hotel y que se ocultaba tras una gorra. Según fuentes no oficiales, se trata de un chico de entre veinte y treinta años que aportó documentación falsa al reservar la habitación».

—No jodas —balbuceó Pablo, sacando, con la típica torpeza que provocan los nervios, su teléfono móvil del bolsillo del pantalón.

Sus dos compañeros se miraron entre ellos, sabían que su jefe estaba relacionando el suceso con el caso del fantasma. Desde que fue capturado el presunto homicida, comentaba sin parar en su círculo más cerrado de la comisaría que el verdadero asesino seguía suelto. Y no cesaba en la búsqueda de casos que pudieran estar relacionados o que guardasen algún parecido con los perpetrados por el asesino en serie: crímenes en hoteles, chicas estranguladas, sospechosos ocultos bajo una gorra...

—¿Javier? —preguntó nervioso en cuanto oyó que descolgaban al otro lado.

—No me jodas, estoy comiendo, coño. Eres más pesado que mi exmujer.

—¡Calla! ¿Estás viendo las noticias?

—¿De qué noticias me hablas? ¿Qué ha pasado?

—Una chica muerta en un hotel, un tipo con gorra que nadie ha identificado...

—¿La prostituta muerta en el incendio de Alicante? Nos llegó hace unas horas el informe de atestado a la central, no guarda relación alguna con el fantasma.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Por todo lo que sabemos: la habitación ardió pero no lo suficiente, hallaron huellas de pisadas de unas deportivas usadas con barro de la zona, había heroína y alcohol en la chica, aparte de otras sustancias, y también por la habitación; no hubo sexo, se trataba de una prostituta, entraron juntos por la recepción, y así hasta un larguísimo etcétera. No es su *modus operandi* ni se le parece. —El teniente Javier Balmaseda hablaba con apatía, no quería alargar más la conversación mientras se enfriaba su almuerzo.

—Pero pudo cambiar su sistema para despistarnos.

—Joder tío, ¿a cuántos asesinos en serie les has visto cambiar su sistema de trabajo?

—A ninguno, pero que no quede constancia de ello no quiere decir que no se haya producido. Puede que muchos asesinos en serie realizaran cambios en su forma de matar y así despistaran a la policía.

—Pero todos o casi todos han acabado entregándose y confesando. Querían fama y habrían añadido esas víctimas a su palmarés. Te recuerdo que la condena es idéntica por ocho muertes que por doce.

—¿Y si el fantasma es diferente? Tal vez no mate por fama, sino por otro motivo, tal vez crea que lo necesita para otro fin. Cambiando su forma de

actuar evita tener tanta policía tras él. Y mientras tanto, hay un pringado comiéndose en la cárcel los primeros crímenes que él hizo. Es perfecto. Ahora cambia el sistema y sigue matando impunemente.

—Bueno, esa es una posibilidad, pero hasta que no tengamos más referencias, más crímenes o pistas, no podemos asociarlo. Además, no es algo común, sería la primera vez que se documentara un cambio en la forma de matar de un asesino en serie. Y deberíamos tratar el caso como si fuese un criminal diferente o nos dejaría a la Policía como a un grupo de ineptos; te recuerdo que eso no nos interesa, menos aún a ti, si es que quieres el ascenso a capitán. Intenta no montarte muchas películas en la cabeza, no veas fantasmas donde no los hay, ¿de acuerdo?

La conversación terminó tras una sonrisa de Pablo. Ya no tenía apetito, se encontraba completamente saciado de retos. Sabía que el fantasma estaba detrás del hotel de Alicante, su infalible sexto sentido se lo gritaba a voces. De nuevo estaba en activo, de nuevo comenzaba el juego del gato y el ratón, pero ahora el gato estaba más motivado que nunca, no dejaría escapar de nuevo a su presa.

Capítulo 39

El atardecer llegó a la ciudad de Madrid y uno de los mejores lugares para disfrutar de ese espectáculo era *La Pecera*, situada en la terraza del ático del Círculo de Bellas Artes, frente al edificio del fénix que da la bienvenida a la Gran Vía desde la calle Alcalá. Se trataba de una cafetería y bar de copas muy conocida por Alfil, aunque él no volvería jamás a disfrutar de sus cócteles. Con la privilegiada vista de las nubes encendidas del ocaso, en el extremo de la terraza, el cliente de Cristina miraba al infinito. Absorto en mil pensamientos, pareciera que una invasión de platillos volantes extraterrestres ante sus ojos no le hubiesen inmutado. Una paz interior parecía brotar de cada uno de sus poros tras cerrar por fin el asunto que llevaba dos años consumiendo su vida. Dio un sorbo a su vaso de *bourbon* con hielo, el cual mecía con suavidad con su mano derecha, cerró los ojos y volvió a sumirse en el trance de sus pensamientos.

Cristina apareció, tras abrirse el ascensor que daba acceso directo a la terraza, y atravesó el lugar con paso firme. Vestía una gabardina negra sobre un jersey de cuello alto y pantalones del mismo color. Unas grandes gafas de sol negras tapaban gran parte de su rostro. Pidió un Martini rosado con hielo y una filigrana de naranja al pasar junto a la barra, y continuó su caminar hacia quien la esperaba desde hacía más de una hora.

—¿Todo limpio?

Ella no le miró a la cara, ni respondió en ese momento, estaba revisando aún la pantalla de su teléfono móvil antes de colocarlo encima de la mesa con indiferencia.

—Todo. Y disculpe la tardanza, no me ha sido posible llegar an...

—¿Te deshiciste de la pistola? —le interrumpió él.

—Sí. Cuando usted se marchó, me encargué de todo. No habrá nada ni nadie que pueda vincularle en todo esto. Incluso me deshice del cadáver del asesino. Recuerde que todo el mundo piensa que el fantasma sigue

encarcelado. Nadie vinculará al asesino con usted, ni siquiera encontrarán su cuerpo.

—¿La chica murió?

—Era imprescindible, no podíamos hacer todo esto sin atar ese cabo suelto. No piense en ella como una chica inocente que se encontró en el lugar y momento equivocados, era una delincuente peligrosa que moriría tarde o temprano en algún atraco; y puede que incluso hayamos salvado vidas al quitarla de en medio.

—Aún así no estoy conforme con ese punto. El trato era acabar solo con él. No me siento cómodo sabiendo que soy cómplice del asesinato de una chiquilla como lo era...

La conversación cesó al acercarse el camarero con el Martini de Cristina. Ella aprovechó para contemplar el atardecer, hecho que le trajo recuerdos vividos en el ático y el barco de Alfil. Las gafas ocultaban sus contenidas emociones. Agradeció al camarero su servicio y dio un sorbo a la copa.

—Este atardecer es parecido a los que se ven desde mi casa en Basauri — El cliente, que seguía con la mirada perdida en el horizonte, comenzó a hablar en un tono muy bajo, casi divagando—. Por los jardines corría mi niña a diario cuando volvía del colegio. Si cierro los ojos, aún me parece estar viéndola, llamándome la atención para que la observase hacer alguna voltereta que hubiese aprendido ese día. A veces creo que todo aquello ocurrió ayer, quizá hace tan solo una semana... Qué rápido y cruel es el paso del tiempo.

Dio un trago a su copa. Parecía que le costase tragarlo, como si los recuerdos le formaran un nudo en la garganta.

—Su madre y yo estuvimos más de una década buscando la forma de tener hijos. Ella tenía un problema en los ovarios. Ya sabes lo que dicen: el dinero no siempre trae la felicidad, pero a nosotros nos permitió pagar tratamientos médicos para buscar el milagro. Adela vino cuando ya no la esperábamos, cuando nos habíamos dado por vencido. Fue la mayor bendición que hemos recibido.

Continuaba hablando sin importarle si le escuchaban o no. Necesitaba expulsar lo que llevaba dentro. No lloraba, pero sus ojos brillaban con ese vidrioso aspecto de quien lo ha llorado todo y ya casi no encuentra lágrimas en su interior. Aquello era muy difícil para un tipo tan duro como él, que no había mostrado jamás un ápice de debilidad, pero había visto su mundo desmoronarse cuando recibió aquella llamada de teléfono en la que un policía le dio la más dura y cruel noticia que hubiese podido imaginar.

—Cada minuto de la vida de Adela estuvimos disfrutando de su compañía, de sus juegos, sus logros, de la felicidad que nos brindaba. Ella quería ser veterinaria, adoraba a todos los animales y deseaba pasar la vida ayudándolos y curando sus heridas.

Hizo una pausa para tratar de mantener la compostura, luego dio otro trago.

—No era más que una niña cuando ese monstruo acabó con su vida y destrozó las nuestras —apretaba los puños con rabia—. Mi mujer no se recuperó de aquel infierno, tres meses después tomó un bote entero de pastillas. La encontré en la cama al volver del trabajo, abrazada a uno de los muñecos de peluche de Adela; estuve horas tumbado a su lado sin llamar a la policía, queriendo morir, queriendo tomar yo también aquellas pastillas y acabar con todo de una vez.

Otro trago.

—Pero no lo hice, había... había algo que me mantenía con vida, que alimentaba las ganas de continuar; un último asunto que debía cerrar. No podría descansar y volver a ver a mi niña y a mi mujer en el cielo para decirles que no había acabado con ese malnacido. Tenía que matarlo con mis propias manos.

—Ahora todo acabó, puede descansar en paz —le dijo Cristina en un tono muy suave. No deseaba hablar, pero tampoco quería oír y entristecerse con un relato tan íntimo. Trató de tener todo el tacto posible en un momento tan delicado para su cliente.

—No podré descansar nunca, pero al menos me he asegurado de que esa basura no vuelva a quitar una vida.

El tipo sacó un papel del interior de su americana, era un cheque que entregó a la detective.

—¿No le han dicho cómo efectuar el último pago? No debe darme nada a mí. Mis honorarios los cubre la agencia.

—El pago de la agencia ya está hecho, esto es una gratificación personal que deseo que acepte por sus servicios y por la rapidez. Ha sido usted más eficaz en seis meses que toda la Policía en más de dos años.

Cristina guardó el cheque en un bolsillo de su gabardina y se levantó de la silla. Ahora era ella la que tenía un grueso nudo en su garganta. Pensó en poner una mano sobre el hombro del desconsolado cliente, una muestra de respeto y pésame, pero algo en su interior se lo impidió. Se marchó sin despedirse, dejándole allí sentado, mirando al infinito. La chica había permanecido aparentemente impasible ante el desgarrador relato de su cliente,

pero por dentro estaba muy afectada. Era muy difícil ponerse en la piel de otras personas; la empatía es una palabra muy fácil de pronunciar pero tan difícil de conseguir... Atrás había quedado una muestra de la fragilidad humana, un tipo con dinero, éxito empresarial, una familia feliz; pero no dejaba de ser una situación idílica que se había roto en pedazos en solo un segundo. Puedes pensar que perder a tu pareja o hijo sería como morir en vida, pero solo aquellos que lo han experimentado de verdad conocen el dolor que ese infierno supone; no digamos cuando se trata de algo repentino y violento, cuando es otra persona la que te arrebató todo lo que más te importa.

Cristina arrojó el cheque a una papelera y abandonó el edificio atenazada por una tremenda sensación de culpabilidad.

Capítulo 40

El sol apagó su luz, cansado tras el ondulante e infinito campo de viñedos de la toscana italiana. Un intenso pero oscuro añil que perseguía al atardecer hizo que las luces de la villa se encendieran tímidamente, dibujando despacio el contorno de las paredes de piedra gris de la casa. En aquel mágico lugar el mundo parecía girar a una velocidad más lenta, como si nada fuese urgente, y ello se podía apreciar en el bello golden retriever tumbado sobre el jardín de la fachada al verle levantarse con pereza para pasar al interior y volver a acomodarse, en la misma postura, frente a la chimenea encendida del salón.

Los olivos, naranjos, parras y resto de arbustos florales que decoraban los jardines y senderos de la finca, quedaron sumidos en la oscuridad, dejando que el espectador evocara su niñez y se recrease sin distracciones en la vista privilegiada desde el hermoso palacete de casi dos siglos de antigüedad; un lugar restaurado con mimo tanto en el interior como en su fachada de color rosado sobre detalles de roca gris, y cubierto en su ala oeste por un manto de hermosa a la vez que invasiva hiedra.

En esa fachada se encontraba la puerta principal de la villa, pero la favorita de su propietario estaba ubicada al otro lado del edificio, con vistas a un patio con fuentes y bancos de piedra que se perdían por senderos laberínticos formados por altos y hermosos setos de rosales en flor. En su lateral se podía apreciar una gran piscina revestida de piedra, que reproducía y evocaba la estética y esplendor del Hollywood de los años cincuenta. Todo ello en una zona desde la que poder disfrutar de las mejores puestas de sol del mundo.

Los olores a azahar, tierra húmeda, rosaledas en flor, madera de olivo, brisa del Mediterráneo y pastel de canela, intensificaban los sentidos a medida que la vista perdía su posición dominante con la llegada de la noche. Y en el balcón central de esa fachada, como si se tratase de un saliente de roca en un acantilado, un desconocido se deleitaba con el ocaso del día, pensando que no

podría cansarse nunca de aquel espectáculo para los sentidos. Vestido completamente de lino blanco y sentado sobre una antigua silla de hierro forjado, disfrutaba de las vistas que su nueva casa le proporcionaba. En una mesita a su derecha, de idéntica manufactura que la silla, reposaban una botella de vino blanco en una cubeta de metal llena de hielo y dos copas vacías.

Aún no habían desaparecido los destellos rojizos de las nubes cuando la puerta de acceso al dormitorio, a su espalda, se abrió para dar paso a la bella mujer que apareció de entre las sombras. La estaba esperando.

Cristina vestía con pantalón beis y camisa blanca, ambos también de lino. Sobre su cabeza un sombrero panamá ligeramente ladeado a la derecha, dejando su melena rubia caer sobre el hombro contrario. Sonreía al encontrarse con su pareja, al que no veía desde hacía más tiempo del que hubiese deseado.

—¿Llego tarde?

—Llegas a tiempo. Siempre eres puntual, *ma chérie*.

—El lugar es maravilloso, igual que las vistas y el olor que se respira. No sabes las ganas que tenía de volver a tu lado.

—Y yo de recibirte.

—¿Se parece a la casa en la que te criaste?

—No, desde aquella se podía ver el mar. Por todo lo demás, esta es más bonita.

—Uno siempre evoca con cariño las casas de su niñez, eso hace que las recuerde más bellas de lo que eran.

—Aquella casa era el sueño hecho realidad de mis abuelos. Esta, en cambio, es la consecución de los míos, de los nuestros. —Alfil llenó las copas de vino y ofreció una a la chica.

—Brindemos por esos sueños, por que se hagan realidad —dijo ella en pie, alzando su copa.

—Se están cumpliendo. Estar contigo es la consecución del mayor sueño o deseo que pudiera haber imaginado.

Brindaron, luego él la besó.

La noche envolvió con su manto de estrellas a la pareja, pero las dudas sobre lo que había ocurrido aún quedaban en el aire. ¿Cómo seguía Alfil con vida?

Capítulo 41

Dos semanas antes:

Alfil se encontraba en su ático, quedaba una hora aún para la salida de su tren AVE hacia Alicante y todo estaba perfectamente planificado para lograr la ejecución milimétrica de la que sería su última partida. Revisó una vez más el contenido de su mochila y comprobó que todo estaba correcto: zapatillas, guantes, muda de ropa, dosis de heroína... Enfrentarse al pomo de la puerta fue más duro aún que en su viaje a San Sebastián, pero debía hacerlo una última vez y nada le detendría en su camino hacia la felicidad, respiró hondo durante unos segundos, tratando de vaciar su mente para no encontrar barreras que le frenasen, y salió al rellano del edificio. Llamó al ascensor y contuvo la respiración en un acto reflejo cuando oyó el timbre que anunciaba la apertura de la puerta. Vamos allá, se dijo a sí mismo.

—¿Lucía? ¿Qué haces aquí? —Para Alfil aún era Lucía y no Cristina.

Tras abrirse las puertas metálicas del ascensor, la imagen de la chica, con un semblante muy serio y preocupado, había aparecido ante él. No se trataba de ningún sueño, Alfil estaba bien despierto. Habían quedado en verse dos días después de su viaje, pero ella estaba allí, en el peor momento posible.

—Tengo que contarte algo, y es muy importante —dijo ella con un matiz de preocupación en sus ojos.

—¿No puede esperar? Tengo algo de prisa.

—No, no puede esperar. Entremos en tu casa, serán solo diez minutos. Se trata del fantasma.

—¿Cómo dices? —Alfil estaba sorprendido, petrificado. Aunque trataba de mantener la compostura para aparentar normalidad.

—Sé que tú eres el fantasma.

El fotógrafo quedó bloqueado, Lucía había dicho, susurrando como si le contara un secreto íntimo, seis simples palabras con las que le había dejado sin sentido; un K.O. más salvaje que los que había recibido en el *ring* de

boxeo. Intentó decir algo pero no le salían las palabras. La chica lo tomó del brazo y le acompañó hacia la puerta de su casa. Alfil buscaba en su mente, mientras abría la puerta, los errores que debía de haber cometido para dejarse atrapar. ¿Y cómo había sido precisamente ella la que le descubriese? ¿Y por qué había venido a hablar del tema en lugar de denunciarle a la Policía? ¿Por qué no había huido de él? ¿De qué demonios deseaba hablar? ¿Querría hacerle un chantaje como su ayudante? Mil dudas le asaltaban y sentía como su cerebro trabajaba a su máximo rendimiento sin obtener de él respuesta alguna.

Lucía interrumpió sus pensamientos para revelar que era detective, trabajaba para una agencia internacional que se encargaba de buscar personas bajo el encargo de clientes adinerados. Alfil trataba de asimilar toda aquella información con la mitad de su capacidad cerebral mientras buscaba una salida rápida a la nueva y acuciante situación en la que se encontraba con la otra mitad. Ya tenía decidido que debería deshacerse de Lucía y usar su salida de escape del edificio para desaparecer del país, pero le frenaban sus sentimientos hacia ella y el presentimiento de que aquella conversación no solo era una confesión. La chica continuaba hablando en un tono suave y calmado, y su mirada seguía reflejando los sentimientos que le había demostrado durante los meses anteriores, la dejaría terminar antes de tomar una decisión.

—... y no tenemos mucho tiempo para perder. Tienes que confiar en mí. Te quiero, he sido sincera cuando te he confesado estos meses mis sentimientos, pero ahora debes hacer el viaje a Alicante y darme los datos de lugares y horas exactas a los que sucederá todo lo que has planificado.

—¿Cómo? Ni hablar, ya está abortado. —Estaba sobrepasado por la realidad que le había caído encima como un jarro de agua helada—. No pienso hacer nada. Ahora debo ejecutar mi plan de fuga, necesito salir del país en cuestión de minutos. Si tú sabes mi secreto, lo sabrán en tu agencia y también el cliente que os contrató. No hay más que hablar, estoy descubierto y debo poner en marcha mi protocolo de escape.

—Olvida eso y confía en mí. Lo tengo todo controlado, nadie sabe tu identidad. Y ahora debes ir a Alicante y seguir el plan como si nada de esto hubiese ocurrido. Yo te haré desaparecer a los ojos del mundo y podremos cumplir nuestros sueños.

—Nunca he dependido de nadie para hacer nada. No puedes pedirme que ponga mi vida en tus manos, y menos así, de la noche a la mañana.

—En este momento, tu cabeza está saturada de información, de miedos, de ansiedad; no puedes pensar con claridad. Para ello tienes tus planes y tu protocolo de fuga, eso es fantástico. Pero con la mente fría y tiempo para pensar y calcular, y ambas cosas las he tenido yo durante estas semanas, se puede conseguir un plan más inteligente con el que borrar tu rastro y cerrar el caso definitivamente. Pero es importante que recuerdes y asimiles una cosa vital, debes comportarte como si no supieras nada cuando llegue el momento de la verdad, cuando me veas aparecer ante tu última víctima, el cliente nos estará escuchando y debe pensar que tú me has descubierto en ese instante. No sé cómo podrás interpretar el papel, pero la vida de los dos dependerá de tu actuación.

—Pero, ¿cómo has...? Soy un monstruo.

—Da igual lo que hayas hecho. Confío en que abandonando tu trabajo y tus obsesiones, y con una vida nueva, desaparecerá lo que te mueve a hacer estas atrocidades. Confío también en que esa parte de ti muera para siempre cuando salgamos de aquí. Yo también he hecho cosas de las que no me siento orgullosa en los años que llevo trabajando, he tenido que matar a muchas personas, y lo he hecho por el peor de los motivos posible: el dinero.

—Pero... ¿por qué no nos vamos directamente? Podemos desaparecer, tengo los medios para lograrlo sin dejar rastro.

—Yo te he encontrado sin saber cómo eras, sin nada más que una mísera pista. Mi agencia te volverá a localizar, nos encontrarán a los dos cuando menos lo esperemos, y entonces no habrá conversaciones, todo acabará con una bala en la cabeza.

—Entonces, ¿debo hacerlo una vez más? —Alfil musitaba entre dudas—. No es algo que me apetezca, no quiero quitar una vida si no voy a usarla para trabajar. Aún no he comprendido... no me has explicado por qué debo hacerlo.

—Porque tengo que matarte.

2

El *jet* privado contratado por Alfil con una identidad falsa salió del aeródromo de Cuatro Vientos para aterrizar en el aeropuerto de Elche una hora antes de la llegada del fotógrafo en tren. Durante el vuelo, Lucía tuvo tiempo de llamar

por teléfono para asegurarse de que tenían listo el pedido que había realizado a un fabricante de efectos especiales para cine. El cronómetro estaba en marcha y no podía permitirse errores. Salió del aeropuerto en un coche de alquiler con dirección Alicante, aún debía comprar otros artículos necesarios y recoger su pedido especial para dejarlos al alcance de Alfil.

Cuando el fotógrafo llegó a la ciudad, y ya se acercaba caminando al hotel NH Alicante para hacer la reserva, paró en el contenedor de basura que estaba justo donde Lucía le había indicado, frente a la fachada de hotel, y sacó de su interior la única bolsa de plástico de color rosa, la metió dentro de su propia mochila y se dirigió a alquilar la habitación. Una vez dentro de la misma, en la intimidad, abrió la bolsa y sonrió al ver su contenido: una garrafa de plástico de dos litros, un extraño chaleco sin mangas de color carne, una botella de ginebra y otra de tónica. Minutos después salía en busca de la prostituta.

Lucía recogió a su cliente en el punto acordado y se dirigieron hacia las inmediaciones del hotel en el que ella aseguraba que el asesino de su hija estaría cometiendo un nuevo crimen. Al llegar frente a la fachada, la chica aparcó el coche y le entregó un revolver con silenciador.

—¿Está seguro de que podrá hacerlo? Por muchos motivos y ganas que tenga, matar a sangre fría a una persona no es tan sencillo como parece en las películas.

—Descuide, no habrá problema —respondió su acompañante, sudoroso y algo nervioso en apariencia.

—He modificado el gatillo. Es muy sensible, así le resultará más fácil apretar y dar en el blanco. Recuerde acercarse todo lo que pueda y apuntar al pecho, de ese modo será mucho más efectivo. Para asegurarse el éxito, dispare dos veces, luego arroje el arma al suelo y salga lo más rápido posible del hotel por la misma puerta que le he indicado para entrar. ¿Lo ha entendido todo?

—Perfectamente. Pero ¿por qué tengo que disparar dos veces?

—No queremos que esto se convierta en un caso de ajuste de cuentas para la policía, así que mejor dos disparos, que es lo que suelen hacer los asesinos casuales. Un disparo a la cabeza sería obra de un sicario y más de dos disparos un ensañamiento por venganza.

—Está bien, confío en usted. —El cliente balbuceaba ante la idea de quitar una vida, y sudaba cada vez más.

—Si no fuese capaz de hacerlo, deme rápido el arma y yo me encargaré.

La chica tocaba madera para que el cliente siguiese las instrucciones al pie de la letra. Si efectuaba más disparos o apuntaba a otro sitio, toda la planificación se habría arruinado y tendrían que pasar al plan B.

Tuvo que transcurrir más de una hora para que viesan llegar a Alfil con la prostituta. Habían tardado mucho; la detective intuyó que el chico debió de tener problemas para encontrarla. El cliente enrojeció de ira al verlo y Lucía mantuvo las formas y la profesionalidad cuando le hervía la sangre al ver cómo la prostituta trataba constantemente de darle un beso y manosearle. La pareja paró unos segundos frente a la fachada del hotel y luego entraron con las manos entrelazadas como un par de novios cualquiera. En ese momento, sin que el cliente a su lado lo percibiera, Lucía puso en marcha su cronómetro.

Veinte minutos después ella abandonaba el coche y al cliente, no sin antes darle las instrucciones precisas que debía cumplir a rajatabla. Se encaminó a la parte trasera del edificio del hotel y allí forzó, sin problema, la puerta metálica que usan las furgonetas de la lavandería para entregar la ropa de cama limpia o llevarse la sucia (todos los hoteles NH cuentan con ese servicio externo subcontratado). Tras pasar, dejó la puerta a medio abrir para que pudiese entrar el cliente unos minutos después y que ambos pudieran escapar por el mismo lugar tras la misión.

El cliente siguió los pasos de la detective cinco minutos más tarde, con nerviosismo pero muy decidido a terminar lo que había empezado. Atravesó la puerta y el muelle de carga para subir en el montacargas a la planta que le había indicado la chica, luego buscó el número de la habitación y comprobó que la puerta estaba abierta, como habían acordado. En su interior se oía hablar a Lucía.

Por suerte, el cliente siguió con exactitud sus instrucciones. Escuchó la conversación del asesino y la detective y luego entró para efectuar sus dos disparos al pecho. El chaleco con bolsas de falsa sangre se coordinó a la perfección con los disparos del arma trucada, dos estallidos en el pecho y una actuación magistral dieron con el cuerpo de Alfil en el suelo, justo sobre la prostituta, donde Lucía le había dicho que debía caer para asegurarse de que el cliente no hiciese más disparos; el cuerpo de la chica tumbado en el suelo de la habitación debía hacerle recordar al de su hija, y no se atrevería a disparar de nuevo por si pudiera herirla o incluso matarla.

El tipo arrojó el arma al suelo, como estaba planificado, y abandonó la habitación. Lucía se aseguró de que la puerta de la habitación estaba cerrada y esperó un minuto para estar segura de que había pasado el peligro. A su señal,

Alfil se levantó del suelo y entre los dos colocaron a la prostituta sobre la cama. Le colocaron un vaso con ginebra en la mano y la botella en la mesita a su lado. Luego sacaron la garrafa de debajo de la cama (la que Lucía había dejado junto al chaleco trucado en la bolsa rosa del contenedor) y rociaron la cama con su contenido, alcohol puro.

Mientras ella recogía la mochila de Alfil con todas las pruebas, el revólver, chaleco, garrafa de alcohol, etc. El chico puso un cigarro entre los dedos de la chica y luego prendió fuego al alcohol que empapaba las sábanas. La pareja salió hacia el ascensor y llegaron al muelle de carga.

—Espera —dijo ella—, tengo que comprobar que el cliente no está fuera, que se ha marchado a pedir un taxi como habíamos acordado.

Alfil no respondió, solo la abrazó con fuerza y le dio un largo beso en los labios. La chica sonrió y el brillo de sus ojos en la penumbra delataron de nuevo sus sentimientos. Sería capaz de todo por salvarle de la persecución que su agencia había organizado sobre él.

Capítulo 42

Diez días antes:

El equipo de trabajo de Alfil al completo se hallaba reunido en el estudio. La temporada de sesiones había terminado y todos se extrañaban por la convocatoria, ya que no era frecuente realizar ese tipo de reuniones salvo que se fuese a notificar algo importante. Alguna filtración desde varias revistas de moda anunciaban el retiro del fotógrafo, pero ningún miembro de su equipo había dado crédito a ese absurdo rumor. Alfil era aún demasiado joven, gozaba de éxito y una imparable progresión, aparte de hacer alarde de entusiasmo y ganas enfermizas en cada reunión de creatividad.

La mesa grande de la sala de reuniones se había trasladado al centro del plató, que se encontraba con el suelo cubierto por un plástico para preservarlo de pisadas o accidentes con el vino y la comida que una empresa de *catering* había traído. Todos comían, bebían y recordaban anécdotas divertidas, a la par que especulaban entre susurros con el comunicado que el fotógrafo les daría. La música suave de fondo y los focos no amenizaban el peinado y maquillaje de modelos, no había que montar escenarios ni hacer pruebas de ropa, no debían comprobar *flashes* ni estar atentos a la llegada en coche de Alfil, ya no había prisas. El propio Alfil se encontraba allí, participando como uno más de las risas, y nada hacía presagiar que se despediría para siempre de quienes le habían acompañado desde hacía años en el camino hacia la consecución de sus metas. No eran amigos ni lo habían sido nunca para él, pero en aquel momento les veía como lo más parecido a la familia que perdió cuando era un niño.

Habían pasado tres días desde su regreso de Alicante y solo le quedaba ese duro trago para cerrar su etapa anterior. Todo estaba ya solucionado para comenzar de nuevo una vida junto a Cristina, aunque se le hacía extraño llamarla así o pensar en ella con ese nombre. Ilusionado aunque expectante por no tener metas por primera vez en su vida, salvo la de ser feliz y

encontrarse a sí mismo. Observando a su alrededor, comprendió que echaría de menos aquel lugar, el hogar donde todo había comenzado, con esfuerzo y constancia, hacía casi una década. Echaría de menos los encontronazos con Leyre, las prisas por tenerlo todo listo, las risas de sus ayudantes, las sorpresas cuando lograban portadas importantes, la ilusión antes de las campañas publicitarias, las fiestas... Bueno, las fiestas no, eran un coñazo. Pero iba siendo hora de alzar la voz y sacar de dudas a todos los que allí le miraban de reojo, especulando con sus intenciones.

—Os estaréis preguntando el motivo de esta reunión. Ya sabéis que no soy muy amante de los discursos ni del protagonismo, así que intentaré ser breve —hizo una pausa para tomar aire y continuó—. Unas puertas deben cerrarse para poder abrir otras, espero una época de cambios y nuevas metas, aunque siempre llevaré en mi corazón esta etapa como fotógrafo —la tristeza invadía las caras de quienes hacía unos segundos reían, el silencio en la sala solo era invadido por la voz de Sinatra a través de los altavoces—, y no solo por los trabajos realizados, sino por haber compartido esfuerzos con profesionales de semejante talento como vosotros. Os echaré de menos mucho más de lo que imagináis. No es un adiós, solo un hasta pronto. En esta vida no puedes decir nunca jamás. Pero no os preocupéis por el trabajo, ahora el resto de fotógrafos que aprovecharán los contratos que dejo, se matarán por ficharos y podréis negociar al alza vuestros sueldos.

Aunque algunos trataban de sonreír, los ánimos estaban por los suelos. La noticia había caído sobre ellos como un jarro de agua fría.

—Quisiera, además, compensaros por haberos dejado tan repentinamente y asegurarme de que no tenéis ningún problema de trabajo o económico, por eso he decidido cederos la propiedad del estudio a partes iguales entre todos vosotros, para que gestionéis su alquiler o lo uséis en sesiones y así economizar costes.

Todos pasaron de la decepción, e incluso las lágrimas que habían aflorado en algunos, a la sorpresa y felicidad de saber que un estudio valorado en varios millones de euros sería suyo. Se acercaron para abrazarle y preguntar por esos nuevos proyectos y trabajos que deseaba afrontar, si saldría del país o la ciudad, incluso a preguntarle los motivos que le habían llevado a tomar esa decisión. Él siempre había sido muy hermético y eso era respetado por su equipo, pero ahora que se marchaba, se sentían con la confianza de poder preguntarle todo lo que nunca se atrevieron antes, y tenían mucha curiosidad. Alfíl se sentía algo incómodo pero no le importaba responder, lo que pudiese,

a la lluvia de preguntas que caía de repente sobre él. Sonreía tomándoselo con buen humor.

Leyre se encontraba muy distante. No había hablado desde el anuncio del abandono de su jefe y había preferido mantenerse alejada en la sala de espera, donde daba buena cuenta de su *gin-tonic*. Allí se encontraba pensativa, con un visible gesto de preocupación, cuando apareció Alfil para sentarse a su lado en el sofá.

—¿Cómo estás?

—No me lo esperaba, solo eso. Es un mal momento para mí.

—Tengo la ligera sospecha de que siempre hubiera sido un mal momento para ti.

—No lo entiendes, tengo... tengo unos problemas, unas deudas... En fin, no quiero aburrirte con ello.

—Siempre ha habido algo, ya fuesen deudas, malos negocios o chicos inadecuados. No creo que haya sido nunca un problema de falta de dinero, sino de mala gestión del que tenías y ganabas. Eres una chica con mucho talento y ganas mucho dinero, en estos dos años podías haber ahorrado para lanzar una colección por todo lo alto, usar tu influencia en revistas para colocar fotos casi gratis en sus páginas, conseguir que te incluyeran en la *Fashion Week* sin tener que pasar por el *Ego*, poder, incluso, presentar colecciones en Milán, Londres o París. Pero apuesto a que no te queda un euro.

—Eres quien mejor me conoce, sin duda. Lo has clavado en todo —la chica hablaba mientras miraba su copa con preocupación y ansiedad, pero también con resignación—. Es difícil cambiar. Por mucho que lo intento, algo dentro de mí me hace tropezar de nuevo en las mismas piedras.

—Solo cambiamos cuando estamos entre la espada y la pared, o cuando deseamos hacerlo con todas nuestras fuerzas, que es casi lo mismo. Si no cambiamos es porque no se han producido ninguno de esos dos casos. —Alfil pensó en ese momento que esas palabras, que habían brotado de su boca sin haberlas pensado, iban cargadas de experiencias personales y dirigidas también hacia sí mismo. Nadie imaginaría cuánto desearía el chico haber cambiado todo su dinero por poder conseguir una felicidad que, tristemente, había disfrutado muy pocos días en sus treinta y un años. Tentado estuvo de decir a su estilista que el dinero no sería la solución a sus problemas, pero sabía que ella no lo comprendería. Toda la fortuna del fotógrafo no duraría un año en manos de Leyre.

—Tienes razón. Además, no tengo derecho a ser tan egoísta y pretender que estés siempre ahí para solucionar los problemas que me he creado yo sola.

—A partir de hoy tienes la disponibilidad del estudio como copropietaria, puedes sacar dinero alquilándolo o puedes crear sesiones aquí como directora artística, y así ganar más dinero que antes. Muchos fotógrafos te pagarán lo que pidas por sesión, todos te valoran como la mejor.

—Eso es solo porque tú eres el mejor y yo soy tu estilista, pero no soy tan buena y ambos lo sabemos. Me contrataste porque te di pena y estuve dándote la paliza en aquella fiesta hace dos años.

—No digas tonterías, solo necesitas quererte y valorarte más. Los problemas desaparecerán cuando seas lo bastante fuerte como para eliminarlos de tu vida, y para eso debes cambiar tu actitud.

—Eso espero, pero mientras tanto te echaré de menos, jefe.

Leyre dejó la copa en la mesita baja que tenía delante del sofá y le abrazó con fuerza. Era la primera vez que le daba una muestra de cariño.

Capítulo 43

De nuevo en la Toscana. Ahora.

—¿Cómo sabías que no te mataría? Podría haberte mentido para sonsacarte tu plan del asesinato en Alicante, y así poder entrar en la habitación para que mi cliente te matase con una pistola real.

—No lo sabía, simplemente arriesgué.

—Pero tienes medios para desaparecer, podías haber abortado el plan y no correr riesgos.

—Bueno, esos riesgos son los que hace que la vida merezca la pena. Tú deberías saberlo mejor que nadie, te has arriesgado al estar aquí conmigo sabiendo quién soy.

—Interesante... ¿Así es la vida para ti?

—¿Para mí? —el chico hizo una pausa bajo su sonrisa—. Para mí la vida es como una partida de ajedrez, debes contar tanto con tus fichas como con las de tu adversario, además de intuir los movimientos que hará con ellas. Luego es cuestión de confianza, suerte y de saber calcular las probabilidades.

—¿Soy yo tu adversario en la partida?

—No, tú eres mi Reina.

La pareja brindó con sus copas de vino y se besaron.

La luna creciente se esforzaba por iluminar los sombríos campos de olivos, pero no era oscuridad lo único que portaba la noche. Una suave y fresca brisa de primavera, con olor a tierra húmeda y azahar, se introducía en la habitación meciendo los blancos visillos de los ventanales en una danza fantasmal, y evocando en Alfil aquellos aterradores cuentos de Edgar Allan Poe que su abuelo le leía en su niñez. El chico estaba sentado sobre una butaca frente a la chimenea de la estancia; a su derecha, sobre una enorme cama con dosel, dormía plácidamente Cristina. Los pliegues de la sábana de seda bailaban al

ritmo de la brisa sobre las formas ondulantes de su cuerpo desnudo. Visión que siempre le transportaba a aquella primera e inolvidable noche que compartieron en su ático.

La chimenea de mármol blanco que presidía la estancia estaba flanqueada por dos grandes puertas de cristal a cada lado. El dormitorio contaba también con una pequeña biblioteca que decoraba la pared de su izquierda, con los libros más valorados por Alfil y un diván para disfrutar de su lectura. En el suelo había una gran y gruesa alfombra persa de tonos tierra, y tres altas puertas se levantaban a su espalda, para acceder al baño, al vestidor y al pasillo que comunicaba con el resto de estancias de la planta. El lugar contaba con una decoración muy diferente a la que se observaba en el ático de Madrid, mucho más ornamentada aunque sin llegar al barroco, pero el dominio del color blanco, así como la cantidad de luz natural y la distribución minimalista de los muebles, dejaban claro su toque personal. Era el lugar ideal para su personalidad y sus hábitos noctámbulos.

En ese momento, mil pensamientos cruzaban por su mente impidiéndole dormir. Menuda locura había realizado por amor. Acababa de abandonar toda su vida, que era exclusivamente su trabajo y la búsqueda de la máxima excelencia en su sector. Había dedicado una década para tratar de conseguir esos objetivos, ahora apartados para siempre por seguir el sendero de luz que formaban los enormes y bellos ojos verdes de la chica.

Cristina calmaba a los monstruos que trataban de salir a la superficie. Alfil sentía un choque de sentimientos, una lucha que se fraguaba, oculta y en silencio, en lo más profundo de su alma. ¿Por cuánto tiempo?, se preguntó, ¿un mes? ¿Un año? ¿Quizá para siempre? El chico dudaba de que fuera así. Sus anteriores relaciones personales, fuesen de amistad o sentimentales, habían evolucionado y acabado por desintegrarse. Luego estaba el efecto que ella producía en su mente: hipnotizaba sus sentidos, anesthesiaba sus dudas y sus miedos, le daba una paz que había olvidado tras la muerte de sus padres. ¿Era eso lo que ansiaba? ¿Lo que necesitaba? Quizá fuese positivo que otra persona asumiera, por vez primera desde la muerte de su abuelo y mentor, el control de la situación.

O no. Quizá no fuese tan acertado que ella gobernase el barco de su vida, podría acabar encallado en las piedras de un olvidado arrecife. Sería un nefasto final. Sus padres se fueron, luego sus abuelos, ninguna chica de su vida había merecido la pena, salvo... ¿Qué pasaría si Cristina se cansara de él? ¿Podría soportar un nuevo fracaso? Volver a sentirse solo y tener que empezar de nuevo era algo que le horrorizaba. Su abuelo le había educado y

adiestrado para no necesitar a nadie, para ser el único dueño y responsable de su destino.

¿Su abuelo? Ahora pensaba en alguien también olvidado tiempo atrás. ¿Olvidado? Eso sería difícil tratándose de la persona que forjó al Alfil que veía cada mañana frente al espejo y al que conversaba con él desde el interior del oscuro pozo de sus pensamientos. Sentía brotar recuerdos que se hallaban archivados en los más lejanos recovecos de su mente, en esa zona que deseábamos poder borrar como se eliminan definitivamente los mensajes de un teléfono móvil. Se horrorizó al comprobar que su abuelo estaba ahí, es más, fue consciente de que nunca se había marchado. Su personalidad y carácter fueron diseñados y esculpidos por ese estricto hombre que se encargó de su educación. Alfil fue creado a imagen y semejanza del ser que más había odiado; y no dejaría de ser una realidad por mucho que le dañara ese pensamiento.

Cambiar de vida conllevaba también el cambio en su personalidad. ¿Querría ser diferente? ¿Valía más la paz conseguida por Cristina que su guerra interna por ser él mismo? ¿Cuánto duraría todo aquello? ¿Toda la vida? ¿Y si el nuevo Alfil fuese más débil que el anterior? ¿Y si el efecto de la chica fuera adormecedor y no quisiera estar dormido para siempre?

Se levantó despacio, mirando a Cristina, y se sentó a su lado en la cama, con cuidado para no despertarla. La observó en silencio, admirando su bella figura bajo la segunda piel de la sábana de seda; se recreó en los suaves destellos dorados de su pelo sobre la almohada, iluminado por la tenue luz de la noche. Sentía el deseo de tocar la tersa y perfecta piel de sus mejillas. Deslizó su mano bajo la sábana y acarició la curva de su cadera, notando una leve descarga en las yemas de los dedos. Sintió cómo el calor que emanaba de su cuerpo era una energía que llenaba de amaneceres el invierno gris de su corazón. Subió despacio, dibujando con un dedo la sinuosa línea de su espalda. La chica emitió un leve gemido y su piel se erizó bajo el roce de las caricias, él la calmó con un cálido beso en la frente.

Alfil cubrió de nuevo su cuerpo y trasladó su atención a sus cabellos, apartándolos con cuidado para ver su rostro iluminado por la luz la luna. La chica dormía profundamente y, aunque su respiración no emitía sonido alguno, sí provocaba un casi imperceptible y a la vez hipnótico movimiento de todo su cuerpo. Bajo el dibujo de su afilada mandíbula, comenzaba un largo y delicado cuello, donde se apreciaba la palpitación, a un ritmo muy lento, de su corazón. Necesitaba acariciarlo, era una droga para él. Deslizó su mano para sentir de nuevo en las yemas de sus dedos la magia que se creaba

con el tacto de su piel. Casi podía percibir la vida de la chica fluyendo lentamente a través de aquel delicado lugar. El calor inusual que emitía el cuello de Cristina empezaba a ser asfixiante, ¿o era el ambiente en la habitación?

Sintió acelerar el ritmo de las pulsaciones bajo su mano, al mismo tiempo que el fuego comenzaba a brotar de su interior. ¿Ya no calmaba la brisa, ni la visión de semejante belleza, a los demonios de su alma? Las caricias del chico se transformaron en una prensa mortal que apretó con fuerza. Ella despertó y trató de resistirse sin éxito. Todo duró un instante. Segundos más tarde ya no había tensión alguna.

—Si nublas mi vista, debo tomar decisiones en la oscuridad.
Cristina estaba muerta.

«0»

—¿Qué haces mi niño?

—Abuelo, encontré un pájaro en el jardín, creo que tiene un ala rota.

—Entonces acabará muerto.

—¿Por qué? Yo no quiero que muera —dijo el niño, entre la sorpresa y la tristeza.

—No podrá volar para buscar comida ni para escapar de otros animales que quieran devorarlo. Solo le queda esperar a la muerte.

El niño observó con pena al pájaro, luego agarró su pequeña cabeza y la giró hasta romperle el cuello.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó su abuelo con asombro.

—No quería que sufriera. Si al final tiene que morir, mejor ahora y no tener que sufrir esperando.

—Has sabido ser justo, ahorrarle el sufrimiento es muy humano. Debemos ser fuertes ante nuestras decisiones, mi pequeño Alfil.

*«Todos piensan en cambiar el mundo,
pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo.»*

León Tolstói

FIN DE ALFIL NEGRO

Agradecimientos

Nunca debí escribir esta historia, Alfil estaba predestinado a ser la primera novela de Cristina, mi motor, mi alma. Debía ser ella la que usara su imaginación para desarrollar una actividad artística tan amena y reconfortante como es la literatura narrativa.

¿Por qué acabé escribiéndolo yo? Sería complejo de explicar, pero ¿nunca habéis tratado de convencer a una persona para hacer algo, con tanto entusiasmo, que habéis acabado por hacerla vosotros? O quizá queríais hacerlo desde siempre pero os faltaba ese pequeño empujón, paradójicamente impulsado por vosotros mismos. Así nació Alfil, para bien o para mal.

Espero haber tratado la historia y a su personaje principal con el mimo que merecen, y que llegue a los lectores con la ilusión e intensidad con la que brotaba de mi. Las ganas y pasión puestas en esta primera novela fueron de tal magnitud, que al término de su primera edición, más de una docena de historias estaban horneándose con vistas a ser convertidas en nuevas novelas o relatos.

Pero todo ello no hubiera sido posible sin la ayuda, el apoyo incondicional y el cariño de quien me soporta en mis delirios desde hace catorce años. Quiero agradecerle, Cris, por estar siempre ahí con tu sonrisa, por ser inspiración y un ejemplo de fuerza, por tu racionalidad para complementar mi visceralidad, por cuidarme, por escucharme, por todo.

Agradecer a mi familia el cariño y apoyo recibidos. En especial, como siempre, a mi madre. Siempre te llevaré en mis pensamientos, gracias por estar ahí.

A la figura del gran profesor de Literatura y escritor y poeta Francisco Jiménez Pérez, por su inspiración y ejemplo, por su apoyo, por sus palabras de ánimo; por su visión del libro, que ha abierto mis ojos a un mundo diferente; y por el detalle de ayudar con su aporte de gramática y ortografía.

También deseo agradecer a la figura y persona de Mario Casas, sí, hablo del actor. Ya que fue él quien me dio al protagonista que soporta todo el peso de este libro y de la trilogía completa. Como el maestro Stephen King siempre recomienda: «*Una historia no resulta real si sus protagonistas no lo parecen, así que toma prestadas las aptitudes y físico de personas reales para tus personajes*» y así nació Alfil, con el físico, voz, forma de andar, hablar y comportarse en general del actor gallego.

Por último, agradecer a los lectores, a los que confiáis en mí para llevaros a un mundo de fantasía salido de mi mente ¿original? ¿Enferma? ¿Quién sabe? Gracias.

Fran Barrero



FRAN BARRERO (Huelva, España, 1976) estudió Ciencias Empresariales en su ciudad natal para trasladarse a Madrid en 2003, allí trabajó en departamentos contables y financieros de varias empresas. Abandonó en 2006 la empresa privada para establecerse como autónomo desarrollando las actividades de fotógrafo y de profesor de fotografía y retoque digital. En busca de realización personal.

Es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2012 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil: Alfil Negro*, primera entrega de la Trilogía de Alfil, una idea que lleva años rondando por su cabeza, y para la cual usa sus conocimientos del sector moda para documentar la vida y trabajo del protagonista.

Notas

[1] I.E.D.: Siglas del Instituto Europeo de Diseño en Madrid. <<

[2] *Fitting*: Prueba de vestuario para garantizar que los modelos lucen correctamente las tallas de la ropa seleccionada. <<

[3] Publi: Término coloquial del mundo de la fotografía para referirse a una campaña publicitaria. <<

[4] *Showroom*: Oficina de prensa de diseñadores de moda y complementos, donde ceden sus últimas creaciones para sesiones de fotos o apariciones en televisión de modelos o famosos. <<

[5] *Lookbook*: catálogo breve donde se muestra la ropa o complementos con todo lujo de detalle, pero sin renunciar a aportar algo de estilo a las fotos. <<



ALFIL

FRAN BARRERO



Lectulandia